



3 1761 08695660 4

Digitized by the Internet Archive  
in 2011 with funding from  
University of Toronto





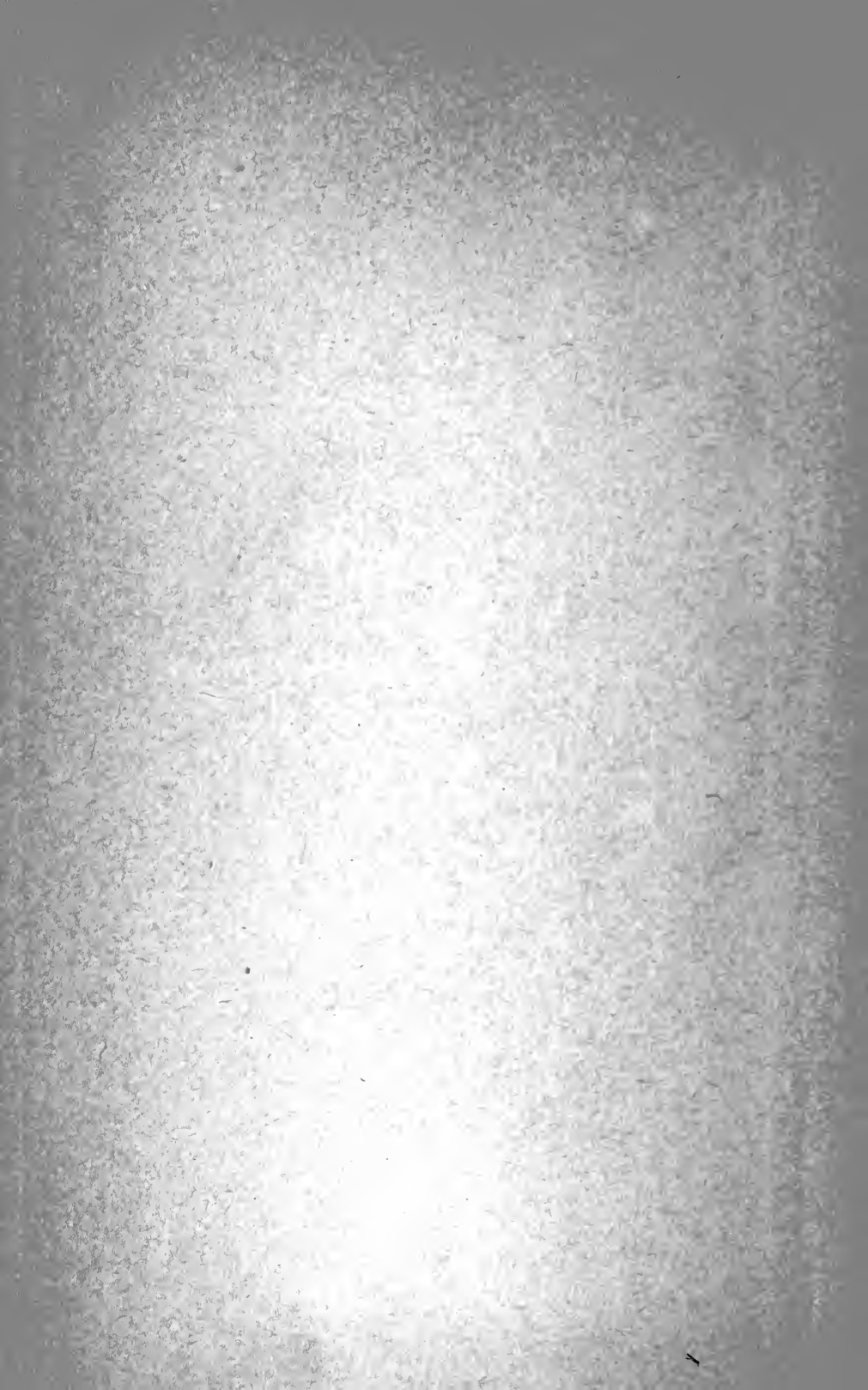


71B

OBRAS COMPLETAS

DR

DON JUAN IGNACIO GONZÁLEZ DEL CASTILLO



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

---

# OBRAS COMPLETAS

DK

DON JUAN (IGNACIO GONZÁLEZ) DEL CASTILLO

---

TOMO SEGUNDO

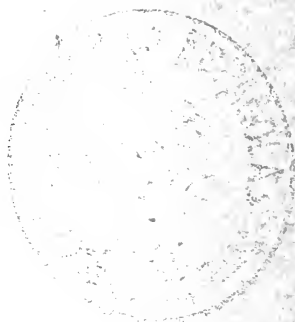


MADRID: 1914  
LIBRERÍA DE LOS SUC. DE HERNANDO  
IMPRESORES Y LIBREROS  
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA  
Arsenal, 11.

3

LS  
C 3526

659822  
28.5.57



EL LIBERAL

SAINETE

## PERSONAS

DON BLAS, tutor de

CLARA.

DON PEDRO, hermano de don Blas.

DON NARCISO, amante de Clara.

DOÑA FELIPA, directora de Clara.

UN NOTARIO.

UN CRIADO.

## EL LIBERAL

---

Casa de don Blas. Salen DON PEDRO y DON BLAS.

BLAS. En fin; ¿has visto y oído  
todos los chistes y gracias  
de mi Clarita?

PEDRO. ¿Es, acaso,  
la primera vez?

BLAS. ¡Qué cara!  
¡Qué pelo! ¡Qué tallecito!  
¡Vaya; si a todos encanta!

PEDRO. ¡Seguramente!

BLAS. Yo pienso  
que ya es tiempo de casarla.

PEDRO. No hay duda.

BLAS. Pero ya sabes  
que su madre doña Eufrasia,  
satisfecha de mi celo,  
me la dejó encomendada.

PEDRO. ¿Y por qué me dices eso?

BLAS. Porque fuera una ignorancia  
que yo plantara la viña



- y otro me la vendimiara.
- PEDRO. Eso es decir que tú intentas casarte con la muchacha.
- BLAS. Cabalito.
- PEDRO. Pues, hermano;  
yo no he de adularte en nada;  
tu edad no es para subir  
al tálamo.
- BLAS. Calla, calla;  
que soy capaz de subir  
a la montaña más alta.  
¿Yo viejo? Pues di: ¿no tengo  
dos muelas todavía sanas?  
¿No están firmes mis rodillas?  
¿No tengo sobre la calva  
doce pelos, que se encrespan  
en dándoles con pomada?  
Además, que aunque uno sea  
talludito, si se enlaza  
con una joven, al punto  
endereza uno la espalda,  
el pellejo se le estira  
y se retoca la estampa.
- PEDRO. Yo no disputo ese punto,  
porque tienes otras faltas  
mucho peores.
- BLAS. Di cuáles.
- PEDRO. Tus celos y tu extremada  
codicia.
- BLAS. Por lo que hace  
a la codicia, te engañas;  
que no merece ese nombre.



PEDRO. ¿Pues cómo quieres llamarla?

BLAS. Economía.

PEDRO. Está bien;  
pero de la extravagancia  
de tus celos, ¿qué dirás?

BLAS. Eres un simplón de marca.  
Soy celoso, sí señor;  
pero con mi vigilancia,  
seguro está me la pegue  
la más sutil gaditana.

PEDRO. Mira, Blas, que devaneas;  
no tengas tal confianza,  
pues la más tonta, si quiere,  
en la frente nos la clava.

BLAS. ¿Clavarla? ¡Sí! Ya he mandado  
a la Isla por un aya  
para Clarita; y me envían  
una matrona tan casta,  
que dicen habrá formado  
diez Lucrecias de otras tantas  
calaverillas.

PEDRO. Cuidado;  
que también duermen las guardas,  
y con ellas...

BLAS. Nada digas;  
porque ya tengo tomadas  
mis medidas. Lo primero,  
quiero poner esta casa  
como un castillo; cerrar  
los balcones y ventanas,  
y abrir sólo claraboyas  
junto al techo.

PEDRO.

Si la casa

no es tuya, ¿cómo pretendes  
de esa suerte trastornarla?

BLAS.

Si no es mía, puede ser  
que ya lo sea mañana.

PEDRO.

¿Conque la quieres comprar?  
Yo sé que el dueño no trata  
de venderla; y, aunque fuese,  
nunca ustedes se ajustaran.

BLAS.

Nada menos. Don Narciso  
es un mozo de bizarras  
cualidades; y yo espero  
que no tendrá repugnancia  
en vendérmela, bajando  
la mitad de lo que valga.

PEDRO.

¿Y cuándo tratas de ajustar?

BLAS.

Yo le mandé esta mañana  
un recado, y ya vendrá;  
mas antes le diré a Clara  
se encierre en su gabinete,  
porque don Narciso anda  
rondándole los balcones  
y dándole serenatas.  
Hasta ver yo las paredes  
cuarenta varas más altas,  
no tendré sosiego. Adiós. (*Vase.*)

PEDRO.

Mi hermano está loco; vaya.  
Él sueña sólo delicias,  
y yo sé que la muchacha  
lo aborrece. ¡Que no pueda  
impedir yo la desgracia  
de esta joven infeliz!

Si se encontrara una traza...

*(Sale don Narciso.)*

Pero don Narciso, amigo;  
mi hermano saldrá a esta sala  
dentro de un instante.

NARCISO.

Ya;

sin duda con doña Clara  
estará hablando.

PEDRO.

Así es;

mas vuestra inquietud me espanta.  
¿Qué tenéis que a todas partes  
volvéis los ojos?

NARCISO.

Estaba

distraído.

PEDRO.

Enamorado,

diréis mejor. Yo apostara  
mil pesos contra el brillante  
de esa mano, a que os encanta  
la Clarita.

NARCISO.

Habéis ganado;

ya sois dueño de la alhaja. *(Dándosela.)*

PEDRO.

Si es chanza...

NARCISO.

La resistencia

será un agravio; tomadla.

PEDRO.

Pues, señor; yo os agradezco  
el favor.

NARCISO.

No me deis gracias.

PEDRO.

Pues ya que habéis descubierto  
vuestra afición, deseara  
me hablaseis con claridad.  
¿Tendréis, señor, tolerancia  
para ver a la más linda,

la más graciosa muchacha  
en poder de un vejancón  
que con sus extravagancias  
eternamente la aflija?  
Sólo vos podéis sacarla  
de tan evidente riesgo;  
pues, aunque la empresa es ardua,  
amor, riqueza y astucia  
dificultades allanan.

NARCISO. ¡Ay amigo! ¡Qué suspiros  
cada momento me arranca  
la suerte de esa inocentel!  
Desde el día que sus gracias  
cautivaron mi albedrío,  
he procurado expresarla  
mi pasión; pero don Blas  
ha inutilizado cuantas  
estratagemas mi amante  
sutileza me dictaba.  
Sin embargo; varias veces  
que la he visto a la ventana,  
le he debido siempre algunas  
amorosas ojeadas.

PEDRO. Pues ánimo, y a buscar  
arbitrios.

NARCISO. La suerte acaba  
de proporcionarme uno.

PEDRO. ¿Cuál es?

NARCISO. El tener ganada  
al aya que vuestro hermano  
espera.

PEDRO. ¿Cómo?

NARCISO.

## A mi casa

llegó a preguntar por él.

Yo la hice entrar; y una caja

guarnecida de brillantes

la obligó a escuchar mis ansias.

PEDRO.

¿Y dónde está?

NARCISO.

Allá la dejo.

PEDRO.

Pues yo también voy a hablarla.

Mi hermano sale. Hasta luego. (*Vase.*)

NARCISO.

Usté alienta mi esperanza.

BLAS.

(*Saliendo.*) ¡Cuánto me alegro de veros;  
porque tengo cierta gracia  
que suplicaros.

NARCISO.

Señor;

sólo serviros aguarda

mi amistad.

BLAS.

Vuestra bondad

y magnificencia es tanta

que no temo molestaros.

NARCISO.

Decid, pues : ¿de qué se trata?

BLAS.

A eso voy. Yo solicito que me vendáis vuestra casa, para emprender varias obras que no debo aventurarlas en ajena finca.

NARCISO.

Es cierto

que me causa repugnancia

deshacerme de los bienes

de mi padre, que Dios haya;

pero un amigo merece

cualquier sacrificio.

BLAS.

Gracias,

- señor don Narciso. ¿Y cuánto pedís? Con conciencia; vaya.
- NARCISO. Yo quiero perder un tercio de lo en que está avaluada. Dadme cuarenta mil pesos.
- BLAS. ¡Jesús y qué exorbitancia! Eso, amigo, es tiranía. Con diez mil pesos se paga.
- NARCISO. Eso también es burlarse. Más bien os la regalara en ese caso.
- BLAS. ¡Qué fuera que os diera esa extravagancia!
- NARCISO. Hagamos un trato. Ahora he pensado una humorada, que celebraréis.
- BLAS. ¿Cuál es?
- NARCISO. Os reiréis a carcajadas; pero yo por un capricho tiro a talegas la plata.
- BLAS. Bien; explicaos.
- NARCISO. Todos dicen que vuestra pupila Clara es ciertamente un prodigio de talentos y de gracias.
- BLAS. Pero ¿qué tiene que ver mi pupila con la casa?
- NARCISO. ¿Qué tiene? Que os la regalo si..., ¡qué diablo de humorada!... (*Se rie.*)
- BLAS. ¿Qué significa ese si?
- NARCISO. ... si me concedéis la gracia de que converse con ella

doce minutos. Se trata  
de que mil pesos, lo menos,  
me cueste cada palabra.

BLAS. Ciertamente, don Narciso,  
que es loca, y aun temeraria  
la proposición. ¡Un hombre  
de mi honor y circunstancias  
cometer esa bajeza!  
Andad; andad; que no hay nada  
de lo dicho.

NARCISO. Sosegaos;  
que no pretendo una infamia.

BLAS. ¿Qué intentáis?

NARCISO. Que estéis delante.

BLAS. ¡Oh! Ya es otra la demanda.

NARCISO. Observad nuestras acciones;  
pues a mí sólo me basta  
que se sepa cuánto aprecio  
el mérito de una dama.

BLAS. Por mi fe que sois muy raro;  
y convengo en la humorada  
tan sólo por castigaros.  
Yo voy a llamar a Clara;  
vos firmadme en mi escritorio  
una cesión de la casa.

NARCISO. Al instante. (*Vase.*)

BLAS. ¡Qué babosa,  
y qué simple es esta casta  
de pisaverdes! ¡Clarita!

CLARA. (*Saliendo.*)

¿Qué manda usted?

BLAS. Ven, intacta

palomita; ven, hermosa  
chuchería de mi alma.

CLARA. ¿Qué me quiere usted?

BLAS. Ya sabes

que dentro de una semana  
serás dichosa en mis brazos.

CLARA. Yo vivo en esa esperanza (1).

BLAS. Pues oye lo que te manda  
tu futuro esposo. Ahora  
vendrá don Narciso Lara,  
y hablará contigo un rato;  
yo no debo escuchar nada;  
pero sí puedo observar  
tus acciones; y así, Clara,  
mientras dure la consulta  
has de estar como una estatua,  
mirándome de hito en hito  
y sin responder palabra.

CLARA. ¿Pero qué dirá de mí?

BLAS. Diga cuanto le dé gana.  
¿Qué te importa? Mas ya viene;  
ponte aquí; vuelve la cara;  
cuenta...

*(La coloca en medio del teatro con la cara  
vuelta hacia la izquierda, donde habrá  
una mesa.)*

NARCISO. *(Saliendo.)* Don Blas; ved si está  
en buena forma.

BLAS. Me agrada.

Ea, pues; también Clarita

---

(1) Falta un verso en todos los ejemplares consultados.



en debida forma aguarda. (*Saca el reloj.*)

Ved esta muestra: las siete

y diez minutos señala;

póngola sobre la mesa.

Ahora, moved las quijadas;  
porque, en cumpliéndose el plazo,  
toco yo la retirada.

NARCISO. Los momentos son preciosos,  
amabilísima Clara;  
y así os digo que mi pecho  
por vos arde en dulces llamas.  
Esto supuesto, decidme,  
por premio de tantas ansias,  
si admitís mis rendimientos;  
hablad sólo una palabra;  
responded, mi bien.

BLAS. ¡Qué gusto!

Don Narciso le regala  
perfectamente el oído;  
diez minutos sólo faltan.

NARCISO. ¿No me respondéis? ¿Qué es esto?  
¿Qué significa tan rara  
tibieza? Mas ya comprendo  
de vuestro desdén la causa.  
Ese caduco os violenta  
y me priva de la grata  
dulzura de vuestra voz.  
Ya no tengo tolerancia.  
¡Señor don Blas!

BLAS. ¿Qué queréis?

NARCISO. Se acabó el trato.

BLAS. ¡Caramba!

- Cuatro minutos lleváis  
de peladero de pava,  
y ya es mío el primer cuerpo  
de la casa. Vaya, vaya;  
proseguid. (*Aparte.*) Al pobre hombre  
se le avinagra la baba.
- NARCISO. (*Más alto.*) ¿Es posible, dueño mío,  
que a ese viejo, a ese fantasma,  
queráis complacer, a costa  
de un pecho que os idolatra?
- BLAS. Eso es insultarme, amigo;  
y yo, ni por esta casa  
ni por todas las del barrio  
sufriré tales infamias.
- NARCISO. Devolvedme la cesión.
- BLAS. ¡Oh! Proseguid; que se pasa  
el tiempo.
- NARCISO. Mi bien; haced  
una seña de que, grata,  
me permitís adoraros.  
(*Clara se mueve, y para disimularlo se rasca  
la cabeza.*)
- BLAS. ¿Cómo es eso? ¿Qué te rascas?  
¿Así obedeces mi orden?  
¡Por vida!...
- NARCISO. ¿De qué es la saña?  
¿Por qué os alteráis?
- BLAS. Porque  
yo no la tengo enseñada  
a tales descortesías.
- NARCISO. La paciencia se me acaba  
de escucharos.

- BLAS. No, no, amigo;  
proseguid, que poco falta.  
¡Quién pudiera adelantar  
el minuterio! ¡Qué rabia!
- NARCISO. (*Más alto.*) Vuestra seña ha serenado  
mi corazón, dulce Clara;  
y así, sabed cómo tengo  
sobornada a vuestra aya;  
y aun don Pedro lisonjea  
mis amantes esperanzas.
- BLAS. Ocho minutos: ya es mío  
el principal. ¡Qué ganancia  
tan segura!
- NARCISO. Hoy, dueño mío,  
se unirán nuestras dos almas;  
y, por tanto, despreciad  
las celosas amenazas  
de ese estafermo, que intenta  
tiranizar tantas gracias.
- BLAS. Ello es cierto que me gano  
en dos por tres una casa;  
mas también estoy echando  
el alma por una ijada.
- NARCISO. Voy a disponer el modo  
de cumplirlos la palabra;  
y entretanto, dueño mío...
- BLAS. Ya se arrima mucho a Clara.  
Don Narciso, por cumplido.
- NARCISO. ¿Cómo puede ser, si faltan  
dos minutos?
- BLAS. Vos también  
le habéis olido la cara,

y eso no era del ajuste;  
conque adiós, y Santas Pascuas.

NARCISO. Tan sólo dos palabritas...

BLAS. Decídlas a la Tarasca.  
El trato es trato.

NARCISO. Siquiera...

BLAS. Volved, si queréis, mañana  
a decírmelas a mí.

NARCISO. Bésoos los pies, doña Clara. (*Vase.*)

BLAS. Quedamos solos. Ahora  
me has de decir, buena maula,  
qué indicaba aquella seña.

CLARA. ¿Yo señas? Usted me agravia.

BLAS. Sí, sí; cuando te rascaste.

CLARA. Yo me aparté de la cara  
un pelo. ¡Qué buen concepto  
le debo a usted! ¡Buena paga  
merece el dulce... (*Llorando.*)

BLAS. ¿Qué es dulce?

CLARA. ... amor... (*Llorando.*)

BLAS. Prosigue, mi alma.

CLARA. ... el dulce amor que le tengo!

BLAS. No llores, cotorra amada;  
que ya se me fué el enojo.  
Límpiate los ojos; vaya.  
¿Me quieres mucho?

CLARA. Remucho.

BLAS. ¡Oh, qué vida nos aguarda!  
En casándonos, te llamo  
pichona de mis entrañas.  
Y tú, ¿cómo has de llamarme?

CLARA. Mi esposo.

BLAS. No, no me agrada.

Un nombre diminutivo.

CLARA. Blasito, niño de mi alma.

BLAS. Eso sí; dilo otra vez.

CLARA. Blasito, niño...

BLAS. ¡Qué gracia!

Yo me vuelvo una jalea.

Mas ¿quién entra en esta sala?

Salen DON PEDRO y DOÑA FELIPA.

PEDRO. Aquí, hermano, te presento  
a doña Felipa, el aya,  
que ahora acaba de llegar.

BLAS. Yo lo celebro; su cara  
respira virtud; es propia  
para custodiar muchachas.

FELIPA. Señor, la fisonomía  
algunas veces engaña;  
y así, el mayor testimonio  
de quien soy, es esta carta.

BLAS. Veamos, pues. Firma y letra  
son de don Alberto Mata.

(Lee.) «La persona que le envió ha disipado los escrúpulos de muchos maridos con su vigilancia y buenos consejos; yo desearé que desvanezca también los vuestros. Nada es más raro que una directora incorruptible. Así es que corren algunas anécdotas que no dan buena opinión de su fidelidad; pero debemos creer que el despecho de los amantes forma estas qui-

meras. En fin; la portadora ha gobernado tres o cuatro mujeres, que han fallecido a los cuatro meses de casadas; algunos dicen que las ha matado de pesar; pero en todo caso, mejor es para un celoso el perder a una mujer que no padecer dolores de cabeza.»

*(Representando.)*

Este es su estilo; su humor no puede dejar la chanza.

CLARA. ¿Conque usted me matará dentro de dos meses? Vaya, que puedo estar muy contenta.

FELIPA. Usted, por cierto, me agravia.  
¿Yo matar a las señoras que los maridos me encargan?  
¿Yo, que soy como la miel?  
Déle al Cielo muchas gracias por haber hallado en mí quien serene las borrascas de sus ardientes pasiones con obras y con palabras.

BLAS. ¡Es excelente mujer!  
Debía haber en cada casa uno de estos cancerberos, que a los mozos espantara.

PEDRO. Blas; he visto a don Narciso acechar en la antesala.

BLAS. ¿Por qué le has dejado entrar?

PEDRO. Hombre de sus circunstancias, que lleva siempre en las manos los diamantes y la plata,

¿qué candado tocará  
que no se vuelva de masa?  
Apuesto que quiere hablar  
a doña Felipa.

BLAS.                                Calla;  
y ocultémonos allí,  
que quiero experimentarla.

PEDRO. Dices bien. ¡Gran pensamiento!  
(*Aparte.*) El miserable se clava.

BLAS. Ven, Clarita.  
(*Bajo.*) Y usted, cumpla  
su deber.  
(*Se ocultan.*)

FELIPA. Quedo enterada.

NARCISO. *(Saliendo.)*  
¿Se os puede hablar?

FELIPA. ¿Cómo es eso?  
¿Un hombre dentro de casa?  
Esto exige un pronto arreglo.  
¿Qué buscáis?

NARCISO. Yo deseaba  
poder hablaros a solas.

FELIPA. Yo no quiero escuchar nada.  
Idos al punto.

NARCISO. Esperad;  
y no os mostréis tan ingrata  
con un hombre...

FELIPA. Que será,  
según el aire declara,  
uno de esos pisaverdes  
que se divierten a espaldas  
de los maridos.

NARCISO.

Yo soy  
de los que dan a las ayas  
cien doblones, cada vez  
que le franquean la entrada.  
(*Bajo.*) Ya he ganado hoy al Notario.  
Haced que hoy mismo se haga  
la boda.

FELIPA.

Bien. Pues, señor,  
vuestras promesas son vanas  
conmigo. No soy mujer  
que por intereses arma  
tales lazos a un marido.

NARCISO.

Yo imagino que esta caja  
templará vuestro rigor.

FELIPA.

Vos sois Satanás, que trata  
de tentarme. Retiraos,  
o alborotaré la casa.

NARCISO.

Ya me voy; pero, por esto,  
aun no pierdo la esperanza. (*Vase.*)  
(*Salen don Blas y don Pedro de donde es-  
taban retirados.*)

BLAS.

Argos de mi corazón;  
virtuosísima Susana,  
un abrazo es digno premio  
de tan heroica constancia.

FELIPA.

Respetad mi honestidad,  
y escuchadme. La batalla  
que me espera es muy terrible,  
porque ese amante dispara  
con el oro, munición  
que es peor que la metralla;  
y así, para que yo pueda



combatir con eficacia,  
es preciso que esta noche  
os caséis.

BLAS. Pues que se haga.

PEDRO. . Yo iré a llamar al Notario. (*Vase.*)

BLAS. Corre, hermanito; despacha.  
Doña Felipa; llamadme  
a mi dulcísima Clara.

FELIPA. Yo aseguro que muy pronto  
te tirarás de las barbas. (*Éntrase.*)

BLAS. Llegó el tiempo, dios Cupido,  
en que cubras con tus alas  
a don Blas, para que llegue  
sin agüeros a tus aras.  
Pero ya sale mi esposa.  
Sólo el nombre me regala  
los oídos y la boca.  
Ven acá, paloma blanca.

CLARA. (*Saliendo.*) ¿Qué quiere usted?

BLAS.

que ya esta noche se acaban  
mis desvelos, enlazando  
nuestras manos.

Declararte

CLARA. Prisa tanta  
¿por qué ha sido?

BLAS. No te asustes;  
que no es alguna desgracia  
lo que te espera. El amor  
estos pasos adelanta.  
Qué, ¿lo sientes?

CLARA. No, señor;  
porque usted, al fin, me ama,

- y me tratará muy bien.  
BLAS. En eso tú no te engañas.  
Mira; cuando yo me enfade  
no me respondas palabra,  
sino vete aproximando  
con tus dulces gachonadas;  
después me quitas el gorro  
de la cabeza; me rascas;  
y con un Blasito al canto  
me verás como una Pascua.  
¿Lo harás así?
- CLARA. Sí, señor;  
y aun le daré a usted en la espalda  
tres palmaditas.
- BLAS. Mejor.
- CLARA. Y un tirón de oreja.
- BLAS. ¡Brava  
invención! Pues, de esta suerte,  
no habrá muñecos en casa.  
Dame un abrazo.
- FELIPA. (*Saliendo.*) Señor;  
he visto por la ventana  
a vuestro hermano, qué viene  
con el Notario.
- BLAS. Una caja  
de Orihuela voy a daros  
en albricias.
- FELIPA. ¡Linda alhaja!

Salen DON PEDRO, el NOTARIO y DON NARCISO, vestido de negro pobremente, el cual se queda retirado.

NOTARIO. Señor don Blas, a la orden :  
todo está corriente; falta  
que firméis, para que os echen  
las bendiciones.

BLAS. Me agrada.  
¡Qué fortuna! Nunca, nunca  
he firmado con más gana. (*Firma.*)

FELIPA. Mirad bien al escribiente.

CLARA. ¿Mi amante?

FELIPA. Sí.

NOTARIO. Doña Clara,  
firmad aquí.

CLARA. Yo no acierto. (*Firma.*)

NOTARIO. No estéis, señora, turbada.  
Don Pedro, como testigo.

PEDRO. Yo firmo con vida y alma.

NOTARIO. Otro testigo será  
mi Oficial; no importa nada.  
Firmad.

(*Mientras firma don Narciso, llama don  
Pedro aparte a don Blas para que no  
repere en don Narciso.*)

PEDRO. ¡Hermano!

BLAS. ¿Qué quieres?

PEDRO. Es menester que le hagas  
un buen regalo al Notario.

BLAS. Ya tengo aquí preparada  
media onza.

- NOTARIO. Ya está todo.
- BLAS. Pues dame tu mano blanca.  
*(A tiempo que don Blas va a tomar la mano a Clara, don Narciso se adelanta, la toma y se descubre.)*
- NARCISO. Llegáis tarde, porque ya tiene esposo doña Clara.
- BLAS. ¡Qué miro? ¿Sois don Narciso?
- NARCISO. El mismo.
- BLAS. ¿Qué zalagarda es ésta, señor Notario?
- NOTARIO. Señor don Blas; las plegarias de vuestro hermano, los ayes de don Narciso, y...
- BLAS. La plata, diréis mejor.
- NOTARIO. De manera que la señora lo ama.
- BLAS. ¿Y tú qué dices, Clarita?
- CLARA. Que ya mi mano está dada.
- BLAS. De rabia no estoy en mí.
- CRIADO. *(Saliendo.)* Unos músicos acaban de preguntar por usted.
- BLAS. Diles, luego, que se vayan; que en mi casa no hay saraos.
- NARCISO. Pues en la mía se baila; y si queréis concurrir, el dote de doña Clara os lo doy para un vestido.
- BLAS. Y bailaré contradanzas, si es menester.
- PEDRO. Yo seré

vuestro padrino.

NARCISO. Mil gracias.

FELIPA. Le doy a usted parabienes.

NARCISO. Vengan todos a mi casa.

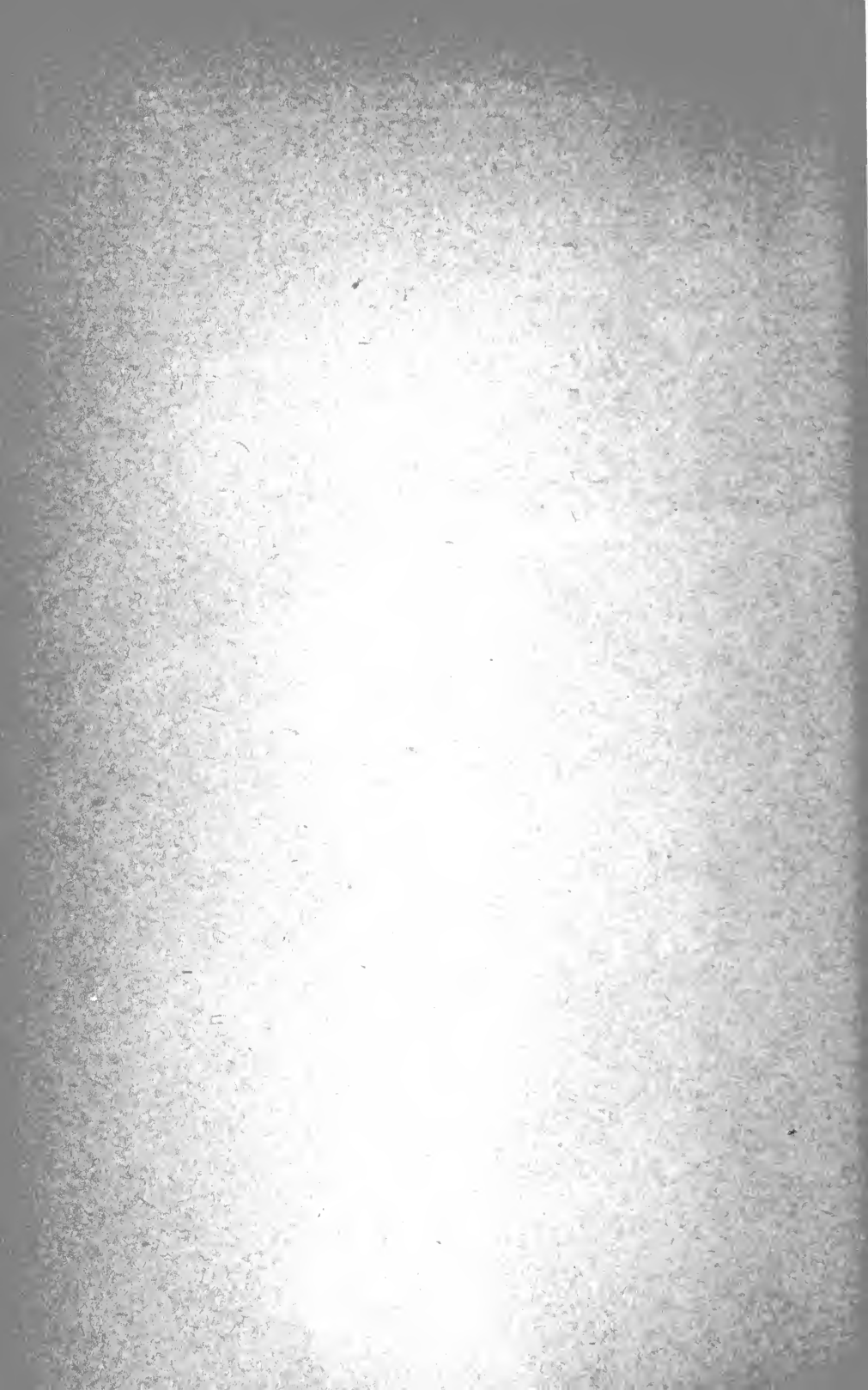
CLARA. ¡Feliz suerte!

NARCISO. ¡Dulce día!

BLAS. (*Al criado.*) Trae mi peluca y espada.

TODOS. Y aquí da fin el sainete;  
perdonad sus muchas faltas.

FIN



# LOS LITERATOS

**SAINETE**

## PERSONAS

DON PANTALEÓN, boticario.

DON TORIBIO, abate pedante.

DON BLAS, médico.

DON BENITO, médico.

DON JUANITO, currutaco.

MARIQUITA, maja.

DOÑA BEATRIZ, devota.

DON PEDRO, miserable.

DON MATEO, embrollador y rufián.

DON LORENZO, padre indolente.

DON JACINTO, literato.

UN JUEZ.

MAJAS.

CURRUTACOS.

ALGUACILES que no hablan.



## LOS LITERATOS

---

La escena representa la botica de don Pantaleón, con algunas sillas delante del mostrador. Aparecen DON BENITO y DON BLAS sentados; y sale DON PANTALEÓN de adentro, en cuerpo.

PANT. Señores, ¿de qué se trata?

BLAS. Estábamos disputando  
sobre un punto interesante.

PANT. Pero ¿qué es ello? Sepamos.

BLAS. El álcali mineral.

PANT. Sí, señor; alias el natro.  
¿Y qué dice usted, don Blas?

BLAS. Que debe el género humano  
labrar en medio del mundo  
un monumento de mármol  
con esta inscripción: *Potenti  
salubri abtatoque natro  
quod, salutem reparavit  
maximus orbis terrarum  
eam columnam*, D, P, Q, R  
y todo el abecedario.

BENITO. Usted delira.

BLAS.                      ¿Por qué?

BENITO. Porque quiere que creamos  
que puede haber un remedio  
universal.

BLAS. ¡Buen reparo!  
¿No sabe usted que ha mil siglos  
que andamos todos buscando  
el elixir de la vida?

BENITO. En cada ciencia hay desbarros.  
Los médicos y alquimistas,  
en otro siglo, buscaron  
unos vida y otros oro;  
pero ya, desengañados,  
saben que Naturaleza  
jamás podrá revelarnos  
secretos que inutilicen  
sus leyes y sus conatos.  
Además, que ese remedio  
tiene de fecha más años  
que lo que usted quiere darle.

BLAS.        ¿Y quién dice lo contrario?  
Ya he dicho yo que Noé,  
para bien de los humanos,  
dió la receta a sus hijos;  
que todos ellos la usaron,  
y que por eso vivieron  
setecientos y más años;  
pero que después, quizás  
por sus culpas y pecados,  
se perdió tan gran secreto  
y se fué acortando el plazo  
de nuestra vida, hasta que

nuevamente se ha logrado  
descubrir este secreto;  
y en su virtud confiado,  
los convido a merendar,  
de aquí a tres siglos, un pavo  
en casa de Langostini,  
con tres botellas al canto.

PANT. Yo, por mi parte, lo aprecio.

BLAS. Sin cortedad.

BENITO. Lo estimamos.

TORIBIO. (*Saliendo.*)

¡Que esto suceda en el mundo;  
que un pedantón, un menguado,  
tenga valor de morder  
las obras de un literato  
como yo!

BENITO. ¿Qué es esto, amigo?

BLAS. ¿De qué nace tanto enfado?

PANT. ¿Qué tiene?

TORIBIO. ¿Qué he de tener?

Que don Jacinto, o don Diablo,  
me ha criticado una obra,  
que en escribirla he gastado  
toda mi vida.

BLAS. ¡Qué infamial

¿Y qué título? Sepamos.

TORIBIO. «Proyecto crítico-químico-  
económico-didáctico,  
para viajar por el día  
sin gastar siquiera un cuarto.»

PANT. Será un libro muy curioso.

TORIBIO. Como que enseñó los varios

disfraces que debe usar  
un viajante. En unos casos  
aconsejo la esclavina,  
en otros un pie de palo;  
mas lo seguro es llevar  
una demanda en un asno.  
Después explico las reglas  
para fundir en las manos  
los metales, y romper  
el hierro de los candados.  
En fin; es obra admirable;  
y, sobre todo, el tratado  
de falsificar las firmas  
descubre mi talentazo.

BLAS.                   Usté es un hombre de pro.

TORIBIO.           ¡Y que se atreva un naranjo  
a criticarme!

BENITO.                       Veremos  
la contracrisis.

TORIBIO.                       ¿Yo a un asno  
responderle? ¡Ciertamente  
que luciera mi trabajo!

BENITO.                   ¿Pues qué pretende usté hacer?

TORIBIO.                   ¿Qué pretendo? Soterrarlo  
en un calabozo.

TODOS.                       ¿Cómo?

TORIBIO.                   Sí, señor; he presentado  
tres testigos que aseguran  
haberle visto, en un cuarto,  
varias pinturas obscenas.

PANT.                   Muy bien hecho.

BENITO.                       Su criado

me ha dicho que tiene libros  
ocultos en un armario;  
conque no es menester más.

BLAS. Y si no, por corolario,  
introducirle un papel  
entre los suyos, hablando  
contra las leyes.

PANT. ¡Famoso  
ardid!

TORIBIO. Ya lo he proyectado.  
Fuera de eso, ustedes saben  
que ese idiota dió al teatro  
una comedia en que pinta  
los vicios con negros rasgos.  
Pues yo, para hacerlo odioso,  
señalé a cada retrato  
su original, y ya tengo  
medio pueblo sublevado;  
de manera que a estas horas  
habrán presentado un saco  
de querellas contra él.

BLAS. Tiene usted talento raro  
para estas cosas.

TORIBIO. Que venga  
con critiquillas el guapo.

PANT. Callad, que llega.

TORIBIO. Que llegue;  
yo me precio de hablar claro.

JACINTO. (*Saliendo.*) ¿De qué se trata, señores?

TORIBIO. Tratamos de sus desbarros.

JACINTO. Muchos tendré, pues los hombres,  
de la perfección distamos

largo trecho.

TORIBIO.                                   Usted será  
el imperfecto don Asno;  
porque yo tengo una borla  
que me ha llenado los cascos  
de sabiduría; y puedo  
presentarme en cualquier acto  
con mi muceta, mis guantes  
y un bonete como un plato.  
Y si usted me apura mucho...

JACINTO.   No se sofoque usted tanto;  
y advierta que no es la borla  
quien hace a los hombres sabios.

BENITO.   ¿Cómo es eso?

BLAS.       (*Se levanta.*)   ¿Qué habla usted?

TORIBIO.   Dejen; que yo solo basto.  
Señor alcornoque; *nego*  
*propositionem.*

JACINTO.                                   No trato  
de charlar.

TORIBIO.                                   *Nego antecedens.*

JACINTO.   No me deis esos gritazos.

TORIBIO.   *Probo minorem sub sumpta.*

JACINTO.   ¡Qué jerigonza!

TORIBIO.                                   ¿Le ataco  
de firme?

BLAS.       Tírale duro.

TORIBIO.   *Distingo maiorem.*

TODOS.                                   ¡Bravo!

TORIBIO.   *Substantialiter concedo;*  
*idealiter negavo,*  
*ham Averroes, Avicena,*

*rapsis, omnes.*

JACINTO. Sosegaos.

LORENZO. (*Saliendo.*) ¿Quién es aquí un don Jacinto,  
poeta de tres al cuarto?

TODOS. El señor.

LORENZO. ¿Conque usted, amigo,  
sin piedad me ha criticado  
en su maldita comedia?

JACINTO. ¡Yo! ¿Cómo?

LORENZO. No hay que negarlo.

Usted me ha pintado en ella  
como un padre descuidado.

¿Y por qué? ¿Porque permito

que carguen tanto la mano

mis niñas en el afeite,

que hay día que si no saco

los espejuelos no puedo

conocerlas; porque pago

un maestro de boleras

para que, a fuerza de saltos,

se libren de opilaciones;

porque parece mi estrado

siempre un café, donde pasan

las inocentes el rato,

en medio de una caterva

de *incroyables*, conversando

sobre materias de honor

en un nuevo castellano?

Ea, pues; dígame usted

si hay en esto algo de malo.

Si las dejo que visiten

damas de todos estrados,

es porque no sean Quijotas;  
en fin, si van a saraos;  
si por las mañanas corren  
como toros desmandados  
todas las calles y plazas  
con mantones estrellados,  
sayas de tres baterías,  
haciendo alarde del garbo,  
son muchachas y desean  
pescar un marido al paso;  
pues el padre que no quiera  
ver en su casa un retablo  
de doncellas pollanconas,  
ha de hacer lo que yo hago.

TORIBIO. Dice usted bien. Si este hombre  
debiera estar enjaulado.

JACINTO. De manera...

LORENZO. Será vana  
toda disculpa. Yo parto  
a querellarme de usted.

MATEO. (*Saliendo.*)  
Yo también; pues me ha tratado  
en las tablas de rufián  
y estafador.

JACINTO. Yo no hablo  
de nadie, más que del vicio.

MATEO. Es usted un mentecato,  
pues llama vicio a la industria.  
Yo, señores, soy casado;  
y, en seis años, mi mujer  
me ha dado doce muchachos.  
¿Conque cómo podré dar



todos los días abasto  
a este escuadrón de quijadas,  
si de arbitrios no me valgo?  
Mi padre no me dió oficio;  
pues, aunque pobre, era hermano  
de una Abadesa, y no quiso  
hacer a su sangre agravio.  
Por esta causa mi casa  
es el terreno de cuantos  
pisaverdes hacen cocos  
a las mocitas del barrio.  
Allí escriben sus billetes,  
allí reciben recados;  
y cuando quieren los niños  
hablarse sin sobresalto,  
me dan dinero, y al punto  
armo en mi sala un fandango.  
Entonces vienen las ninfas;  
y aunque las madres sean argos,  
en empezando a cenar,  
a todos los espantajos  
que incomodan se les da  
opio en el vino; y bailamos  
al compás de los ronquidos  
de las viejas y pelmazos.  
Por estos y otros favores  
me quieren, me hacen regalos;  
y así, cuando mi mujer  
suele fingir un mal parto,  
un tabardillo, un insulto,  
entra por mi puerta tanto,  
que hay chocolate y gallinas

- para hartarse todo el año.  
TODOS. ¡Famoso arbitrio!  
MATEO. También  
solicito aficionados  
que hagan alguna comedia  
en mi casa; y como tantos  
gustan de la mezcolanza,  
hay quien me ponga en la mano  
media onza por entrar  
a oler faldas en el patio.  
TORIBIO. Bien. Usted busca su vida.  
Si digo que es un malvado  
este hombre.  
MATEO. Yo he de hacer  
que se acuerde el bribonazo  
de su crítica.  
PEDRO. (*Saliendo.*) Lo mismo  
le juro por San Macario.  
TORIBIO. ¡Bueno! Con eso irá a ver  
los birretes colorados.  
JACINTO. ¿Yo, por qué?  
PEDRO. Porque me pone  
de miserable y avaro.  
JACINTO. Lo será usted.  
PEDRO. No hay tal cosa;  
que yo solamente guardo  
una exacta economía;  
por eso el peso que agarro  
lo sepulto donde nunca  
vuelve a verse en otras manos.  
TORIBIO. ¿Y qué come usted?  
PEDRO. Muy bien,

y sin que me cueste un cuarto.  
Yo me voy todos los días  
a la plaza; y, a dos manos,  
voy recogiendo tronchitos,  
hojitas de colinabos  
y otras verduras, que arroja  
quien lo gana sin trabajo.  
Me vuelvo a casa; allí enciendo  
unas astillitas; hago  
una ensalada cocida  
con agua y sal, que es un pasmo.  
Luz, yo no la necesito,  
pues como no hay en mi cuarto  
en que tropezar, a obscuras  
ando con desembarazo.  
Yo jamás rompo la ropa.  
Este vestido ha diez años  
que en Galicia lo heredé;  
y como tengo el cuidado  
de zurcirlo, espero en Dios  
ir con él amortajado.  
Así vivo como un duque.  
Todos los días feriados  
entro en la Comedia, luego  
que el cobrador se ha marchado.  
Cuando hay toros, siempre soy  
el primero que me planto  
en la Plaza, y el postrero  
a quien echan los soldados;  
de modo que, aunque los tiempos  
estén caros o baratos,  
yo me divierto, yo como,

- y siempre lo mismo gasto.
- TORIBIO. Muy bien hecho, porque usted no tendrá algún mayorazgo.
- PEDRO. Ya se ve; pues sólo tengo repartidas por los barrios cien casitas, que me rentan treinta mil pesos al año.
- JACINTO. ¡Cien casas, y comer tronchos como un cerdo! ¡Cielos santos! ¿Qué hombre es éste? ¡Y que se pique porque le llamen tacaño!
- PEDRO. Ya he dicho que es solamente economía; y en dando en criticarme, iré a un juez a quejarme del agravio.
- JACINTO. Con tal que gaste en el pleito algunos pesos, me allano a sufrir una prisión.
- PEDRO. ¡Hola! ¿Qué es eso de gastos? ¿Conque cuestan las querellas?
- TORIBIO. Mucha plata y muchos pasos.
- PEDRO. ¿Eso tenemos? Pues ya de lo dicho me retracto. Satiríceme a su gusto, y nómbrame en el teatro si le da gana, que yo me contento con citarlo en el tribunal de Dios, donde no cuesta un ochavo.
- TORIBIO. ¿Es posible que tal diga un hombre rico y honrado?
- PEDRO. Y lo afirmo. Si usted compra

papel y tinta... ¡San Marcos  
de mi vida! ¿Yo gastar?  
¡Jesús, no me tiene el diablo!  
Dígame usted miserable,  
perro, judío, bellaco  
y aun ladrón, como a mi costa  
no se alimente un gusano.

BEATRIZ. *(Sale con manto y saya.)*

Ese gusano soy yo;  
pero Dios no me ha criado  
para ver sobre las tablas  
la risa de los profanos.

TORIBIO. Mire usted las consecuencias  
de sus dichos y sarcasmos.

JACINTO. ¿Pues qué delito es el mío?

BEATRIZ. Haber dicho en el teatro  
que es tan sólo hipocresía  
mi virtud. Dios mío, ¿cuándo  
respetarán a los justos?  
Diga usted: ¿en qué he faltado?  
Yo en verano y en invierno  
a las once me levanto,  
para examinar mejor  
mi conciencia con descanso;  
dejo al muchacho en la cuna  
dando chillidos, y salgo  
a sepultarme en la iglesia;  
allí, sentada en un banco,  
pido a Dios por la que entra  
con su rodrigón al lado;  
por la que lleva mantón  
con parchecitos, zapatos

de color, saya con flecos  
y el semblante embarnizado.  
A las dos me vuelvo a casa,  
y me encuentro renegando  
a mi marido. ¿Y por qué?  
Porque quiere el mal cristiano  
que deje mis devociones  
para asistirlo y cuidarlo.  
No es posible convertirlo;  
reniega, rompe los platos,  
tira las sillas; y al fin,  
Satanás, que está atizando,  
mete la pata; «Soy débil»,  
le respondo al bribonazo;  
él se emperro, yo me emperro,  
y termina en arañarnos.  
Entonces me encierro; como  
dos pichoncitos; y acabo  
dándome una disciplina;  
el demás tiempo lo paso  
en casa de unas beatas,  
refiriendo los desbarros  
de las vecinas; y así,  
sacamos fruto del trato.

BLAS. ¡Vida ejemplar! ¡Pobre zote!  
Confúndase al escucharlo.

TORIBIO. Si ese hombre está ya ardiendo.

BEATRIZ. Yo lo he visto condenado  
en una visión que tuve  
anoche. Estaba espulgando  
la perrita, y me quedé  
sumergida en un letargo.

Entonces se me aparece  
un espectro, monstruo o diablo,  
arrojando horrendas llamas  
por los ojos de leopardo.  
¡Válgame Dios, qué horroroso!  
Tenía los pies de gallo,  
boca y narices de mico,  
los cabellos encrespados  
y unos cuernos retorcidos  
de cinco palmos de largo.  
Él era corto de vista,  
porque traía en la mano  
un monóculo mayor  
que una sartén. A los lados  
llevaba abiertas dos alas  
de avestruz, y con el rabo  
deshollinaba las vigas  
al tenderlo y enroscarlo.  
Yo, con valor, le pregunto:  
«Di quién eres, o te amarro  
con la correa.» Él entonces  
me respondió ceceando:  
«No se asuste usted, señora;  
que soy poeta.» Le amago,  
cruje los dientes; le pego  
cuatro o cinco correazos;  
y, dando un fuerte estallido,  
desapareció, dejando  
por tres días un olor  
como de almizcle, en el barrio.

JACINTO. Señora, por Dios le ruego  
que no venga aquí a contarnos

sandeces.

BEATRIZ.

¿Cómo sandeces?

Calvinista, luterano,  
incrédulo; el Cielo envíe  
sobre su cabeza un rayo;  
una víbora le muerda;  
un toro le haga pedazos...  
¡Qué digo? ¡Jesús! El celo  
me cegó... Dios lo haga un santo.  
(*Salen don Juanito y otros currutacos.*)

JUANITO.

¿Adónde está ese bribón  
que se atreve a criticarnos  
la máquina calzonaria?  
(*Salen Mariquita y otras majas.*)

MARIQ.

¿Quién es ese deslenguado  
y endinote, que se atreve  
a tomar en boca al barrio  
de la Viña?

TORIBIO.

¡Linda gresca!  
Señores; ése es el guapo  
que ustedes buscan.

MAJA 1.<sup>a</sup>

¡So mandria,  
salga usted fuera!

CURR. 1.<sup>o</sup>

Este palo  
que usted critica, ha de ser  
el que le rompa los cascos.

CURR. 2.<sup>o</sup>

Si sale, con las correas  
del calzón tengo de ahorcarlo.

MAJAS.

¡So endino, salga usted fuera!

CURR. 1.<sup>o</sup>

Hable usted, so poetastro.

JACINTO.

Señores; que mi comedia  
a ninguno le hace agravio.



La extravagancia y el vicio  
se introduce en los más altos  
institutos, y corrompe  
las costumbres de un Estado.  
Entonces es cuando vibra  
sus inexorables dardos  
la sátira, sin tirar  
a objeto determinado.  
Si alguno se siente herido,  
no debe culpar al brazo  
que dispara; culpe sólo  
sus errores; y, sensato,  
busque remedio en la enmienda  
y ponga un sello en sus labios.

LORENZO. Sea lo que fuere, yo digo  
que es usted un desvergonzado.

MATEO. Un hombre que me moteja  
y no me da para el plato.

BEATRIZ. Un mal alma.

PEDRO. Un hombrecillo  
gastador, estrafulario.

MARIQ. Usted ha emporeado la Viña  
con sus versos.

JUANITO. Ha insultado  
el currutaquismo.

LORENZO. Al punto  
vamos todos a quejarnos.

TODOS. Vamos a un juez.

JUEZ. (*Saliendo.*) La Justicia.

PANT. Señor Juez, ¿tiene usted algo  
que mandarme?

JUEZ. Vengo aquí

por un sujeto.

TORIBIO. Ya estamos.

Ese caballero es  
al que viene usted buscando.

PEDRO. Ya las pagará usted juntas.

BEATRIZ. Aunque mala, hago milagros.

JUEZ. Afiancen al señor.

JACINTO. Pero, señor Juez, sepamos  
por qué es esta tropelía.

JUEZ. No estoy ahora en el caso  
de satisfacer a usted,  
don Toribio.

JACINTO. Yo me llamo

Jacinto.

JUEZ. ¿Cómo? ¿Pues quién  
es don Toribio Lagarto?

JACINTO. El señor.

JUEZ. Pues que lo amarren;  
y usted perdóneme el chasco.

TORIBIO. ¿Yo preso? ¿Por qué delito?

JUEZ. Por haber falsificado  
algunas firmas.

TORIBIO. Señor;  
si fueron unos ensayos  
para escribir mi proyecto  
de ver Cortes sin un cuarto.

JUEZ. Pues póngale en una nota  
ese bello resultado.

LORENZO. Nosotros, de ese poeta  
ante usted nos querellamos.

JUEZ. ¿Por qué causa?

LORENZO. Porque ha puesto

una pieza en el teatro,  
en que me trata de padre  
indolente.

PEDRO.                   A mí de avaro,  
porque encierro los doblones  
para que no causen daño.

MATEO.               Y a mí de rufián, que es  
alcahuete en castellano.

BEATRIZ.           ¿Qué diré yo, pues me llama  
hipócrita, el temerario,  
cuando un ciego está escribiendo  
toda mi vida y milagros  
en seguidillas boleras?

JUANITO.           ¿Qué mucho, si de sus manos  
no ha podido libertarse  
el gremio de currutacos?

MARIQ.           Ni la Viña, con tener  
por su Patrón al dios Baco.

TODOS.           Todos pedimos justicia.

JUEZ.           Señores, vamos despacio.  
Yo he visto representar  
esa comedia, y no hallo  
cosa digna de notarse.  
Sus pinceladas y rasgos  
ridiculizan el vicio,  
sin formar algún retrato  
particular; conqué así,  
no crean a los menguados  
que, por denigrar las obras  
de un autor digno de aplauso,  
procuran hallar motivo  
de interrumpir sus trabajos.

TORIBIO. Eso es lo que hacen conmigo.

JUEZ. Por eso quiero premiarlo.

PEDRO. Yo me voy a recoger  
mi alimento acostumbrado.

MATEO. Las cinco son, y esta noche  
tengo en mi casa fandango.

BEATRIZ. La carne a todos nos pierde;  
yo quisiera ser de palo.

TODOS. Y aquí da fin el sainete;  
perdonad defectos tantos.

FIN

# EL LUGAREÑO EN CÁDIZ

**SAINETE**

## PERSONAS

DON PÁNFILO.

DOÑA SIMEONA.

DOÑA QUITERIA.

DON PASCUAL.

PEDRO JIMÉNEZ.

UNA USÍA.

UNA CRIADA.

UN BORRACHO.

UN TENDERO.

UN POBRE.

UN MARINERO.

UN CIEGO.

UN PELUQUERO.

UN CALESERO.

UN AGUADOR.

UN SARGENTO.

## EL LUGAREÑO EN CÁDIZ

---

La escena se representa en la plaza de San Juan de Dios, con puestos, vendedores, etc. A la izquierda tienda de mercader con TENDERO; el POBRE MENDIGO tendrá delante del pecho dos manos postizas; el SARGENTO y los SOLDADOS estarán paseándose; el CIEGO, a un lado con su guitarra; el CALESERO se paseará con su látigo en la mano; el AGUADOR con su cántaro y vasos.

AGUADOR. Agua; ¿quién la bebe fresca?

CALESERO. ¿Quién quiere un calesín bueno?

CIEGO. (*Cantando.*) «Apenas entró el marido  
y advirtió que don Alberto  
hablaba con su mujer,  
cuando, llamando a su negro,  
le mandó ensillar la jaca  
y entró respirando fuego.»  
(*Pregona.*) En dos cuartos el curioso  
romance de un caballero  
natural de la Alpujarra,  
que mató por unos celos  
a su mujer, a su padre,  
a sus dos hijos, al perro,  
al gato, al mico y al loro;

- sin otros muchos sucesos  
que verá el sabio lector.
- POBRE. Den limosna, caballeros,  
por el toro de San Marcos,  
por el gallo de San Pedro,  
a este pobre, que ha tres días  
que no toma otro alimento  
que líquidos; y de hambre  
tiene flato en el cerebro.
- PEDRO. (*Saliendo.*) ¡Válgame Dios, que zuidad  
tan jermosa! Aquí hay flamencos,  
moros, y otras mil naciones  
que al hablar parecen perros.  
Pero ¡qué lindas muchachas  
he visto! Vaya; si encuentro  
en donde comer de balde,  
nunca me vuelvo a mi pueblo.
- CALESERO. Padrinito, ¿quiere usted  
una calesa?
- PEDRO. Yo creo  
que quiere usted chancearse.
- CALESERO. ¿Chancearme? Ni por pienso.  
¿La quiere usted?
- PEDRO. De manera  
que si usted se empeña en ello...
- CALESERO. Ya verá usted qué caballo.
- PEDRO. ¿Conque el animal es bueno?
- CALESERO. Es más ligero que un ave.
- PEDRO. Pues, señor, yo no desprecio  
los favores.
- CALESERO. Pues, padrino,  
voy a ponerla al momento.



- PEDRO. Oiga usted, amigo, cuidao;  
que por mi causa no quiero  
que nadie se perjudique.
- CALESERO. Calle usted. Si yo deseo  
servir siempre a las personas  
que lo merecen. Ya vuelvo. (*Vase.*)
- PEDRO. ¡Jesús, qué hombre tan garboso!  
Mire usted; ¡sin conocerlo  
regalarme una calesa  
con su caballo! ¡Estoy lelo!  
Voy a esperarlo en la esquina.  
(*Al irse por la derecha sale el peluquero,  
que tropezando con él lo deja caer y se va.*)
- PELUQ. Ya son las nueve...
- PEDRO. ¡San Telmo  
me ampare!
- PELUQ. Perdone usted.  
¡Cuatro marchantes a un tiempo!  
Vaya; no puede cumplir  
si no es galgo un peluquero. (*Vase.*)
- PEDRO. Me ha roto cinco costillas.  
Pero, ¡Jesús; cuál me ha puesto  
de harina! ¡Maldito sea!  
Éste será tahonero  
que andará buscando al macho  
por esas calles. Si vuelvo  
a encontrarlo...  
(*El borracho habrá salido por la izquierda;  
Pedro Jiménez se habrá ido sacudiendo  
la capa hasta encontrarse con el borra-  
cho, y caen al suelo los dos.*)
- BORRACHO. Con licencia.

- PEDRO. ¿Tiene usted los ojos *güeros*?  
¡Vaya que está bueno el móo  
de pedir pasol
- BORRACHO. Silencio;  
¿para qué es hablar, si digo  
que yo a nadie nada debo? (*Váse.*)
- PEDRO. ¿Si andaré siempre rodando  
en esta zuidad? Pa esto  
no hubiera traído yo  
la capa nueva. Si vengo  
otra vez, he de venir  
todo vestido de cuero.
- CALESERO. (*Saliendo.*) Ya está puesta la calesa.
- PEDRO. Vaya; yo no sé qué empeño  
tiene en servirme. Amiguito,  
¿me ha visto usté en algún tiempo?
- CALESERO. Yo no me acuerdo.
- PEDRO. Ni yo.
- CALESERO. Vamos pronto.
- PEDRO. Esperaremos  
a un amigo, para ver  
si tiene en su casa un hueco  
donde meter ese mueble.
- CALESERO. ¿Qué mueble?
- PEDRO. El dicho.
- CALESERO. No entiendo.  
Diga usted qué.
- PEDRO. La calesa.
- CALESERO. ¿Para qué?
- PEDRO. ¡Pues está bueno!  
¿Dónde quiere que la tenga  
hasta que me vaya al pueblo?

CALESERO. ¿Cómo tenerla?

PEDRO. Si usted  
me la regala, ¿no debo  
mantener el animal?

CALESERO. ¿A mí me viene con juegos?  
Pues tome usted. (*Le da de varazos.*)

PEDRO. ¡Que me mata!

CALESERO. Por no alborotar, le dejo... (*Vase.*)

PEDRO. ¡Caramba; si estoy aquí  
me han de quitar el pellejo!  
¡Qué malditísima tierra!  
Luego dirán que el dinero  
anda tirado; pues yo  
tan sólo palos encuentro.

PASCUAL. (*Saliendo.*) Amigo Pedro Jiménez,  
¡cuánto de verle me alegro!  
¿A qué ha venido usted a Cádiz?

PEDRO. A divertirme, por cierto;  
pero me van disgustando  
las costumbres de este pueblo.

PASCUAL. ¿Conque se ha casado usted?

PEDRO. ¡Toma! Ya hace mes y medio.

PASCUAL. ¿Y quién es ella?

PEDRO. La Tecla,  
hija del tío Divieso,  
sobrina de Tres Cascarrias  
y nieta de Cuatrovientos,  
el sacristán.

PASCUAL. ¿Aquel que es  
tan simplote y majadero?

PEDRO. Ese mismo. El otro día,  
como estaba el cura enfermo,

le encargó de que en la misa noticiara a todo el pueblo de que Juana Pantorrillas y Anastasio Pocopelo contraían matrimonio, y avisase al mismo tiempo cómo era el viernes siguiente la vigilia de precepto a San Simón y San Judas; mas él lo enredó diciendo : «El viernes es la vigilia de Anastasio Pocopelo y Juana la Pantorrilla, y celebran casamiento con San Simón y San Judas. Si hay quien ponga impedimento lo avisará; que es tercera amonestación.»

PASCUAL. ¡Qué exceso  
de bestialidad!

PEDRO. Y grande;  
pues sí me gana a jumento.

PASCUAL. Si no tiene usted que hacer daremos cuatro paseos, y luego iremos a casa.

PEDRO. Vamos, aunque sea al infierno; mas oiga usted: si descubre uno de esos tahoneros con casaca, avise usted, para subirme en un vuelo a una ventana.

PASCUAL. Camine,

y deje usted los recelos. (*Vanse.*)

AGUADOR. Agua fresca; ¿quién la bebe?

CIEGO. Libritos del Jubileo.

Salen: DOÑA QUITERIA y DOÑA SIMEONA, con basquiñas y mantillas, muy escurridas, con rosario en la mano; y DON PÁNFILO, de bracero, muy ridículo.

SIMEONA. Sí, hermana Quiteria;  
aturdida vengo  
de mirar el lujo  
que hay en ambos sexos.  
¡Ah perverso mundo!  
¡Oh pasados tiempos  
de bigote y pera,  
moño y ferreruelo!  
Entonces no había  
basquiñas con flecos,  
mantones de gasa  
con cuatro boleros,  
zapatos bordados,  
ni atusado el pelo.

QUITERIA. Calla, Simeona;  
más no murmuremos.

SIMEONA. Dices bien; ¿qué he dicho?  
¡Ay Dios!, me arrepiento;  
que en todo nosotras  
damos buen ejemplo.  
¿No es verdad, don Pánfilo?

PÁNFILO. Eso por supuesto.

QUITERIA. Están muy mudados  
del todo los tiempos.

Tampoco sabían  
lo que era el bolero,  
zorongo, ni el ole  
ni otros mil meneos  
que alteran a veces  
el órgano interno.

Ésta no es envidia;  
porque acá sabemos,  
cuando llega el caso,  
manejar el cuerpo.

SIMEONA. Con tiento, Quiteria;  
más no murmuramos,  
que en todo nosotras  
damos buen ejemplo.  
¿No es verdad, don Pánfilo?

PÁNFILO. Eso por supuesto.

SIMEONA. Al Pópulo vamos  
a rezar un Credo;  
de allí a la Alameda  
a tomar el fresco;  
después a la Noria  
a ver qué hay de nuevo;  
pues en el camino  
puede que encontremos  
alguna buen alma  
guiada del cielo  
que saque de penas  
a este animalejo.

QUITERIA. San Marcos lo haga,  
que bien se lo ruego;  
pues nosotras siempre  
damos buen ejemplo.

¿No es verdad, don Pánfilo?

PÁNFILO. Eso por supuesto.

*(Llégase el pobre a don Pánfilo; y, mientras le pide limosna, le mete las manos naturales en la faltriquera.)*

POBRE. Virtuosas damas,  
nobles caballeros,  
socorran al pobre.

QUITERIA. Dios le dé consuelo.

POBRE. Yo espero en ustedes  
hallar mi remedio;  
y, si no me engaño,  
seguro le tengo. *(Sácale el pañuelo.)*

SIMEONA. Dios nos dé qué darle.  
¿No son majaderos  
los pobres, don Pánfilo?

PÁNFILO. Eso por supuesto.

QUITERIA. Vamos, Simeona;  
no se pase el tiempo.

SIMEONA. Bien decís, hermana;  
porque los momentos  
que no se aprovechan,  
sentirlos debemos;  
y más siendo santas  
por fuera y por dentro.  
¿No es verdad, don Pánfilo?

PÁNFILO. Eso por supuesto. *(Vanse.)*

AGUADOR. Agua fresca; ¿quién la bebe?

CIEGO. Romance curioso y nuevo.

MARINERO. *(Saliendo.)* Di, Anastasio: ¿has mariscao  
alguna cosa?

POBRE. Un pañuelo

que, a cambio de maldiciones,  
le he pescado a un estafermo.

MARINERO. Dámelo con disimulo.

POBRE. Tómalo.

MARINERO. No fué mal tiento.  
Verás qué pronto lo pongo  
en almoneda.

POBRE. Yo vuelvo  
a mis clamores. Señores;  
por todos los Macabeos,  
socorran a este infeliz,  
que tiene llenos los dedos  
de gavilanes, sin otros  
muchos males encubiertos.

Salen PASCUAL y PEDRO.

PASCUAL. Siéntese usted en esa tienda,  
mientras que busco un sujeto  
en la calle Nueva.

PEDRO. Yo...,  
la verdad, le tengo miedo  
a este sitio; porque aquí  
le dan a los forasteros  
tan mal trato...

PASCUAL. No receles;  
que doy la vuelta al momento. (*Vase.*)

MARINERO. Amiguito; mire usted  
qué hermosísimo pañuelo.

PEDRO. Ciertamente que es pulido.  
Ya valdrá su peso y medio.

MARINERO. Pues de balde se lo doy.



PEDRO. No, señor; se lo agradezco;  
porque, del otro regalo,  
me están doliendo los huesos.

MARINERO. ¿No es dado en ocho reales?

PEDRO. Ése, amigo, es otro cuento.  
A ver: vayan seis reales  
en calderilla.

MARINERO. No puedo.  
Dé usted siete.

PEDRO. No, señor.  
Yo me sueno con los dedos.

MARINERO. Venga la plata.

PEDRO. Allá va  
el cobre.

AGUADOR. El agua del Puerto.

CIEGO. El *Mercurio*; la *Gaceta*.

POBRE. ¿Quién manda rezar un Credo?

MARINERO. Mande usted, amigo. (*Vase.*)

PEDRO. A más ver;  
me lo pondré en el pescuezo.  
¡Qué contenta se pondrá  
mi mujer! Pero ¡qué veo?  
Como un rehilete viene  
el maldito tahonero.  
Ahora me pone más blanco  
que un papel. Yo lo sorteo  
con la capa.

PELUQ. (*Sale corriendo, atraviesa la escena, y Pedro  
lo sortea.*)

La Marquesa  
ha de estar hecha un veneno. (*Vase.*)

PEDRO. Vaya; si por las narices

echaba harina. Yo quiero  
tomar Iglesia en la tienda.  
(*Siéntase en el banco de la tienda.*)  
¿Qué tal si no me meneo?

Salen: la USÍA, con basquiña y mantilla; y la CRIADA, con  
un niño en los brazos, bien vestido.

USÍA. Ya sabes lo que has de hacer;  
y así, al engaño. Tendero,  
saque usted de las mejores  
medias que tenga, pues vengo  
a comprarle seis docenas.

TENDERO. Señora; finas las tengo,  
pero son caras.

USÍA. No importa;  
que yo no reparo en precios.

PEDRO. Aunque usted perdone, reina,  
¿es suyo aqueese chicuelo?

CRIADA. No, señor; que es de su padre.

PEDRO. Su madre sabrá lo cierto.

CRIADA. Yo soy soltera, y marido  
ando buscando hace tiempo.

PEDRO. Aquí estoy yo.

CRIADA. No me gustan  
a mí los hombres tan feos.

PEDRO. Cierto que eres tú bonita,  
Tarasca de los infiernos.

USÍA. Queda cerrado el ajuste.  
Pero ¿qué es esto? El dinero  
se me ha olvidado. Muchacha;  
dame el niño y ve corriendo

a casa por un bolsillo,  
que está en aquel cajón nuevo  
donde guardo los diamantes.

TENDERO. (*Aparte.*) ¿Diamantes dijo? No es bueno perdamos esta marchanta.  
(*Alto.*) Que se lleve al mismo tiempo las medias.

UsfA.                      Gracias. Despacha.

CRIADA. Al instante voy y vuelvo. (*Vase.*)

PEDRO. Parece de buena pasta el niño.

UsfA. Si está durmiendo.  
Crea usted que ni un mal rato  
me suele dar. Hasta en esto  
es parecido a su padre.

PEDRO. ¿Y quién es?

Usía. Don Poncio Prieto,  
el Vizconde del Timbal.

PEDRO. Título es de mucho estruendo.  
¿Y tiene Usía otros hijos?

USÍA. No, señor; mas se me han muerto catorce, todos varones.

PEDRO. ¡Jesús; cuántos timbaleros!  
Si así sigue Useñoría,  
atundirá al Universo.

TENDERO. Si gusta Usía, señora,  
entre y tomará un asiento.

UsfA. Se lo estimo. Esta muchacha ya tarda. Me desespero con criadas tan pelmazos.

PEDRO. ¿Vivirá Usía en el Puerto?

USÍA. No, señor; aquí a la vuelta;

sino que habrá mes y medio  
que vine de Quito, donde  
mi esposo obtuvo el Gobierno  
del Pico de Chimborazo.

PEDRO. ¡Zape; qué nombre tan hueco!  
Sobre que me suena a golpe  
de timbal.

USÍA. ¡Me desespero!  
¡Qué posmal ¡Si la pillara,  
la ahogaría entre mis dedos!  
Mas voy a ver si la hallo;  
y usted, entretanto que vuelvo,  
téngame el niño. Cuidado,  
no me le interrumpa el sueño. (*Vase.*)

PEDRO. Ciertamente que es muy buena  
la incumbencia. Caballero,  
sírvasse Su Señoría  
de no mearse, o lo estrello  
contra las chinas. Dios quiera  
que se le seque el garguero;  
pues si toca los timbales,  
está el asunto completo.

BORRACHO. (*Saliendo.*) ¡Jesús; cuántas luminarias  
en toditas partes veol  
¿No le he dicho que me deje?  
¡Haya demontre de perro;  
que se mete entre las piernas!  
¡Arre, chucho; estáte quedol  
¡Achís! *¡Dóminus vobiscum!*  
(*Tropezando, va a caer encima de Pedro; y  
éste se levanta acelerado, reservando el  
niño.*)

- PEDRO. Poco a poco, gran jumento,  
que despertará al Vizconde  
del Timbal... Pero ¡qué veo?  
¡Si es un niño de cartón!
- TENDERO. ¿Qué dice usted? ¿Cómo es eso?
- PEDRO. Que por arriba ni abajo  
se le descubre el resuello.  
¡Fuego; qué astucia!
- TENDERO. Ya miro  
que una estafa ha sido esto.
- PEDRO. ¡Válgame Dios; qué elevado  
se quedará usted en oyendo  
la música con timbales!
- TENDERO. Usted es parte de este enredo.
- PEDRO. ¿Yo?
- TENDERO. Sí, señor; y ahora mismo  
me dará usted mi dinero.
- PEDRO. Señor tendero, ¿usted quiere  
que yo le estampe en los sesos  
a Su Señoría?
- TENDERO. Usted  
me ha de pagar al momento.
- BORRACHO. Si ya he dicho que a ninguno  
debo náa, ¿para qué es eso?
- PEDRO. Vete con todos los diablos.  
*(Le da con el niño en la cabeza; el borracho  
cae, y a las voces salen el Sargento y sol-  
dados.)*
- SARGENTO. Ténganse todos. ¿Qué es esto?
- TENDERO. Prendan a ese hombre; pronto.
- PEDRO. ¿A mí? ¿Por qué? ¿Pues qué he hecho?
- TENDERO. Por encubridor de estafas.

BORRACHO. ¡Manzanilla; que me muero!

SARGENTO. Retiren a ese borracho  
ustedes dos. (*Lo retiran.*)

Salen DON PÁNFILO, DOÑA QUITERIA y SIMEONA

SIMEONA.                               ¿El pañuelo  
le han sacado a usted? ¡Qué alma!

SARGENTO. Venga usted al vivaque preso.

PEDRO.       ¿Yo preso? ¿Qué tierra es ésta?  
¿Si será acaso el infierno?

PASCUAL. (*Saliendo.*) ¿Qué es esto, Pedro Jiménez?

PEDRO.       Que me quieren llevar preso  
por estafador.

PASCUAL.                               Yo abono  
a ese buen hombre, Sargento.

TENDERO.   ¿Usted lo abona?

PASCUAL.                               Yo sé  
su honradez; y desde luego  
aseguro que es un falso  
testimonio.

QUITERIA.                               ¿Su pañuelo  
no es aquél?  
(*Don Pánfilo le echa la mano al pañuelo, y  
los otros gritan.*)

PÁNFILO.                               ¡Perro ladrón,  
dame mi prenda!

PEDRO.                               No quiero;  
que me ha costado la plata.

SIMEONA.   Señores soldados; presto,  
amarren, por caridad,  
a ese pícaro ratero.

SARGENTO. Ya no hay remedio; amarradlo.

*(Lo amarran.)*

PASCUAL. Oiga usted, señor Sargento.

SARGENTO. Yo no soy juez. ¡A la cárcel!

PEDRO. ¡Que viniera yo a este pueblo!...

Ea; mañana me ahorcan,  
y éste es un viaje completo.

SIMEONA. Haga usted que me lo guinden;  
que yo rezaré seis Credos  
por su alma.

PEDRO. La beata  
rabia por rezar a muertos.

SARGENTO. Vamos con él al vivaque.

MARINERO. *(Saliendo. Al pobre.)*  
Pechuga; toma el dinero.

PEDRO. Señor Sargento; aquél es  
el que me vendió el pañuelo.

SARGENTO. ¡Agarradlo! Date al Rey.

MARINERO. Ya estoy dado. Y ¿qué tenemos?

SARGENTO. Picarán; ¿a quién robaste  
un pañuelo?

MARINERO. ¿Qué pañuelo?

PEDRO. El que me vendiste a mí.

MARINERO. A ese pobre se lo dieron  
de limosna.

SARGENTO. ¿Sí? Agarradle.

POBRE. *(Saca un rejón; y los soldados le rodean.)*  
Al que se acerque, le pego  
un rejonazo.

SARGENTO. Tiradle.

PEDRO. Vaya; si éste es el infierno.

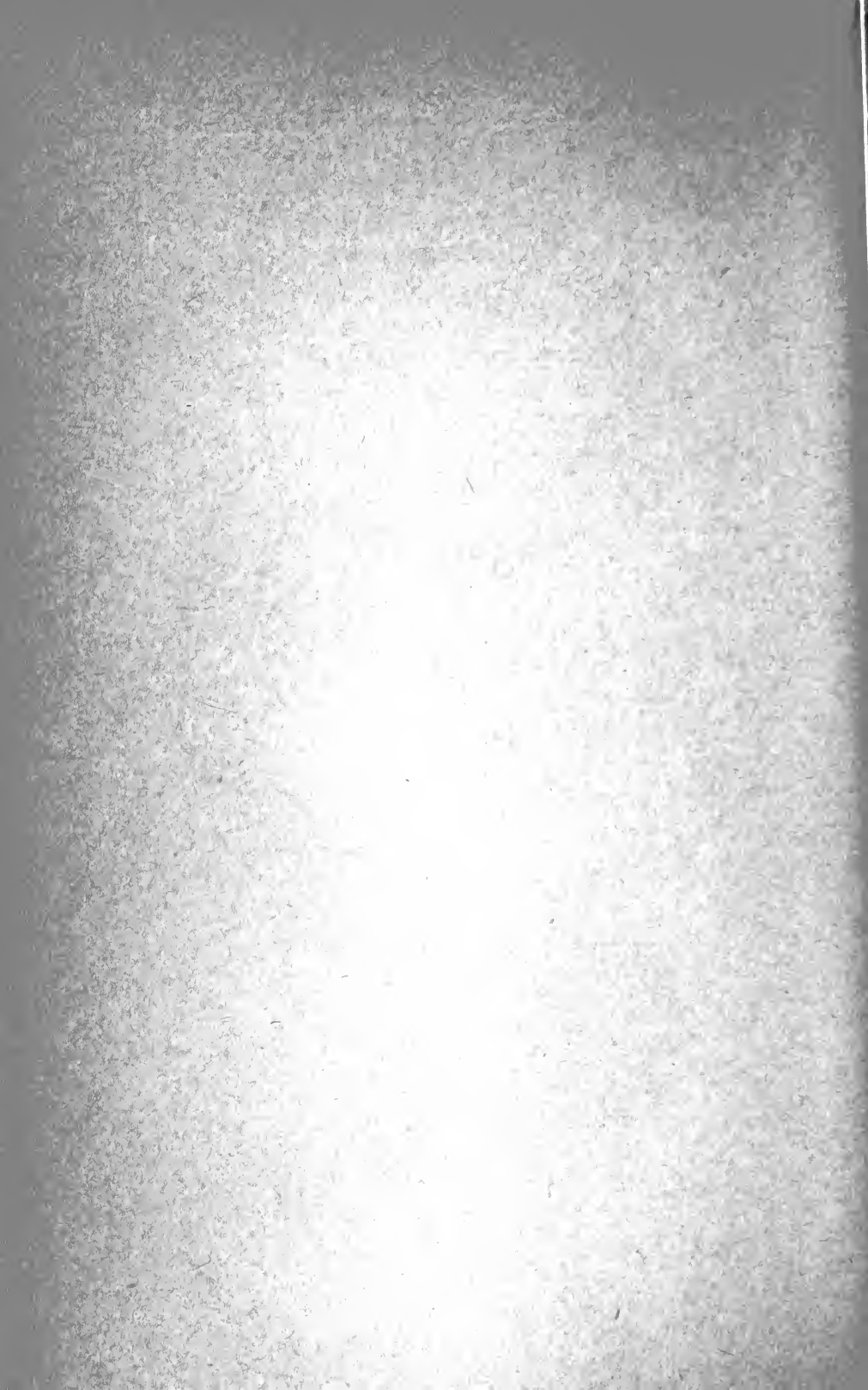
POBRE. Ya estoy dado.

- SARGENTO. Maniatadle;  
y este hombre quede suelto.  
(*Desatan a Pedro.*)
- PEDRO. ¿Quién me vuelve a mí la honra?
- SIMEONA. Yo, hijo mío, se la vuelvo.  
Aquí, delante de todos,  
le pido a usted, por San Pedro  
Nolasco, que me perdone  
mi temerario concepto.  
¿Cumplo así como cristiana,  
don Pánfilo?
- PÁNFILO. Por supuesto.
- PEDRO. Miren la madre beata  
cómo viene haciendo gestos,  
y antes estaba rezando  
por que me ahorcasen.
- SIMEONA. Soberbio,  
bruto, animal, ignorante.  
¡Vive Dios que si me emperro  
soy capaz de darte mil  
bofetadas!
- PÁNFILO. Por supuesto.
- SIMEONA. Pero ¡qué digo? ¡Jesús!  
Don Pánfilo; vamos presto  
a confesar esta rabia.
- QUITERIA. Vamos, Simeona. El Cielo  
los haga buenos a todos.
- SIMEONA. Amén, amén. Padre nuestro... (*Vase.*)
- PEDRO. Ni escrúpulo me quedara  
de haberle dado en los sesos  
con una chinela mía.
- SARGENTO. Vamos al vivaque.



- POBRE. Feo;  
¿conque al fin te berreaste?
- MARINERO. En presidio nos veremos. (*Los llevan.*)
- PASCUAL. Vamos a casa.
- PEDRO. ¿Quién, yo?  
No estoy más en este pueblo.  
Desde aquí voy a embarcarme.  
¿Éste es Cádiz? Más bien quiero  
ser en mi tierra un borrico  
que en esta ciudad camello.
- PASCUAL. Espere usted.
- PEDRO. ¿Qué; si viene  
el maldito tahonero?
- PELUQ. (*Saliendo.*)  
Voy a peinar al Vizconde. (*Vase.*)
- PEDRO. Ea; a Paterna o al cielo.  
(*Corre huyendo delante del peluquero.*)
- PASCUAL. El pobre se ha vuelto loco.  
Quiero seguirlo, pidiendo  
a tan discreto auditorio...
- TODOS. ...el perdón de nuestros yerros

FIN



# EL MAESTRO DE LA TUNA

SAINETE

## PERSONAS

DON JUANITO.  
ANTONIO, criado.  
CURRO.  
LORA.  
PASCUALA.  
DON PEDRO.  
DON PELEGRÍN.  
EL ABATE CHIFLÓN.

VENDEDORA 1.<sup>a</sup>  
VENDEDORA 2.<sup>a</sup>  
CAMPANELA.  
DOÑA PAULA.  
DON TADEO.  
CABO.  
SOLDADOS.

## EL MAESTRO DE LA TUNA

---

Cuarto de don Juanito, con cuatro sillas; una mesa con botellas, vasos y una guitarra. DON JUANITO aparece con fraque o levita; y por la derecha sale ANTONIO.

JUANITO. ¡Antonio!

ANTONIO. ¡Señor!

JUANITO. ¿Has visto  
si salió padre de casa?

ANTONIO. ¡Toma! Habrá su media hora.

JUANITO. Pues trae la ropa; despacha.  
Malditos sean los fraques,  
el sastre que los hilvana  
y el tonto que se los pone.  
(*Lo va vistiendo de majo el criado.*)

¿Cuánto más vale esta cuarta  
de chupa, con que se lucen  
los fondillos y la espalda?

ANTONIO. Si se va perdiendo el gusto.

JUANITO. Los extranjeros son causa  
de que en Cádiz se aniquile  
la majeza. Vaya, vaya;  
¡es un dolor! Pero a fe



- o le endiño. (*Levanta la mano.*)
- CURRO. Ponga usted  
esa mano engarrotáa.
- JUANITO. ¿A que le tomo a usted el molde  
del hocico?
- CURRO. En esa planta  
se mantiene usted un instante;  
luego después, con chulada,  
va usted bajando la mano  
y se rasca usted la nalga.
- JUANITO. ¿De este modo?
- CURRO. Bien; ahora  
hace usted la retirada;  
me presenta usted el capote,  
y empuña usted la navaja.
- JUANITO. ¿De esta suerte?
- CURRO. No, señor.  
¿No sabe usted la palabra  
que se dice en estos casos?
- JUANITO. La verdad, no me acordaba.  
Hagámoslo a un mismo tiempo.
- CURRO. Pues cuidado con no errarla.  
(*A un mismo tiempo se retiran y se acometen, haciendo ademán de sacar navaja; y luego se separan.*)
- LOS DOS. ¡Ah, so indino!
- CURRO. Lo ha hecho usted  
con muchísima la gracia.  
Vamos a beber un trago. (*Toma el vaso.*)
- JUANITO. Pero, después de esta entrada,  
¿qué sigue?
- CURRO. Cuando se ofrezca

meterle la mano a un mandria,  
entonces le diré a usted  
lo que debe hacer.

*(Con los vasos en la mano, contonedándose.)*

JUANITO.

Pues vaya

por toda la gente rubia  
de la Viña.

CURRO.

Antes de nada,  
escupa usted de chisguete.

JUANITO.

Allá voy. *(Escupe.)*

CURRO.

¡Si fuera el alma! *(Escupe.)*

JUANITO.

Que se te arranque.

LOS DOS.

¡Jesús! *(Beben.)*

ANTONIO.

*(Saliendo.)* Señá Lorita, la Gata,  
dice que si puede entrar.

JUANITO.

Dile que sí; vaya, vaya;  
¡si desde que aprendo a majo  
andan las mozas que rabian  
por mirarme! *(Vase Antonio.)*

LORA.

*(Saliendo.)* Buenos días.

JUANITO.

Celebro ver esa cara  
jermosísima.

LORA.

*(Sentándose.)* Se aprecia  
la jonjanilla.

CURRO.

Palabra.

*(Llama aparte a don Juanito.)*

Esa mujer está fresca,  
y es menester jalearla  
con sandunga.

JUANITO.

¿Y qué he de hacer?

CURRO.

Ponga usted cuidado, y haga  
lo que yo.



*(Curro se pone la montera bien; se emboza y se sienta al lado de Lora; don Juanito remeda todas sus acciones, y se sienta al otro lado.)*

LORA.                               ¿Qué paso es éste?

Ea; ¿tenemos fantasmas  
que nos asusten?

CURRO.                               ¡Que vivan  
los cuerpos buenos!

LORA.                               ¡Qué cara!

JUANITO.   ¡Vivan los cuerpos que tienen  
remuchísima la gracia!

LOS DOS.   ¡Ay, zorongó, zorongó, zorongó!

LORA.       Don Juanito, ¿aquí se ladra  
a dúo?

CURRO.       ¡Si ese hociquito  
vale muchísima plata!

JUANITO.   ¡Huy, hocico de mi negra!

CURRO.       ¡Ay cachirulo, qué alma  
tienen tus ojos!

*(Curro hace como que acerca la cara a la de  
Lora, y ésta le da un bofetón.)*

LORA.                               Más lejos  
el resuello, que me enfada. *(Se levanta.)*

CURRO.       ¿Qué es lo que ha hecho esta mujer?

LORA.       ¡Aire, que estoy sofocada!

CURRO.       Ha lucido usted, Lorita.  
Por fin tiene usted esas naguas  
y es preciso, ya se ve...  
¡Ay, si tuviera usted barbas!...  
¡Vaya! Dentro de un cigarro  
al punto me la fumaba.

- JUANITO. Vamos; esto se acabó.
- LORA. ¿Y usted lo consiente?
- JUANITO. Calla;  
que todo ha sido una broma.  
Vaya una uvita, Retranca.
- CURRO. Mujer; no diga usted a nadie  
lo que ha hecho.
- LORA. Tengo larga  
la lengüita.
- CURRO. ¿A que yo hago  
todavía una trastada?
- ANTONIO. (*Saliendo.*) Señor; oiga usted.
- JUANITO. ¿Qué quieres?  
(*Hablan aparte.*)
- ANTONIO. Que llega doña Pascuala.
- JUANITO. ¡Mi padre! Escóndete, Lora.
- LORA. Dígame usted: ¿soy yo dama  
de comedia?
- JUANITO. Vamos pronto.
- LORA. ¡Qué miedo mete una calva!  
(*Entra, y cierra la puerta Juanito.*)
- CURRO. ¡Sobre que ella no chispea!  
(*Sale doña Pascuala.*)
- JUANITO. Salero, ¿por esta casa  
tanto bueno?
- PASCUALA. Fuí a comprar  
unas cintas, y en la plaza...  
(¡Jesús, que aun estoy temblando!)  
... se dieron de puñaladas  
dos tunantes. Yo me muero.  
Déme usted un poco de agua.
- CURRO. Mejor es mixtela.

- JUANITO. Sí;  
deje usted el miedo. (*Le echa.*)
- PASCUALA. ¡Qué ansia! (*Bebe.*)
- CURRO. Vaya por mí otra gotita. (*Le echa.*)
- PASCUALA. Ya que usted se empeña, vaya. (*Bebe.*)
- JUANITO. No, pues yo no he de ser menos.
- PASCUALA. ¡Jesús; saldré mareada! (*Bebe.*)
- CURRO. Vaya por aquel sujeto  
que usted más quiera, mi alma.
- PASCUALA. ¡Ay, don Juan; por su salud! (*Bebe.*)
- JUANITO. No lo creo, si no acaba  
esta fineza.
- PASCUALA. Por eso  
beberé yo hasta mañana. (*Bebe.*)
- JUANITO. ¡Arriba, salero!
- CURRO. Bien.  
Venga pronto esa tisana;  
que aquí tenemos mujer.
- PASCUALA. Señor; tenga usted cachaza,  
que ahora empezamos.
- CURRO. (*Con una rodilla en tierra delante de Pascual.*)  
¡Huy!,  
que me van dando ahora ganas  
de entrar con usted en compás...
- PASCUALA. ¿Sí? Pues ya estoy yo plantada.
- CURRO. Ésta sí que es una hembra.  
(*Pascuala larga la mantilla, se pone en pie, y Curro larga el capote, dando un salto.*)
- JUANITO. (*Llamando.*) ¡Antoñuelo!
- ANTONIO. (*Saliendo.*) ¿Quién me llama?
- JUANITO. A ver; toca la vihuela.

- ANTONIO. Ya la toco; ¿y qué se baila?
- CURRO. El minuete de la Viña.
- JUANITO. ¡Vivan los cuerpos con gracia!  
(*Toca Antonio.*)
- CURRO. ¡Huy, que me jundo!  
(*A los primeros pasos da Lora golpes a la puerta, y se para Pascuala.*)
- LORA. (*Dentro.*) ¡Abra usted,  
señor cantarín!
- PASCUALA. ¿Quién llama?
- JUANITO. No es nadie.
- CURRO. Prosiga usted.  
(*Vuelve a tocar Antonio.*)
- LORA. (*Dentro.*) ¡Abren la puerta, ¡caramba!,  
o la rompo?
- PASCUALA. ¿Es esa moza,  
acaso, alguna gigante?
- CURRO. Déjela usted que pernee.
- LORA. (*Dentro.*) ¡Abran ustedes, so mandrias!
- PASCUALA. Veremos a esta leona.  
(*Abre, y sale Lora.*)
- LORA. Perdone usted, so madama,  
que no pensé que era usted  
una señora tan alta.
- PASCUALA. Ni yo que era usted tan chica.  
¡Sobre que me imaginaba  
ver salir por esa puerta  
lo menos una elefanta!
- LORA. ¡Cómo jiede usted a bebida!
- PASCUALA. Desde que está usted en la sala,  
me he mareado.
- LORA. Don Juan,

¿es paño nuevo?

JUANITO. Retranca,

¿qué haremos?

CURRO. Meterlo a broma,  
y decir muchas chuladas.

PASCUALA. ¿Acostumbra usted, don Juan,  
a guardar tales alhajas?

JUANITO. ¡Curro; mira qué encendidas  
se han puesto!

CURRO. ¡Si todo es chanza!

¿Un cuarto para buñuelos  
a que ahora mismo se abrazan?

JUANITO. ¡A que no!

CURRO. Vaya que sí;  
¿me presta usted un real de plata  
para ganar esta apuesta?

PASCUALA. Con mucho gusto. (*Le da una bofetada* )

CURRO. ¡Canastas!

Lorita, vénguese usted.

PASCUALA. Y me pegó la muchacha.

LORA. Y bien que la pegaré.

PASCUALA. ¿A mí usted?

LORA. Y a otra más alta.

JUANITO. Sosegarse.

PEDRO. (*Saliendo.*) ¿Quién se atreve  
a escandalizar mi casa?

CURRO. ¿Es usted el señor don Pedro  
de... ya sé... Relinchiurraga?

PEDRO. El mismo soy; ¿qué se ofrece?

CURRO. ¡Válgame Dios; cuántas canas  
le han salido a usted! Me acuerdo  
que en Cádiz tuvo usted fama

de buen mozo.

PEDRO. Acabe usted,  
que estoy de prisa.

CURRO. A mi hermana,  
¿la conoce usted?

PEDRO. Yo no.

CURRO. ¿Ni a mi primita Pascuala?

PEDRO. Tampoco.

CURRO. ¡Qué enajenado  
que está usted! Vamos, muchachas;  
zorongo a este caballero.  
Verá usted el non plus.

PEDRO. Se trata  
de saber a qué han venido.

CURRO. A quedarse de criadas,  
si usted quiere.

PEDRO. No, señor.

CURRO. ¡Si viera usted las puntadas  
de mi prima!

PEDRO. ¿Costureras?...  
Si me sobran.

CURRO. Pues mi hermana,  
¡qué bien que guisa un menudo!

PEDRO. Buen provecho.

CURRO. Si le agarran  
al señorito, ¡qué limpio  
me lo tendrían!

PEDRO. ¿Se marchan,  
o agarro un palo?

LORA. Ven, Curro;  
que este señor nos espanta.

PASCUALA. Señores, con su licencia.

CURRO. Dispense; vamos, muchachas,  
a dar vueltas a la Noria,  
porque me van dando bascas. (*Vanse.*)

PEDRO. ¿Conque usted, caballero,  
con tal gentuza se trata?

JUANITO. ¿Yo, señor?

PEDRO. Tú, tú, bribón.  
Pero ¿adónde vas de gala?

JUANITO. A ninguna parte.

PEDRO. ¡Ya!  
¿Tú imaginas que me clavabas  
con esa humildad? Pues no;  
que no has de salir de casa  
en un mes. ¡Miren el majo  
que me he echado yo a la cara!  
(*Vase y cierra.*)

JUANITO. Cerró, quitando las llaves.  
¡Por vida!... Lora y Pascuala  
me aguardarán en la Noria.  
¡A mí encerrarme? La rabia  
me está ahogando. ¡Vive Dios  
que, si estuviera más baja  
la ventanilla sin reja  
que cae al patio, me echara  
por ir adonde me esperan!  
Pero, ¡tate!, ya hallé traza.  
Voy a tomar de esa alcoba  
unas sábanas; y, atadas,  
me descolgaré por ellas.  
No faltaba más, ¡naranjas!,  
sino que hombres como yo  
faltasen a su palabra.

Selva larga; noria con algunos árboles; varias vendedoras de turrón y avellanas, y alguna gente que se pasea. Salen DON PELEGRÍN y el ABATE CHIFLÓN.

VEND. 1.<sup>a</sup> Turrón, turrón de Alicante.

VEND. 2.<sup>a</sup> A mis ricas avellanas.

CHIFLÓN. Don Pelegrín, ¿cómo en Cádiz?

PELEGRÍN. ¡Abatito de mi alma!

CHIFLÓN. ¿Dónde has estado?

PELEGRÍN. Viajando.

Salí de la triste España,  
me fuí derecho a París,  
después recorrí la Italia,  
tomé postas para Londres,  
de allí navegué a Tartaria;  
estuve en Persia, en Turquía,  
en la Meca, en Transilvania;  
he visto el Japón, la China,  
Turín, el cabo de Gata,  
las islas de Luz, la Rusia,  
Cerdeña, la Nueva España,  
y habrá cuarenta minutos  
que piso la dulce patria.

CHIFLÓN. ¡Cuánto me alegro de verte!

PELEGRÍN. Y tú, Chiflón, ¿en qué gastas el tiempo?

CHIFLÓN. ¿Yo? En estudiar.

¡Oh amigo! Tengo gran fama  
de anticuario. Ayer leí  
una Memoria muy larga,  
en que probé que Cenobia



tuvo las narices chatas.

*(Sale doña Paula, y Chiflón saca un antejo.)*

Echo el monóculo. ¡Toma!;  
si es doña Paula Calandria.  
Señora; beso sus pies.

PELEGRÍN. *Votre servitor*, madama.

PAULA. Señores; bésoos las manos.  
*(Cortesía a la francesa.)*

CHIFLÓN. Os presento, doña Paula,  
a don Pelegrín Rabiche.

PELEGRÍN. *Votre servitor*, madama. *(Cortesía.)*

CHIFLÓN. Ha viajado ochenta años  
por la Europa y por el Asia.

PAULA. Yo celebro conocerlo.

PELEGRÍN. *Votre servitor*, madama. *(Cortesía.)*

CAMP. *(Sale de tuno.)*

¡Ah! ¡Qué gana de beber  
me ha dado! Pero no agua.

PAULA. Sentémonos un ratito,  
porque vengo estropeada. *(Se sientan.)*  
Don Pelegrín, a este lado.

PELEGRÍN. *Votre servitor*, madama. *(Cortesía.)*

CURRO. *(Saliendo.)* ¡Campanela!

CAMP. ¡Señor Curro!

CURRO. Dime: ¿no has visto a tu hermana  
la Lorilla?

CAMP. No, señor;  
porque yo salí de casa  
con mucha sed, y hasta ahora  
no he encontrado ningún alma  
caritativa.

- CURRO. Hasta luego.
- CAMP. Señor Curro, una palabra.
- CURRO. ¿Qué quieres?
- CAMP. ¿Me paga usted  
los cuatro cuartos de marras  
que le presté?
- CURRO. Tunantón,  
¿deshonras la gente blanca  
por esa friolera?
- CAMP. ¿Yo  
no podré pedir mi plata  
cuando quiera?
- CURRO. Bien se ve  
que te has criado en la playa.  
Nájate de aquí, o te arrimo  
la punta del pie.
- CAMP. ¡Caramba;  
que ninguno a mí me tocal
- CURRO. Mira, bocón; no hagas plaza;  
si no ven tras el Balón,  
te calentaré la cara.
- CAMP. ¿A mí pegarme?
- CURRO. Soniche;  
vente conmigo. (*Le tira de la capa.*)
- CAMP. ¡Caramba;  
que soy capaz...!
- CURRO. Habla bajo,  
y vente.
- CAMP. No me da gana.
- JUANITO. (*Saliendo.*)
- ¿Qué es eso, Curro?
- CURRO. Este mona,

que quiere le haga una marca  
en el hocico.

JUANITO.                               ¿Y por qué?

CAMP.       Porque debe y no me paga.

JUANITO.       ¿Qué te debe?

CAMP.                               Cuatro cuartos.

JUANITO.       Toma medio duro, y calla.

CAMP.       ¿Ochenta y cinco cuartazos?  
¡Buen gusto tiene mi hermana  
en quererlo a usted!

CURRO.                               ¡Qué indino  
te ha criado el Cielo! Marcha;  
que por beber te has de ver  
con una coroz.

JUANITO.                               Vaya;  
¿dónde está Lora?

CAMP.                               Señor;  
no me diga usted palabra,  
que dirán las malas lenguas  
que yo...

JUANITO.                               Chico; ve a buscarla.

CAMP.       Vaya, por servirlo a usted;  
mas que hable Curro Retranca. (*Vase.*)

JUANITO.       ¿Y Pascuala?

CURRO.                               Se najó  
con el peluca de marras;  
aquel don Tadeo.

JUANITO.                               ¡Que  
las mujeres sean tan falsas!

CURRO.       Camaráa, no hay que fiarse.  
¡Ay, que me han hecho más llagas  
en el corazón!...

- JUANITO. Aquélla  
es la mujer de ese mandria  
de don Tadeo.
- CURRO. ¡Buen pellejo!
- JUANITO. Pues esta tarde, ¡caramba!,  
la dejo viuda.
- CURRO. Despacio;  
las cosas quieren cachaza.  
Mire usted: todos los hombres  
que quisieren tener fama  
de jaques, antes de herir  
han de hacer mucha algazara,  
porque así se luce mucho  
y la camorra se agua.
- JUANITO. ¿Pero qué he de hacer?
- CURRO. Silencio;  
y verá usted con la gracia  
que alborotamos el mundo.  
(*Va hacia doña Paula y se quita la mon-  
tera.*)  
Señorita; una palabra,  
con licencia del señor  
y del señor.
- PAULA. ¿Pero es tanta  
la precisión?
- CURRO. Me parece.
- PAULA. Ustedes dispensen.
- PELEGRÍN. Basta.  
Franqueza, como en la China;  
que allí todo es confianza.
- CHIFLÓN. Los griegos fueron lo mismo;  
y hasta la reina Cleopatra

jamás gastó ceremonias  
con Marco Antonio.

PAULA. ¿Qué manda?

*(Se levanta doña Paula y habla con Curro.)*

CURRO. ¿Usted quiere a su marido?

PAULA. La pregunta es excusada.

CURRO. Dígolo porque, según  
se pone la circunstancia,  
tendrá usted que llorar mucho.

PAULA. ¿Pues qué ha sucedido?

CURRO. Nada.

PAULA. Hable usted con claridad.

CURRO. Mire usted; que se lo matan  
si no se enmienda.

PAULA. ¿Y por quién?

CURRO. Por una doña Pascuala,  
querida de aquel majito.

PAULA. ¡Ay Dios mío de mi alma!  
¿Qué podré hacer?

CURRO. Mire usted:  
háblele, por si se ablanda.

PAULA. Llámele.

CURRO. ¡Camaraíta!  
*(Lo llama con la mano.)*  
Negocio.

JUANITO. ¿Por qué me llamas?

CURRO. Pues camaráa; esta señora  
está (ya se ve) asustada,  
como es regular.

PAULA. Señor,  
yo le doy a usted palabra  
de componer con mi esposo

- que no la mire a la cara.
- JUANITO. ¿Ya fuiste a charlar?
- CURRO. De modo  
que, habiendo por medio enaguas,  
es mejor la suavidad.
- JUANITO. Hombre, tú... Vaya; si es gana,  
yo lo remato esta tarde.
- PAULA. Duélase usted de mis ansias,  
siquiera por ser mujer.
- JUANITO. Ya está dicho. (*Quítase la montera.*)
- CURRO. Camarada,  
¿soy su amigo?
- JUANITO. ¿Quién lo duda?
- CURRO. ¿Merezco que se me haga  
cualquier favor?
- JUANITO. Por supuesto.
- CURRO. Pues este lance se acaba,  
porque se lo pido yo.
- JUANITO. Usted, camaráa, se cansa.  
Pídame usted lo que guste,  
menos eso.
- PAULA. ¡Triste Paula;  
que viene aquí mi marido  
y este hombre me lo mata!
- CURRO. (*Bajo.*) Poco ruido; haga usted  
que se deje la compañía  
mientras entretengo al otro.  
¡Camaraílla!
- JUANITO. ¡Caramba;  
que ahora le meto la mano!  
(*Curro lo agarra del capotón, y él forcejea  
para ir adonde viene don Tadeo.*)

CURRO. Oiga usted lo que le habla  
un hombre.

JUANITO. Suélteme usted.

CURRO. ¿Para qué es dar campanada?

¡Salen DON TADEO y DOÑA PASCUALA.

PAULA. Ven conmigo; y usted, niña,  
no vuelva, siquiera en chanza,  
a darle los buenos días  
a mi marido.

TADEO. Repara  
que hablas con una señora  
de honor.

PASCUALA. ¿Cómo? ¿Así se ultraja  
mi estimación?

PAULA. Más valiera  
que sola se paseara  
y no expusiera a los hombres  
a que se pierdan.

TADEO. ¿Qué hablas?  
¿Yo perderme? ¿Cómo?

CURRO. Ahora  
entre usted; que no habrá nada.  
(*Corre don Juanito sacando la navaja;  
doña Paula abraza a su marido, que  
quiere embestir a don Juanito; don Pele-  
grín, el Abate y los vendedores quieren  
sujetar a Curro; y luego se van co-  
rriendo.*)

JUANITO. ¡So indino!

PASCUALA. ¡Don Juan!...

- PAULA. ¡Esposo!
- CURRO. ¡Fuera, o les tiendo la capa!  
(*Salen Lora y Campanela; éste, al ver a don Juanito, atraviesa por medio para ponerse a su lado; y al pasar por delante de Curro, éste le da con la navaja; y cae Campanela.*)
- CAMP. ¿Quién le ofende a usted, don Juan?
- CURRO. Ahora lo verás, so mandria.
- CAMP. ¡Que me han matao! (*Cae.*)
- LORA. Pillastrón,  
¿qué es lo que has hecho?
- TODOS. ¡A la Guardia!
- CURRO. Lorita; que yo le he dado  
sin querer.
- JUANITO. Toma, Pascuala.  
(*Le da la navaja.*)
- CABO. (*Sale con cuatro soldados.*)  
¿Qué es esto?
- LORA. Que ese tunante  
le ha dado una puñalada  
a mi hermano.
- CABO. Que lo amarren. (*Lo atan.*)
- CURRO. Señor melitar, cachaza.  
Oiga usted; que el hombre bueno  
tiene dos orejas.
- CABO. Vaya;  
¿qué dice usted?
- CURRO. Que yo vine  
a meter paz; y este mandria,  
como es tan zaragatero,  
se atravesó entre la capa



y el alfiler; ya se ve;  
aunque reculé tres varas  
por no arañarle, ese indino  
tiene tan blanda la panza,  
que tan sólo con el aire  
se desgració. Vaya, nada.  
Si apenillas lo toqué;  
sino que hay algunos mandrias  
(como usted sabe, mi Cabo)  
que de náa se desbaratan.  
¡Melitar, que me desangro!  
Si lo que arrojas, canalla,  
es medio duro de vino  
que te has bebido.

CAMP.

CURRO.

CABO.

A la Guardia

vayan los dos.

*(Los soldados llevan a Campanela.)*

TADEO.

Melitar;

quien fué de todo la causa

es el señor. *(Señalando a don Juanito.)*

CABO.

Pues que venga.

JUANITO.

Advierta, Cabo de escuadra,  
que soy don Juan Capistrano;  
y que es infamar mi casa  
esta tropelía.

CABO.

El traje

lo desmiente; conque vaya,  
que yo no conozco a nadie  
con montera.

JUANITO.

¿Así se agravia

a un hombre de honor?

PEDRO.

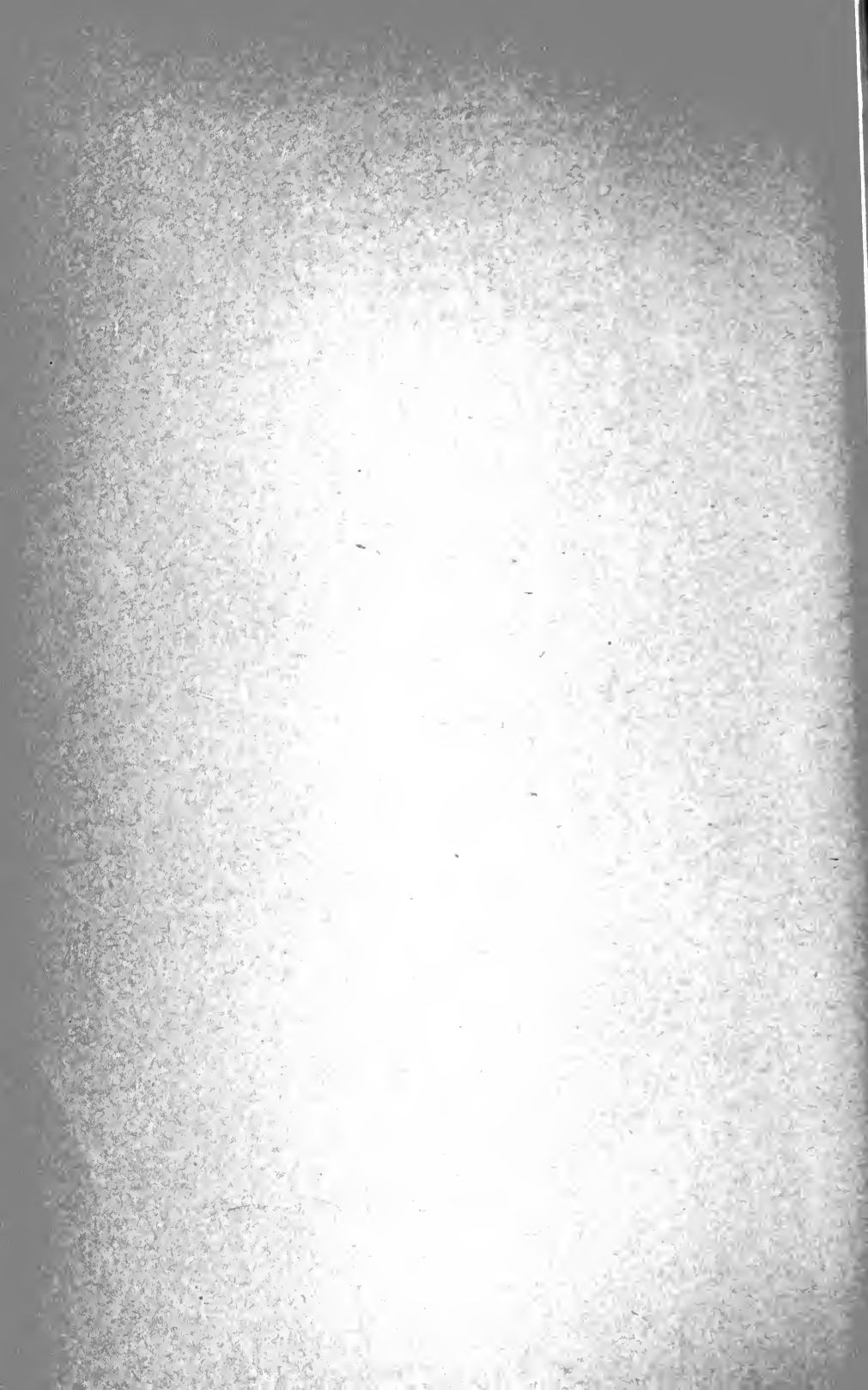
*(Saliendo.)*

¿Qué es esto?

- ¿Cómo tú fuera de casa?
- JUANITO. Que me llevan preso, padre.
- PEDRO. ¡A ti preso? ¿Por qué causa?
- CABO. Por una quimera; y yo,  
como el traje me engañaba,  
quise llevarlo al vivac.
- PEDRO. Hace bien, Cabo de escuadra;  
porque ni yo lo conozco  
en este traje. Quien falta  
a la obediencia de un padre,  
ni es noble ni se le guardan  
los privilegios debidos  
a la virtud; y así, vaya,  
sufra ese bochorno en tanto  
que hablo al Jefe de la plaza,  
a fin de que en un castillo  
llore sus extravagancias. (*Vase.*)
- CURRO. ¡Caramba; qué padrecito  
tiene usted!
- JUANITO. Si estoy, de rabia,  
por matarme.
- LORA. Don Juanito;  
ya ve usted lo que le pasa  
por andar con petimetras.
- PASCUALA. Usté, señora, se engaña;  
que si el señor no viniera  
de matachín, lo miraran  
con respeto.
- LORA. Si los polvos  
tán sólo tapan las calvas.
- PASCUALA. Y sin los polvos, también  
se llena el pelo de grasa.

CABO. Vamos al vivaque.  
CURRO. En fin;  
aunque ha sido desgraciada  
esta lección, por lo menos  
tendrá usted el gusto mañana  
de que le cante algún ciego  
al compás de la guitarra.  
TODOS. Y aquí da fin el sainete;  
perdonad sus muchas faltas.

FIN



# LA MAJA RESUELTA

**SAINETE**

## PERSONAS

INÉS, querida de	DON TADEO, Oficial.
DON LUIS, petimetre.	DON BLAS.
EL MARQUÉS DE TORREGORDA.	DOÑA FLORA.
DON PEDRO, padre de Luis.	DOÑA LEONOR.
DOÑA ANA, novia de Luis.	PEPA, criada.
EL VIZCONDE DE AZULEJOS.	DOS DISFRAZADOS.
EL ABATE FORTEPIANO.	

## LA MAJA RESUELTA

---

Salón corto. Se descubre a INÉS sentada al tocador, y a PEPA acabándose de peinar.

INÉS. ¡Qué pesada estás! Despacha;  
compónme pronto este pelo.

PEPA. ¡Qué viva es usted! Ya está.  
¡Jesús; que ha echado usted un genio  
inaguantable!

INÉS. No seas... (*Lllaman.*)  
chilindrinera. Abre presto. (*Vase Pepa.*)  
¿Dónde estará don Luisito?  
Quiero aviarme. Con eso,  
luego que entre por la puerta,  
al teatro nos iremos. (*Sale don Luis.*)  
Ya pensé que no vinieses.  
Siéntate, que en un momento  
me visto.

LUIS. ¿Pues dónde vamos?

INÉS. A la Comedia.

LUIS. No puedo  
acompañarte esta noche.

INÉS. ¿No puede usted, caballero?

Ea; que cayó negocio.

*(Se sienta, echándose aire.)*

Pues, señor mío, corriendo  
márchese usted; no haga falta  
donde le esperan.

LUIS. Si tengo

que responder a unas cartas.

INÉS. ¿Quién le pone impedimentos?

Escriba usted, y dé memorias  
de mi parte a esos sujetos.

LUIS. Es posible...

INÉS. No me muela.

¡Qué chinche es el hombre! Presto  
márchese usted, que yo aguardo  
una visita.

LUIS. No quiero  
enfadarme.

*(Hace que se va, e Inés se levanta y lo agarra por un brazo, con cólera.)*

INÉS. Pues ahora

no se ha de ir, por lo mismo.

Siéntese usted. ¡No faltaba  
sino que hiciera un muñeco  
burla de mí, cuando hombrones  
de bigotes no la han hecho!

LUIS. Ya estoy sentado. ¿Qué quieres?

INÉS. ¿Qué he de querer? Que lloremos  
toda la noche, una vez  
que nuestro cariño ha muerto.

LUIS. Vaya; no tengo paciencia  
para tolerar...

MARQUÉS. *(Saliendo.)* ¿Qué es esto?



¡Jesús; qué caras tan malas!  
Nariz inflada, entrecejo  
replegado, color gris,  
ojos opacos; no hay medio;  
o soy mal fisonomista,  
o está muy malo el enfermo.

INÉS. Como que está agonizando  
el señor.

MARQUÉS. ¡Jesús; qué tiempo  
tan variable! El almanaque  
del amor anuncia truenos,  
y dolores de cabeza  
a maridos y cortejos.  
Hoy he reñido también  
con mi querida.

INÉS. Lo siento.

MARQUÉS. Todo fué una friolera.  
Veníamos del paseo,  
y junto a la nevería  
le dió el maldito deseo  
de hartarse de mantecados.  
Ya ve usted qué desacierto,  
querer con estos calores  
que se le pasmasen el pecho.  
Procuré entonces borrarle  
aquel loco pensamiento;  
pero ni con amenazas,  
ni con cariños ni ruegos,  
pude apartarle los ojos  
de las manos del nevero.  
De manera que, aburrido,  
volví la esquina, y la dejo

pegada en el quicio, como  
celosía de barbero.

Pero vamos; ¿qué es la causa?

LUIS. Antojos y devaneos  
de esta señora. Se enfada  
porque esta noche no puedo  
ir con ella a la Comedia.

MARQUÉS. Ya; si es día de correo...  
Además que como es hijo  
de familia...

INÉS. No; no es eso.  
Si hay dos meses que el señor  
manifiesta su despego.  
Ya se ve; gallina siempre,  
fastidia.

MARQUÉS. Nada es más cierto.  
Hay moza que, en encontrando  
uno de estos majaderos  
que les llenan de doblones  
las manos cada momento,  
de tal modo se fastidia  
de ver siempre, siempre pesos,  
que procura un pobrecito  
sin ejercicio ni empleo,  
sólo para que la libre  
de un empacho de dinero.

LUIS. En fin; yo tengo que hacer,  
y aquí estoy perdiendo tiempo.

INÉS. ¿Conque usted se ha de salir  
con su gusto? Ya lo veo.  
Dama reciente prescribe  
sus órdenes con imperio.

Vaya usted con Dios; mas cuenta  
no se le olvide que tengo  
los cascos a la jineta.  
Mire usted que, en descubriendo  
la guarida, soy capaz...  
¡Caramba!; que yo no temo  
a la cárcel ni al hospicio;  
y por cortar a una el pelo,  
sé correr doscientas leguas  
y vender hasta los flecos.

MARQUÉS. No hay que sofocarse; vamos.  
Basta que esté de por medio  
el Marqués de Torregorda.

INÉS. ¿Acaso yo lo detengo?

LUIS. Yo me voy, porque mi padre  
me aguarda.

*(Vase corriendo. El Marqués corre detrás;  
lo alcanza cerca de la puerta, y hablan  
aparte.)*

MARQUÉS. Escucha un secreto.  
¿Sabe que tienes sarao  
en tu casa?

LUIS. No.

MARQUÉS. Bien hecho.  
¿Ni sabe lo de la boda  
que tu padre te ha propuesto?

LUIS. Tampoco.

MARQUÉS. Lindo.

LUIS. Por Dios,  
no lo digas.

MARQUÉS. Ni por pienso.  
¿Yo hablar? Seguro. ¿Me prestas

cinco o seis onzas, a premio,  
o como quieras?

LUIS. Me coges  
en el día sin dinero.

MARQUÉS. Bien, bien, bien.

LUIS. Que Inés no sepa... (*Vase.*)

MARQUÉS. Anda con Dios... ¡Qué molestos  
son estos hombres!

INÉS. ¿Qué ha sido  
la conferencia?

MARQUÉS. Un enredo.  
Como sabe que ayer tarde  
tomé cuarenta mil pesos  
del cortijo que he vendido,  
me pidió con muchos ruegos  
que le prestase seis onzas  
para obsequiar en el Puerto  
a cierto mueble.

INÉS. ¡Qué falso!  
¡A mí engañarme! Prometo  
que mañana ha de acordarse.

MARQUÉS. La culpa tiene usted de eso;  
sí, señora. ¿Quién le manda  
dar a estos monos asiento,  
habiendo tantos señores  
de tomo y lomo?

INÉS. Confieso  
que hice mal; pero el amor...

MARQUÉS. El amor es lo de menos.  
Ustedes deben buscar  
oro y plata; por ejemplo,  
un Marqués de Torregorda,

que sólo en arena cuento  
un tesoro; y como abraza  
mi señorío un gran trecho  
de fondo de mar, no sé  
ciertamente lo que tengo.

INÉS. Con todo, señor Marqués,  
la verdad, no me resuelvo  
a olvidarlo hasta que vea  
si me agravia.

MARQUÉS. Yo me atrevo  
a introducirla esta noche  
en el baile.

INÉS. ¿Cómo es eso?

MARQUÉS. ¡Toma! Si tiene sarao  
en su casa; y como el viejo  
lo quiere casar, concurre  
la futura esposa.

INÉS. Presto,  
vamos allá.

MARQUÉS. Pero dime,  
graciosísimo embeleso:  
¿podré tener esperanza  
de que me pagues?...

INÉS. Veremos.  
Haga méritos.

MARQUÉS. Si quieres,  
desde este instante te ofrezco  
los de mis antecesores;  
pues fueron tan recoletos  
que ayunaban treinta días,  
cada mes, con agua y viento.

INÉS. Serían camaleones.

MARQUÉS. Eran pobres caballeros;  
mas como Naturaleza  
nada hace inútil, por eso  
casi todos mis mayores  
sin intestinos nacieron.

INÉS. Bien; hablaremos despacio.

MARQUÉS. Mira; es tanto mi contento,  
que te quiero regalar.  
Toma este dulce.

INÉS. Lo aprecio.

MARQUÉS. Aunque lo ves aplastado,  
no es nada, sino que suelo  
sentarme sobre el faldón,  
y ha estado en prensa algún tiempo.

INÉS. Vamos, y me vestiré.

MARQUÉS. Si te parece, cenemos;  
no se acabe tarde y vengas  
con algún flato.

INÉS. No tengo  
ahora gana... (*Vase.*)

MARQUÉS. Esta noche  
me acuesto como un pandero;  
y si bailo contradanza,  
entonces *nula es redentio*;  
porque, antes que rompa el día,  
como una mina reviento. (*Vase.*)

Salón largo, iluminado y con varios taburetes. Sale DON PEDRO por la izquierda; por la derecha se ponen al bastidor dos criados, con hachas encendidas; y entra DOÑA FLORA con el ABATE, que trae un perrito de falda.

PEDRO. Señora; bésoos los pies.

FLORA. ¡Jesús!, mi señor don Pedro;  
sólo por usted he salido  
en tan críticos momentos.

PEDRO. ¿Pues qué ha sucedido?

ABATE. Nada;  
que se puso malo el perro,  
y se ha celebrado junta  
de cirujanos.

FLORA. ¿Y a eso  
llama usted nada? ¡Qué bruto!  
¿No se acuerda usted que, al tiempo  
de darle en mi tocador  
la patente de cortejo,  
le dije que lo quería  
más que a mi marido y menos  
que a *Lucerito*?

ABATE. Señora;  
perdone usted, que fué un yerro  
de *lapsus lingüe*.

PEDRO. Señores;  
tomen ustedes asiento.

FLORA. Vaya; estoy descoyuntada  
del susto. Ven, mi *Lucero*,  
ven a mis brazos. Abate;  
hágale usted en un momento

dos parches de tafetán  
para las sienes.

ABATE.

¡Me quemó!

¡Quién creyera que un Abáte  
que ha espantado con sus *ergos*  
toda España, ahora viniese  
a parar en enfermero  
de animales!

Se presentan los criados con las hachas; y entran: DON TADEO,  
Oficial, trayendo de bracero a DOÑA LEONOR, y detrás el  
VIZCONDE DE AZULEJOS.

LEONOR.

Buenas noches.

VIZCONDE. Servidor, señor don Pedro.

PEDRO. Señor Vizconde. Madama,  
beso sus pies.

VIZCONDE. (*Mirando el reloj.*) En efecto;  
es temprano todavía.

Yo me estaba deshaciendo,  
pero mi mujer no quiso  
exponerse a ser objeto  
de la risa, si salía -  
conmigo sola; y por esto  
ha estado dos horas largas  
esperando a don Tadeo.

TADEO. Pero pudiera una vez  
suplir...

LEONOR.

No diga usted eso.

¿No sabe usted ya el papel  
tan ridículo que hacemos  
al lado de los maridos?



A falta de usted, primero  
le pediría prestado  
a una amiga su cortejo.

PEDRO. Siéntense ustedes.

VIZCONDE. En tanto  
que esto se comienza, hablemos  
de noticias.

PEDRO. ¿Leyó usted  
el *Monitor*?

VIZCONDE. Si lo tengo  
en la bolsa... ¡Ah!, sí; aquí está.

PEDRO. Léalo usted.

VIZCONDE. No lo entiendo.

PEDRO. El Abate lo podrá  
traducir; que es un sujeto  
muy sabio.

VIZCONDE. Señor Abate.

ABATE. Mande usted.

VIZCONDE. ¿Quiere usted hacernos  
el favor de traducir  
este *Monitor*?

ABATE. No puedo,  
porque tengo que ponerle  
un vejigatorio al perro.

FLORA. ¡Ay de mí, que se accidenta  
*Lucerito*! Abate; presto  
saque usted el pomo de olor.

ABATE. Si no se alivia, recelo  
que me haga echarle una ayuda  
a su maldito *Lucero*.

Se presentan los criados con las hachas, y entran DON LUIS, trayendo del bracero a DOÑA ANA, y DON BLAS.

BLAS. Felices noches, señores.

PEDRO. Señor don Blas, yo celebro la salud de usted; doña Ana, siéntese usted.

ANA. ¡Qué mareo me va dando! Don Luisito, sosténgame usted.

BLAS. ¿Qué es esto, hija mía?

PEDRO. Doña Anita, ¿qué le ha dado a usted?

LUIS. Corriendo; ¿quién me da un pomo de olor?

ABATE. Aquí tiene usté el del perro.

ANA. No es menester; ya se pasa. ¿Y quién es el bastonero?

VIZCONDE. Ese empleo a mí me toca; que estoy de non.

ANA. Pues le ruego que no me saque a bailar contradanza, porque temo que el histérico me ahogue.

VIZCONDE. ¿Contradanza? Ni por pienso. Lo más, algún minuet con don Lüis.

ANA. Me convengo.

BLAS. Siéntate, hija.

ANA. Don Luis,

no se aparte usted un momento  
de mi lado, no me vuelva  
el desmayo. (*Se sientan.*)

BLAS. Pronto vuelvo.

PEDRO. ¿Dónde va usted?

BLAS. No me tardo.

Hasta después, caballeros. (*Vase.*)

VIZCONDE. ¿Puedo hablarle dos palabras  
a mi mujer, don Tadeo?

TADEO. ¿Quién lo impide?

VIZCONDE. No, señor;

es muy poco miramiento  
aproximarse a escuchar  
cuando hablan dos en secreto.

Se presentan los criados con las hachas, y entra el MARQUÉS  
DE TORREGORDA con INÉS del brazo, la que vendrá de  
tiros largos.

MARQUÉS. Señores, a la obediencia.  
Aquí, don Pedro, os presento  
a mi prima la Condesa  
de Monomotapa.

PEDRO. Beso  
los pies de Usía.

INÉS. Yo soy  
su servidora.

LUIS. ¿Qué veo?  
¿No es Inés? ¿Qué enredo es éste?

MARQUÉS. Hoy ha llegado de Oviedo  
por la posta, y me he tomado,  
señor, este atrevimiento.

PEDRO. Mi persona y esta casa  
están al servicio vuestro.  
Siéntese Usía.

MARQUÉS. El señor  
es don Pedro Rapacuellos,  
riquísimo negociante;  
comenzó su giro en tiempo  
de los caños, mariscando  
hebillas y clavos viejos;  
y después enriqueció  
siendo director del grémio  
de todos los traficantes  
de vulgados (1) y cangrejos.

INÉS. Persona de tanta estima  
merece un hábito.

PEDRO. Espero  
cruzarme pronto.

VIZCONDE. Madama;  
el Vizconde de Azulejos  
se ofrece a los pies de Usía.

MARQUÉS. El Vizconde es un sujeto  
muy noble; tiene en su escudo  
seis ratones y un mochuelo,  
en memoria de las plagas  
de Faraón.

VIZCONDE. Fué mi abuelo;  
y del gigante Galafre  
vengo a ser tataranieto.

---

(1) Nombre popular, ya anticuado, de ciertos pescados de clase infima, como el merlán, pescadilla o merlango, y otros, clasificados por Buffon con el nombre genérico de gados.

- INÉS. Me alegro de conocer  
tan ilustre caballero.
- ABATE. Tomad la perra; que es fuerza  
el hacerle el cumplimiento  
a la Condesa. Señora,  
honre Usía con su aprecio  
al abate Fortepiano
- MARQUÉS. El señor es un talento  
de primer orden; ha escrito  
un arte de hacer fideos,  
y pronto dará a la prensa  
la Historia del Regimiento  
de la Posma, en catalán,  
y las notas en gallego.
- INÉS. Yo anhelo siempre servir  
a los sujetos de ingenio.
- LEONOR. ¿Adónde va usté?
- TADEO. A ofrecerle,  
como es justo, mi respeto  
a la Condesa. Señora,  
yo también, fino, le ofrezco  
mi obediencia.
- INÉS. Yo le estimo  
la fineza.
- MARQUÉS. Don Tadeo  
es soldado de valor.  
Seis veces se ha visto a riesgo  
de perder la campanilla;  
ha sostenido un bloqueo  
de seis malteses, tres sastres  
y dos o tres zapateros;  
y, en fin, no ha mucho le puso

a la Vizcondesa cerco,  
y al punto capituló  
en el primer parlamento.

VIZCONDE. Advierta usted que Leonor  
echa por los ojos fuego;  
y con razón, porque ha sido,  
la verdad, mucho desprecio  
el abandonarla.

TADEO. (*Vuelve a su asiento.*) Yo  
la satisfaré al momento.

MARQUÉS. Luisito; que mi primita  
tiene muy vivos deseos  
de conocerte.

LUIS. Al instante  
voy.

ANA. Estése usted ahora quieto.  
(*Le tira de la casaca.*)

LUIS. Es fuerza.

ANA. No vaya usted.

LUIS. Yo no quiero ser grosero.  
(*Va adonde está Inés.*)

INÉS. ¿Qué es esto, Inés? ¿A qué vienes?  
¡Que pregunte usted a qué vengo!  
¡So indino; a ver por mis ojos  
sus infamias!

MARQUÉS. Más de quedo,  
que pueden oír.

LUIS. Tú tienes  
ganas...

INÉS. La gana que tengo  
es de cortarle la trenza  
a la novia.

MARQUÉS. No tan recio;  
por amor de Dios.

LUIS. Mujer,  
¿tú quieres perderme?

INÉS. Quiero  
que ni siquiera la mires;  
porque, en no andando derecho,  
contigo y con esa niña  
he de aljofifar el suelo.

MARQUÉS. Repórtese usted, Inesita,  
que está mi honor de por medio.

PEDRO. Vizconde, que empiece el baile.

VIZCONDE. Todo el mundo a sus asientos.  
Don Luis; usted y doña Ana  
minuet.

LUIS. Que bailen, primero,  
otros.

VIZCONDE. No valen excusas;  
vamos, doña Ana.

ANA. Obedezco.  
(*Se levanta.*)

INÉS. Marqués; si baila, se acaba  
como entremés el festejo.

MARQUÉS. No, Inesita; deje usted,  
que yo haré por componerlo.  
Mira, Luisito.  
(*Se levanta y llama a Luis aparte.*)

LUIS. ¿Qué quieres?

MARQUÉS. Que te pierdes y me pierdo  
si bailas; porque Inesita  
tiene el demonio en el cuerpo  
y no puedo sujetarla.

- LUIS. Si no fueras un perverso,  
un infiel amigo, ahora  
no nos viéramos en esto.
- MARQUÉS. Si tú me hubieras prestado  
las seis onzas...; mas no es tiempo  
de quejas, sino de dar  
un corte al lance.
- VIZCONDE. ¿Qué es esto?  
Don Luís; que esta señora  
está esperando en el puesto.
- MARQUÉS. Oiga usted, señor Vizconde.  
(*Lo llama aparte.*)  
Imagine usted algún medio  
para que don Luis no baile,  
porque si no, yo recelo  
una desgracia.
- VIZCONDE. ¿Pues cómo  
tiene usted atrevimiento  
de impedir lo que dispongo?  
Ha de bailar; y, en saliendo,  
le daré un pistoletazo.
- MARQUÉS. Señor Vizconde, no es eso.
- VIZCONDE. No hay que hablar; luego en la calle  
he de saltarle los sesos.
- MARQUÉS. Escuche usted.
- VIZCONDE. (*Alto.*) ¡Vive Dios!...
- TODOS. ¿Qué ha sucedido?
- VIZCONDE. Silencio;  
no es nada. Sentarse todos.
- MARQUÉS. Pobre Marqués; dió en el suelo  
la Torregorda. Inesita;  
ya ve usted que no había medio



para excusarse.

INÉS.

Que baile;

que con eso me divierto.

VIZCONDE. Señores músicos; vamos.

ANA. ¿Nos sentamos, o qué hacemos?

VIZCONDE. Toquen ustedes. Si todo  
carga sobre el bastonero.

*(Comienzan el minuete, y a la primera vuelta se levanta Inés arrebatadamente, y agarrando por los cabellos a don Luis, se lo lleva con precipitación por la puerta. Todos se levantan y quedan suspensos, menos el Marqués, que está como dormido en la silla.)*

INÉS. ¡Marcha fuera, so indinote!

LUIS. Detente, mujer...

TODOS. ¿Qué es esto?

PEDRO. ¿Por qué causa la Condesa  
ha cometido este exceso  
con mi hijo?

ANA.

¡Qué bochorno!

¡Válgame Dios, que me muerol

*(Se desmaya; y el Abate corre a ella, con el pomo.)*

ABATE.

Por si quedase vacante,  
voy a socorrerla.

VIZCONDE.

¡Cierto

que ha estado pesado el chasco!

PEDRO.

¡Marqués! ¡Marqués!

MARQUÉS.

¿Qué hay de nuevo?

¿Me toca bailar a mí?

PEDRO.

¡El disimulo está buenol

¿Es posible que no ha visto  
lo que la Condesa ha hecho?

MARQUÉS. Yo no; porque habrá unos días  
que, a estas horas, en los sesos  
se me carga una neblina  
tan espesa, que me duermo.

PEDRO. Pues esa sierpe, o mujer,  
asíó a don Luis del cabello,  
y se lo llevó arrastrando.

MARQUÉS. ¿Sí? Ya todo lo penetro.  
Han de saber que mi prima  
es sonámbula; y, durmiendo,  
baila, se ríe, conversa  
y riñe con su cortejo;  
conque puede ser que aquí  
se durmiese; y, entre sueños,  
tomó a don Luis por su amante  
y le encapilló los dedos.

VIZCONDE. ¡Qué lindo chasco!

PEDRO. Yo bajo  
a ver si acaso los veo.

MARQUÉS. Lo malo es que ella es capaz  
de llevárselo hasta Oviedo  
sin despertar.

VIZCONDE. Vamos todos,  
acompañando a don Pedro.

Salen DON BLAS y dos DISFRAZADOS, que traen a INÉS  
y a DON LUIS.

BLAS. Entren ustedes, señores.

PEDRO. Señora, ¿qué ha sido esto?

¿Qué causa ha tenido Usía  
para esta acción? ¿Es bien hecho  
que una señora Condesa...?

BLAS. ¡Qué Condesa ni embeleco!  
Ésta es una picarona  
que tiene en sus redes preso  
a don Luisito.

PEDRO. ¿Pues cómo,  
Marqués, cómo está este enredo?

MARQUÉS. ¡Qué sé yo! Si no Condesa,  
es mujer, y puede serlo.

PEDRO. ¿La conoce usted?

BLAS. Yo no;  
pero, como al mismo tiempo  
que los detuvo el Rondín,  
llegaba yo, me dijeron  
quién era la tal señora.

PEDRO. ¿Qué respondes; di, perverso?  
¿Qué satisfacción darás  
a doña Ana?

LUIS. Yo prometo  
enmendarme. (*De rodillas.*) Doña Anita,  
por sus ojitos le ruego  
que me perdone. (*Llorando.*)

ANA. No más.  
Calle usted, que me enternezco.  
¡Yo le perdono! ¡Jesús!;  
que me desmayo...  
(*Se desmaya en los brazos de don Luis.*)

LUIS. Mi dueño.

BLAS. Anita...

INÉS. Preso por mil,

preso por mil y quinientos.

Afuera; verán qué pronto

le quito yo el patitieso.

*(Inés embiste a don Luis y a doña Ana, atropellando a doña Flora, que tiene el perro en las faldas. Doña Ana vuelve en sí de repente y se agarra con Inés; todos corren a asegurarla.)*

FLORA. ¡Ay mi perrito de mi almal

ANA. ¡Que me arranca los cabellos!

LUIS. Detente, Inés.

TODOS. Agarradla.

INÉS. ¡Que ahora no fueran de hierro mis brazos!

MARQUÉS. Esa Condesa, gavilán se nos ha vuelto.

PEDRO. Váyase usted de mi casa, o avisaré a un juez, corriendo, que la ponga en una cárcel.

MARQUÉS. Yo la pondré en un encierro en Torregorda.

PEDRO. Chitito, que acá después hablaremos. Señora, váyase pronto, antes que haga un escarmiento con usted.

INÉS. Sí, ya me marchó. Por fin, yo salgo perdiendo... Soy pobre; ¿qué se ha de hacer?... Mi pecado, lo confieso, es el querer a un ingrato. Pero solamente siento

que la más encopetada  
no está libre de este yerro;  
y lo que en mí es un delito,  
es en otra pasatiempo... (*Vase.*)

PEDRO. Conque, Marqués, ¿deberé  
llamarle a usted embustero?

MARQUÉS. Vaya, vaya; yo pensé  
que iba a darme otro epíteto.  
¡Tomal; en todas las tertulias  
se cruzan los aguaceros  
de los mentís, y ninguno  
se pone blanco ni prieto.  
Sobre que ya en muchas cosas  
es mérito no pequeño  
saber mentir.

PEDRO. Vaya usted;  
que quien piensa así, no quiero  
que pise más mis umbrales.

MARQUÉS. Me quedan a mí otros ciento.  
Justamente ya en el día  
no se estiman los sujetos  
por sus talentos ni prendas,  
sino por sólo el gracejo  
y un poco de bulli, bulli,  
con que se emboban los necios;  
porque, hoy, por uno que ve  
hay cinco mil que están ciegos.  
*Dixi*; pida usted otra cosa,  
como no sea dinero.

BLAS.

PEDRO.

Perdonen  
si se concluye el festejo

por esta noche.

FLORA.

Yo voy

a curar a mi *Lucero*.

TODOS.

Y aquí acaba este sainete;  
perdonad sus muchos yerros.

FIN

# LOS MAJOS ENVIDIOSOS

**SAINETE**

## PERSONAS

LORA.

CURRA.

CARMEN.

NICOLASA.

MARIANA.

TÍA PEPA.

PEPE LOMBRIJÓN.

NICUDEMOS (1).

PERICO.

LORENZO.

JUANILLO.

CHAMORRO.

MATEO.

ESTEBAN.

MIGUELILLO, EL BICHO.

UN GALLEGO.

(1) Este nombre figura así en todos los ejemplares de este sainete, impresos y manuscritos.



## LOS MAJOS ENVIDIOSOS

---

Casa pobre; aparece en medio una mesa chica con un velón encendido; y en sillas de paja, cosiendo junto a la mesa, TÍA PEPA y CARMEN; junto a ésta, PEPE LOMBRIJÓN, con capa y sombrero gacho; al lado de tía Pepa el TÍO NICUDEMOS, con su pipa en la boca.

CARMEN. Se me ha rotpido la aguja.

Démè usté el alfiletero.

TÍA. Cuenta que valen muy caras.

PEPE. Vaya, tío Nicudemos;  
veamos si ese tabaco  
sale fuerte.

NICUD. Él es muy bueno.

*(Le da la bolsa.)*

Siempre que voy a comprarlo  
me lo escoge el estanquero.

CARMEN. No me moleste usté más  
con ese humo del infierno.  
Aparte usted.

PEPE. No me ha gana.

CARMEN. Hable usted bien, o le pego.

PEPE. ¿A quién? ¿A mí? Ya se ve,

a lo que estaba yo hecho.

CARMEN. Tome usted, so baladrón. (*Le pega.*)

NICUD. Ya basta, niña, de juego;  
que todavía no eres  
su mujer.

TÍA. Serálo presto.

NICUD. Muy bien; entonces, si quiere,  
tírele de los cabellos.

PEPE. ¡Si viera usted cómo rabio  
por quitar eso del medio!  
Ya tengo en el rinconcito  
de mi caja treinta pesos  
en plata, que no los toco  
aunque no tenga dinero  
para ver una corrida  
de toros.

NICUD. Eso es bien hecho;  
porque en semejantes casos  
lo primero es lo primero.

TÍA. ¿Y tiene usted ya vestido  
para la boda?

PEPE. Y muy bueno.  
Los calzones, de estameña,  
llevan un galón, haciendo  
ringorrangos en figura  
de camarones; y luego  
unos cordones con borlas,  
que tendrán lo menos, menos,  
su libra y media de seda;  
el chalequito es de lienzo,  
bordado por la solapa  
de caracoles, de fleco

azul y verde; la chupa,  
de indiana, como diez dedos  
me tapaná el espinazo;  
ella tendrá sus doscientos  
botoncitos de metal;  
y luego, de cordón negro,  
una escama en cada uno;  
que estaré, tío Nicudemos,  
lo mismo que un pejerrey.  
No digo nada, el enredo  
que lleva la tal chupita  
en los hombros. Vaya, es eso  
hablar de la mar; ya ustedes  
verán cuál sale su yerno.

CARMEN. ¿Para qué es la vaniá,  
si yo estaré casi en cueros?

PEPE. Eso corre por mi cuenta;  
porque a la mujer de Alejo  
le he pedido ya un vestido  
de tafetán, con revuelos  
de lama de plata falsa,  
y un relicario de aquellos  
en que se puede freir  
media docena de huevos.

TÍA. Pobrecito; pero quiere  
que salgas con lucimiento.

PERICO. (*Saliendo.*) Tengan ustés buenas noches.  
Pepillo; escucha un secreto,  
con licencia de la casa.

CARMEN. No se lo lleve a bureo,  
señor Perico.

PERICO. Señora,

- son cosas de mucho tiento  
las que tenemos que hablar.
- TÍA. Perdone usted, señor Pedro,  
que como es novia...
- NICUD. Muchacha;  
ya te he dicho que no quiero  
te metas en los asuntos  
de los hombres.
- PEPE. Ya está bueno;  
esto no vale la pena.  
Vamos, ¿qué me traes de nuevo?
- PERICO. Hazte un poco más acá.
- PEPE. Al despacho; y que sea presto.
- PERICO. ¿Sabes el jollín que está  
para esta noche dispuesto  
en la calle del Molino?
- PEPE. Yo no sé náa. ¿Y qué sujetos  
levantan allí figura?
- PERICO. Nicolás el peluquero,  
el hijo del tío Bigotes.
- PEPE. ¿Pues ése no estaba preso  
porque le llamó tunante  
al hijo del tío Conejo?
- PERICO. Luego se compuso todo.
- PEPE. Es buen muchacho, por cierto.
- PERICO. Pues también van Majagranzas,  
Sebastián el guitarrero  
y Tomasillo Barriga.
- PEPE. Ése baila el zapateo  
tal cual, si no se sacara  
de rabadilla seis dedos  
más de lo que es regular.

PERICO. Pero es alegre de genio.  
En fin; tienen una cena  
que el mismo rey de Marruecos  
se chuparía las uñas.  
Mira: hay un lomo de puerco,  
un buen plato de arencones,  
otro también de pimientos  
y habichuelas encurtidas;  
y por remate del cuento  
unas anchoas, que piden  
a cada bocado un riego  
de Manzanilla.

PEPE. Pues, hombre,  
ya les costará dinero.

PERICO. Lo menos a peso duro  
por cabeza.

CARMEN. ¡Yo me quemo!  
¿Ustedes quieren crecer?

¿Por qué no toman asiento?

PEPE. Carmencita, ya acabamos.  
¿Y van mozas?

PERICO. Como cielos;  
ya sabes tú que son todos  
hombres de gusto.

PEPE. Ya veo.

PERICO. ¿No vienes a divertirte?

PEPE. La verdad; yo no me atrevo.  
Desde que pensé en casarme  
vivo como un recoleto;  
de manera que en dejando  
el trabajo, me divierto  
con mi novia, mis chiquitas,

- cuatro fumáas y *Laus Deo*.
- PERICO. De suerte que si lo haces  
porque no tienes dinero,  
amigos hay que te sirvan.
- PEPE. No es por eso, amigo Pedro;  
porque, a Dios gracias, me sobran  
en el día treinta pesos.
- PERICO. Pues préstame un peso duro.
- PEPE. En la bolsa sólo tengo  
media onza de plata. ¿Sirve?
- PERICO. Algo es algo.
- PEPE. Toma.
- CARMEN. Bueno;  
el secreto paró en chasco.
- PERICO. ¿Qué es lo que está usted diciendo?  
¿A quién he estafado yo?  
Vaya, que levante el deo.
- NICUD. Muchacha, calla la boca.
- TÍA. Si hablamos de otro sujeto.
- PEPE. Dime: ¿y tú qué moza llevas?
- PERICO. Ahorita pensaba en ello...
- PEPE. Lleva a Rosa la Peláa.
- PERICO. Si ahora tiene en el pescuezo  
seis ventanicas la pobre...
- PEPE. Pues lleva a Juana Regüeldos.
- PERICO. Ésa tiene un peluquilla  
que le arría muchos pesos;  
pero la cела de móo  
que aun allí escribe el correo.
- PEPE. Pues hombre...
- PERICO. Si tú quisieras  
estaba todo compuesto.

PEPE.           ¿Y de qué móo?

PERICO.           Tú conoces  
cuantas mozas tiene el pueblo.  
Si convidaras a dos,  
se formaría un cuarteto  
que atronara la función.

PEPE.           Cabalmente, ahora me acuerdo  
de dos mozas, que si fueran  
pareciera un basurero  
la asamblea.

PERICO.           Pues andares.

PEPE.           No me tientes, que no quiero.  
Si ya yo estoy recogido  
a buen vivir.

PERICO.           Por lo mismo.

PEPE.           Apuramente, ha venido  
de Málaga paño nuevo;  
mas no quiero dar de hocicos.  
Anda, que ya nos veremos  
y me dirás lo que hubo.

PERICO.           ¿Conque no vienes?

PEPE.           No entro  
ya en esas bromas.

PERICO.           Pues mira;  
como hay San, que más lo siento  
por ti que por mí.

PEPE.           ¿Por qué?

PERICO.           Ya sabes tú que Mateo  
y Blasillo son fachendas  
hasta no más.

PEPE.           Ya me acuerdo  
cuando delante de mí

no chistaban.

PERICO. Por lo mismo  
quería yo que tú fueras;  
y porque estaban diciendo  
en casa de la Currilla  
Ciempesos...

PEPE. Di qué dijeron.

PERICO. Que te casabas porque  
todas las mozas del pueblo  
ya te iban dando esquinazo.

PEPE. ¿Eso han dicho los trastuelos?  
¡A mí esquinazo, y hay moza  
que ha hecho ya su testamento  
para espichar al instante  
que me case! ¡A que, si quiero,  
se mueren todos de envidia!

PERICO. Hazlo, Pepillo.

PEPE. Esto es hecho.  
Carmencita, hasta mañana.

CARMEN. ¿No dije yo que el secreto  
tendría mal fin? Mi mantilla,  
que quiero tomar el fresco.

PEPE. Mujer; si tengo que hacer...

CARMEN. Si he de saber el misterio  
de la salida.

NICUD. Muchacha,  
¿quién te ha dao atrevimiento  
para seguir a los hombres?

CARMEN. Quiero celarlo; que dentro  
de un mes será mi marido  
y puede dar un tropiezo.

TÍA. Hace muy bien la muchacha.



- NICUD. Yo digo que no es bien hecho.
- CARMEN. ¡Caracoles con mi padre!
- NICUD. ¡Ah perra! ¿Tú dices eso?
- PEPE. No haya más; y echarle a todo tierra, señor Nicudemus.
- CARMEN. La culpa tiene el demonio, que vino de los infiernos a meter la pata.
- PERICO. ¡Cómo!  
¿También me roe usted los huesos?  
Agradezca usted a las naguas, que si no, yo le prometo que esta noche jedería la casa.
- PEPE. ¿Te callas, Pedro?
- PERICO. Por callao; ya tú sabes que yo en mi vía me meto con gente de cara lisa.  
Adiós; que en la esquina espero. (*Vase.*)
- PEPE. Pues yo me voy.
- CARMEN. Mire usted que si se marcha a bureo, no le vuelvo a hablar jamás.
- PEPE. Nadita menos que eso.  
Sobre que estoy recogido como un nacoreta.
- CARMEN. ¡Fuego en cuantos se santifican!
- NICUD. Quita la mesa, y entremos a cenar.
- PEPE. Hasta mañana.
- TÍA. Señor Pepe; entendimiento.

- PEPE. Por Dios, no me digan náa;  
que a esa mujer más la quiero  
que a mi madre; créalo usted,  
que lo digo yo; hasta luego. (*Vase.*)
- CARMEN. Por usted lo dejo ir.
- NICUD. Vamos adentro, y cenemos... (*Vase.*)
- TÍA. ¡Qué gran bestia que es tu padre!
- CARMEN. Por Su Merced me contengo.  
No sé cómo a usted gustó  
un señor tan majadero... (*Vanse.*)

Sala con cornucopias. LORENZO poniendo las velas y encendiéndolas; y JUANILLO arrimando sillas.

- JUANILLO. ¿Habrá bastantes silletas?
- LORENZO. Si acaso nos sobra tiempo  
haré traer los sillones  
de Periquillo, el barbero,  
que darán ser a la sala.

Salen CHAMORRO con una servilleta debajo de la capa,  
y un GALLEGO con tres frascos de vino.

- CHAM. ¿Adónde se pone esto?
- LORENZO. ¿Qué traes, Chamorrillo?
- CHAM. El pan;  
y los frascos, el gallego.
- LORENZO. Juanillo; velos llevando  
y ponlos con mucho tiento  
sobre la mesa.
- JUANILLO. Galicia;  
dame esos dos.

GALLEGO.                               ¿Y el terceiro  
es para mí?

JUANILLO. Una majáa... (*Vase.*)

LORENZO. ¿Le has pagado al mandadero?

CHAM.      Yo no.

LORENZO.            Pues toma el mandado. (*Le paga.*)

JUANILLO. (*Saliendo.*) Dame el otro.

GALLEGO. Por San Pedro,  
déixeme que me despida  
pegándole cuatro besos. (*Vase.*)

JUANILLO. Márchate de aquí, tunante.

CHAM. ¿Has gastao mucho, Lorenzo?

LORENZO. Hombre, si estoy aturdido.  
Lo menos sus nueve pesos  
he consumío.

CHAM.                        Después  
recogerás tu dinero.  
Lo que has de hacer es cargar  
la cuenta; y así podremos  
jamar de gorra.

LORENZO. Cabal.  
¿Piensas que me mamo el deo?

Salen MATEO y CURRA, de majos.

MATEO. Buenas noches, Lorencillo.

LORENZO. Entra y siéntate, Mateo.

CURRA. ¿Lo ves?

MATEO. ¿Qué?

CURRA. Que en todas partes  
hemos de ser los primeros.

MATEO. Así no te aguardarán,

y elegirás el asiento  
que te dé la gana.

CURRA. En tanto  
tendré el entretenimiento,  
de ver si acaban las vigas  
en oro, en plata o en hierro.

MATEO. ¿Qué cuidao se te da  
de estar sola?

CURRA. ¿Y a qué efecto  
salgo yo, sino a que vean  
esta cara y este cuerpo?

MATEO. Pues mira; mañana mismo  
en el balcón te presento  
con tu gorro y tu botarga,  
y te verá medio pueblo.

CURRA. Ea; que estás como sueles.

MATEO. Poco a poco; ¿cómo suelo  
estar yo?

CURRA. Como un vinagre.

MATEO. Pues najeza, si no peto;  
que no hay fruta más de sobra  
que hombres como caramelos.

Salen PERICO y NICOLASA, de majos.

PERICO. Entre usted sin corteá,  
señora, porque aquí semos  
todos unos. Asentarse.  
Buenas noches, caballeros.

LORENZO. Periquillo, bien venío,  
y la compañía.

NICOLASA. ¡Qué fresco

está este baile! Oiga usted;  
casi, casi ya me siento  
baldada de sólo entrar.

PERICO. No tema usted; que muy presto  
sudará.

NICOLASA. Me alegraré;  
que tengo pasmo en los huesos.

CURRA. Oyes, ¿quién es ésa?

MATEO. Calla.

CURRA. ¿No lo dices?

MATEO. No empecemos  
con preguntas. Ya te he dicho  
que, en hablando, me mareo.

Salen MARIANA, peinada; y ESTEBAN, de peluquero.

ESTEBAN. Estoy a los pies de ustedes,  
madamas.

MARIANA. Señoras; beso  
a ustedes las manos.

LORENZO. ¡Bravo!

PERICO. ¡Holal; que esto va subiendo  
de punto.

NICOLASA. ¡Miren qué trapo!  
Relumbrones en el cuerpo,  
y en su casa hay tres silletas  
desfondadas.

ESTEBAN. ¿Qué estás viendo?

MARIANA. El mal pelaje que tienen  
esas mujeres.

ESTEBAN. En eso  
verás lo que vale ser

amiga de un peluquero.

MARIANA. ¿Se me ha descompuesto algo  
con el aire?

ESTEBAN. Está perfecto,  
supongo; que con ninguna  
de las señoras que peino,  
aunque me lo pagan mucho  
y me regalan, me esmero  
como contigo... Perdona,  
que hay un alfiler mal puesto.  
¿De qué se ríen, pichona?

MARIANA. ¡Qué bufonada!

CURRA. ¡Qué pelo  
tan rubio y tan abundante!

NICOLASA. Así fuera todo nuestro.

MARIANA. ¿Pues de quién es?

NICOLASA. Muy de usted,  
señora; yo así lo creo;  
pues al fin le habrá costado  
su regalado dinero.

MARIANA. O no.

ESTEBAN. Si todo es envidia.  
Que se mueran, y callemos.

Sale MIGUELILLO, el Bicho, con capotón y montera, muy em-  
bozado; atraviesa el teatro como reconociendo a las mujeres,  
y se para en la puerta de la izquierda.

PERICO. ¿Quién será este mono?

NICOLASA. Sobre  
que quiere reconocernos.

MATEO. ¡Habrás visto figura!...

- CURRA. ¿A que le pego al trastuelo  
un sopapo en la montera?
- MARIANA. ¡Qué impolítico!
- ESTEBAN. El muñeco  
me ha hecho gracia.
- LORENZO. (*Llega y lo reconoce.*) Miguelillo,  
¿a qué son estos misterios?
- MIG. No me hables; que esta noche  
me importa estar encubierto.
- CHAM. ¿Y a qué santo es el tapujo?
- MIG. Eso yo me sé mi cuento.
- LORENZO. Ven a tocar la guitarra.
- MIG. Déjame quieto, Lorenzo.
- CHAM. Larga el capotón.  
(*Le quita el capotón y le trae la guitarra.*)
- MIG. Chamorro,  
no me muelas.
- CHAM. Pues yo quiero.
- MIG. ¡Qué sangre tienen ustedes!
- LORENZO. Vaya; toma el instrumento. (*Se sienta.*)
- PEPE. (*Dentro.*) ¡Lorencillo!
- LORENZO. ¿Quién me llama?
- PEPE. (*Dentro.*) Sácate aunque sea un deo  
encendido, con mil diantres.  
(*Toma una luz y vase.*)
- MATEO. ¿Es Pepillo el zapatero?
- ESTEBAN. Él es.
- NICOLASA. ¿Si traerá a la novia?
- ESTEBAN. Puede ser. Ya lo veremos.

Salen PEPE y LORA, de maja.

- PEPE. Salú y pesetas a cuantos  
matrimonios y solteros  
honren el cóncave. Amén.
- LORENZO. Dios guarde todo lo bueno.
- ESTEBAN. Me ha gustado la entradilla.
- PEPE. Elige a tu gusto asiento;  
que aquí nadie representa  
más que un duro.
- LORA. Aquí me quedo.  
¡Qué sería que está la gente!
- PEPE. En unos es el respeto  
que a mí me tienen; en otros  
es el desalumbramiento  
que les causó de repente  
la luz de ese firmamento.
- LORA. Diga usted: ¿aquella señora  
es hija de algún platero?
- PEPE. No.
- LORA. Pues sin duda han bajado  
la plata y oro de precio;  
porque la madama trae  
como una píldora el cuerpo.
- PERICO. Miguelillo, una palabra;  
ven a este lado, Mateo,  
y hagamos corro.
- LOS DOS. ¿Qué hay?
- PERICO. ¿No veis qué nuevo salero  
se ha encontrado ese aguilucho  
de Pepillo el zapatero?



- MIG. Por cierto que es brava moza.
- MATEO. ¿Y nosotros sufriremos  
que, estando aquí la substancia  
de la majeza, ese feo  
tenga la mejor pareja?
- MIG. Dices bien.
- PERICO. Pero ¿qué haremos?
- MATEO. Peguémosle un chasco.
- PERICO. ¿Cómo?
- MATEO. Veréis qué buen pensamiento.
- NICOLASA. ¿Qué conversación es esa?
- PERICO. No te importa a ti.
- NICOLASA. Me alegro.  
Si tú no me la pagares,  
pierda yo el nombre que tengo.
- PEPE. ¿Se empieza usté a divertir,  
salada mía?
- LORA. Agradezco  
la ternura.
- PEPE. Si es así,  
ya lo más tenemos hecho.
- LORA. Para divertirme más,  
explíqueme usted primero  
quiénes son estas señoras.
- PEPE. Con mucho gusto, mi dueño.  
Esa niña tan peinada  
sirvió tres años y medio  
a Juanilla la Virloca,  
hasta que cierto sujeto  
le armó una tienda de seda  
y se entroncó en el comercio.
- LORA. Ya sé quién es. Ésta tiene

los almacenes adentro;  
porque sólo hay en la tienda  
dos madejas de hilo negro,  
cuatro botes de pomada  
y cinco velas de sebo.

MATEO. ¿Qué tal; es buena humorada?

PERICO. Es un grande pensamiento  
embromarlo, mientras yo  
voy con el soplo.

NICOLASA. ¿Qué es eso?  
¿Qué inquietud es ésta?

PERICO. Nada.

NICOLASA. ¿Pues adónde vas?

PERICO. Ya vuelvo. (*Vase.*)

NICOLASA. Anda con Dios; que quizá  
no me hallarás en volviendo.

LORA. Ya. ¿Conque aquella señora  
padece males añejos  
y ha venido a esta ciudad  
a mudar temperamento?

PEPE. Y la que está en este lado,  
ahora poco estuvo haciendo  
ejercicios en la iglesia  
de Santa Elena.

LORA. Muy bueno;  
y como sea devota,  
nunca serán los postreros.  
(*Llega Mateo y se sienta al lado de Lora.*)

PEPE. Alabo la confianza.

MATEO. Si vengo a darte un consejo.  
Mira, Pepe; cada día  
más y más estás hediendo

a boda; y así, no debes  
engañar a los sujetos.

LORA. ¿Qué es eso? ¿Conque el señor  
está tratando himeneo  
en otra parte?

MATEO. Muchito.

LORA. ¿Y qué responde usted a esto?

PEPE. Que es una pura mentira;  
porque en toíto este pueblo  
no hay moza que me dé golpe  
sino usted.

MIG. Si sé de cierto  
que mañana han de tomarte  
los dichos.

PEPE. Mira, fideo;  
ve a charlar con los de pico  
redondo.

CURRA. Señor Mateo,  
yo me canso de sufrir.  
¿Qué significa este empeño?

MATEO. Vete otra vez a tu sitio.

CURRA. La que quiera tener perros  
de oreja, que se levante  
y se vaya al Matadero.

LORA. Oiga usted, señora mía;  
llévese el suyo al momento,  
que acá no necesitamos  
de pachones.

ESTEBAN. Perdiguero  
lo tiene usted aquí, si gusta.

MARIANA. ¿Quién te mete a ti en enredos  
con esa gente?

- LORA.                                So dama  
de corralón; tenga freno,  
si no pretende que barra  
con el erizón el suelo.
- PEPE.                                Caballeros; zafarrancho,  
que ya me voy yo poniendo  
templaíto.
- LORENZO.                            Poco a poco,  
y en mi casa no haya estruendo.
- CHAM.                                En empezando a bailar,  
calma todo.
- LORENZO.                            ¿Pues qué hacemos?  
Pronto el chandé.
- ESTEBAN.                            No, señor;  
eso está muy mal dispuesto;  
que habiendo aquí una señora  
peinada, es justo empecemos  
los dos con un minuet.
- MATEO.                                Dejad los arrastraderos  
de pies, y bailen fandango.
- PEPE.                                El zorongo es lo primero.
- MIG.                                 Las boleras.
- MATEO.                                El fandango.
- PEPE.                                Que haya zorongo, o me duermo.
- PERICO.                               (*Saliendo.*) ¿Qué bulla es ésta? Ya viene  
ahí esa gente.
- MATEO.                                Me alegre.

Salen TÍO NICUDEMOS, CARMEN y TÍA PEPA.

- CARMEN.                            ¿Negará usted, señor Pepe,  
lo mismo que estoy yo viendo?

Es usted un falso, un indigno.

LORA. Señor Pepe, ¿qué aguacero  
es éste que se descuelga?

PEPE. No se asuste usted por eso;  
que pasando la tormenta  
se queda el cielo sereno.

CARMEN. ¡Qué fresco que se ha quedado  
ese tunante! Estos, estos  
son los hombres de hoy en día.

NICUD. Primero le daré a un negro  
mi hija.

TÍA. Vaya, señor Pepe;  
que no sabe usted el mal tercio  
que nos ha hecho.

CARMEN. Y la puerca  
que me lo está entreteniendo  
debiera mirar...

LORA. Chitito,  
y hable usted con más respeto,  
si no quiere que a su novio  
ninguna le dé un asiento.  
¿Por qué no le estampa encima  
de las quijadas el jierro,  
como se hace con los potros?  
Así se conoce el dueño.

CARMEN. Sí; pero usted me lo engríe.

LORA. ¡Yo engreirlo? ¡Si reviento  
de risa! Mire usted, mi alma;  
si quiere no perder tiempo,  
déle usted cuatro dobleces  
a su larguirucho cuerpo,  
y métaselo en la bolsa;

que nosotros pagaremos  
por ver un juego de manos  
ridículo, pero bueno.

PEPE. Señá Lorita, por Dios,  
no hay que ajarme; que yo vengo  
con usted, y ninguna tiene  
mando sobre mi pellejo.

CARMEN. ¿Conque no tengo dominio?

PEPE. Y en lo dicho me mantengo.  
¿Nos ha dado el señor cura  
la manotáa?

CARMEN. ¡Qué gran perro!

PEPE. Acabóse. Señá Lora,  
vámonos a tomar viento.

LORA. Si quiere tomarlo, vaya  
a darle en la cara un beso  
al Hércules; que en mi casa  
me abren siempre que yo llego.  
Adiós, señores.

MIG. Mi vida,  
¿quiere la vaya sirviendo?

MATEO. Yo estoy aquí.

LORA. Nadie salga  
de la sala; pues no quiero  
que por mí se quede manca  
la contradanza de feos.

PEPE. Téngase usted, señá Lora,  
que usted ha venido al festejo  
conmigo, y no es regular  
se vaya sola.

LORA. Mi dueño,  
satisfaga usted a esa niña;

dígale que deje el miedo,  
que nadie le envidia el novio;  
y, si acaso en algún tiempo  
se le perdiera, que vaya  
recorriendo los fonderos,  
y lo hallará con su cuadro  
colgado de algún testero. (*Vase.*)

TODOS. ¡Ah, ah, ah! ¡Qué lindo queda!

PEPE. Simplonazos; si son celos  
los que lleva esa mujer...  
Un par de duros apuesto  
a que a la pobre esta noche  
le casca un fiato de aquellos  
que llaman todos dolor  
nifritico.

TODOS. ¡Qué embustero! (*Se rien.*)

NICUD. Vámonos, hija.

PEPE. Despacio;  
tráete al instante, Lorenzo,  
un poco de *chimisturri*.

LORENZO. Voy por él. (*Vase.*)

CARMEN. Si no bebemos...

PEPE. Chitito.

TÍA. No hay que cansarse.

LORENZO. (*Sale con un vaso y un frasco.*)  
Toma.

PEPE. Tío Nicudemos.  
Usté es hombre de razón;  
vaya un traguito.

NICUD. (*Lo prueba.*) Es muy bueno  
y abocadito.

PEPE. Hasta ver





# EL MARIDO DESENGAÑADO

**SAINETE**

## PERSONAS

DON LAMBERTO, marido de

DOÑA CASIMIRA.

BASILIA, criada.

UN MÉDICO.

UN CIRUJANO.

UN BOTICARIO.

UN PAJE.

UN BARBERO, majó.

## EL MARIDO DESENGAÑADO

---

Salón con asientos; y sale DON LAMBERTO con bata y gorro tieso, haciendo extremos de aburrido.

LAMBERTO. Por mujer tengo una fiera.  
Siempre es un continuo infierno  
con ella la casa. No hay  
marido en el Universo  
que pase más que yo. ¡Ah!  
¡Y que haya pícaro perro  
que se case, sino antes  
ser andante caballero,  
en cuyo estado se libra  
de los continuos tropiezos  
que los que somos casados  
por lo regular tenemos!  
Tan desesperado estoy,  
que no me faltan dos dedos  
por darme una puñalada  
con un trago y dos torreznos.

BASILIA. (*Saliendo.*) ¡Que haya pícara que quiera  
servir a un ama de un genio

tan altivo, poco instable,  
tan sin juicio y tan soberbio!  
¡Por vidal...

LAMBERTO. Chica, ¿qué tienes?

BASILIA. Que en este propio momento  
me dé usted lo que me debe,  
porque me marchó.

LAMBERTO. No puedo  
por la presente servirte,  
porque no tengo dinero.

BASILIA. Buscarlo.

LAMBERTO. Pago tan bien,  
que ya en ninguno lo encuentro.

BASILIA. Hurtarlo.

LAMBERTO. ¡Sopla! ¿Y después  
que me aprieten el pescuezo?  
Pero ven acá. ¿Por qué  
te vas tan sin fundamento?

BASILIA. No puedo aguantar al ama.

LAMBERTO. Yo la aguanto; haz tú lo mismo.

BASILIA. Usted tiene obligación;  
y la aguantara usted menos  
como tuviera calzones.

LAMBERTO. ¿Pues acaso estoy sin ellos?

BASILIA. Pero es usted...

LAMBERTO. ¿Qué, mujer;  
que de oírte los cabellos  
se me ponen como leznas?

BASILIA. Un marido sin aliento  
para, de una vez, dejarla  
despachurrada.

LAMBERTO. Eso es bueno

para la gente ordinaria, ¿  
y no para caballeros.

BASILIA. También aquéllos son hombres,  
y los demás son muñecos,  
pues saben enderezarnos  
cada vez que nos torcemos.

LAMBERTO. Acá, el qué dirán nos hace  
ser cuanto quieren hacernos;  
pero ahora, ¿por qué te quejas  
de mi mujer?

BASILIA. ¡Bueno es eso!  
¿Si usted la hubiera mirado  
hace poco!...

LAMBERTO. ¿Pues qué ha hecho?

BASILIA. Qué sé yo qué ventolera  
le vino, que entró corriendo  
en la cocina; y, furiosa,  
ollas, cazuelas, pucheros,  
jícaras, tazas, platillos,  
fuentes, platos y barreños,  
todo lo ha hecho mil pedazos.

LAMBERTO. ¡Pobre de mí, que me ha muerto  
el bolsillo!

BASILIA. Chille usted,  
porque el estrago que ha hecho  
es dable que a usted le cueste  
más de veinte o treinta pesos. (*Vase.*)

LAMBERTO. ¡Ay, pobre vidriado mío!  
Ella me destruye. ¡Cielos;  
vengadme de ella con darla  
cuatrocientos mil diviesos!  
Es un dragón, una fiera.

¡Toma, toma, toma, cuerpo!

(*Se araña y pellizca.*)

Y, supuesto que quisiste

petimetra, aguanta perro.

Sale DOÑA CASIMIRA haciendo ademanes de males.

CASIMIRA. No puedo parar. ¡Qué ansias!

¡Ay, querido don Lamberto,  
que me ahogo!

LAMBERTO. (*Aparte.*)      Cuanto antes,  
Virgen de los Recoletos.

¿Qué tienes, tórtola amada?

CASIMIRA. Yo no sé lo que me tengo;  
estoy muy mala.

LAMBERTO.                      Hija mía,  
sosiégate y deja extremos.  
Vaya, mona; di, ¿qué tienes?

CASIMIRA. Después de comer me he puesto  
muy mala. Me muero, hijo.

LAMBERTO. ¿Y sabes si será presto,  
para salir tú de penas  
y quedarme yo en el cielo?

CASIMIRA. Lo que te encargo, si falto,  
que te acuerdes de mis deudos.

LAMBERTO. Y mucho más de tus deudas  
me acordaré largo tiempo,  
por las muchas que me dejas  
en los libros del comercio.

CASIMIRA. ¡Lo que de salú he quebrado!

LAMBERTO. Mucho más (según entiendo)  
has quebrado, en la cocina,

de mis platos y pucheros.

CASIMIRA. Perdona; que tengo lunas.

LAMBERTO. ¿Lunas? Ya; del mal al menos.

Más vale que tú las tengas  
que no yo.

CASIMIRA. ¡Ay qué insosiego!

Mientras que paso a mi cuarto,  
ponme un asiento aquí en medio.

LAMBERTO. Nací yo para servirte. (*Le pone una silla.*)

Ya hace dos años y medio  
que médico y cirujano  
te asisten.

CASIMIRA. Harto lo siento.

LAMBERTO. Mucho más lo siento yo,  
que las pesetas les suelto.

¡Pero que todos los días  
tengas el capricho necio  
de que te receten algo!

CASIMIRA. Si estoy mala, ¿qué hago en eso?

Y si buena, de ese modo  
para el año me prevengo.  
Muda este asiento a otra parte,  
porque aquí es mucho el reflejo  
de la luz.

LAMBERTO. Vaya a otra parte. (*La muda.*)

CASIMIRA. Ponlo más acá dos dedos.

LAMBERTO. Mira si está aquí bien.

CASIMIRA. No.

LAMBERTO. Pues ve a sentarte al infierno;

que a tanta ridiculez,  
se me acabó el sufrimiento.

(*Tira la silla.*)

CASIMIRA. Oyes; no tires la silla  
con tal soberbia y desprecio,  
que es de las que traje en dote;  
y todos mis muebles quiero  
que tú y todos me los traten  
con muchísimo respeto.

LAMBERTO. Poco a poco. ¿Conque son  
los muebles tuyos?

CASIMIRA. Sí.

LAMBERTO. ¿Pero  
tú de quién eres?

CASIMIRA. Yo, tuya.

LAMBERTO. Pues de no tocar ofrezco  
a los muebles, por ser tuyos;  
pero también te prometo,  
por mía, de sacudirte,  
cuando hagas por qué, el poleo.

CASIMIRA. ¿A una señora?

LAMBERTO. ¡Pues toma;  
que, si hay causa para ello,  
no anda entre usías el palo,  
que suele cantar el Credo!

CASIMIRA. Pues si tú a tal te atrevieras...

LAMBERTO. Pues si das lugar a ello...  
(*Se le cae el gorro.*)

CASIMIRA. El gorro se te ha caído;  
yo te lo pondré.

LAMBERTO. No quiero.  
¡Qué inclinación tan perversa  
tienen el gorro a ponernos!

CASIMIRA. ¡Eres un vil hombre!

LAMBERTO. ¡Chito!



y ten por memoria aquello  
de, si los muebles son tuyos,  
que tú eres mía.

CASIMIRA. ¡Ah perverso!

A pesadumbres me matas,  
infame; mas te prometo  
que, para que sientas, voy  
a caerme muerta corriendo. (*Vase.*)

LAMBERTO. Con boleras y fandango  
he de celebrar el duelo.  
No te dé cuidado. Hoy  
en oponerme resuelvo  
a cuanto pasa por ella.  
Su mal estoy conociendo  
que es ficción, y se lo apoyan  
los dos sabios curanderos  
que la asisten; mas yo haré  
que salten de aquí bien presto.

PAJE. (*Saliendo.*) ¡Señor!

LAMBERTO. ¿Qué traes, Churumbela?

PAJE. Deciros cómo ya dejo  
avisado al boticario  
que venga cuanto más presto  
a verse con usted.

LAMBERTO. ¿A él propio  
le diste el recado?

PAJE. A él mismo;  
por más señas, que a una ayuda  
estaba estopas poniendo.

LAMBERTO. ¡Dios nos libre del ataque  
de cañones tan tremendos!

BASILIA. (*Saliendo.*) ¡Señor!



pero idme los dos diciendo :  
¿no se halla enferma?

BASILIA. Es ficción.

LAMBERTO. ¿No guarda dieta?

PAJE. Embeleco.

BASILIA. Para usted de nada prueba.

PAJE. Para usted se está muriendo.

BASILIA. Y así os trae tan engañado.

PAJE. Y así os trae tan sin sosiego.

LOS DOS. Es usted un pobre señor,  
y le da a chupar el dedo. (*Vanse.*)

LAMBERTO. ¡Ah infame; yo la daré  
a ella a chupar un pimiento  
que pique tanto, que le haga  
dar cabriolas contra el techo!  
¡Qué esto me pase! ¡Por vida!...  
(*Se pasea furioso.*)

Sale el BOTICARIO, de militar, con sombrero, gorro y bastón.

BOTICARIO. ¡Oh, mi señor don Lamberto!  
¿Cómo le va?

LAMBERTO. ¡Ay Boticario!  
Esto va malo.

BOTICARIO. Remedio;  
que en mi botica (a Dios gracias)  
para todos males tengo.

LAMBERTO. No tendréis para curar  
el mal de que yo padezco.

BOTICARIO. ¿Qué mal es?

LAMBERTO. La mujer loca.

BOTICARIO. Eso es moda en nuestro tiempo;

y se va, de unas en otras,  
como peste, difundiendo;  
mas ¿para qué me llamáis?

LAMBERTO. Porque preguntaros quiero  
qué bebida es la que enviáis  
todas las tardes, a efecto  
que la tome mi mujer,  
y beben los curanderos  
también de ella.

BOTICARIO. Es una horchata  
tan solamente; lo mismo  
que la de botillería;  
y, cierto, me compadezco  
al mirar cómo os engañan  
vuestra mujercita y ellos.

LAMBERTO. Mi mala mujer diréis;  
y cómo a mi costa, ¡cielos!,  
refrescan todos. ¡Oh amigo;  
y quién encontrara medio  
de vengarse de los tres!

BOTICARIO. Es muy fácil, yo lo ofrezco;  
dejadlo todo a mi cargo,  
y hasta después, don Lamberto,  
que ya veréis cómo echamos  
de casa a esos curanderos. (*Vase.*)

LAMBERTO. Así fuera a escopetazos;  
pero el doctor, según veo,  
entra ya. Quiero ponerme  
de semblante airado y feo.

Sale el MÉDICO, de militar y con bastón.

MÉDICO. ¡Oh, señor!

LAMBERTO. Dios guarde a usted.

(*Se pasea con mucha seriedad.*)

MÉDICO. ¡Qué sequedad!

LAMBERTO. ¡Qué jumento!

MÉDICO. Ahora y siempre a vuestros pies  
rendidamente me ofrezco.

LAMBERTO. No he menester yo a mis pies  
tan inútiles tropiezos.

MÉDICO. ¿Y Madama?

LAMBERTO. No lo sé.

MÉDICO. Es dable esté...

LAMBERTO. En el infierno.

MÉDICO. ¡Hola!; parece que estáis  
algo de humor indigesto.

LAMBERTO. ¿Y a usted que le importará  
que esté alegre o esté serio?

MÉDICO. Todo eso es chanza; y, así,  
dadme un polvo.

LAMBERTO. No lo tengo.

MÉDICO. Me persuado que estáis malo.  
¿A ver el pulso?

LAMBERTO. No quiero.

Vaya usted a tomarle a un toro  
de los de Colmenar Viejo. (*Vase.*)

MÉDICO. ¡Sopla, tía! No visito  
yo semejantes enfermos.  
*Malorum*; el tal señor  
parece que hoy tiene entuertos.

*(Sale el Cirujano; y se abrazan.)*

CIRUJANO. Compañero don Ciriaco...

MÉDICO. Amigo don Timoteo...

CIRUJANO. ¿Te ha dado ya la señora  
audiencia, con el aprecio  
que sabe su bizarría  
en todo favorecernos?

MÉDICO. No, amigo; sólo al señor  
encontré aquí, y ¡con qué gesto  
y desprecio me ha tratado!

CIRUJANO. ¿Y eso qué importa? En teniendo  
nosotros a su mujer  
(que es quien lleva el barlovento)  
adulada, complacida  
y bien satisfecho el cuerpo  
de jarabes, al marido  
que se lo coman los cuervos.

MÉDICO. Bien dices; mas ella sale;  
y, así, sólo procuremos  
chuparla lo que se pueda,  
que es el fin de nuestro intento.

CASIMIRA. *(Saliendo.)* ¡Cirujano! ¡Mi doctor!

LOS DOS. Señorita; siempre vuestros.

CASIMIRA. Tarde venís hoy.

MÉDICO. Ya ha rato  
que yo vine; y por respetos  
vuestros no me he vuelto a ir  
sin visitaros ni veros.

CIRUJANO. Con razón.

CASIMIRA. ¿Pues qué ha pasado?

MÉDICO. Me ha llenado de desprecios  
vuestro marido. Le hallé

con una cara de perro.

CASIMIRA. La que, por lo común, usan  
en su casa los más de ellos.

MÉDICO. Y a todo, con secatura,  
adustez y menosprecio  
me respondió.

CASIMIRA. ¡Oh! Es muy bruto;  
un Rodrigón; y lo mismo,  
sin quitarle ni ponerle,  
que el macho en que lo trajeron.

CIRUJANO. ¡Buen golpe!

MÉDICO. ¡Viva Madama!

CASIMIRA. Vaya; tomemos asiento;  
y vedme el pulso.

*(Se sientan. Tómanla el pulso los dos, cada uno de su mano; y al bastidor sale don Lamberto.)*

LAMBERTO. Aquí están  
los tres juntos. Escuchemos.

CASIMIRA. ¿Qué tal está el pulso?

MÉDICO. Éste  
está pidiendo refresco.

CIRUJANO. Y éste, sangría.

LAMBERTO. ¡Si a entrambos  
os llevara un aire recio  
a deshacer las narices  
contra un peñasco del puerto!

CASIMIRA. Pues, señores, como ya  
quedamos ayer de acuerdo,  
es necesario que ustedes  
le vayan ya proponiendo  
a mi marido que es fuerza

me envíe a un lugar, a efecto de tomar aguas.

MÉDICO.

Muy bien;

descuidad, que yo prometo conseguirlo y engañarle.

CIRUJANO. Y yo a lo propio me ofrezco.

LAMBERTO. De modo que eso será si es que yo engañarme dejo.

CASIMIRA. Por último; de esta forma fingiré acá que me muero; y en el lugar no habrá día de cuantos en él estemos, que no sea todo bromas, meriendas y bailoteo.

LAMBERTO. Y yo te iré a hacer el son con una vara de acebo. De aquesta clase de enfermas, maridos, ¡cuántas tendremos!

CIRUJANO. ¡Qué días que nos esperan!

MÉDICO. ¡Qué pollos que comeremos!

LAMBERTO. Si yo he de pagarlos, poco te relamerás con ellos.

Mas quiero disimular.

Voy, poco a poco, saliendo. *(Sale.)*

MÉDICO. El pariente ha entrado.

CASIMIRA.

Ya;

de conversación mudemos.

LAMBERTO. ¿Te has mejorado, parienta?

CASIMIRA. ¡Ay hijo; me estoy muriendo!

LAMBERTO. ¡Si vieras lo que me pesa de que ya no lo hayas hechol

MÉDICO. Eso es mala voluntad.



LAMBERTO. ¿Y a usted quién le mete en eso,  
ni le ha dado, señor mío,  
golilla para este entierro?  
Siéntome aquí.

CASIMIRA. (*Recio.*) ¿Aquí? ¿Y a qué?

LAMBERTO. Chito; no me hables tan recio,  
porque daré yo una voz  
que estremezca al Universo.

CASIMIRA. ¿Y a qué es sentarse aquí? ¿A qué?

LAMBERTO. Porque es mi casa, y yo puedo  
estar donde me dé gana;  
que me cuesta mi dinero.

MÉDICO. ¡Naranjas!; este marido  
ya va en su juicio volviendo,  
pues empieza a la mujer  
a irla cortando los vuelos.

CASIMIRA. Ya puedes irte a sentar  
a otra parte.

LAMBERTO. Yo no quiero.

CASIMIRA. ¡Me corrompes!

LAMBERTO. Tú me apestas.  
¡Oh maridos! ¿Qué tendremos,  
cuando las más aborrecen  
que cerca de ellas estemos?

MÉDICO. Vaya; cesen las discordias,  
pues Madama, don Lambert,  
no está para desazones;  
y entrambos hemos resuelto  
que la envíe usted a un lugar  
cerca de aquí.

LAMBERTO. Estoy en eso;  
así como en Recogidas,

que no está de aquí muy lejos,  
y es donde envían algunos  
sus parientas a recreo.

CIRUJANO. Y es fuerza no dilatarlo,  
que conviene.

LAMBERTO. Estoy en eso.

¡Poquito la quiero yo  
para omitir el hacerlo!

CASIMIRA. ¡Oh! Me será muy sensible  
separarme mucho tiempo  
de ti, esposo cariñoso  
de mi vida.

LAMBERTO. Estoy en eso.

¡Ah falsas! Éstas y mulas  
siempre se están compitiendo.

CASIMIRA. ¿Qué respondes, mono amado?  
¿Me enviarás, o no?

LAMBERTO. Veremos;  
no habrá duda; lo sé todo,  
sí señor; ya estoy en eso.

CASIMIRA. ¡Qué torozón!

LAMBERTO. Dios te dé  
todo cuanto estás pidiendo.

CASIMIRA. ¡Muchacha!

BASILIA. (*Saliendo.*) ¿Qué manda usted?

CASIMIRA. ¿Es hora ya del refresco?

BASILIA. Sí, señora; y ahora el paje  
salió de casa a traerlo  
de la botica. Al instante  
que esté ya aquí, le entraremos. (*Vase.*)

LAMBERTO. ¡Si bebierais solimán  
todos tres!... Mas toleremos;

que me ofreció el boticario  
modo de vengarme de ellos.

Sale el BARBERO vestido de majo, con los avíos de afeitar.

BARBERO. Dios guarde a ustedes. Aquí  
tiene usted ya, don Lamberto,  
al barbero.

LAMBERTO. Y vienes majo.

BARBERO. Si es éste nuestro elemento...  
Al barbero que no es majo  
se le echa luego del gremio.

LAMBERTO. ¡Qué guitarrones sois! Vaya,  
aféitame.

BARBERO. Soy contento.  
(*Quitase la capa; le pone los paños, ba-  
ña, etc.*)

LAMBERTO. Supongo traerás el pulso  
sosegado.

BARBERO. Muy perfecto.

LAMBERTO. Y no te olerán las manos  
a los varios gatuperios  
que soléis manejar.

BARBERO. Nada.  
Si no hay que hacer un remedio...

LAMBERTO. Pues es mucho; que el país  
abunda mucho de enfermos. (*Se baña.*)

CASIMIRA. Maestro; pues són ustedes  
la gacetilla del pueblo,  
¿qué noticias hay?

BARBERO. Ninguna  
he sabido hoy de provecho.

MÉDICO. ¿Qué hay de toros?

BARBERO. ¡Oh!, que habrá  
este año muchos y buenos.

CIRUJANO. A mí me gustan.

BARBERO. Pues yo  
voy todas las fiestas.

LAMBERTO. Presto;  
despacha, que en dar jabón  
siempre tardas año y medio.

BARBERO. Ya está; y las navajas vienen  
afiladas con esmero.  
(*Saca la navaja.*)

LAMBERTO. Oyes, ¿qué manejo es ése?  
¿Traes perlesía, jumento?

BARBERO. No, señor; ésta es la gala.

LAMBERTO. Vaya; despacha, que tengo  
que hacer. Mira no me cortes;  
ya sabes tengo el pellejo  
delicado.

BARBERO. ¡Qué delirio!  
Ya esto está acabado.

LAMBERTO. ¡Cuerno!  
¡Bruto! ¿No miras qué chirlo  
que me has pegado tan fiero?

BARBERO. Perdone usted.

LAMBERTO. ¡Y me has quitado  
un cuarterón de pellejo!

BARBERO. Ya hemos despachado.

LAMBERTO. (*Le paga.*) Toma...  
ésta y otra que te debo.

BARBERO. Mil gracias; adiós, señores.

LAMBERTO. Media quijada lo menos

me ha cortado este maldito  
barbero de los infiernos.

Salen: el PAJE, y BASILIA, con garrafa, salvilla y tres vasos.

BASILIA. La bebida, señorita.

PAJE. Fría viene como un hielo.

CASIMIRA. Idme echando a mí, y después  
beban estos caballeros.

CIRUJANO. Pues que gustáis, no replico.

MÉDICO. Pues lo queréis, obedezco.

LAMBERTO. ¡Hola! ¿Conque esa bebida  
la pueden malos y buenos  
beber?

CIRUJANO. Sí, señor.

MÉDICO. Es cosa  
soberana; es un compuesto  
de las cosas más selectas  
que dejó escritas Galeno,  
de la salud.

*(Echan en un vaso para ellos.)*

LAMBERTO. Y es horchata.

¿Habrás mayor embustero?

Si es así, dame acá, chica,  
y beberé yo primero.

Así como así, hace días  
que acalorado me siento. *(Toma el vaso.)*

Por esta vez han de ir  
a beber a los infiernos;  
y toda, toda la horchata  
me la he de echar al colete,  
*(Bebe.)* ¡Qué rica está! La garrafa

dame acá y la apuraremos.  
(*Tómala y se la bebe toda.*)  
Se acabó. ¡Qué fuerte chasco  
han llevado!

CASIMIRA.                      Majadero;  
me has dejado sin beber  
a mí y a estos caballeros.

LAMBERTO. ¿No sabes que en siendo horchata  
me gusta mucho en extremo?

CASIMIRA. Mal provecho te haga.

LAMBERTO.                      A ti,  
cuando la bebas, lo mismo.

Sale el BOTICARIO apresurado y dando voces; y se levantan  
todos.

BOTICARIO. ¡Ay, señores, qué desgracia!  
¡Qué descuido! Apenas puedo  
hablar.

LAMBERTO.                      Señor Boticario,  
¿qué pasa?

BOTICARIO.                      ¡Fatal suceso!  
¿Han tomado la bebida  
que de mi casa trajeron?

LAMBERTO. Sí, señor; ya la han bebido.

BOTICARIO. ¡Qué lástima! Pues al Cielo  
pida perdón de sus culpas  
el que la tenga en el cuerpo,  
porque dentro de un instante  
de repente caerá muerto.

Todos.                      ¿Qué decís, hombre? ¿Qué pasa?

BOTICARIO. Es que el mancebo que tengo,

por yerro echó en la bebida  
unos polvos de veneno.

LAMBERTO. ¡Ay, que me han envenenado!  
¡Agua, aceite; que me han muerto!

TODOS. ¡Qué desgracia! Traed agua.

BASILIA. Ya voy por ella corriendo. (*Vase.*)

CASIMIRA. ¡Ay desdichada de mí!

MÉDICO. Un vomitivo, ¡ligero!

LAMBERTO. Un médico; un confesor.

CIRUJANO. ¡Qué desgracia!

(*Sale Basilia con un jarro.*)

LAMBERTO. ¡Qué me muero!

BASILIA. Aquí está el agua.

MÉDICO. Bebed,  
bebed, y haced mucho esfuerzo  
de vomitar.

LAMBERTO. Ya lo hago (1).  
De ésta echo por la boca  
los livianos casi enteros.

BOTICARIO. ¿Qué decís? ¿Pues la bebida  
que ahora mismo aquí trajeron  
no la han tomado los tres,  
usted y esos caballeros?

CASIMIRA. No, señor; él solamente,  
sin que pongáis duda en ello.  
Toda, toda la garrafa  
se ha bebido.

BOTICARIO. Deteneos;  
que de esa forma, señores,  
creo que tendrá remedio.

---

(1) Falta un verso en los ejemplares consultados.

TODOS.       ¿Qué decís?

CASIMIRA.       ¿Pues cómo ha sido?

Aclaradnos el misterio.

BOTICARIO. Que es, el veneno, fingido.

CASIMIRA. ¡Ay! Corazón, respiremos.

BOTICARIO. Yo intenté dar este chasco  
a usted y a los curanderos  
que diariamente tomáis  
los tres juntos el refresco,  
para que a usted no la adulen  
ni hagan gastar el dinero  
tan simple e inútilmente  
a mi amigo don Lamberto.

LAMBERTO. ¿Conque no hay veneno?

BOTICARIO.       Nada.

LAMBERTO. ¡Qué susto he llevado! Y puesto  
que es el mal de mi mujer  
sólo imaginario, presto  
salgan luego de mi casa  
ustedes dos, caballeros,  
antes que con este alfanje  
pase a los dos a degüello.

CASIMIRA. Tente, esposo.

LOS DOS.       Ya nos vamos.

LAMBERTO. Breve; o cabezas al suelo.

CIRUJANO. Y con esta cortesía...

MÉDICO. Y con este cumplimiento...

LOS DOS. Pues ya nos han conocido,  
adiós, señor don Lamberto. (*Vanse.*)

LAMBERTO. El tufo del chafarote  
los hizo salir ligeros.

CASIMIRA. Y ahora, ¿quién me curará?



LAMBERTO. ¡Qué curar! Fuera embelecos.

Confiesa que es todo engaño,  
o mira que te degüello.

CASIMIRA. (*De rodillas.*) Tente, esposo de mi vida;  
que ya, arrepentida, quiero  
publicar que era mi mal  
imaginario, y prometo  
no volverte a engañar.

LAMBERTO. Alza,  
que ya de todo te absuelvo.  
¡Ah maridos!, ojo alerta,  
y tomad del caso ejemplo.

BOTICARIO. Por mí lográis este triunfo.

LAMBERTO. El favor os agradezco;  
pero, de estas burlas, pocas;  
que por poco no me muero.

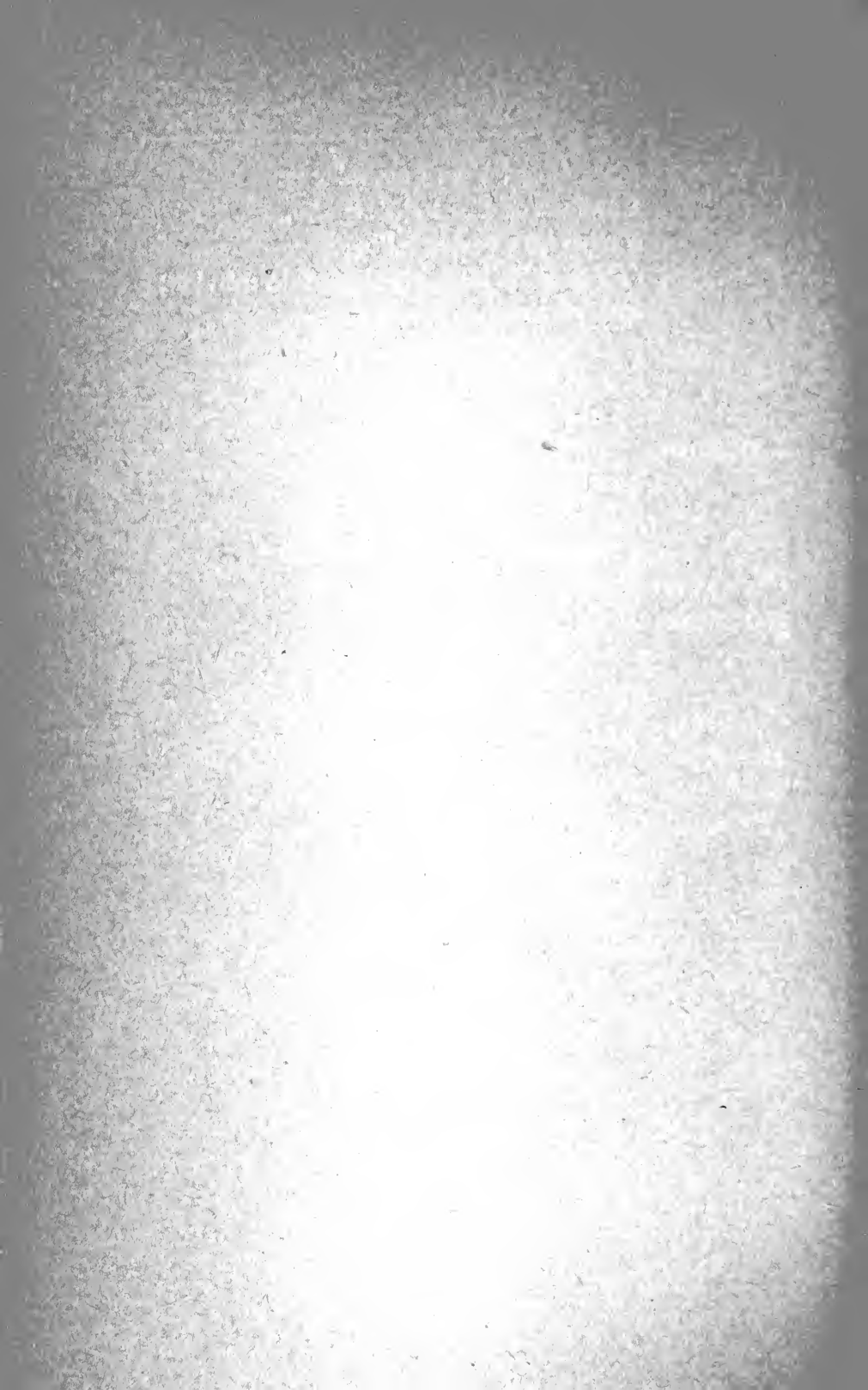
CASIMIRA. Y yo también.

TODOS. ¡Viva el chasco!

LAMBERTO. Suplicando aquí el INGENIO...

TODOS. Que nos perdone y aplauda  
auditorio tan discreto.

FIN



# EL MÉDICO POETA

**SAINETE**

## PERSONAS

DON BRUNO, médico.

DON JUAN, su pasante.

DON JAIME.

DON PEDRO.

DOÑA ELENA.

CLARA, criada.

TÍO CANILLA, herrero.

TORIBIO, gallego.

SILVESTRE, lacayo.

CURRILLO, muchacho.

## EL MÉDICO POETA

---

La escena representa el estudio de don Bruno. Algunos estantes de libros; mesa con papeles y escribanía. DON BRUNO, escribiendo, y DON JUAN, de pie.

JUAN.            Señor don Bruno, ya son  
                      en punto las diez y media.  
                      ¿No vamos a visitar  
                      los enfermos?

BRUNO.                            Que se mueran;  
                      que esto es primero.

JUAN.                            Yo creo  
                      que carga usted su conciencia.

BRUNO.            ¿Qué conciencia ni qué haga?  
                      No me corte usted la hebra,  
                      pues ve que estoy en lo más  
                      crítico de la comedia.

JUAN.            Haga usted lo que gustare.

BRUNO.            Mire usted: cincuenta escenas  
                      llevo ya escritas.

JUAN.                            Sepamos  
                      el título de la pieza.

BRUNO. *Nacimiento, vida y muerte  
de la más fuerte gallega.*

JUAN. Ese título, don Bruno,  
declara que usted no observa  
las unidades.

BRUNO. A mí  
me fastidian esas reglas.  
¿Dónde hay mayor frialdad  
que ver toda la comedia  
en una decoración,  
y que los lances sucedan  
en pocas horas? No, amigo;  
lo que gusta a la cazuela  
es ver: ahora un palacio;  
luego una isla desierta;  
aquí nacer tres muchachos;  
y en la jornada tercera  
verlos salir de ermitaños  
con una barba de a tercia.  
Esto agrada, y con razón,  
porque cualquiera mozuela,  
en volviendo a casa, tiene  
que contar semana y media.

JUAN. ¿Y quién es esa heroína  
de Galicia?

BRUNO. Si la idea  
es toda de *casquis...*

JUAN. Siempre  
convendría que tuviera  
fundamento.

TORIBIO. (*Saliendo.*) Señor amu;  
prata para la despensa.

BRUNO. Hombre, has llegado a buen tiempo.  
¿Conoces, allá en la tierra,  
alguna que se llamase  
Dominga, de mucha fuerza?

TORIBIO. Sí, señor; eu conocí  
a Domiña de Ferreiras;  
una mujer como un pinu  
que andaba sus cuatro leguas  
con una pipa de vinu  
en las custillas.

BRUNO. Halléla.  
Mi heroína ha de llamarse  
también Dominga Ferreiras.

CLARA. (*Saliendo.*)  
Bruto, ¿aún no has ido a la plaza?

TORIBIO. El diñeiru al punto venga.

BRUNO. Espera, y me informarás  
de Dominga.

CLARA. ¡Qué paciencia!  
¿Pero cuándo ha de traer  
la comida?

BRUNO. Cuando pueda.  
Y si no, que no se coma;  
que primero es la comedia.

CLARA. ¡Yo me pudro!

PEDRO. (*Saliendo.*) Buenos días.

BRUNO. Adiós, Pedro. (*A Toribio.*) Dos pesetas  
tienes ahí. Compra y vuelve,  
para hablar de la gallega.

TORIBIO. Está muy bien.

CLARA. Ya estoy harta  
de sufrir tantas simplezas. (*Vase.*)

- PEDRO. ¿Conque te casas, amigo?
- BRUNO. Mucho. Con doña Teresa,  
hija de don Jaime Alejos.
- PEDRO. Es muy buena conveniencia.
- BRUNO. Como que trae de dote  
lo menos treinta talegas.
- PEDRO. Entonces serás un rey.
- BRUNO. Dejo al punto las recetas,  
y me dedico a escribir  
cada día una comedia.
- PEDRO. Harás bien; que te da el naipe  
para los versos.
- BRUNO. ¡Si vieras  
qué comedia escribo ahora!
- PEDRO. Léeme el principio, siquiera.
- BRUNO. Con mucho gusto. Don Juan,  
acerque usted la silleta.  
Chitón. «Comedia, sin fama,  
en siete actos, compuesta  
por don Bruno Guacamayo.»
- PEDRO. ¿En siete actos?
- BRUNO. Es fuerza;  
porque la heroína tiene  
que andar por mar y por tierra  
las siete partes del mundo.
- JUAN. ¿No son cuatro?
- BRUNO. Si es licencia  
poética...
- JUAN. Pero es mucho  
querer...
- BRUNO. Usted es un trompeta.  
Lea las composiciones



ya antiguas y ya modernas,  
y verá usted cómo el mundo  
cómico tiene diversa  
Geografía.

JUAN. Me parece...

PEDRO. Don Juan; no sabe usted letra.

BRUNO. Amigo mío; estudiar.

JUAN. Pero no puede...

PEDRO. A la escuela.

No pierdas tiempo; prosigue.

BRUNO. «Personas que hablan en ella:

el rey don Juan el Segundo,

el rey de Argel, Julio César,

el emperador de China,

Dominga, dama gallega,

el cura que la bautiza,

el padrino y la partera...»

PEDRO. Hombre, ¿qué diablos ensartas?

¿Una partera?...

BRUNO. Babieca.

¿No es persona necesaria,

si ha de nacer en la escena

la tal Dominga?

JUAN. Ea; vamos,

siga usted leyendo.

BRUNO. Atiendan:

«un enterrador, cien frailes,

seis cofradías, setenta

pobres del Hospicio, mil

y quinientas cañoneras,

cien navíos de tres puentes...»

ELENA. (*Saliendo.*) Beso su mano.

- BRUNO. ¡Que vengan  
a interrumpirme! Señora,  
diga usted lo que me ordena.
- ELENA. Yo tengo que consultarle  
cierto asunto, con licencia  
de los señores.
- BRUNO. Sea breve,  
señora, que estoy de priesa.
- ELENA. Perdone usted que me siente,  
que se me parten las piernas.
- BRUNO. ¡Qué sorna! Despache usted.
- ELENA. ¿Dónde tengo la cajeta?  
Aquí está. Tome usted un polvo;  
verá un tabaco de Persia  
exquisito, y aliñado  
con estiércol de cigüeña.
- BRUNO. Yo, señora, no lo gasto.  
Despache usted, que me esperan.
- ELENA. Yo, don Bruno, desde niña  
padezco unas turbulencias  
ventriculares tan fuertes,  
que me revuelco en la tierra.
- BRUNO. Le pondré un reto a la dama,  
donde arroje una chinela.
- ELENA. En efecto; he consultado  
veinte médicos y treinta  
cirujanos; pero todas  
las opiniones discrepan.  
Unos me dicen que tengo  
un avispero en las telas  
del corazón; otros juzgan  
que con la sangre y la flema

se me forma un animal  
como una mula manchega;  
y ayer me dijo un barbero  
que, según todas las señas,  
tengo un eclipse en el vientre.

BRUNO. Don Juan, ¡qué famosa idea!  
Ponga usted, no se me olvide,  
que la dama, en una selva,  
para saltar una zanja,  
se echó su caballo a cuestras.  
¿Qué tal, qué tal?

PEDRO. ¡Cosa grande!  
Será peregrina escena.

BRUNO. Prosiga usted, que bien oigo.

ELENA. Por lo tanto, yo quisiera  
que usted me desengañase;  
porque no tengo paciencia  
para sufrir.

BRUNO. Ya comprendo.  
¿Qué siente usted con frecuencia?

ELENA. A eso voy. Escuche usted.  
Yo siento en la parte interna  
del *estóago* unos golpes  
tan horrorosos, que suenan  
como cuando los soldados  
atacan con mucha fuerza  
un cañón de treinta y seis;  
después este estruendo rueda  
por la región inferior  
y el corazón se me aprieta.  
Entonces siento unas bascas  
mortales; la náusea empieza;

hay obstrucción de conductos;  
se me eclipsan las potencias;  
me da un síncope; deliro;  
ningún remedio aprovecha;  
no ayuda el clister; no sirven  
unturas, baños ni friegas;  
y, cuando pienso que voy  
a reventar, quedo buena.

BRUNO. Aquel día todo el patio  
¡cómo aplaudirá la pieza!  
Un mes me estaré, lo menos,  
recibiendo enhorabuenas.

ELENA. ¿Qué dice usted de mi mal?

BRUNO. En eso pensaba. (*Aparte.*) Apenas  
me acuerdo de una palabra.  
(*Alto.*) ¿Conque, en fin, a usted le aprieta  
el dolor de la espaldilla?

ELENA. No he dicho tal.

BRUNO. ¡Qué cabeza  
la mía! Ya quedo impuesto.  
Lo que usted tiene es postema  
en el hígado.

ELENA. ¡Jesús!  
¿Qué dice usted? ¡Yo estoy muerta!  
¿En el hígado? ¡Qué horror!  
¡Ay mísera doña Elena!

BRUNO. ¿Elena se llama usted?  
Buen nombre para comedia.

ELENA. Por Dios; déme usted un remedio  
para arrojarla.

BRUNO. No tenga  
temor, que yo le daré

una admirable receta  
para que arroje de un golpe  
los intestinos con ella.

ELENA. ¡Yo tiemblo sólo de oírlo!  
Mire usted que soy doncella,  
por si es del caso. ¡Ay de mí!  
Por amor de Dios; que sea  
eficaz; que el boticario  
todos los botes revuelva.

BRUNO. Vaya, pues : esta bebida  
tómela en ayunas. Ea;  
tenga usted valor.

ELENA. Don Bruno;  
yo vivo en la calle Nueva.

BRUNO. Ya sé la casa. Allá iré.

ELENA. No lo olvide.

BRUNO. Yo iré a verla.

ELENA. Diga usted : ¿podré comer  
picantes, o guardo dieta?

BRUNO. Coma usted cuanto quisiere.

ELENA. Cuidadito. (*Vase.*)

BRUNO. Nada tema.

Vaya usted con Dios. ¡Qué posma!  
Prosigamos la leyenda.

PEDRO. Dios quiera que no interrumpen.

BRUNO. Al majadero que venga,  
le receto cuatro libras  
de solimán, y revienta.

JUAN. Prosiga usted.

BRUNO. A eso voy.

Oíd : «Jornada primera.

Aparecen siete montes

en el centro de la escena,  
y el del medio arrojará  
llamaradas, humo y piedras;  
terremoto, lluvia y viento;  
y entre truenos y centellas,  
sale del dicho vesubio  
Satanás con las orejas  
chamuscadas, y vestido  
de currutaco.»

JUAN. ¡Qué bella  
decoración!

BRUNO. En poniendo  
debajo media docena  
de barriles, atacados  
de balas, pólvora y piedras,  
saldrá volando el actor  
sin necesidad de cuerda.

PEDRO. No hay como la propiedad.

JUAN. ¿Mas si el teatro se quema?

BRUNO. Que se queme; mas por eso  
pondrán mi nombre en Gaceta  
y dirán que supe hacer  
a lo vivo una tragedia.

PEDRO. Dices bien.

BRUNO. Pues escuchad,  
que Lucifer representa :  
«¡Ah del negro pavimento  
del abismo, donde afeitan  
los barberos de Plutón  
tantísima cara fea!  
Salid, espíritus negros,  
a mi voz. No te detengas,

horroroso Tintimarro;  
tú, asqueroso Girapliega,  
Conicordio, Casquirrubio,  
Cachicanuto...»

CANILLA. (*Saliendo.*) Dios sea  
en esta casa. Yo vengo  
a ver a usted.

BRUNO. Presto; apriesa  
vaya a meterse en la cama  
y haga usted las diligencias  
del cristiano, y que le pongan  
dos cáusticos en las piernas.

CANILLA. Señor, ¿adónde va usted  
con tanta metralla? ¡Ea;  
que me tiene usted cariño!

BRUNO. ¿No está usted malo?

CANILLA. Ni quiera  
la Sábana Santa que  
a mi cuerpo ná le duela.

BRUNO. Como tiene usted esa cara  
hipocrática, cualquiera  
le mandara disponer.

CANILLA. ¿Cara hipocóndrica? Arrea;  
¿a que me mete usted ahora  
en descrúpulos?

BRUNO. ¡Qué flema!  
Prontito. ¿Qué se le ofrece?

CANILLA. No sea usted súpito, prenda.  
Vamos; venga usted ahora  
a visitar una enferma.

BRUNO. Allá iré luego.

CANILLA. Usted mire

que tiene una pataleta  
que no se puede lamer.

BRUNO.       ¿Insulto?

CANILLA.       Muchas pesetas.

BRUNO.       ¿Cuándo le dió?

CANILLA.       Escuche usted

toíto el caso. Usted sepa  
que Manola la Ronchona  
tuvo ayer noche una cena  
de cachipolache.

BRUNO.       Ya;

¿bebió y se atracó sin rienda?

CANILLA. Yo no sé; pero la probe  
comenzó a las tres y media  
de la noche a retorcer  
el jocico, dando vueltas  
como un gusano y poniendo  
los gritos en las estrellas.  
Yo le dije : «Manolita,  
¿dónde te escarabajea?  
Habla; demonio», y la probe,  
tirando al aire corvetas,  
me respondió: «¡Yo me muero!  
¡Ay paecito! Una lezna  
me soplan por lo más jondo  
del estómago; y me llegan  
los dolores hasta el mesmo  
remate de la paleta  
posterior.» La madre, al punto,  
medio aturdida, en las piernas  
le puso unos aforismos  
y le encajó una docena



de rogativas, cada una  
más grande que una cubeta.  
En fin; con este remedio  
le vinieron con tal fuerza  
unas fuertes comisiones,  
que se iba de vareta.

BRUNO. Muy bien hecho. ¿Y se alivió?

CANILLA. ¡Qué aliviar, si pide iglesia  
a tóo trapo! La cara  
parece una berenjena.

BRUNO. Márchese usted, que allá voy.

CANILLA. No me muevo tan y mientras  
que usted no venga conmigo.

BRUNO. Estoy leyendo una pieza  
dramática a los amigos.

CANILLA. Pues al avío; usted lea  
su perlática, que yo  
estaré en esta silleta.

BRUNO. ¡No hay fuerzas para lidiar  
con esta gente!

JUAN. Paciencia,  
señor don Bruno.

PEDRO. Prosigue;  
que no importa que se muera.

BRUNO. Pues escuchad. Concluída  
la invocación, se descuelgan  
por cuatro cables muy gordos,  
atados a la cazuela,  
todos los diablos nombrados,  
vestidos de petimetras.

CANILLA. Mire usted; por poco, anoche,  
no me llevan con la gresca

del consulto de mi hija;  
y si no voy a la tienda  
y le pido al Montañés  
el abrigo, se me hielan  
las injundias, y a esta hora  
estoy ya como la enferma.

BRUNO. Calle; y atienda usted, amigo.

CLARA. (*Saliendo.*) Señor; dé usted para especias.

BRUNO. Aguárdate; y de camino  
escucharás esta escena.

CLARA. Avise usted en acabando,  
que yo no escucho simplezas. (*Vase.*)

BRUNO. ¡Bruta, insensata! ¿Qué sabe  
de poesía la muy puerca?  
Hoy tengo de despacharla.

CANILLA. Señor doctor; que la enferma  
está liando el petate.

BRUNO. Que se espere o que se muera;  
que esto es primero.

PEDRO. Prosigue;  
no hagas caso de quimeras.

JAIME. (*Saliendo.*) Señores, muy buenos días.

BRUNO. ¿Hay desgracia como ésta?

PEDRO. No disgustes a tu suegro.

JAIME. ¿Cómo está de esta manera,  
sin peinarse?

BRUNO. No ha venido  
el peluquero.

JAIME. Son cerca  
de las diez.

BRUNO. Siéntese usted,  
y escuchará una comedia

que he compuesto.

JAI ME. ¿Y los enfermos que esperen o que perezcan?

BRUNO. Si ya acabo... «Escena quinta.»

SILVESTRE. (Saliendo.)

Señor don Bruno; que esperan en la junta. Venga usted.

BRUNO. Que esperen enhorabuena;  
que esto es primero.

CANILLA. Señor;  
mire usted que está la enferma  
en aquel parasimismo.

BRUNO. No me quiebre la cabeza.  
Si se ha muerto, que la entierren;  
y si no, tenga paciencia.

SILVESTRE. ¿Qué dice usted?

**BRUNO.** Que te aguardes,  
y oirás una gran comedia.

CURRILLO. (*Saliendo.*) ¡Paire, pairecito mío;  
que mi hermanita Manuela  
ahora mismito se ha muerto!

CANILLA. ¿Qué dices, cara de peña?  
¿Esa noticia me traes?  
Señor doctor, ya la enferma  
dice que no ha menester  
sus medicinas.

BRUNO. ¡Requiezcám! (1).  
Me ha excusado un homicidio  
con haberse muerto ella.

(I) No enmendamos esta palabra porque quizás la escribió así el autor intencionadamente.

CANILLA. ¡Qué calía tiene usted,  
señor méico! Se vea  
en Argel con esa bata;  
que me parece alma en pena.

BRUNO. No venga usté a sofocarme.  
A bien que, cuando se ofrezca  
otra vez, llegaré a tiempo.

CANILLA. Antes toítas mis muelas  
a la puerta de un barbero  
se columpien, que yo vuelva  
a llamarle en toa mi vida.

ELENA. (*Saliendo.*)  
Señor don Bruno, ¿usted piensa  
mofarse de mí? ¿Qué sarta  
de disparates es ésta?

BRUNO. ¿Qué es lo que dice, señora?

ELENA. ¿Qué he decirle? Que apenas  
el boticario tomó  
en la mano la receta,  
cuando comenzó a soltar  
carcajadas. La caterva  
de médicos que allí estaban  
acudió al instante a verla.  
Entonces todos a un tiempo,  
con las quijadas abiertas,  
se tiran sobre las sillas  
y los ijares se aprietan.  
Sólo un viejo, con coraje,  
tiró la peluca en tierra  
y exclamó: «¡Que la salud  
se confíe a tales bestias!»

BRUNO. ¿Cómo, cómo; bestia yo?

J A I M E. ¡Habrá mayor insolencia!  
 A ver? Venga ese papel,  
que algo entiendo en la materia.  
(Lee.) «R cipe: Cinco barriles  
de pólvora, y ciento y treinta  
demonios hermafroditas,  
con otras tantas cigüeñas  
infernales. El doctor  
don Bruno.»  No lo creyera!  
Se han burlado con razón,  
y aun han tenido modestia  
respecto de los dislates  
que en este papel se encierran.

B R U N O.  Toma! Una equivocación  
siempre la tiene cualquiera.

E L E N A.  Equivocaci n en cosa  
en que tanto se interesa?  
 Insensato!  A m  atacarme  
de pólvora, cual si fuera  
algún mortero de *aplaca*?  
Yo le pondr  una querella.

C A N I L L A.  Pues si viera usted, señora,  
lo que ha hecho conmigo! Ea;  
que es la última de toas  
las endinidades. Esta  
mano me corte el buch   
si el día que yo le vea  
por la fragua no le rasco  
con un jierro la cabeza.

E L E N A. Será muy bien empleado.

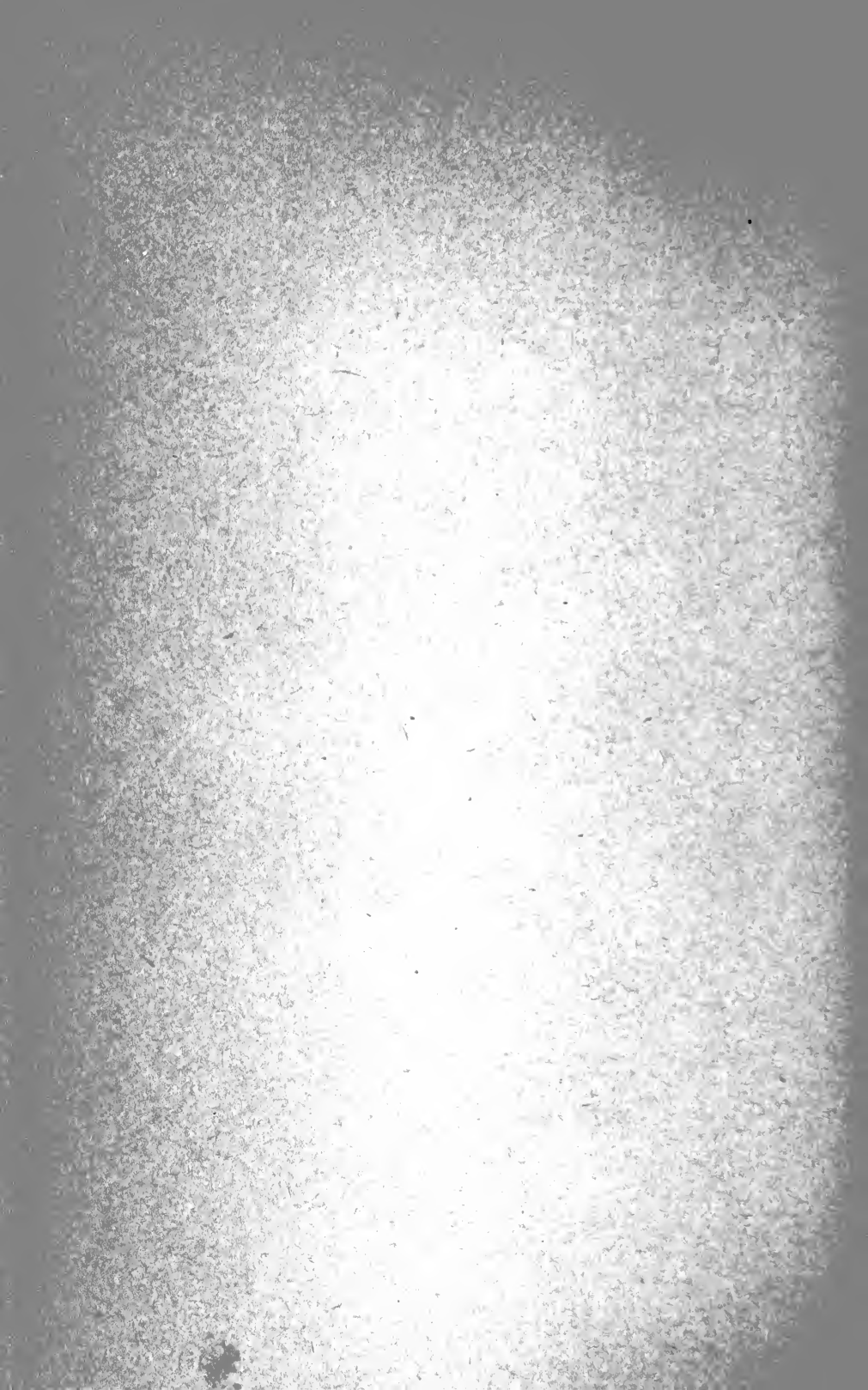
B R U N O. Prontito, tomen la puerta.

S I L V E S T R E. Señor; que espera la junta.

- BRUNO. Di que llamen a quien quieran;  
que yo no vuelvo a curar,  
pues tengo treinta talegas  
que me da mi suegro el día  
que con su hija Teresa  
me despose.
- JAIME. Si no trata  
de buscar novia y moneda  
por otra parte, se engaña.
- BRUNO. ¿Qué es esto? ¿Usted se blande?
- JAIME. Sí, señor; porque sería  
yo un demente si le diera  
la muchacha a un insensato  
que su profesión desprecia  
por otra que no conoce,  
perdiendo de esta manera  
reputación e intereses  
en una y otra carrera. (*Vase.*)
- BRUNO. ¡Ay don Juan, que yo me ahorco!
- CANILLA. Muchacho, corre por cuerda;  
y todos, por caridad,  
jalaremos de las piernas.
- PEDRO. Hombre, mira: en escribiendo  
cada mes cinco comedias,  
te hartas de plata.
- BRUNO. Es verdad;  
y, así, voy a acabar ésta,  
para que la representen.
- ELENA. Yo pagaré una docena  
de mujeres que la griten.
- BRUNO. Y yo pagaré cincuenta  
que la aplaudan.

- CANILLA. Si usted quiere  
gente que chifle con fuerza,  
le daré a usted de refuerzo  
un batallón de viñeras.
- ELENA. Lo admito.
- BRUNO. Allá lo veremos.
- CANILLA. No haga usted caso, mi reina.
- TODOS. Y aquí se acaba el sainete;  
perdonad las faltas nuestras.

FIN





LA MUJER CORREGIDA

Y MARIDO DESENGAÑADO

SAINETE

## PERSONAS

DON POLICARPO, marido de

DOÑA PETRA.

EL CONDE.....

EL MARQUÉS....

DON ALEJANDRO..

} Cortejos de doña Petra.

CIRIACO, criado de doña Petra.

DON ANASTASIO, padre de doña Petra.

DON PABLO, amigo de don Policarpo.

# LA MUJER CORREGIDA

## Y MARIDO DESENGAÑADO

---

Sala de la casa de don Policarpo. DOÑA PETRA, acabada de levantarse del lecho; y CIRIACO, por la derecha.

PETRA. ¡Hola!

CIRIACO. Mande usted, señora.

PETRA. ¿Qué hora es ya?

CIRIACO. Las doce y cuarto.

PETRA. ¡Jesús, qué mala me siento!  
Desde las tres no he pegado  
los ojos. ¡Oye!

CIRIACO. Señora.

PETRA. Tráeme una taza de caldo.

CIRIACO. El amo espera licencia. (*Vase.*)

PETRA. Pase adelante. Este asno,  
¿a qué vendrá? Cada día  
me fastidia más su trato.  
(*Sale don Policarpo, con bata y gorro.*)

POLIC. Buenos días, doña Petra.

PETRA. Felices, don Policarpo.

POLIC. ¿Cómo has pasado la noche?

- PETRA. No muy buena. ¿Y él?
- POLIC. Pensando  
en mi esposa.
- PETRA. (*Con ironía.*) Lo agradezco.
- POLIC. Ya se ve; te quiero tanto...
- PETRA. Ea; deja necesidades.
- POLIC. ¿Conque decir que te amo  
es necesidad?
- PETRA. Mira; muda  
de conversación, o mando  
que no te dejen entrar  
por la mañana en mi cuarto.
- POLIC. ¡Paciencia! No te indispongas.  
Sé que no he de hacerte halagos  
hasta que tú me lo mandes.
- CIRIACO. (*Saliendo.*) Señora; ya está aquí el caldo.
- POLIC. Dame la taza, que quiero  
servirla. (*Toma la taza y vase Ciriaco.*)
- PETRA. (*Con ironía.*) Vivas mil años.
- POLIC. ¡Cómo te adoro, hija mía!
- PETRA. Cállate, o te tiro el plato  
a la cabeza.
- POLIC. ¡Paciencia!  
En dos años que llevamos  
de matrimonio, tan sólo  
cuatro domingos me has dado  
licencia de enamorarte.
- PETRA. Y me han parecido hartos.
- CIRIACO. (*Saliendo.*) El señor Conde. (*Vase.*)
- PETRA. Que entre.
- POLIC. Dime, niña mía: ¿cuántos  
te cortejan en el día?

- PETRA. Eso no te importa. Vamos;  
apártate veinte varas,  
y ponte a enfriar el caldo.  
(*Se aparta Policarpo a enfriar el caldo.*)
- CONDE. (*Saliendo.*) Señora; beso sus pies.
- PETRA. Señor Conde; aquí a mi lado.
- CONDE. ¿Qué es esto? ¿Desaliñada,  
descolorida, y opacos  
estos dos bellos luceros?
- PETRA. Me siento mala.
- CONDE. No en vano  
mi corazón palpitaba  
al pisar estos amados  
umbráles. ¡Ah!, qué bien dijo  
cierto poeta italiano :  
*que al poter d' ignota siella  
va soggetto il core umano.*
- POLIC. El señor Conde es ladino.  
Hija; mira que está helado.
- CONDE. Venga la taza. Permite  
(*Se arrodilla delante de Petra.*)  
bella Petra, que mi mano  
te ofrezca esta libación  
y te diga, con Horacio :  
*Amor mea viscera torret  
ignis per venas vagatur.*
- POLIC. El tal Conde la tutea  
en latín y en italiano.
- CIRIACO. (*Saliendo.*) El señor Marqués. (*Vase.*)
- PETRA. Que entre.
- POLIC. Que se está Usía cansando.
- PETRA. Apártate de aquí, bruto.

- POLIC. Vaya; es preciso que olamos  
los maridos a demonio,  
pues nos hacen tantos ascos.
- MARQUÉS. (*Saliendo.*) Madama; beso sus pies.  
¡Hola Conde! ¡Bello cuadro  
por cierto! Mira; concluye,  
que tengo que hablar un rato  
con Madama.
- CONDE. *¿Soto voce?*
- MARQUÉS. Cabal. ¡Oh don Policarpo!  
¿Cómo va? Bien. Usted siempre  
con su gorro almidonado.  
Vaya, vaya; tendrá usted  
muy fresco y ligero el casco.
- POLIC. Se engaña usted; porque tengo  
un peso...
- MARQUÉS. Ya me hago cargo.  
¿Sobre la frente?
- POLIC. Es verdad;  
y Úsía, como habla tanto,  
me la carga más.
- MARQUÉS. ¡Oh!, mucho;  
mil maridos se han quejado  
de lo mismo; pero yo  
me divierto en calentarlos  
con mis chistes.
- PETRA. Marquesito,  
mude usted al Conde.
- MARQUÉS. Volando  
larga la taza, y ve a darle  
palique a don Policarpo.  
(*Le quita la taza al Conde, y se arrodiilla.*)

CONDE. Amigo; dichoso usted,  
pues le ha concedido el hado  
tal esposa. Ya usted observa  
la amistad con que alternamos  
los actuales cortejos  
de Madama.

POLIC. Yo me espanto  
de que ustedes no se maten.

CONDE. Ese estupendo milagro  
se le debe a la destreza  
de Madama. ¡Si es un pasmo!  
Ella ha logrado que reine  
la edad de oro en su estrado.

POLIC. Eso es muy cierto. Yo era  
un león cuando muchacho,  
y ahora soy un cordero.

CONDE. Los hombres han de ser mansos;  
pues como dijo el Petrarca,  
en el capítulo cuarto :  
*bisogna che sia il marito*  
*piu bestia que un assinasso.*

MARQUÉS. Esta cucharada.

PETRA. No;  
ya basta.

CIRIACO. (*Saliendo.*) Don Alejandro. (*Vase.*)

PETRA. Que pase adelante.

MARQUÉS. Bien;  
todos nos hemos juntado.

POLIC. No hables mucho, que después  
te dará más fuerte el flato.

PETRA. ¿Y qué tienes tú con eso?  
A bien que no has de pasarlo.

ALEJAND. (*Saliendo.*) Beso sus pies, señorita.  
Caballeros; libre el campo  
por tres minutos.

MARQUÉS. ¿Por qué  
no has venido más temprano?

ALEJAND. Por lo mismo; usted es un mal  
cortejo, que no ha estudiado  
la Ordenanza. Pero a bien  
que yo conmigo la traigo.  
(*Saca un libro.*)

Escuche usted : (*Lee.*) «Cuando entrare  
un cortejo en un estrado,  
le deben ceder la dama  
los que estuvieren hablando,  
para que pueda al oído  
saludarla.»

MARQUÉS. Este es un sabio  
en la materia.

CONDE. Te cedo  
la deidad. Mira, tirano,  
lo que la dices. ¡*Oh Ciel!*...  
*sono pure disgraziato.*  
(*Se levanta, y se sienta don Alejandro.*)

POLIC. Y dígame usted : ¿se dice  
en ese bello tratado  
lo que debe hacer también  
un marido en este caso?

ALEJAND. Sí, señor. (*Lee.*) «Libro segundo,  
capítulo veinticuatro :  
Cuando estuvieren dos, tres  
o más cortejos sitiando  
a la dama, si el marido



está presente al asalto,  
cuidará de los bagajes  
a gran distancia del campo.»

PETRA. ¿Lo has entendido?

POLIC. Ya sé;  
que debo estar acampado  
en la cocina.

PETRA. Pues vete.

POLIC. Quiero estar aquí otro rato.

ALEJAND. ¿Cómo, cómo? ¿Usted se opone  
a nuestras leyes? Veamos  
esta insubordinación  
lo que merece. (*Lee.*) «Tratado  
de los delitos y penas :  
El marido que al mandato  
de su esposa se resista,  
queriendo escuchar, osado,  
los secretos del cortejo,  
pagará su desacato  
con tres días de destierro  
de la mesa y del estrado.»

CONDE. Es muy justo ese castigo.

MARQUÉS. Todavía es moderado.

PETRA. Yo lo confirmo.

CIRIACO. (*Saliendo.*) La sopa.

PETRA. Ínterin que Policarpo  
cumple su destierro, ustedes  
me acompañarán... (*Vase con Alejandro.*)

CONDE y }  
MARQUÉS. } Ya vamos.

POLIC. Pero, señor, ¿qué Ordenanzas  
son esas de dos mil diablos?

CONDE.       ¿Qué Ordenanzas? Las tareas  
de cuarenta currutacos  
eruditos, que consagran  
sus ratos desocupados  
en bien de la Humanidad.

POLIC.       Muy bien; pero ¿qué pecado  
he cometido?

MARQUÉS.       ¡Friolera!  
Querer saber los arcanos  
del cortejo.

POLIC.       ¿Mas no es Petra  
mi mujer?

CONDE.       En estos casos,  
no señor; porque lo es  
del que está más inmediato.

POLIC.       Eso me suena a injusticia.

MARQUÉS.       ¡Pues está bueno el reparo!  
Como otras cosas lo son,  
y las vemos y llamamos.

CONDE.       ¡Toma! Ayer, porque don Cosme,  
sin llamar, entró en el cuarto  
de su mujer, los cortejos  
al instante le formaron  
consejo de guerra; y fué,  
por último, sentenciado  
a dormir cuarenta noches  
en la despensa.

MARQUÉS.       ¡Qué chasco!

POLIC.       Mire usted; yo en algún modo  
me conformaría, cuando  
corriesen algunos días  
los cortejos con el gasto

de la casa.

CONDE. Amigo mío;  
esa cláusula está en blanco;  
conque paciencia y comer  
cuando se lo traigan.

MARQUÉS. Vamos,  
que está esperando Madama.

LOS DOS. Agur, mi don Policarpo. (*Vanse.*)

Sale CIRIACO con cubierto, platos y mantel, y le pone la mesa.

CIRIACO. La comida.

POLIC. ¡Yo estoy tonto!  
¿Por qué, cuando nos casamos,  
antes de las bendiciones  
no me leyeron de plano  
las malditas Ordenanzas?  
No sé cómo no me mato  
cuando contemplo a estos tres  
trogloditas devorando  
mi hacienda, y lo que es peor,  
siendo plenipotenciarios  
de mi gusto. Mira, chico;  
tráeme una soga de esparto.

CIRIACO. Venga el dinero.

POLIC. Aun no puedo  
ahorcarme, si no lo pago. (*Se sienta.*)  
Dime: ¿come ya tu ama?

CIRIACO. Y al señor don Alejandro  
le está dando finecitas.

POLIC. ¡Finezas, y yo chupando  
los huesos que él ha roído!

¡Ay!, que ya me hubiera ahorcado  
si no fuera porque hay muchos  
que pasan lo que yo paso.

CONDE. *(Saliendo.)* Amigo; vengo a leerle  
una décima que acabo  
de componer al asunto  
de su destierro.

POLIC. Veamos.

CONDE. «Un marido muy poltrón...»

POLIC. ¿Cómo es eso?

CONDE. Pues muy manso,  
muy maduro, muy prudente;  
en este sentido hablo.

POLIC. Pero con todo, esa voz  
suena mal en castellano.

CONDE. ¡Qué ha de sonar! Yo sé bien  
lo que escribo. Usted es un asno  
que no lo entiende.

POLIC. Ahora sí  
que me he convencido. Vamos;  
prosiga usted.

CONDE. La razón  
no quiere fuerza.

POLIC. Sigamos.

CONDE. «Un marido muy poltrón,  
muy bonazo y muy paciente,  
con dos bultos en la frente...»

POLIC. ¿Yo bultos? Usted es el diablo.

CONDE. No quiero yo decir bultos,  
sino un poquito elevado  
por las entradas del pelo.  
Si hubiera un espejo a mano,

viera con qué exactitud  
lo voy a usted retratando.

POLIC. Vaya, vaya; siga usted.

CONDE. Soy solo para retratos.  
«... con dos bultos en la frente  
y un hocico de pachón...»

POLIC. La comparación alabo.

CONDE. Sí, señor; porque usted es  
un si es no es afilado  
de barba.

POLIC. Ya lo comprendo.

CONDE. ¿Si sabré lo que me hago?  
«... por una leve cuestión  
suspira el pobre en destierro;  
y mientras purga su yerro  
lejos del establo amado,  
su dulce vaca en el prado  
sigue otro amante becerro.»

POLIC. ¿Qué demonios dice usted?

CONDE. Si es un símil adecuado  
a las circunstancias. Vaya;  
usted no entiende de rasgos  
poéticos.

POLIC. ¡Pero eso  
toca en desvergüenza!

CONDE. Vamos;  
que usté es un drope. Su esposa,  
que tiene talentos claros,  
sabe aplaudir mis agudas  
producciones. ¡Qué pedazo  
de animal! ¡Tonto! Merece  
habitar en un establo. (*Vase dentro.*)

POLIC. ¡He quedado fresco! Bueno; después de haberme pintado tan ridículo, me ha dicho mil desatinos. Soy asno, pues lo sufro, y soy un... ¡Cielos!, ya no puedo pronunciarlo sin temblar... ¡Ah!, ¿qué dirán de mí los hombres sensatos? ¿Cómo podré presentarme en público? ¡Cuántos, cuántos, mostrándome con el dedo, dirán : Ése es Policarpo; ése es el...! ¡Pero qué digo? ¿A qué son discursos vanos? Pongamos remedio; honor, aunque algo tarde. ¡Ciriaco!

CIRIACO. Señor.

POLIC. Llámate a mi suegro; dile que venga volando, que aquí lo espero. Ea, pues; (*Vase Ciriaco.*) resolución, Policarpo; ya basta de yugo; basta... de muchas cosas que callo.

PABLO. (*Saliendo.*)  
¿Qué es esto? ¿Come usted solo?  
¿Y Madama?

POLIC. Se está holgando con sus cortejos, aparte.

PABLO. ¡Gran vida!

POLIC. Señor don Pablo; déme usted un consejo.

- PABLO. Bien;
- ¿sobre qué?
- POLIC. Yo, amigo, trato  
sujetar a mi mujer.
- PABLO. Ciertó que el empeño es arduo.  
Antes que usted se casara  
con ella, tres meses largos  
la cortejé, y la conozco  
muy a fondo.
- POLIC. Es un milagro  
mi buena esposa. Yo pienso  
que aun andaba gateando  
y ya la dichosa niña  
se iba tras de los muchachos.
- PABLO. La que sale, amigo, mala,  
le da quince y falta al diablo.
- POLIC. Y bien; diga usted: ¿qué haré  
para no ser...?
- PABLO. Vamos, vamos,  
ya lo entiendo. ¿Usted pretende  
que le dé un remedio? Hay varios.  
Primeramente encerrarla  
bajo de llave en un cuarto  
muy seguro.
- POLIC. Es mal arbitrio.
- PABLO. ¿Mal arbitrio? ¿Por qué es malo?
- POLIC. Porque es capaz, con las uñas,  
de ir poco a poco limando  
las aldabas y cerrojos.
- PABLO. ¿Cómo es posible?
- POLIC. Don Pablo;  
hay mujer que con la baba

derretirá los candados.

PABLO. Pues una vara de fresno.

POLIC. Hay dos cosas en contrario.

La primera, que una vez  
que combatí brazo a brazo  
con ella, saqué del choque  
la cara llena de arañes.

La segunda, que las varas  
se hacen cuatro mil pedazos,  
y ellas salen de una felpa  
para ir a buscar un majo.

PABLO. Pues si todo esto no sirve,  
echemos por el atajo.

Que vaya a las Recogidas.

POLIC. Malo y remalo, don Pablo.

PABLO. ¿Y por qué?

POLIC. Porque después  
de haber un hombre gastado  
en alimentarlas, salen  
al cabo de uno o dos años  
asaltando como lobos  
a cuantos hallan al paso.

PABLO. Póngala usted en un convento.

POLIC. Eso es soltarle las manos  
para que pueda arruinarme.

PABLO. Pero ¿cómo?

POLIC. Usted es bonazo.

Mire usted; entonces puede  
hablar con el escribano,  
el jurista, el militar,  
el rico y el empleado.  
Llorará, suspilará,



dirá que soy un tirano;  
y como a una buena cara  
nunca faltan abogados,  
habrá quien por caridad  
me levante al punto un falso  
testimonio, y me acomode  
en Melilla por diez años.

PABLO. Pues, amigo mío, ahorcarse  
y terminan sus trabajos.

POLIC. ¡Ay!, que es el único medio  
de librarse un hombre honrado  
de estas maulas.

Salen DON ALEJANDRO, el CONDE y el MARQUÉS del  
brazo de DOÑA PETRA.

CONDE. Dulce Petra;  
yo voy bebiendo tus rayos,  
como el águila imperial.

POLIC. ¿Qué le parece este cuadro?

PABLO. Pintoresco, ciertamente.

ALEJAND. Aquí está don Policarpo.

MARQUÉS. ¡Pero que usted se casara  
con aqueste dromedario!

PETRA. Para marido, Marqués,  
es mejor mientras más asno.  
Si hubiera querido esposo  
de mérito, tuve varios;  
pero suele una mujer  
llevarse, con ellos, chasco.

POLIC. Pues, mira; desde el instante  
haz cuenta que se ha cambiado

la escena. Bruto o no bruto,  
me has de respetar.

PETRA. Villano,  
¿qué dices? ¿Cómo te atreves  
a insultarme?

POLIC. Sí; te mando  
que me respetes.

CONDE. ¿A quién  
ha de respetar? ¿A un macho  
que no penetra la fuerza  
y energía de mis altos  
y profundos versos? Vaya  
a comer, el mentecato,  
paja y cebada.

MARQUÉS. Está loco,  
y es menester amarrarlo.

ALEJAND. Y si no, vuelva a sufrir  
consejo de guerra.

POLIC. A un lado  
las chanzas, y hágame el gusto  
de irse a la calle volando.

PETRA. ¿Qué dices? ¿De cuándo acá  
me hablas así?

MARQUÉS. Este atentado  
yo lo debo castigar.

ALEJAND. A mí se me ha hecho este agravio,  
que soy el favorecido.

CONDE. El Conde de Calemaco  
debe vengar esta afrenta.

MARQUÉS. Yo he de romperle los cascós.

ALEJAND. Yo he de hacer...

CONDE. A mí me toca.

PABLO. Y a mí el molerlos a palos,  
si vuelven a hablar palabra.

*(Saca la espada.)*

PETRA. Pues ¿cómo, señor don Pablo?...

PABLO. Señora; yo con usted  
no alterco. Don Policarpo,  
que es su marido, pondrá  
o no pondrá a sus desbarros  
el debido freno. Yo  
con estos señores hablo;  
con estos hombres ociosos  
que emplean sus torpes años  
en fomentar la flaqueza  
del bello sexo, turbando  
la quietud de las familias,  
rompiendo los dulces lazos  
de muchos fieles esposos,  
que fueran afortunados  
sin sus asechanzas. Sí;  
sólo con ustedes trato.  
Si por conocer el genio  
dócil, bueno y apocado  
de este infeliz, solicitan  
sin justicia atropellarlo,  
yo en su defensa sabré  
a cuchilladas echarlos  
por esa escalera. Conque  
silencio, y vayan tomando  
la puerta, porque al que chiste  
le corto al instante un brazo.

MARQUÉS. De manera, caballero,  
que nosotros...



sufrir más tus desacatos.

Vete con tu padre.

ANAST. ¡Cómo!

POLIC. Señor mío; yo no hallo  
otro remedio, supuesto  
que ni amenazas ni halagos  
le hacen mella.

ANAST. ¿Conque piensas  
no arrepentirte? Bien; vamos.  
Veré si tengo más gracia  
para serenar tus cascos  
que tu marido.

PETRA. Hijo mío,  
¿tú me arrojas de tu lado?

POLIC. Ya estoy harto de desprecios.

PETRA. Y si me enmiendo y te pago  
con caricias, ¿qué dirás?

POLIC. Estoy ya tan escamado,  
que juzgara que era burla  
tu cariño.

PETRA. Policarpo,  
esposo mío; no pienses  
que es mi corazón tan malo.  
Yo erré como yerran muchas :  
por seducción, por engaño  
y por vana imitación;  
pero ya los ojos abro;  
ya reconozco que tiene  
un marido entre sus manos  
nuestro destino; y, así,  
te suplico, dueño amado,  
que me perdones, y fino

me estreches entre tus brazos.

POLIC. ¿Hablas de veras?

PETRA. Sí, hijito.

POLIC. Pues dame, Petra, un abrazo.  
Caballeros; a la calle,  
que aquí ya se dió de mano  
al chichisbeo.

MARQUÉS. ¿Qué importa,  
si hallamos a cada paso  
colocación?

CONDE. ¡Toma! Están  
en el día tan escasos  
los cortejos, que ayer tarde  
doña Gertrudis Camacho  
se vió obligada a admitir  
un cortejo tonto, chato  
y ceniciento.

PABLO. Pues bien;  
quedamos más despejados.

ALEJAND. Doña Petra; usted será  
la risa de los estrados... (*Vase.*)

MARQUÉS. Esta noche borraremos  
su nombre del diccionario  
del buen gusto... (*Vase.*)

CONDE. Adiós, tirana,  
y teme el terrible rayo  
de mis versos. Ahora mismo  
voy a escribir tu epitafio.

PABLO. Le doy a usted el parabién  
del buen suceso.

POLIC. Don Pablo,  
yo seré siempre su amigo.

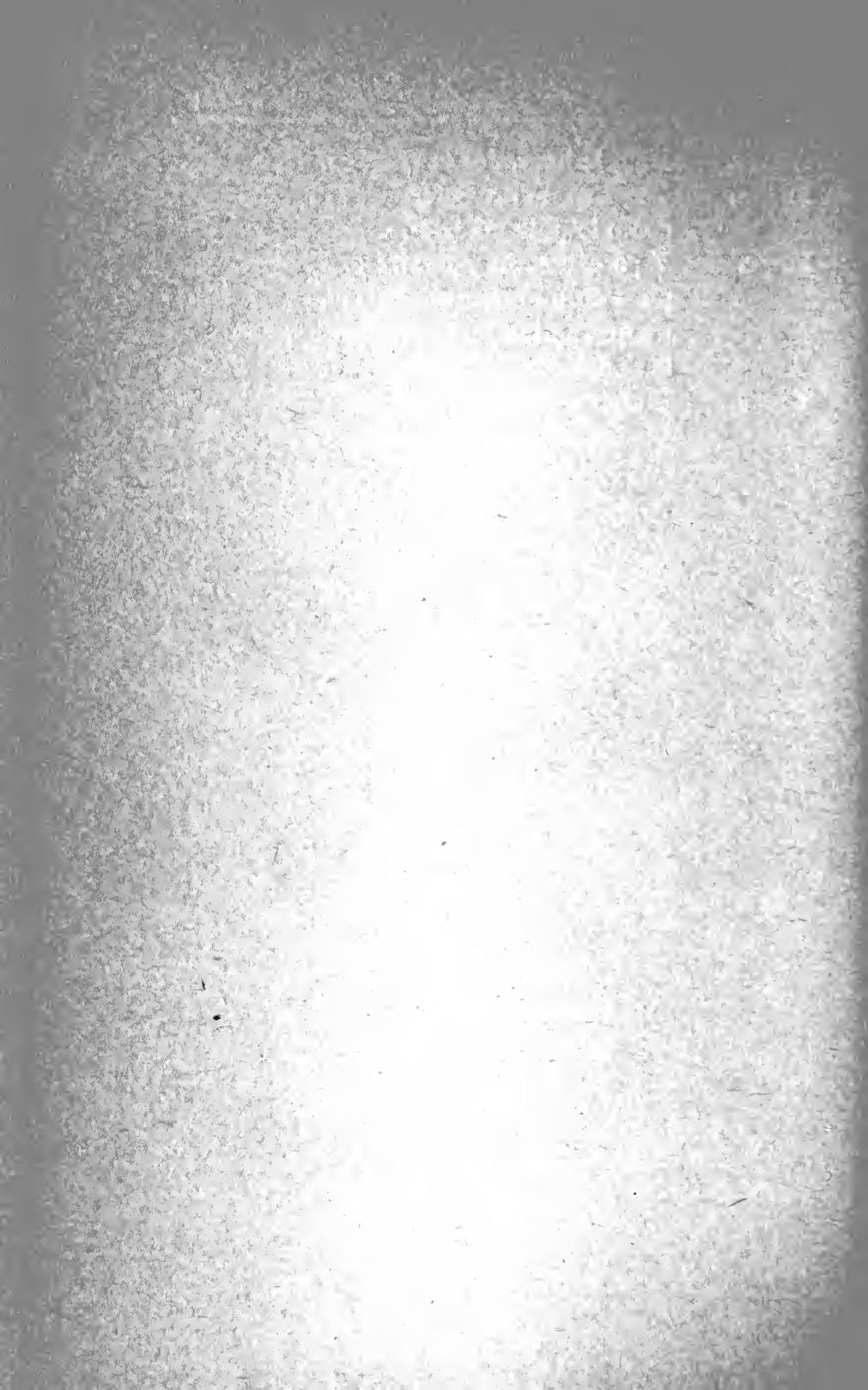
ANAST. Hija, la honradez te encargo.

PETRA. Yo prometo proceder  
como lo pide mi estado.

POLIC. Y yo estimarte y servirte;  
pues de un recíproco halago,  
de una mutua fe, procede  
la dicha de los casados.

Todos. Y aquí acaba este sainete;  
perdonad defectos tantos.

FIN





# LOS NATURALES OPUESTOS

SAINETE

## PERSONAS

EL tío LUCAS.  
BENITO.  
EL tío AMBROSIO.

TERESA.  
ANDREA.

## LOS NATURALES OPUESTOS

---

La escena es en la sala del tío Lucas. TERESA con una escoba en la mano, como acabando de barrer.

TERESA. Gracias a Dios que acabé  
de hacer todas las haciendas,  
para sentarme un ratito.  
*(Se sienta y da un suspiro muy fuerte.)*  
¡Ay! ¡Cuál tengo la cabeza  
de pensar en mi Benito!  
¡Vaya; si no lo creyera;  
sin verme ayer el ingrato!...  
Casi estoy, de la soberbia,  
por decirle que jamás  
vuelva a pasar por mis puertas.  
*(Asómase Benito a la puerta; y, después de  
mirar a todas partes, va de puntillas a  
sorprender a Teresa.)*

BENITO. La pillé sola. Yo quiero  
darle un susto... Me comiera  
ese hociquito...

TERESA. ¡Jesús!  
¡Ay, que me agarran! *(Se levanta gritando.)*

- BENITO. No temas;  
si soy yo, tonta; yo soy.
- TERESA. ¡Qué gracioso! ¿Así se entra  
en las casas? No es mal modo  
de pillar a las doncellas  
descuidadas.
- BENITO. Qué, ¿me riñes?  
Carambola; ya no resta  
sino que agarres la escoba  
y me sacudas con ella.
- TERESA. Bien lo merecía usted.
- BENITO. ¿Y por qué es esa rabieta?
- TERESA. No venir ayer a verme  
y hacerme estar a la reja  
seis horas... Vaya; me ahorco  
si tengo anoche una cuerda.
- BENITO. ¿Pero tengo yo la culpa?  
¿El tío Lucas no me ordena  
que jamás pise su casa?
- TERESA. Pero mi madre pleitea  
por que vuelvas.
- BENITO. ¿Eso hay?  
Pues por esa causa misma  
me lo prohíbe tu padre.  
¿No sabes ya, mi Teresa,  
las cosas? Si el tío Lucas  
dice que sí, la tía Andrea  
dice que no; de este modo  
rabian, disputan, pelean,  
hasta que sale el garrote  
y anda la marimorena.
- TERESA. Dices bien; jamás podremos

casarnos, con sus quimeras;  
y, así, es mejor que se acabe  
nuestro amor.

BENITO. ¡Pues está buena  
la salida! Me has dejado  
como una estatua... Embustera;  
¿para qué me has embobado  
con tus cosas? ¿No te acuerdas  
de la maldición que echaste  
contra el que se arrepintiera?  
Pero ya te he conocido;  
al fin, al fin eres hembra;  
y todas, todas, toditas  
al mejor tiempo la pegan.

TERESA. Todo eso es gana de hablar;  
porque tú sabes las penas  
que he sufrido por tu causa;  
¡ojalá que así no fuera!  
Sí, ingrato; dos años ha  
que estoy por ti como lela;  
siempre ando desatinada;  
si me dicen : «Echa especias  
en la olla», yo le encajo  
toda la sal de la orzuela;  
si friego, rompo los platos  
y desfondo las cazuelas;  
si voy a la fuente, estrello  
el cantarillo en las piedras  
y vuelvo como una sopa;  
mi madre rabia y vocea,  
y ¿qué sucede?; que llevo  
una tollina muy buena.

En fin; toditas las noches,  
cuando mi padre se acuesta,  
salgo de la cama a gatas,  
y aunque truene, hiele o llueva  
me pongo como una mona  
esperándote en la reja,  
donde, de dar cabezadas,  
vuelvo con la frente llena  
de chichones. (*Llora.*) No sé cómo  
yo vivo... ¡Pobre Teresa;  
este pago, sí, este pago  
mereces por tu simplezal!

BENITO. No llores, no, Teresita;  
límpiame los ojos, ea;  
mira que ya el corazón  
lo tengo como una breva.

TERESA. Eres un falso.

BENITO. ¿Yo falso?  
¿Yo, que te adoro, mi perla?  
Ni tu madre ni tu padre,  
que te han parido, te aprecian  
tanto como tu Benito.

TERESA. Ingrato; calla y no mientas.  
¿Tú quererme?

BENITO. Qué, ¿lo dudas?  
Pues para darte una prueba  
voy a romperme ahora mismo  
contra el suelo la cabeza.  
Mira si te quiero; mira.  
(*Se da de cabezadas contra el suelo, y Teresa le detiene.*)

TERESA. Tente, tente; que me tiembla

el corazón.

BENITO. Pero, dime :  
¿has quedado satisfecha?

TERESA. Sí, mi Benito.

BENITO. ¿Y me quieres?

TERESA. Vaya, deja esas tonteras.

BENITO. Dímelos; dímelos, vamos.

TERESA. Si me da mucha vergüenza.

BENITO. Yo me taparé la cara.

*(Se tapa la cara con las manos.)*

TERESA. Ha de ser con la montera.

BENITO. ¿De este modo?

TERESA. Sí.

BENITO. Pues dilo.

TERESA. Deja que resuelle... Cuenta  
que no mires... Yo te quie...  
Si se me enreda la lengua...

BENITO. Mira que me ahogo.

TERESA. Estoy  
tomando resuello... Ea...  
Vaya de esta vez... Te quiero.

BENITO. ¡Ay qué gusto! Deja, deja  
que te dé un beso en la punta  
del faldellín.

TERESA. No; que llega  
mi padre.

BENITO. Pues de este sitio  
no me mueve una carreta.

Salen TÍO LUCAS y ANDREA.

LUCAS. Tienes razón; es preciso  
nos dejemos de querellas

y disputas, y vivamos  
como nos manda la Iglesia.

ANDREA. En ti consiste la paz;  
que así es forzoso que pierdas  
la envejecida costumbre  
de venir de la taberna  
como una cuba; pues siempre  
nacen de aquí las pendencias.

LUCAS. Me convengo, como tú  
no apartes cama ni mesa  
por el menor disgustillo.

ANDREA. Por mí prometo la enmienda.

LUCAS. ¿Conque ya no reñiremos?

ANDREA. No, hijo mío; vida nueva.

BENITO. Servidor de usted, tío Lucas.

LUCAS. ¿Qué hay, muchacho?

BENITO. ¡Si usted viera  
cómo yo me regocijo  
cuando usted y la señá Andrea  
están contentos!

LUCAS. Cabal;  
como que a ti te interesa.  
¿No es verdad?

BENITO. Yo; ya se ve...;  
tengo ganas...; y si fuera...;  
porque, como dijo el otro...

LUCAS. No ensartes ya más simplezas.  
Te casarás.

BENITO. ¡Ay tío Lucas!  
Deje usted que en la mollera  
le dé un beso, por lo bien  
que ha discurrido.



- LUCAS. Tronera;  
no quiero abrazos ni besos.  
¿Y tú qué dices, Teresa?
- TERESA. Si usted quiere, yo...
- LUCAS. Gazmoña;  
explicate claro.
- TERESA. Sea.
- LUCAS. ¿Qué es sea?
- TERESA. Que sí; que sí.
- LUCAS. Pues pronto se hará la fiesta.
- TERESA y BENITO. } ¿Cuándo?
- LUCAS. Después de la trilla.
- ANDREA. ¿Cómo han de tener paciencia  
para esperar tanto?
- TERESA. Puede  
que, de aquí allá, yo me muera.
- LUCAS. Dichosa tú, que a la gloria  
con tu palma irás derecha.
- ANDREA. Sí, sí; la boda se hará  
esta semana que entra.
- LUCAS. No se hará, no; que yo tengo  
causas para detenerla.
- ANDREA. Aquí no hay causas que valgan.  
La semana venidera  
se han de casar.
- LUCAS. No será.
- ANDREA. Sí será.
- LUCAS. No quiero, Andrea.
- ANDREA. Mira que hicimos el trato  
de que nunca te sirvieras  
de esos quieros.

- LUCAS. No te opongas,  
y no moveré la lengua.
- ANDREA. Pues quiero oponerme; quiero.
- LUCAS. ¿Ves cómo enciendes la guerra?
- ANDREA. Porque no quieres ceder.
- LUCAS. Porque tú eres una terca,  
una caprichosa.
- ANDREA. ¡Cómo!  
¿Yo caprichosa?
- BENITO. Prudencia,  
señá Andrecita, por Dios.
- TERESA. Madre mía...
- LUCAS. Es una fiera.
- BENITO. Vaya, tío Lucas...
- ANDREA. Belitre.
- TERESA. Madrecita...
- LUCAS. Bachillera;  
cállate esa boca.
- ANDREA. ¡Cómo!  
¿Yo callar cuando tú quieras?  
¿Tú hacerme callar? ¿Tú? ¿Tú?
- LUCAS. No; la tranca de la puerta.
- ANDREA. ¿Tú me amenazas? Pues mira;  
aunque me abras la cabeza,  
tengo yo de hacer la boda;  
que es hija mía Teresa.
- LUCAS. Eso es decir que no es mía.
- ANDREA. Eso es decir... No pretendas  
explicaciones. Benito;  
mañana irás a la iglesia.
- BENITO. Eso está puesto en razón,  
señá Andreíta.

- LUCAS. So bestia,  
¿conque le das la razón?  
Pues mira; toma la puerta  
y olvida ya el casamiento.
- TERESA. Todo se ha perdido.
- ANDREA. Deja;  
no te asustes.
- LUCAS. Vete pronto.
- ANDREA. Pues no ha de irse.
- LUCAS. Me empeñas  
a que tome un palo, y salga  
dando el muchacho corvetas.
- BENITO. Poco a poco, tío Lucas,  
que a mí nadie me menea  
el colete. ¡Carambola!  
Pues no; si agarro una piedra...
- LUCAS. ¿Qué has de hacer, di, mocosuelo?
- BENITO. Eso, luego, usted lo viera.
- TERESA. Vete, Benito.
- BENITO. Me voy  
porque lo manda Teresa.  
¿Garrote a mí? Vaya, vaya,  
que ya tío Lucas chochea. (*Vase.*)
- ANDREA. ¿No ves como hasta los niños  
tu ridiculez motejan?
- LUCAS. No me apures, porque mira...
- ANDREA. ¿Qué he de ver?

Sale TÍO AMBROSIO con un bolsón de dinero en la mano.

- AMBROSIO. Ya están en gresca.
- ANDREA. De todas tus amenazas

- ahora he de hacer te arrepientas.
- TERESA. ¿Pues qué va usted a hacer, señora?  
(*Vase Andrea muy enfadada, y Teresa detrás.*)
- LUCAS. ¿Lo ve usted? ¿Ve usted qué fiera?  
¿Habrá, compadre, en el mundo  
una mujer más soberbia?
- AMBROSIO. Casi todas son lo mismo.
- LUCAS. No, no tiene compañera.  
Si, desde que me casé,  
llevo rotas seis docenas  
de varas, y cada día  
está más tiesa que tiesa.  
Vaya; es un león con naguas.
- AMBROSIO. Con mucha razón se queja.
- LUCAS. Y bien; déme usted un remedio.
- AMBROSIO. Compadre; tener paciencia.  
(*Suena el bolsón como casualmente.*)
- LUCAS. ¡Hola! ¿Dinero?
- AMBROSIO. He cobrado  
cien duros de cierta cuenta.
- LUCAS. ¡Siempre manejando plata!  
No hay hombre en toda la tierra  
tan dichoso como usted.  
¡Pobre de mí, que me cuesta  
el miserable bocado  
tolerar las inclemencias  
de un verano que me abrasa  
y un invierno que me hiela!  
Nunca descanso un instante,  
y para aumentar mis penas,  
me dió Dios una mujer...

¡Pero qué mujer! Si cuentan  
que, al nacer ese demonio,  
pegó un traquido mi suegra.

AMBROSIO. Le tengo a usted compasión.

LUCAS. Algunas veces me tienta  
Barrabás, y quiero ahorcarme.

AMBROSIO. Para librarse usted de ella,  
es el camino más corto;  
pero debe la prudencia  
buscar otros.

LUCAS. ¿Pero cuáles?

AMBROSIO. Yo hiciera por complacerla;  
y halagándola...

LUCAS. ¡Ay compadre;  
que más la temo risueña  
que irritada! Si una vez  
me puse a jugar con ella,  
y con un chino tamaño  
me abrió un jeme de cabeza.

AMBROSIO. ¡Fuego en sus caricias!

LUCAS. Nunca  
la taimada a mí se acerca,  
porque me dice que huelo  
a vinagre y ajos. ¡Puerca!  
¿Por qué no buscó un Marqués  
que le oliese a hierbabuena?

AMBROSIO. Esa cruz es insufrible.

LUCAS. Compadre; si usted quisiera,  
hoy me atrevía a largarla.

AMBROSIO. Mándeme usted con franqueza.

LUCAS. Usted no ignora, compadre,  
que se compone mi hacienda

de esta casa con sus muebles,  
y una viña, no maleja.

Ya usted ha probado el vino...

AMBROSIO. ¡Oh!, no hay en toda esta tierra  
un Ojo de Gallo igual.

LUCAS. Pues bien, compadre; si entra  
en ajuste, se la vendo.

AMBROSIO. ¿Y qué hará usted con venderla?

LUCAS. Tomar las de Villadiego,  
y marcharme donde Andrea  
no vuelva a saber de mí.

AMBROSIO. Mas antes, compadre, es fuerza  
reflexionarlo mejor.

LUCAS. Ya estoy resuelto. Usted vea  
si necesita la viña;  
si no, haré mis diligencias.

AMBROSIO. De suerte que, en ese caso,  
nadie como yo desea  
servirle a usted. ¿Cuánto vale?

LUCAS. Me costó ciento y cuarenta  
pesos fuertes. Déme usted  
los ciento de esa talega,  
y dejemos regateos.

AMBROSIO. El dinero es mi respuesta.

*(Le da la talega.)*

Voy a extender la escritura,  
y vuelvo al punto con ella  
para que la firme usted. *(Vase.)*

LUCAS. Usted vuelva cuando quiera.  
Esto es hecho. Hagamos, Lucas,  
una hombrada. Ya es vergüenza  
sufrir tanto. A correr mundo;

que estas manos tienen fuerzas  
para empuñar una azada.

Mas la pobre de Teresa,  
¿qué hará sin mí? ¡Pobre niña!

Ojalá que yo no fuera  
su padre. Pero ¡qué digo?

Ya la dejo casadera.

Pronto hallará su remedio;

y si no, tenga paciencia,

que otras muchas a sus padres  
no los conocen siquiera.

TERESA. (*Apresurada.*) Padrecito, corra usted.

¡Ay, por Dios, no se detenga!

LUCAS. ¿Qué ha sucedido, muchacha?

TERESA. ¡Mi madre! ¡Jesús..., me tiemblan  
las carnes!...

LUCAS. ¿De qué es el susto?

TERESA. Jamás la vi más soberbia.

Dos soplamocos me ha dado  
porque dije en su presencia  
que era usted mi padre.

LUCAS. Ya.

Quizá no querrá que mientas.

Todo se puede creer  
de esa vil.

TERESA. Pues aun más queda;

porque ha roto Su Merced :

el espejo, la limeta,

tres tazas, y cuatro platos

que estaban sobre la mesa.

LUCAS. Ya no puedo sufrir más.

Esconderé en la alacena

- este dinero, y verá... (*Da vueltas.*)
- TERESA. ¿Qué busca usted con tal priesa?
- LUCAS. Busco la vara.
- TERESA. Por Dios,  
que me da la pataleta.
- LUCAS. No llores.
- TERESA. ¡Ay madrecita!...  
Déjela usted.
- LUCAS. Tú no vengas,  
porque... (*Amenazándola.*)
- TERESA. ¡No, por Dios, por Dios!
- LUCAS. No grites.
- TERESA. Como una muerta  
me estaré.
- LUCAS. ¡Mujer malvada!  
Le he de romper la cabeza. (*Vase.*)
- TERESA. Esto es hecho... ¡Pobrecita!  
Ya me quedará doncella  
para siempre... ¡Ay mi Benito!  
Como contigo no sea,  
no he de casarme con otro;  
mas voy a ver... ¡Ay qué gresca!  
Yo me espeluzno de miedo...  
Mi madrastra da carreras,  
y mi padre con la vara  
le zurra por la trasera...  
¡Ay, que me da, que me da;  
que me muero!
- BENITO. (*Saliendo.*) Mi Teresa,  
¿qué tienes? ¿Por qué das gritos?
- TERESA. ¡Ay Benito; que le pega  
mi padre a mi madre!



- BENITO. ¡Malol;  
que nuestras bodas se enredan.
- TERESA. ¿Sabes qué temo, Benito?  
Que te falte la paciencia  
y te enamores de otra.
- BENITO. No, Teresita; no temas.  
Te juro milenta veces  
por el alma de mi abuela,  
la tía Pancha, y por el alma  
de mi padre, el tío Corneta,  
que, a no casarme contigo,  
al momento me echo a cuestras  
la capucha de monago,  
y me voy por esas tierras.
- TERESA. ¿Y me llevarás contigo?
- BENITO. ¿Cómo es posible, Teresa,  
si entonces he de hacer voto  
de bestialidad?
- TERESA. Me quiebras  
el corazón con tus cosas. (*Llorando.*)
- BENITO. Tú también me lo atravíasas.
- TERESA. Mi padre tiene la culpa  
de toditas nuestras penas.
- BENITO. Mal haya sea tu padre  
y toda su parentela,  
que son de casta de gatos.
- TERESA. Mira no salga y te vea;  
que está furioso.
- BENITO. Y que salga;  
yo quiero morir; que venga.
- TERESA. ¡Ay qué desesperación!  
¡Virgen Santa! Vete apriesa.

- BENITO. No me he de ir; que me mate si quisiere.
- TERESA. Tente; espera.
- BENITO. Mas que me rompan los cascós, de aquí nadie me menea.  
*(Se tira sobre una silla, que se vuelca con él.)*
- TERESA. ¡Ay mi Benito!
- AMBROSIO. *(Saliendo.)* ¿Qué es esto?
- BENITO. ¡Caramba; cómo calienta el suelo!
- TERESA. ¿Te has lastimado?
- BENITO. Me he partido la paleta del espinazo.
- AMBROSIO. Muchacho, ¿qué tienes que tanto tiemblas?
- TERESA. ¡Ay, señor Ambrosio; ya nuestra boda está deshecha, porque mi padre no quiere!
- AMBROSIO. ¿Fué por eso la quimera?
- TERESA. Sí, señor.
- AMBROSIO. No hay que afligirse; yo lo compondré; sosiega.
- BENITO. Por Dios, señor Escribano; mire usted que si Teresa no es mi mujer, o me meto a soldado, o tiro piedras por las calles, y quizás os tocará alguna de ellas...
- AMBROSIO. Hombre; no te precipites, que te casarás.
- BENITO. Pues ea; ¿qué hacemos? ¿Le doy la mano?

Diga usted cómo se empieza  
este negocio.

TERESA.                               ¿Quié usted  
que le dé una liga en prenda?

BENITO.       Y si es menester testigos,  
a bien que Pedro Cigüeñas  
lo sabe todo.

AMBROSIO.                       Dejad;  
que Lucas se vendrá a buenas.  
Idos los dos, y esperadme  
en casa de tía Manuela.

TERESA.       Pues vamos, Benito.

BENITO.                               Vamos;  
mas, señor Ambrosio, cuenta  
que si no me pierdo.

AMBROSIO.                               Calla.

BENITO.       Yo he de hacer una que sea  
muy sonada.

TERESA.                               Ven, Benito.

BENITO.       Mire usted que, aunque no tenga  
bastantes barbas...

AMBROSIO.                       Ya digo  
que te vayas; no seas bestia.  
(*Los echa a empujones.*)  
Me causan estos muchachos  
compasión; y, como pueda,  
hoy he de hacer que se acaben  
todas estas turbulencias.

Salie ANDREA, muy contenta con el bolsillo de Lucas; y, al ver a AMBROSIO, lo esconde.

ANDREA. ¡Carambola, qué bolsón!  
¡Válgame Dios lo que pesa!  
¿De dónde lo habrá sacado?

AMBROSIO. Buenos días, señá Andrea.

ANDREA. Téngalos usted muy buenos.  
Ahora iba, en una carrera,  
a buscar a usted.

AMBROSIO. Pues mande;  
que estoy pronto a complacerla.

ANDREA. Usted, señor Escribano,  
es testigo de la guerra  
que me ha declarado Lucas.

AMBROSIO. No hay nadie que no lo sepa.  
Bien se murmura en el pueblo.

ANDREA. Pues, señor, ya estoy resuelta  
a separarme de un hombre  
que sin cesar me atormenta.

AMBROSIO. Lo mismo ha resuelto Lucas.

ANDREA. Yo me alegro que así sea,  
porque con eso podré  
lograr más bien mis ideas.

AMBROSIO. Y bien, ¿qué piensa usted hacer?

ANDREA. Escuche usted; yo quisiera  
que formara usted un proceso  
para descasarme.

AMBROSIO. Es necia  
pretensión.

ANDREA. ¿Pero por qué?

AMBROSIO. ¿Pues no ve usted, señá Andrea,  
que es necesario alegar  
razones de mucha fuerza?

ANDREA. Una tengo yo.

AMBROSIO. ¿Y cuál es?

ANDREA. Este bolsón.

AMBROSIO. Ésa, ésa  
es la razón poderosa  
que en cualquier pleito se alega;  
¿mas de dónde lo ha sacado?  
(*Aparte.*) Mi bolsa es.

ANDREA. Una felpa  
me ha costado.

AMBROSIO. ¿Cómo así?

ANDREA. Cuando entró, echando centellas,  
para tenderme la vara,  
observé que en la alacena  
guardó una cosa; después  
que me cargó bien de leña,  
empezó a envolver su ropa  
con una manta. Yo, mientras,  
fui de puntillas; busqué,  
y hallé dentro de una cesta  
este bolsón, que sin duda  
me lo deparó mi estrella  
para vengarme.

AMBROSIO. Y bien, ¿cuándo  
empiezo las diligencias?

ANDREA. Hoy mismo.

AMBROSIO. ¿Tan presto?

ANDREA. Sí;  
porque si esto no se abrevia,

vendrá Lucas con caricias;  
y yo, que no soy de piedra,  
me pongo a pique de dar  
con el propósito en tierra.  
Pero él tose; yo me voy  
un rato aquí junto. Cuenta,  
señor Ambrosio, que estoy  
rabiando por verme suelta. (*Vase.*)

AMBROSIO. Descuide usted. ¡Qué locura!  
Aquí es menester cautela  
para ponerlos en paz  
y ver si, acaso, escarmientan.

LUCAS. (*Sale, desesperado.*)  
¡Indigna, mujer traidora,  
pícara, infame, perversa!

AMBROSIO. Compadre, ¿qué tiene usted?

LUCAS. ¿Dónde está? Si yo la viera...  
Si la encontrara...

AMBROSIO. ¿Qué es esto?  
¿Por qué motivo pateas?

LUCAS. ¡La he de matar; vive Dios!

AMBROSIO. La cólera a usted lo ciega.

LUCAS. ¿No me ha de cegar, compadre,  
si me miro a la hora de ésta  
sin viñas y sin dinero?

AMBROSIO. ¿Pues cómo ha sido?

LUCAS. Esa perra  
me ha robado los cien duros.

AMBROSIO. Por fin ha sabido, diestra,  
impedirle a usted el viaje.

LUCAS. ¿Impedir? Si no me fuera  
mañana mismo, mañana,

el pueblo entero me viera,  
sin ser Sábado de Gloria,  
columpiándome a la puerta.

AMBROSIO. Pero bien; ¿con qué dinero  
piensa usted irse?

LUCAS. Aun me queda  
esta casa que vender.

AMBROSIO. (*Aparte.*) Vaya, perdió la chaveta.

LUCAS. Compadrito; usted es el paño  
de mis lágrimas. Siquiera  
por ser la postrera vez  
que le causaré molestia,  
le suplico que me compre  
la casa por la tercera  
parte del valor. Así  
le dé Dios a usted potencia  
para enviudar, ya que a mí  
Su Majestad me la niega.

AMBROSIO. De manera, que si es poco...

LUCAS. Ello es una bagatela:  
cien ducados son no más.

AMBROSIO. Pues siendo así, ya está hecha  
la compra. Firme usted aquí;  
y en este blanco que queda,  
una cláusula pondré  
en que se exprese la venta  
de la casa. Aquí hay tintero.

LUCAS. ¡Jesús, y cómo me tiembla  
la mano! ¡Qué garabatos!

AMBROSIO. Basta sólo que se entienda.  
Bien está. Voy a mi casa  
por dinero. (*Vase.*)

LUCAS.

En hora buena.

Mañana pienso dejar  
el país... Mas ¿a qué tierras  
me iré? ¿Cómo buscaré  
la vida? Si me admitieran  
de Donado en un convento,  
me quitaba de faenas  
y aseguraba la torta;  
pero, casado, es quimera.

TERESA.

*(Sale, apresurada.)*

Padre, padre, ¿usted no sabe  
lo que en el pueblo se cuenta?

LUCAS.

Dímelo tú, y lo sabré.

TERESA.

Pues, señor; corre la nueva  
de que madre ha puesto un pleito  
en que pide, a toda priesa,  
descasamiento.

LUCAS.

¿De dónde  
lo sabes?

TERESA.

A señá Pepa  
se lo dijo el Escribano,  
y a mí me lo ha dicho ella.

LUCAS.

Yo estoy aturdido.

TERESA.

Aún más  
me han dicho.

LUCAS.

Cuéntame.

TERESA.

Apenas  
lo supo el Alcalde, dijo  
que mi madre estaba fresca;  
que eran buenos sus bigotes;  
y que, al punto que la viera  
libre, se había de casar



con Su Merced.

LUCAS. Bueno fuera  
que mientras yo, despedido,  
trepase por esas sierras,  
estuviese mi mujer  
hartándose de finezas.

TERESA. ¡Vaya, yo me vuelvo loco!  
Mire usted que la tía Pepa  
me dijo también que vió  
pasar por la callejuela  
al Alcalde, y que le habló  
mi madre desde la reja  
de tía Felipa.

LUCAS. ¿Y se sabe  
lo que le dijo esa perra?

TERESA. No, señor; pero mi madre  
le echó sobre la montera  
una escupitina.

LUCAS. ¡Infame!

TERESA. Y el Alcalde... ¡Qué simpleza!  
¿Sabe usted lo que le dijo?  
Pues se plantó en la otra acera;  
se puso la mano así;  
y la tiró una docena  
de besos... ¡Vaya, qué risa!

LUCAS. Estoy echando centellas.

TERESA. Conque, padre; según esto,  
no necesito licencia  
para casarme.

LUCAS. ¿Por qué?

TERESA. Porque, si usted me la niega,  
pondré yo pleito también

para deshijarme.

LUCAS. ¡Necia!

¿qué dices?

TERESA. Yo tomo ejemplo  
de ustedes.

LUCAS. Mira, perversa...

TERESA. Que pongo pleito.

LUCAS. ¿Y la vara?

TERESA. Pleito, pleito. (*Vase corriendo.*)

LUCAS. Infame, espera...

¿Qué es esto que te sucede,  
pobre Lucas? ¿Hay más penas  
que me atormenten? Me miro  
sin mi casa, sin mi hacienda,  
sin mujer; y hasta mi hija  
ni me teme ni respeta.  
¡Juguetes, la picarona,  
con el Alcalde! ¡Canela!,  
que los endiablados celos  
no respetan los sesenta.  
Pero ella viene... ¡Qué hermosa  
me parece!... ¿Y he de verla  
en otro poder? Primero  
me arrancarán una oreja.

ANDREA. (*Sale, pensativa.*) Yo no puedo sosegar;  
todos culpan y motejan  
mi resolución.

LUCAS. (*Con gravedad.*) Señora;  
¡que no tenga usted vergüenza  
de ponerse delante!

ANDREA. (*Con blandura.*)  
¿Y yo por qué he de tenerla?

LUCAS. (*Enternecido.*) ¿No lo sabes? Pues yo sí.

ANDREA. (*Enternecida.*) Tú sí; correrte debieras.  
(*Llorando.*) Ya se ve; si me casara  
con el Alcalde, era fuerza...

LUCAS. Y yo, si desamparase  
a mi mujer, me escondiera  
donde no me viera nadie.  
Tu genio, tu genio, Andrea,  
tiene la culpa; mas ya  
bien sabe Dios que me pesa.  
Así te pesase a ti  
el querer ser Alcaldesa.

ANDREA. ¿Piensas tú que yo podría  
olvidarte?

LUCAS. Deja, deja  
que te pida mil perdones.

ANDREA. Álzate; no me enternezcas.

LUCAS. Pues dame, hijita, un abrazo.

ANDREA. Yo te lo doy muy contenta.

LUCAS. Ya estamos en paz. Mas dime :  
¿qué haré sin viñas?

ANDREA. ¡Qué pena!  
¿Pues a quién se las vendiste?

LUCAS. A mi compadre.

ANDREA. Paciencia.  
Ambos nos ayudaremos.

LUCAS. Está bien; mas...

ANDREA. ¿Qué te inquieta?

LUCAS. ¿Dónde viviremos?

ANDREA. ¿Cómo?

LUCAS. Si ya la casa no es nuestra.

ANDREA. ¿Pues de quién es?

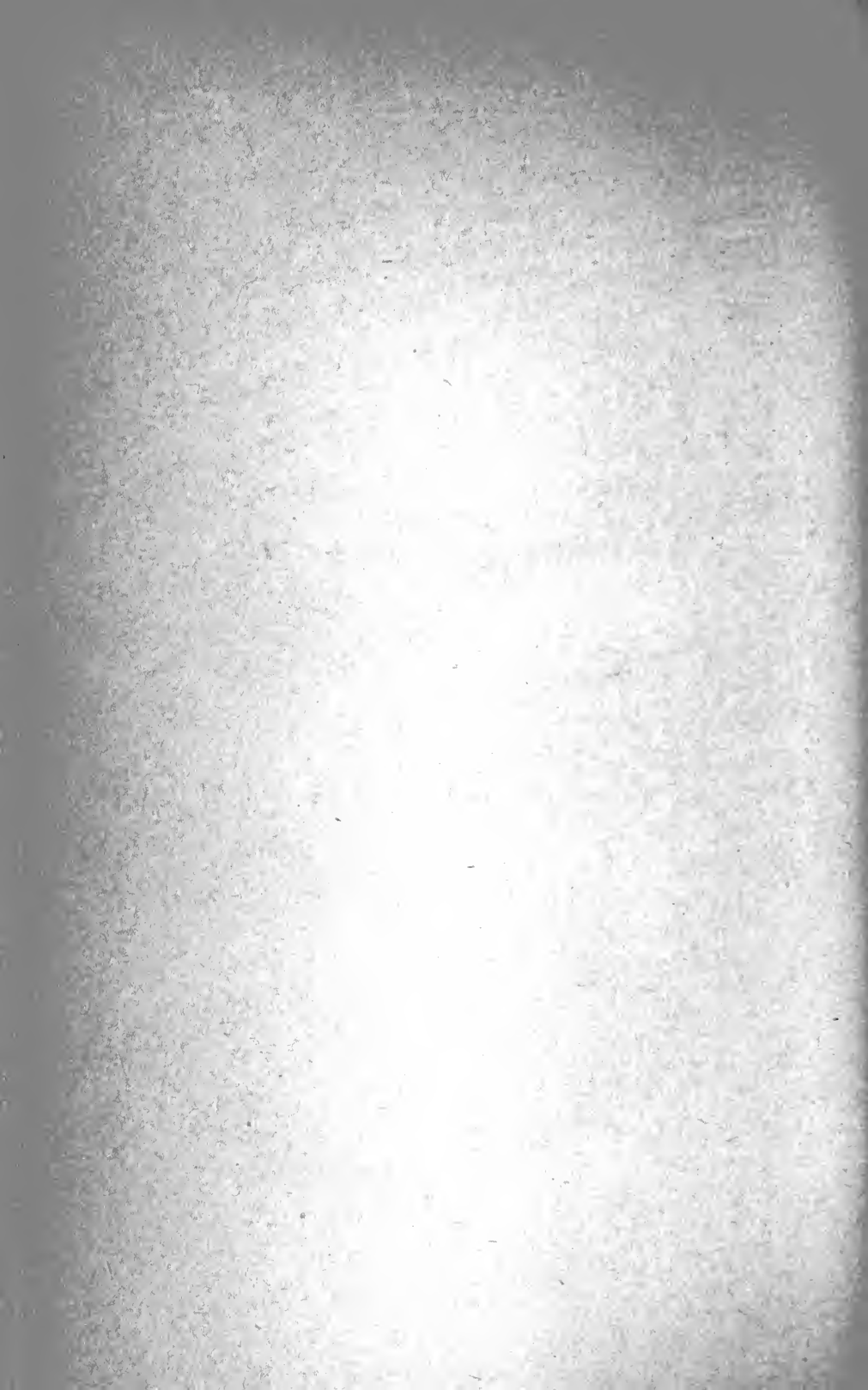
- LUCAS. Del compadre;  
pero, por fin, me consuela  
que tú tendrás el dinero  
que tomaste.
- ANDREA. ¡Pobre Andrea!  
Yo no lo tengo.
- LUCAS. ¿Qué dices?  
¿Qué has hecho de mi talega?
- ANDREA. La di para descasarme.
- LUCAS. Ya hemos quedado por puertas.  
¿Y a quién la diste?
- ANDREA. Al compadre.
- LUCAS. ¿Qué dices? Maldito sea  
mi compadre. ¡Picarón!  
¡Que yo no lo conociera!

Salen: AMBROSIO, oyendo los últimos versos; y con él TERESA  
y BENITO.

- AMBROSIO. Usted me conocerá,  
compadre, cuando comprenda  
que si cedí a sus instancias,  
fué tan sólo con la idea  
de escarmentar sus locuras  
y prevenir sus miserias.  
Rompa usted esa escritura;  
y cuidado con la enmienda.
- LUCAS. ¡Ah compadre de mi vidad!  
Yo no sé de qué manera  
pagarle tantos favores.
- AMBROSIO. No quiero más recompensa,  
sino su consentimiento  
para Benito y Teresa.

- LUCAS. Yo lo doy. Usted disponga.
- ANDREA. Yo siempre he sido contenta.
- BENITO. ¿Pero cuándo es el casorio,  
tío Lucas?
- LUCAS. Pues no nos muelas.
- BENITO. Es que ustedes esta noche  
se tirarán de las greñas,  
y la boda es quien lo paga.
- AMBROSIO. Pues a gusto de Teresa  
se ha de hacer todo. Di, niña,  
¿cuándo resuelves que sea?
- TERESA. Ahora mismo. ¿De qué sirven  
todas estas frioleras  
para apretarse las manos?  
Tómala, Benito.
- BENITO. Venga.  
Tío Lucas, haga usted el cura.
- AMBROSIO. Amigo mío; ya es fuerza  
salir de esto cuanto antes.
- LUCAS. Salgamos cuando usted quiera.
- AMBROSIO. Pues yo me encargo de todo.  
Y ya solamente resta  
suplicar al auditorio  
perdone las faltas nuestras.

FIN



# LOS PALOS DESEADÓS

SAINETE

## PERSONAS

DON ANASTASIO.  
ROSAURA.

DON PEDRO.  
PERICO.



## LOS PALOS DESEADOS

---

Calle corta con puerta transitable. Salen: DON ANASTASIO, trayendo por fuerza a ROSAURA; y después DON PEDRO, acechándolos.

ANAST. Anda, sobrina, y no vayas  
volviendo atrás la cabeza.  
Las mujeres de tu clase  
que en la calle se presentan,  
han de ir con modo.

ROSAURA. ¡Jesús,  
y qué tío tan postema!  
Si voy de prisa, se enfada;  
si ando despacio, pateas;  
si vuelvo la cara, gruñe;  
y si me río, se emperrea.

ANAST. Ven, muchacha.

ROSAURA. Poco a poco,  
que este zapato me apricta.

ANAST. No vuelvas atrás la cara.

ROSAURA. ¡Dale con la impertinencial

ANAST. Vamos, anda.

ROSAURA. ¡Ay, mi abanico!

PEDRO.        Señorita; pues mi estrella  
                 me proporciona esta dicha,  
                 vuelva usted a tomar su prenda  
                 de la mano de un criado  
                 que desea complacerla.

ROSAURA.    Conózcame usted también  
                 por su servidora, y crea  
                 que estoy tan agradecida...

ANAST.        Calla, y no digas simplezas.  
                 Caballero, yo os estimo  
                 la atención. No te detengas.

ROSAURA.    Ésa es mi casa; y, así,  
                 puede usted favorecerla  
                 cuando guste.

ANAST.                                    Anda, demonio.

ROSAURA.    No quiero ser desatenta.  
                 ¡Ay, mi zapato!

ANAST.                                    ¿Tú quieres  
                 acabarme la paciencia?

PEDRO.        Perdone usted, señorita,  
                 que ose tomar mi fineza  
                 este gracioso despojo  
                 de un piececito que...

ANAST.                                    Venga;  
                 usted viva muchos años.

ROSAURA.    Hay muy pocas escaleras;  
                 suba usted.

ANAST.                                    Ven, picarona,  
                 o te rompo la cabeza.

ROSAURA.    ¡Mi mantilla, mi mantilla!

PEDRO.        Este criado la lleva.

ANAST.        No, señor; démela usted.

ROSAURA. Deje usted que suba.

ANAST. ¡Perra;  
yo te haré que tengas juicio!

ROSAURA. ¡Que se me caen las medias!  
*(Entran por la puerta; Rosaura como por fuerza.)*

PEDRO. ¡Qué infeliz soy! No he podido  
entender ninguna seña,  
ni tampoco preguntarla  
a cuál hora podré verla.  
Si viniera mi Perico,  
es dable que discurriera  
alguna de sus marañas  
para lograr lo que anhela  
mi corazón. Mas él viene...  
¡Perico, Perico!

PERICO. *(Saliendo.)* ¡Bestias,  
zoquetes, zotes!...

PEDRO. ¡Perico!

PERICO. ¡Bolos, tarugos, badeas!  
Todos sois unos borricos;  
y si os pillara en la escuela  
de Salamanca...

PEDRO. Perico,  
¿qué viene a ser esa arenga?

PERICO. Yo iré a mi casa por armas...

PEDRO. ¿Y para qué son? Sosiega.  
¿Estás, hombre, endemoniado?

PERICO. Señor; la barba me tiembla.

PEDRO. ¿Con quién dabas esas voces?

PEDRO. ¿Con quién? Con una caterva  
de estudiantes más jumentos

- que toda mi parentela.
- PEDRO. ¿Y no podemos saber  
sobre qué era la contienda?
- PERICO. Sobre cierta contusión.
- PEDRO. Conclusión dirás, gran bestia.
- PERICO. Sí, señor; eso sería,  
porque gritan y vocean  
sin parar jamás.
- PEDRO. ¿Y acaso  
sabes tú de controversias?
- PERICO. ¿No lo he de saber, si anduve  
diez meses en esa gresca?
- PEDRO. ¿Pero dónde has estudiado?
- PERICO. En Salamanca; esa tierra  
donde, con una sotana  
y un manteo de bayeta,  
sabe un hombre más Latín  
que cualquier gata maltesa.
- PEDRO. ¿Conque has cursado las aulas?
- PERICO. Y las cursaba de perlas;  
porque les llevaba el agua  
con una mula gallega.
- PEDRO. Acabaras, con mil santos.
- PERICO. Pues no lo tome usted a fiesta.  
¡Oh, si usted hubiera visto,  
siempre que entraba en la escuela,  
cuántos tomates en folio  
llovían en mi cabeza!  
Ya se ve; ¿no he de tener  
los cascos llenos de ciencia,  
si por más de cien chichones  
me reventaban las letras?

- PEDRO. Cada letra de las tuyas  
es mayor que una carreta.
- PERICO. Pues dígame usted: ¿primero  
qué es; la forma o la materia?
- PEDRO. La materia; bruto.
- PERICO. Vaya;  
usted es un niño de teta  
para mí. ¿Y por cuántos años,  
ya que usted tanto me aprieta,  
ha estudiado?
- PEDRO. Diez y ocho.
- PERICO. ¡Qué lástima que no fueran  
los diez y nueve cabales!
- PEDRO. Bestia, ¿por qué?
- PERICO. Porque fuera  
usted el macho más bien  
adoctrinado.
- PEDRO. ¡Babiecal!
- PERICO. ¡Si dice usted que primero  
y ante todo es la materia,  
siendo primero la forma!  
Y si no, voy a la prueba.  
El otro día, corriendo  
tras de una moza gallega  
por la calle, con tal furia  
tropecé con una piedra,  
que al zapato, del dolor,  
se le descosió la suela.
- PEDRO. Hombre, ¿qué tiene que ver  
el zapato con la Ciencia?
- PERICO. Deje usted que yo concluya,  
y verá la consecuencia.

Pues, señor, el remendón,  
al punto que con la lezna  
le dió en la herida seis puntos,  
me pidió media peseta  
por la cura; yo le dije  
en castellano seis letras,  
que es ladrón; pero irritado  
llevó a mal la cuchufleta,  
y enarbolando la forma,  
sin andar en etiquetas  
de recibe ni te pego,  
me la tiró a la cabeza.  
Ya se ve; yo quedé absorto  
de contemplar su franqueza;  
y haciendo dos cortesías,  
fuí a casa de un sacamuelas  
con la boca muy cerrada,  
pero la mollera abierta.  
Mire usted: después de hacer  
de la triste calavera  
un calvario, me sacó  
entre la sangre una flema  
que parecía agua blanca.

PEDRO. Eso sería materia.

PERICO. ¿Y por qué materia se hizo?

PEDRO. ¡Qué pregunta tan discreta!  
Por el golpe de la forma.

PEDRO. Pues, siendo de esa manera,  
pruebo: *¿Conque zapaterus  
tirabit formam in testam  
le cirujanis sacabit  
cum ferro materiam meam?*

Luego primero es la forma,  
y después es la materia.

PEDRO. Tienes razón; mas dejando  
disparates que molestan,  
bien sabes que por Rosaura  
padezco indecibles penas;  
que la adoro, la idolatro.

PERICO. Pues cásese usted con ella.

PEDRO. Contigo yo...

PERICO. ¿Qué decís?

PEDRO. Digo que enviarla quisiera  
un billete, por saber  
a qué hora podré verla.

PERICO. ¿Y que, por darla el papel,  
el viejo me dé sesenta  
garrotazos? Yo no voy.

PEDRO. ¿No harás por mí esta fineza?

PERICO. Seguro está.

PEDRO. ¿Pues qué temes?

PERICO. Los palos que el tío me diera;  
que es un diablo.

PEDRO. Te prometo,  
como tal cosa suceda,  
el darte por cada palo  
un peso duro.

PERICO. Ya es ésa  
otra cosa; deje usted  
que antes ajuste la cuenta.  
Yo valdré, puesto en Argel,  
lo más, más, unos cuarenta  
pesos; que a cada costilla  
le tocan cuatro pesetas;

la más endeble podrá  
resistir, si se ofreciera,  
salvo sea el lugar, diez palos,  
que entre catorce, es friolera  
lo que les toca; demás,  
el espinazo se lleva  
la tercer parte; y si baja  
la mano por la trasera,  
hay otro sujeto más  
con quien partir; vaya, venga  
ese papel; que diez palos  
es un quebrado a mi cuenta.

PEDRO. Pues ven, y te le daré. (*Vase.*)

PERICO. Hoy me harto. ¡Santa Teresal  
¡Un duro por cada palo!  
Si a este precio se vendieran,  
no digo yo, pero muchos  
vestidos de grana y seda,  
sobre el banco de sus lomos  
giraran todas sus letras. (*Vase.*)

Salón. Sale DON ANASTASIO deteniendo a ROSAURA.

ROSAURA. Déjeme usted.

ANAST. Yo no quiero  
que te asomes a la reja.

ROSAURA. Pero ¿por qué?

ANAST. Porque eres  
tan descocada y tan bestia,  
que a todos los que te miran  
les haces al punto muecas.

ROSAURA. Pero si todos me dicen



que soy bonita, ¿no es fuerza  
que me ría y que les dé  
las gracias? ¡Pues está buena!

ANAST. Eso lo dicen por burla.

ROSAURA. Vaya, vaya; usted chochea.  
Pues mire usted : aquel mocito  
que cerca de nuestra puerta  
llegó a darme el abanico,  
me habló ayer en la Alameda;  
¡y si viera usted qué cosas  
me dijo!...

ANAST. Pero ¡gran bestia!,  
¿qué te dijo? Vaya, dílo.

ROSAURA. Si fué un paso de comedia.  
Mire usted : primeramente,  
torciendo así la cabeza,  
me miró con unos ojos  
tan tiernos... ¡Si no me deja  
la risa!

ANAST. Vaya; babosa,  
¿qué te dijo? No me muelas.

ROSAURA. Me dijo : «Dulce bien mío;  
mona mía; amada prenda;  
yo expiro por esos ojos  
de fuego; por esas cejas  
de azabache, y esa boca  
más pequeña que una almendra;  
porque es usted tan bonita...»

ANAST. Vaya; déjate de necias  
alabanzas, y sepamos  
en qué concluyó la fiesta.

ROSAURA. En que nos casamos.

- ANAST. ¡Cómo!  
¿Qué desatinos intentas?
- ROSAURA. ¡Toma! Me pidió la mano;  
y yo, como no soy lerda  
ni manca, ¿qué había de hacer  
sino dársela?
- ANAST. ¡Qué bestia!  
¿Conque se la diste?
- ROSAURA. Mucho;  
¿y por eso usted se inquieta?  
Muy buen provecho le haga.
- ANAST. No te rompo la cabeza  
porque eres simple. Es preciso  
hacer hoy la diligencia  
de buscar a ese sujeto  
para lavar esa afrenta  
con su sangre o con tu boda.
- ROSAURA. No se hará el novio de pencas;  
porque por casarse está  
con tanta lengua de fuera;  
y yo, si he de hablar verdad,  
tengo unas ganas tremendas  
de ser novia, por que usted  
no me tenga tan sujeta.
- ANAST. Calla esa lengua maldita.  
¡Dios mío! Mejor quisiera  
tener por sobrina un tigre  
que no una tonta. ¿Quién entra?

Sale PERICO con un cartabón muy grande que no se vea.

- PERICO. Dios sea en aquesta casa.  
Don Anastasio Viruelas,

¿no vive aquí?

ANAST.                      Sí, señor.

Yo soy.

PERICO. Sea enhorabuena.

Yo vengo...

ANAST. ¿Quién es usted?

PERICO. Yo me llamo Juan de Aprieta,  
para servirle.

ANAST. ¿Y qué quiere?

PERICO. El maestro Diego Lezna  
está en la cama algo malo;  
y, así, me ha dicho que venga  
a tomarle la medida  
de los zapatos. (*Aparte.*) Dios quiera  
que me dé cincuenta palos.

ANAST. ¿Y es cosa de consecuencia la enfermedad del maestro?

PERICO. No, señor; una friolera viene a ser; por todo el cuerpo le ha salido una gragea perruna, que causa risa verle tocar la vihuela. Después, doce golondrinos le han salido en las aletas; y por el pescuezo tiene más ventanas que troneras tiene un palomar. Es cierto que está hecho una blasfemia. ¡Si parece que los pobres se corrompen más apriesa!

ANAST. Lo siento mucho. Un zapato le traeré, para que vea

ANAST. Lo siento mucho. Un zapato  
le traeré, para que vea



ANAST.

Picarón,

¿tú tienes la desvergüenza  
de tratarme a mí de bruto?

PERICO.

(Ahora me carga de leña.)  
De modo que, como veo  
que tiene usted un par de tercias  
de pezuña, me parece  
que no es hacerle una ofensa  
el llamarle a usted animal.

ANAST.

Vete a la calle, y no quieras  
impacientarme.

PERICO.

(Este hombre  
tiene muchísima flema.)  
¿Sabe usted que me da gana  
de pegarle en la mollera  
un puñetazo?

ANAST.

¿A mí, perro!  
¿En dónde hay un palo?

PERICO.

(Ea;  
ya va a molerme los huesos.)

ANAST.

Agradece a mi prudencia;  
que si no, con un garrote  
te rompiera la cabeza.

PERICO.

¡Por vida de los demonios!  
(¡Pues está buena la fiesta!  
¡Vaya, que el hombre es de mármol!)  
Pues, señor, haga usted cuenta  
que, sin que me dé esos cuartos,  
yo no salgo por la puerta.

ANAST.

¿Qué cuartos?

PERICO.

Los que me debe.

ANAST.

¿Deberte yo?



un hombre de mi nobleza.

PERICO. (¿A que me vuelvo a la calle  
sin ganar un real siquiera?)  
¿Usted noble? Vaya, vaya;  
sin duda que usted chochea.  
¿Piensa usted que yo no sé  
que fué cochero en su tierra;  
después, pregonero en Soria,  
y verdugo en Antequera?

ANAST. ¿A mí este ultraje? Atrevido;  
recibe por la insolencia. (*Le da.*)

PERICO. Uno, dos.

ANAST. Pero te dejo  
por loco; vete, y no vuelvas.

PERICO. ¿Y me he de ir con dos duros?  
Seguro está que me mueva.

ROSAURA. (*Saliendo.*) Tío mío, ¿qué ruido es ése?

ANAST. Este picarón, que intenta  
sofocarme.

PERICO. (Ahora le pico,  
como no sea de piedra.)  
Por ti es todo, dueño mío.  
Dame un abrazo, morena,  
pues sabes que te requiero.

ROSAURA. Tío, tío; que se acerca.  
Toma el papel.

ANAST. ¡Insolente;  
este agravio en mi presencia!  
Toma, infame. (*Dale cinco.*)

PERICO. Dos, tres, cuatro,  
cinco, seis, siete.

ANAST. Escarmienta

- para otra vez. Vete al punto,  
que ya mi enojo se templá.
- PERICO. ¿Y me he de ir sin una onza?
- ROSAURA. Váyase el grande tronera.
- PERICO. Yo no me voy sin decirle  
que es borracho de taberna.
- ANAST. ¡Por vidual...
- PERICO. Ladrón, cuatrero;  
y por remate de cuentas,  
un soplón.
- ANAST. Si fuera cierto,  
las espaldas te moliera.
- PERICO. (¿Qué haré yo para irritar  
a este cachazudo? Fuera.  
Envidemos todo el resto.)  
¿A que le mojo la oreja  
con saliva?
- ANAST. ¡Indigno, vetel
- PERICO. Vaya este sopapo a cuenta. (*Le pega.*)
- ANAST. ¡Ah perro! (*Pegándole.*)
- PERICO. Ocho, nueve, diez,  
once, doce, trece. (¡Aprieta!)  
Catorce, quince. (¡Qué punto!)  
Diez y seis; onza completa.
- ANAST. Ya me canso de pegarte;  
busca un diablo que te muela.
- PERICO. Usted viva muchos años,  
y mande usted cuanto quiera. (*Vase.*)
- ANAST. Este es un loco. En mi vida  
me sofoqué tan de veras.
- ROSAURA. ¡Qué gracioso estuvo el hombre!  
Le volvía la trasera;



y usted le estaba cascando  
como a los niños de escuela.

ANAST. Vete allá dentro, bestiaza.

ROSAURA. ¿A mí me llama usted bestia?  
Pues sepa usted que, en sus barbas,  
le he dado ahora una esquila,  
para mi novio, a ese hombre.  
Conque así, si yo soy bestia,  
usted no se queda en zaga. (*Vase.*)

ANAST. ¿Tú eres tonta o una culebra? (*Vase.*)

La calle del principio. Sale DON PEDRO.

PEDRO. Mucho tarda Periquillo.  
Pero él viene. Y bien; ¿qué nuevas  
me traes?

PERICO. (*Sale de la casa.*) Tome esta carta;  
y, sobre la marcha, venga  
una onza.

PEDRO. ¿De qué, bruto?

PERICO. Del resumen de una cuenta  
de diez y seis garrotazos  
que me han destrozado media  
quilla.

PEDRO. Vete noramala,  
que yo no estoy para fiestas.  
(*Lee.*) «Dulce y estimado novio...»

PERICO. No andemos en cuchufletas,  
que me echa el cuerpo más humo  
que si fuera chimenea.

PEDRO. Vete de aquí, embusterón;  
que estoy echando centellas

por casarme...

PERICO. Yo las echo  
de ver que usted se calma.  
Conque digo: ¿usted parece  
que se retracta?

PEDRO. No seas  
embrollón.

PERICO. ¡Cómo embrollón!  
Carambola; qué, ¿usted piensa  
que le engaño?

PEDRO. Ya se ve.

PERICO. ¡A Perico tal afrenta!  
Eso no. Llámeme usted  
ladrón, borracho, tronera;  
pero jamás embustero.

PEDRO. Anda a un simple que te crea.

PERICO. Eso pasa ya de ultraje;  
y, así, es preciso dar prueba  
de mi verdad.

PEDRO. ¿Dónde vas?

PERICO. A vindicar mi inocencia;  
que por usted he sufrido  
dos carreras de baquetas.  
¡Ah señor don Anastasio!  
¡Don Anastasio!

PEDRO. No vuelvas  
a gritar.

Salen DON ANASTASIO a la puerta, y ROSAURA  
a la ventana.

ANAST. ¿Qué buscas, perro!

PERICO. Declare usted en conciencia:

- ¿cuántos palos me ha pegado?  
ANAST. Diez y seis, según tu cuenta;  
pero, conforme a la mía,  
te resto cuatro docenas.  
PERICO. Si usted me los paga a duro  
recibiré más de ochenta.  
¿Lo ve usted, señor?  
PEDRO. Canalla;  
yo te cargaré de leña.  
ROSAURA. Mi novio; mi novio, tío.  
ANAST. Digo: ¿conque usted me inquieta  
la muchacha?  
ROSAURA. Mucho, mucho;  
que me tiene casi ciega.  
ANAST. Calla, demonio.  
ROSAURA. Cabal;  
y si por otra me deja...  
ANAST. ¿A que te tiro un guijarro?  
PEDRO. Señor; la gracia y belleza  
de su sobrina han rendido  
mi corazón; el que anhela  
la dicha de ser su esposo...  
ROSAURA. Le admito, aunque no lo quiera...  
ANAST. Vamos; porque ese demonio  
ha de juntar a la puerta  
todo el barrio. (*Se entran.*)  
PERICO. Señor mío;  
¿quién satisface esta deuda?  
PEDRO. Anda noramala.  
PERICO. Bien.  
¿Usted me paga?  
PEDRO. No muelas.

- PERICO. Pues, señor, será preciso  
devolverle a usted la leña;  
y, así, vaya usted contando. (*Dale.*)
- PEDRO. ¡Ah bribón; que me revientas!
- PERICO. Cinco, seis, siete, ocho, nueve.
- PEDRO. ¡Socorro!
- ANAST. ¿Qué bulla es ésta?
- PERICO. Es que estoy restituyendo  
de garrotazos la deuda;  
y, pues ya no debo nada,  
venga el que quiera a mi tienda;  
le tomaré la medida  
como la tomé a ese bestia. (*Vase.*)
- LOS DOS. ¡Ah pícaro!
- ANAST. Si lo cojo  
lo haré zampar en la trena.
- ROSAURA. Tío; que quiero casarme  
esta tarde.
- ANAST. Ya no hay fuerzas  
para sufrirte. Entre usted,  
para hablar de la materia.
- TODOS. Y aquí se acaba el sainete;  
perdonad las faltas nuestras.

FIN

# EL RECLUTA POR FUERZA

SAINETE

## PERSONAS

ISABEL.

DON ANTONIO, Teniente.

TIZÓN, Sargento.

UN CABO DE ESCUADRA.

LUCAS, payo.

UN TAMBOR.

SOLDADOS Y RECLUTAS DE LA BANDERA.

## EL RECLUTA POR FUERZA

---

Plaza de lugar, con una puerta y ventanas a la derecha, y Bandera de reclutas. Salen LUCAS e ISABEL por la izquierda.

LUCAS. Escucha, Isabel. Ya sabes que me ha dejado mi hermano por su heredero.

ISABEL. Lo sé.

LUCAS. También sabes que, apiadado de tu pobreza y queriendo cumplir con el padrinazgo, te dejó cinco mil pesos de dote; mas con el cargo y calidad de que fueses mi mujer; pero, en el caso de no casarte, mandó que no se te diese un cuarto.

ISABEL. Es verdad, que mi padrino se mostró en eso tirano.

LUCAS. Ya; si estás enamorada de ese Oficial de los diablos que ha venido de Bandera...

- ISABEL. Eso dejémoslo a un lado,  
y diga usted qué pretende.
- LUCAS. ¿Qué pretendo? Que ya el año  
de los lutos se ha cumplido,  
y es fuerza regocijarnos.  
Conque así, dime, Isabel,  
clarito, si nos casamos.
- ISABEL. ¿Quiere usted lo desengaño?  
Pues sepa que yo no trato  
de entregar mi libertad  
a quien, como usted, mi amado,  
tuviere ya en cada pata  
sus veinte y cinco muy largos.
- LUCAS. Vaya, vaya, que la niña  
habla poco, pero malo.
- ISABEL. Yo he decir lo que siento.
- LUCAS. ¿Conque ya has determinado?
- ISABEL. Sí, señor.
- LUCAS. Pues no habrá dote.
- ISABEL. Se me da poco cuidado.
- LUCAS. Tu Oficial también es pobre.
- ISABEL. Yo no he de vender mi mano.  
Conque así, poco me importa.
- LUCAS. Bien; ya verás los trabajos  
que te esperan.
- ISABEL. Todo es menos  
que malograrme en los brazos  
de semejante estantigua.
- LUCAS. Dime, dime dicharachos;  
que, al fin, algo han de costarme  
los cinco mil que afianzo.



Sale el SARGENTO TIZÓN de la casa.

SARGENTO. Señor Lucas, buenos días.  
Celebro ver ese garbo,  
señá Isabelita.

ISABEL. Adiós,  
señor Sargento.

SARGENTO. ¿Está malo  
el señor Lucas, que hoy tiene  
una cara de caballo...?

LUCAS. No estoy muy contento, no.

SARGENTO. Apuesto yo cuatro cuartos  
a que han tenido jollín.  
¡Ya! Cosas de enamorados.

ISABEL.. ¿Enamorados? ¡Ja, ja!

LUCAS. Ved cómo se está burlando.

SARGENTO. Pues eso no es regular;  
porque usted es un muchacho,  
mejorando lo presente,  
que, a la verdad, más de cuatro  
señoras del moño tieso  
que se ponen el tallazo  
a la orilla del cogote,  
lo tomaran para trasto.

LUCAS. ¿Lo oyes, Isabel? ¿Ves cómo  
sin justicia me has tratado?

ISABEL. Si a mí no me gusta usted,  
¿cómo puedo remediarlo?

LUCAS. No te gusto porque tienes  
el Oficial en los cascos.

SARGENTO. ¿Mi Teniente?

LUCAS.

Sí, señor.

SARGENTO. Ensanche usted ese cuajo.

Sobre que ustedes se ahogan  
sin mojarse los zapatos.

Venga un abrazo, en albricias  
de que mañana marchamos.

LUCAS. ¡Qué escucho! ¿Se van ustedes?

SARGENTO. Según orden que ha llegado  
del Coronel, yo discurro  
por la mañana temprano  
se mudará la Bandera  
e irá la tropa marchando.

LUCAS. ¡Qué gusto, señor Sargento!

SARGENTO. Vaya, déme usted un abrazo.

LUCAS. Tome usted aunque sean seis.

*(Al darle los brazos le da un papel el Sargento a Isabel, y ella lo toma.)*

ISABEL. De mi bien es; yo me aparto  
para poderlo leer. *(Vase.)*

SARGENTO. Mañana no habrá más gallo  
en todô el pueblo, que usted.

LUCAS. ¿Y adónde es la marcha?

SARGENTO. Al Campo

de Gibraltar, a mudar  
el Peñón hacia otro lado.

LUCAS. ¿Lo escuchas?... Mas ¿dónde está?

SARGENTO. La pobre se fué llorando.

LUCAS. No importa. En quedando solos,  
me buscará con halagos.

SARGENTO. Cabal.

LUCAS. Yo seré el coquito  
de su amor.

SARGENTO. Eso está claro.

Bien que usted se lo merece.

LUCAS. Usted viva muchos años.

SARGENTO. Soy así con los amigos;  
y yo lo quiero a usted tanto,  
que en pensar que no he de ver  
a usted más en luengos años,  
lloro como un niño. Vaya,  
déme usté otros tres abrazos.

LUCAS. Con grande gusto.

SARGENTO. Si es mucha  
la voluntad que he tomado  
a usted. Déme ahora un beso.

LUCAS. Hombre; eso es ya demasiado.

SARGENTO. Es que, aunque está un poco viejo,  
tiene usté una gracia... Vamos,  
no es pasión; pero si usted  
no fuera, como es, un macho,  
me casaba con usted...

LUCAS. Señor, ¿qué está usted hablando?  
Pero ¿por qué Isabelita  
me desprecia?

SARGENTO. Es necesario,  
para arrastrar las mujeres,  
tener cierto garabato,  
ciertas palabritas.

LUCAS. ¿Cómo?

SARGENTO. ¡Oh! Para eso los soldados.

LUCAS. Mas decid: ¿cómo tan presto  
caen las mozas en el lazo?

SARGENTO. Eso es muy fácil. Mirad:  
cuando vemos un pedazo

de cielo que se nos viene  
poquito a poco acercando,  
lo primerito, al sombrero  
le damos así un sopapo,  
y queda en forma de ataque;  
después este pie sacamos,  
y ponemos la figura  
como la sota de bastos.  
Entonces, sobre este hueso  
enganchamos una mano;  
con la otra, un manoseo  
a los bigotes les damos;  
y, agachando con salero  
tres partes del espinazo  
y habiendo de boca a boca  
distancia como de un palmo,  
le decimos las horrendas  
palabras del calendario  
militar; conqué las pobres  
piden cuartel a dos manos.

LUCAS. ¿Pero en eso habrá también  
o brujería o encanto?

SARGENTO. No, señor; todo consiste  
en decir con desenfado  
las palabras.

LUCAS. Vaya alguna.

SARGENTO. No tengo algún embarazo.  
Oiga usted : cuando la moza  
está atenta, comenzamos  
a decirle: «Señorita;  
desde que vi esos ojazos,  
*tocaron la generala*

mis potencias; y si alcanzo  
que *hagan brecha* mis finezas  
en su pecho, *de un asalto*  
*me subiré a la muralla*  
de su casa, *tremolando*  
*la bandera* de mi fe,  
sin que puedan *cañonazos*  
de inconvenientes rendir  
mi nunca vencido brazo;  
pues como queráis, señora,  
*ni obús, ni bala, ni taco,*  
*ni foso, ni terraplén,*  
*ni fortín, ni emballestado,*  
*ni reducto, ni trinchera*  
me detendrán, pues me llamo  
*salchichón, cartucho, espeque,*  
y, sobre todo, *soldado*.

LUCAS. Maldito si entiendo jota.

SARGENTO. Y si queréis verlo claro,  
decidle cuatro palabras  
a Isabelita.

LUCAS. Es en vano,  
porque ni aun quiere escucharme.

SARGENTO. También puede usted lograrlo  
escribiéndole un papel.

LUCAS. ¡Pensamiento soberano!  
Vaya; escribidlo.

SARGENTO. ¿Y usted  
lo firmará?

LUCAS. Por sentado.

SARGENTO. Ea; manos a la obra.  
Dejadme que tome el banco

de la Bandera.

LUCAS. ¡Qué hombre  
tan hábil!

SARGENTO. (*Se sienta y saca papel y tintero.*)

Ya yo preparo  
tintero y papel. Oid.  
¿Os parece que pongamos :  
«Señora : la ciudadela  
de ese salero, que rabio  
por conquistar...»

LUCAS. ¡Grandementel  
Eso está muy bien hablado.

SARGENTO. (*Escribe.*) «... me ha obligado a sentar plaza  
por el tiempo de ocho años  
en la milicia de amor...»

LUCAS. ¡Oh, qué gran pensamientazol  
Aunque sea por un siglo.

SARGENTO. (*Escribe.*) «... pues espero que ese garbo  
se me entregue prisionero  
a dos o tres fusilazos.»

LUCAS. Así va bien; cada letra  
es lo mismo que un guijarro.

SARGENTO. Esto basta; firme usted.

LUCAS. Allá va mi garabato. (*Firma.*)

SARGENTO. (*Aparte.*) ¡Con qué gusto el lililó  
firma su enganchel ¡Qué chasco!  
(*Alto.*) Vaya; ¿queda usted contento?

LUCAS. Y mucho. Pero ¿quién diablos  
se lo dará a Isabelita?

SARGENTO. De eso, amigo, yo me encargo.

LUCAS. Que no se le olvide a usted. (*Vase.*)

SARGENTO. Usted no tenga cuidado.

Ya este pájaro cayó  
en la trampa. ¡Pobre diablo!  
Se quedará sin la novia,  
sin los cinco mil pesazos,  
y hasta el sargento Tizón  
le sacará un buen pedazo.

ISABEL. (*Saliendo.*) ¡Señor Sargento!

SARGENTO. Lucero;  
¿leyó usted ya el cartapacio  
de mi Oficial?

ISABEL. Mas no entiendo  
qué significa este chasco.

ANTONIO. (*Saliendo.*) Isabelita, bien mío;  
perdóname si he faltado  
un instante de tus ojos.

ISABEL. ¡Ah don Antonio! No alcanzo  
lo que intentáis.

ANTONIO. Tizón es  
quien me obliga a ejecutarlo;  
pero si Isabel...

SARGENTO. La niña  
hará lo que la he mandado.  
Vea usted el enganchamiento  
de Lucas. Ya, ni los diablos  
le arrancarán de mis uñas  
sin que alargue de contado  
los cinco mil, la muchacha  
y un par de caramelazos  
de oro para su Sargento.  
¿Va bien, mi Teniente?

ANTONIO. Encargo  
lo primero que, aunque es burla

y su corazón ganado  
tengo, no gusto se diga  
el que un Oficial mezclado  
se halla por vil interés  
en un asunto tan bajo,  
y pierda mi estimación.  
Supuesto aqueste reparo,  
no padeciendo mi honor,  
que es el que debo arrestado  
sostener, dispón ahora  
como quieras.

SARGENTO. ¡Bravo, bravo!  
Pues, señor; ahora es tiempo  
de Carnaval, y apropiado  
viene el juguete. Él se acerca;  
yo le he dicho que nos vamos;  
y, así, cuenta con hacer  
la despedida de pasmo. (*Sale Lucas.*)  
Venga usted, compadre Lucas;  
que ha rato que lo esperamos.

ANTONIO. Señor Lucas, buenos días.

LUCAS. Yo siempre soy su criado.

ANTONIO. Mañana me pongo en marcha;  
y, así, vengo a ver si acaso  
tenéis que mandarme.

LUCAS. Estimo  
la buena memoria.

ANTONIO. Es tanto  
lo que os debo, que jamás  
ni de vos ni de este encanto  
de hermosura he de olvidarme.  
(*Besa la mano a Isabel.*)



- LUCAS. Pero mire usted... (*Aparte.*) ¡Yo rabio!
- SARGENTO. Compadre; si esa es la moda...
- LUCAS. Es una moda del diablo.
- ANTONIO. Permitid, señora... (*La abraza.*)
- ISABEL. Yo  
con toda el alma os abrazo.
- LUCAS. ¿Y esto es moda?
- SARGENTO. Mucho; ahora  
me toca hacer otro tanto.  
Adiós, Lucas... (*Abrázale.*)
- LUCAS. ¡Arre allá!
- ISABEL. Adiós, mi dueño adorado.
- SARGENTO. Compadre, adiós. (*Abrázale.*)
- LUCAS. Basta, basta.
- ANTONIO. Adiós, mi bien.
- SARGENTO. Otro abrazo. (*Se lo da.*)
- LUCAS. Pasa fuera.
- LOS TRES. Adiós, adiós;  
hasta que a vernos volvamos.  
(*Vanse los dos.*)
- LUCAS. En fin, niña; ya se fueron.
- ISABEL. Gracias a Dios.
- LUCAS. Habla claro.  
¿Para qué es fingir, si es fuerza  
que estés por dentro rabiando?
- ISABEL. ¿Yo rabiar? ¿Yo? Vaya, vaya;  
¡qué simple, qué mentecato  
será quien piense tal cosa!
- LUCAS. Está bien; mas, sin embargo,  
tú andabas siempre tras él.
- ISABEL. ¡Válgame Dios y qué engaño!
- LUCAS. ¿Has de ser mía?

- ISABEL. Yo quiero obedecer el mandato de mi padrino, que Dios tenga en su eterno descanso.
- LUCAS. Haces bien; mas sea pronto, que el pobre estará penando hasta el día de la boda.
- ISABEL. Yo estoy pronta a ejecutarlo.  
*(Salen el Cabo y el Tambor, que tocará llamada alrededor de Lucas; y éste se aturde.)*
- CABO. Quítese usted ese sombrero.
- LUCAS. ¿Qué hay de nuevo, señor Cabo?
- CABO. Escuche. *(Lee.)* «En nombre del Rey, el recluta Lucas Caro acudirá a la Bandera para partir a las cuatro de la mañana; y de no, será al punto condenado, por desertor, a la pena que previene en tales casos la Ordenanza.»
- LUCAS. ¿Cómo es eso?  
¿Qué lenguaje de los diablos es éste?
- CABO. ¿No lo ha entendido?
- LUCAS. A mí nadie me ha enganchado. Esta es burla muy pesada.
- CABO. Advierta usted que está hablando con el cabo Martín Porras, que jamás en picos pardos gasta el tiempo. Mi Teniente

ahora mismo me ha enseñado  
su firma. Chitón, y tome  
el hábito de soldado. (*Le tira la casaca.*)

ISABEL. Pero, señor, ¿quién ha visto  
reclutar a un hombre honrado  
con semejante violencia?

CABO. No me quiebre usted los cascos  
con esas alicantinas.  
Cuenta que, si le echo el gancho,  
irá también con la gorra  
hacia el batallón marchando.

LUCAS. Ya no puedo sufrir más.  
Es un pícaro, un malvado  
vuestro Teniente.

CABO. Chitito;  
porque si le tiendo el palo... (*Va a darle.*)

ISABEL. ¡Ay Dios! Deténgase usted.

LUCAS. Tú me has jugado este chasco,  
bribona, por más que finjas.

ISABEL. ¿Yo ser infiel a quien amo?  
¿Yo infiel, y estoy que no puedo  
respirar? ¿Ese es el pago  
que merece mi cariño?  
¡Soy desgraciada! ¿En qué astro  
nací yo? Voy a llorar,  
en un rincón, este agravio. (*Vase.*)

CABO. Tengamos la fiesta en paz.  
Mire usted que si me enfado  
no le arriendo la ganancia.

LUCAS. Pero yo, ¿cuándo he sentado  
plaza?

CABO. (*Con cachaza.*) Ved el uniforme.

LUCAS. Yo no me pongo esos trapos,  
aunque me maten.

CABO. Mirad  
la gorra.

LUCAS. Me harán pedazos  
primero que me la ponga.  
Esto es violencia. ¡Yo rabio!

CABO. Aquí está el sable. A más ver.

LUCAS. Pero escuchad, señor Cabo,  
lo que dije.

CABO. A la Bandera,  
o morir a fusilazos.  
Adiós, camarada. Toca  
a ese recluta el fandango.  
(*Vanse tocando marcha.*)

LUCAS. ¡Qué infamia; jugar conmigo  
de esta suerte! Mas no acabo  
de comprender este enredo.  
¿Si vendré yo a ser soldado?  
Pero aquí viene el Sargento;  
veré si descubro algo.  
(*Sale el Sargento.*)  
¡Amigo!

SARGENTO. Déjeme usted;  
que vengo arrojando rayos  
por los ojos.

LUCAS. ¿Por qué causa?

SARGENTO. Pues qué, ¿ignora usted la mano  
que le han jugado? Mas, ¡hola!,  
¿ya está aquí el bendito sayo?  
¡Voto al sol!

LUCAS. ¿Y esto es de veras?

SARGENTO. ¡Ojalá que fuera engaño!  
La carta que yo llevaba...  
¡Vaya; si echo espumarajos...  
de Manzanilla! (*Aparte.*)

LUCAS. ¿Qué es de ella?

SARGENTO. La di a la niña en sus manos;  
la abrió, la leyó, y me dijo:  
«Yo juzgaba que era un asno  
Lucas; pero ya conozco  
que no es ningún mentecato.»  
Estando en esto llegó  
mi Teniente; quiso, ufano,  
decirla cuatro requiebros,  
como siempre; llevó, en cambio,  
un torcimiento de hocico;  
mi pobre Oficial, rabiando,  
tocó un redoble de votos;  
dió hacia el frente cuatro pasos;  
desenvainó las diez uñas;  
y, calando todo el brazo,  
en menos que yo me tiro  
al colete un champurrado,  
quedó el pobre papelón  
prisionero entre sus manos.

LUCAS. ¿Mi carta? ¿Y después qué hizo?

SARGENTO. Leyóla el pobrete a tragos.  
Después, jurando vengarse,  
se fué de allí como un rayo.  
Yo, por saber sus intentos,  
a la retaguardia marchó;  
llego a su casa; y entonces  
vi...

LUCAS. ¿Qué vió usted, sin marcarlo?

SARGENTO. Vi que, cortando lo escrito,  
en el poquitico blanco  
que quedaba entre la firma,  
escribió con cuatro rasgos  
su enganchamiento de usted.

LUCAS. ¿Y eso es suficiente?

SARGENTO. Y hartó.

Pero si yo fuera usted,  
sólo por aguarle el chasco,  
compraría mi licencia.

LUCAS. Dice usted bien; ¿pero cuánto  
querrá por ella?

SARGENTO. De diez  
hasta doce mil ducados.

LUCAS. ¿Diez mil ducados? ¡Zarazas!  
¿Y sabe usted si los valgo?

SARGENTO. Ya se ve que no; mas suelen  
los hombres en ciertos casos...

LUCAS. No hay casos que valgan. Antes  
serviré al Rey cuatro años.

SARGENTO. ¡Viva el valor! Camarada;  
encapíllese usté el sayo  
de dos colores.

LUCAS. (*Se lo pone.*) A bien  
que usted es mi amigo.

SARGENTO. Es claro.

Yo mismo le enseñaré  
el ejercicio. ¡Qué guapo  
va usted quedando! La gorra  
se pone de medio lado.

LUCAS. ¿De este modo?

SARGENTO. Grandemente.  
Está usted como un Bernardo.

Salen el CABO y el TAMBOR.

CABO. Señor Sargento; el Teniente,  
que haga el ejercicio un rato  
la tropa.

SARGENTO. Toca a llamada.  
(*Toca el Tambor llamada, y van saliendo  
los soldados de la Bandera con fusiles; y  
uno que traen para Lucas.*)

LUCAS. Yo estoy como atolondrado.

SARGENTO. Alón; tome usted el fusil.

LUCAS. ¿Me dirá usted todo cuanto  
debo hacer?

SARGENTO. Sí; mas, con todo,  
es fuerza tener cuidado,  
porque yo no tengo amigos  
cuando desempeño el cargo.

LUCAS. A usted me encomiendo.

SARGENTO. Sí;  
no tema usted. ¿Ese palo? (*Al Cabo.*)  
Señores; fórmense ustedes.  
Atención; señor soldado,  
esa cabeza derecha.  
(*A Lucas con la vara le levanta la cara.*)

LUCAS. Señor Tizón; por San Pablo...

SARGENTO. Usted no tenga recelo.  
Armas al hombro. Ese brazo  
en su lugar. (*Le da un palo.*)

LUCAS. ¡Ay Dios mío!,

que me ha deshecho el costado.

SARGENTO. Silencio. Marchen... Más corto el paso, señor soldado. (*Le da.*)

LUCAS. ¡Ay, ay, ay!

SARGENTO. Fué sin querer.

Ya veo que sois un asno.

(*A la tropa, que se aparta.*)

Descansen ustedes mientras.

Ea pues; señor soldado,  
usted solo: el cuerpo recto;  
marche con desembarazo.

Uno, dos, tres... Deteneos.

Así no va bien. ¡Canariol!

Haga el paso como debe.

Marche.

(*Se pone Lucas solo a marchar, y da los primeros pasos mal; y, a los tres, le da de palos el Sargento.*)

LUCAS. Uno, dos, tres, y cuatro,  
cinco, diez, veinte, y cuarenta;  
y no más, por San Hilario.

SARGENTO. Hombre, ¡qué blando es usted de costillas! No; no trato de dar disgusto a un amigo; y si está usted incomodado, dejaré para otro día el ejercicio.

LUCAS. ¿Qué diablos de oficio es éste? Oiga usted dos palabras a este lado.

SARGENTO. ¿Qué se ofrece?

LUCAS. Yo me atrevo



a dar cinco mil ducados  
por mi licencia.

SARGENTO. Es muy poco.

Si usted rebaja un ochavo  
de los diez mil, marcharemos.

LUCAS. Eso ya es demasiado.

Adiós, adiós. Serviré.

*(Se va, y lo detiene el Sargento.)*

SARGENTO. Camarada; más despacio,  
que hay que hacer más todavía.  
*(Empieza a obscurecer.)*

LUCAS. ¿Aun no habremos despachado?

SARGENTO. Cabo escuadra; dé un fusil  
a este recluta, volando.

CABO. Éste es el suyo.

SARGENTO. Ponedlo  
de centinela.

LUCAS. ¿Y qué hago?

SARGENTO. Usted puede pasearse  
o permanecer plantado;  
y, supuesto que anochece,  
en viendo un bulto a lo largo  
debe usted gritar: ¿Quién vive?,  
tres veces. Si el bulto, acaso,  
no respondiese, apuntadle  
y disparadle un balazo.

LUCAS. Sí, señor.

SARGENTO. Hágalo al punto.

Pero, compadre, cuidado;  
que si usted deja su puesto,  
así que le eche la mano  
le levantarán la tapa

de los sesos.

LUCAS. ¡Guarda, Pablo!

SARGENTO. Adiós, amigo; hasta luego,  
que venga a mudarle el Cabo. (*Vanse.*)

LUCAS. Vaya; yo estoy aturdido.  
Aun me están hormigueando  
las espaldas. Uno, dos;  
uno, dos; maldito canto.  
¡Qué obscuridad! No veo gota;  
como la noche ha cerrado.  
Mas ¡hola! Un bulto... ¿Quién anda  
por detrás? ¡Jesús, qué alto!  
Ánimo, Lucas... ¿Quién vive,  
tres veces? Se va acercando...  
Yo le tiro... ¡Ay, que el fusil  
se me cayó de las manos!  
¿Si lo hallaren? San Cirilo  
de mi vida, dadme amparo.

Salen por el centro del teatro ISABEL y el SARGENTO, que  
finge ser Oficial.

SARGENTO. Allí ha de estar. Hablad recio  
para que pueda escucharlo...

ISABEL. No imaginéis, don Antonio,  
que ceda a vuestros villanos  
intentos. Yo tengo honor,  
y he prometido mi mano  
a un hombre de bien, a un hombre  
que con el alma idolatro.

LUCAS. Esa es la voz de Isabel,  
que al Teniente le está hablando.

¡Rabio de celos!

ISABEL.

Y, ahora,

pretendo desengañaros  
de que nunca os he querido,  
y que el haberos hablado  
fué sólo por pasatiempo;  
y, así, dejad de quejaros,  
pues a todos vuestros ayes  
me hallaréis siempre de mármol.

SARGENTO. Pues te he de llevar robada,  
por que no logre tus brazos  
Lucas, jamás.

ISABEL.

¡Santos cielos;

que me roban! ¿Quién da amparo  
a una triste doncellita?

*(Llévala el Sargento.)*

LUCAS.

Él se la lleva. Yo parto  
a socorrerla.

ISABEL.

¡Favor!

LUCAS.

Grita, mientras que te alcanzo.

*(Vase corriendo, y salen el Sargento y soldados con sables; y aclara.)*

SARGENTO. Ya este pájaro cayó.

Muchachos; pronto, a pillarlo.

*(Vanse los soldados.)*

El pobre tendrá que dar,  
no digo diez mil ducados,  
pero todo su caudal,  
si se le pide... ¡Qué tragos  
me he de echar a su salud!  
Sobre que dos o tres cuartos  
se ha de encarecer por mí

la Manzanilla.

*(Salen Lucas y soldados.)*

¡Menguado!

¿Qué has hecho?

LUCAS. A bien que tan sólo  
habrá un minuto que falto.

SARGENTO. ¿Y qué, te parece poco?  
¿No te dije, desgraciado,  
lo que manda la Ordenanza?

LUCAS. ¿Qué es lo que me está pasando?  
Señor Sargento Tizón...

SARGENTO. ¡Ay amigo! Nada valgo  
para librarle. Lo más  
que puedo hacer en tal caso  
es pedir que apunten bien,  
para que no pene tanto.

LUCAS. ¿Pero qué, no bastarán  
por esta vez unos palos?

SARGENTO. Que se le venden los ojos.

LUCAS. Esperad un breve rato.  
¿No hay quien me ampare?

ANTONIO. ¿Qué es esto?

LUCAS. Señor Teniente...

ANTONIO. Templaos,  
y sabed, amigo Lucas,  
que todo esto ha sido un chasco  
que os ha jugado el Sargento,  
de acuerdo con los soldados.  
Sabed también que Isabel  
me ha dado palabra y mano  
de esposa, y ha de ser mía  
aunque no queráis, avaro,

el entregarle su dote.

LUCAS. ¿Conque todo ha sido chasco?  
¿Y qué dices tú, Isabel?

ISABEL. Que no tenéis que cansaros;  
que don Antonio es mi esposo.  
(*Le da la mano.*)

LUCAS. ¿No hay remedio?

ISABEL. No lo hallo.

LUCAS. Pues ya que salí del susto,  
en hora buena casaos.  
Mañana os entregaré  
la dote; y escarmentado  
quedo, en no querer por fuerza  
violencias.

ANTONIO. Dadme los brazos.

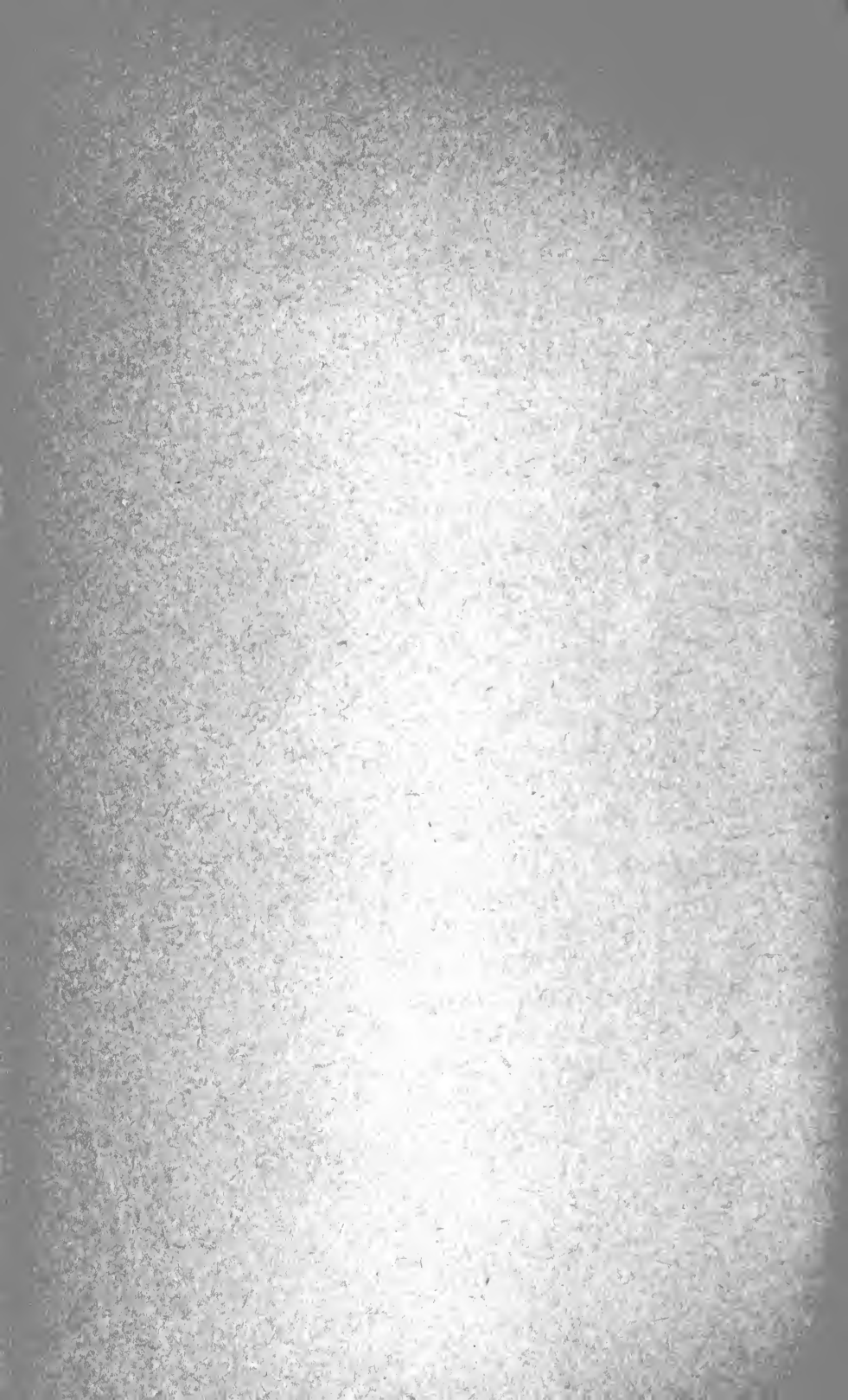
SARGENTO. ¡Vivan los novios! Compadre;  
¡qué tremendos latigazos,  
a la salud de la boda,  
hemos de echar!

LUCAS. ¡Condenado!  
¿Y los palos que me diste?

SARGENTO. Camaráa; con cuatro tragos  
se pasará la tormenta.  
Todo fué chanza; y, postrado,  
os pido me perdonéis.

LUCAS. Ya estáis todos perdonados.

TODOS. Pidiendo todos, rendidos,  
perdón de defectos tantos.



EL ROBO DE LA PUPILA

EN LA FERIA DEL PUERTO

SAINETE

## PERSONAS

DON TERENCIO, tutor de  
CLARITA.

DON NARCISO, amante de Clarita.

DON ANTONIO.

DON LÍQUIDO, petimetre.

DON ESTIRADO, abate.

DOÑA MELISENDRA.

BENITO, payo.

BLASA, paya.

MÉDICO.

BUÑOLERAS.

MIXTELEROS.

ROSQUETEROS.

ALCALDE.

MINISTROS.



# EL ROBO DE LA PUPILA

## EN LA FERIA DEL PUERTO

---

Mutación de feria. Pasa una cuadrilla con guitarra, cantando las siguientes boleras, y después salen DON NARCISO por un lado y DON ANTONIO por otro.

(*Boleras.*)            Vivan las gaditanas,  
que en cualquier parte  
se llevan los aplausos  
por su donaire.

Pues ellas solas  
tienen en sí reunidas  
las gracias todas.

ANTONIO.    ¡Narciso!

NARCISO.                ¡Antonio!

ANTONIO.                        ¿Qué es esto?

¿Tienes alguna entruchada  
en la feria, o vienes sólo  
a divertirte?

NARCISO.                A mí nada  
me divierte, porque tengo

objeto que me arrebató  
la atención.

ANTONIO. Ya lo sabemos;  
y por cierto que es muchacha  
de mérito.

NARCISO. ¿La conoces?

ANTONIO. ¿No he de conocer a Clara,  
si en Cádiz tan sólo yo  
pone los pies en su casa?

NARCISO. ¿Pues cómo?

ANTONIO. No te alborotes,  
que no quiero la medalla.  
Su tutor es un avaro  
que, si a tragar le dan plata  
aunque sea derretida,  
abrirá tanta garganta.  
Él, codicioso del dote  
de Clarita, hacerla trata  
su mujer; y conociendo  
que su ridícula estampa  
en cualquier lid amorosa  
ha de llevar calabazas,  
tiene a la pobre pupila  
tan sujeta y recatada,  
que parece un monasterio  
eternamente su casa.  
Sólo yo soy la excepción  
de sus celos. Tengo entrada  
a todas horas; y, en fin,  
ha hecho ya tal confianza,  
que en mi amistad deposita  
todas sus extravagancias.

- NARCISO. ¡Ay Antonio de mi vida!  
Tú puedes ser de mis ansias  
el iris; ten compasión  
de esa mísera muchacha  
y de un infeliz amigo.
- ANTONIO. Sepamos las circunstancias  
de tu amor. ¿Tú la has hablado?
- NARCISO. No he logrado dicha tanta;  
pero las más de las siestas,  
asomada a una ventana,  
con sus gestos y ademanes  
su fino amor me declara.
- ANTONIO. Ella es una inocentona;  
pero la mujer más pava,  
en tocando a su negocio  
desenvuelve tantas mañas  
que, la que antes fué cordera,  
se nos convierte en lagarta.
- NARCISO. ¿Conque qué dices, Antonio?  
¿Podré tener esperanza  
de que estrechen tus oficios  
este lazo?
- ANTONIO. Tú me apiadas  
de tal manera, que soy  
capaz de poner a Clara  
en el día en tu poder.
- NARCISO. ¿Cómo, si la desdichada  
está en Cádiz entre cuatro  
paredes aprisionada?
- ANTONIO. No es así, porque el tutor,  
vencido de mis instancias,  
la ha traído a ver la feria.

- NARCISO.    ¡Ay Antonio de mi alma!  
                  ¿Con qué podré yo pagarte  
                  tanto favor? Pero, vaya,  
                  ¿qué arbitrio habrá para que  
                  logre yo, en amor, hablarla?
- ANTONIO.    Muchos hay; pero el mejor  
                  de todos...
- NARCISO.                    Antonio, aguarda;  
                  porque doña Melisendra  
                  viene hacia aquí, y la acompaña  
                  don Estirado, el Abate.
- ANTONIO.    Ese demonio me enfada.  
                  Vámonos de aquí a tratar  
                  nuestros asuntos.
- NARCISO.                    Pues anda... (*Vanse.*)

Salen DOÑA MELISENDRA y el ABATE.

- ABATE.        ¡Oh, qué brava está la ferial!
- MELIS.        ¡Ah, si tan desazonada  
                  no me sintiera! ¡Ay de mí!
- ABATE.        Pues ¿qué siente usted, madama?
- MELIS.        El histérico.
- ABATE.                    Ese mal  
                  es el duende de las damas.
- MELIS.        Calle usted, don Estirado;  
                  que hay veces que en la garganta  
                  parece que tengo un lazo;  
                  y luego, con mil pulsadas,  
                  por la cavidad vital  
                  la bilis se me derrama.
- ABATE.        ¡De oirlo sólo me estremezco!

Mas, si acaso no me engañan  
mis talentos, no me fuera  
muy difícil el curarla.

MELIS. ¿Sanar mi mal? ¡Y qué poco!

ABATE. Si don Narciso llegara,  
consultáramos el caso.

MELIS. Calle usted. No sé qué rara  
antipatía ese hombre  
tiene en sí, que se me arranca  
el tímpano del oído  
al escucharlo. ¡Ay Dios! Basta.

ABATE. ¿Conque no lo estima usted?

MELIS. Sólo su nombre me alarma.

ABATE. Pues bien, doña Melisendra;  
con don Estirado Gavia  
son vanos los disimulos.  
Siempre he vivido entre damas.  
Tocadores, gabinetes  
y estrados fueron mis aulas;  
he tenido conclusiones  
amorosas, veces varias;  
y a fuerza de mis vigiliass  
y observativa constancia  
en bailes, fiestas, teatros  
y demás, tengo acabada  
una obra de veinte tomos,  
donde con razones claras,  
y aun matemáticamente,  
demuestro que las punzadas,  
la jaqueca y otros males  
y accidentes de las damas,  
son efectos muchas veces

- de alguna amorosa causa.
- MELIS. Vaya, mi don Estirado;  
tan solamente sus gracias  
me hicieran reir. En fin;  
si don Narciso llegara...
- ABATE. Eso sí; confiese usted.  
Ya sabe usted que a mí nada  
me altera; mi profesión  
es visitar dos mil casas;  
ser en ellas confidente  
general; andar en danza  
sin pareja y, al instante  
que el diablo tira la capa,  
soy el primero que muda  
temperamento.

Sale DON LÍQUIDO, petimetre, andando a brinquitos.

- LÍQUIDO. Madama,  
¡qué felicidad! Abate,  
dame dos besos (1).
- ABATE. ¡Hola, amigo de mi alma!
- LÍQUIDO. ¡Hombre, hombre, que han chocado  
los dos bucles!  
(*Saca el espejo y se los compone.*)  
¡Qué bestiaza!  
¡Si no miras lo que haces!
- ABATE. No te asustes, que no es nada.  
Perfectamente han quedado.

---

(1) Este verso está incompleto y falta el siguiente en los ejemplares que hemos examinado.

- LÍQUIDO. *Sanfasón. Adieu, Madama.*  
*Abatito; servitor.*  
*(Vase dando saltos hacia la feria.)*
- MELIS. Yo me he quedado admirada.  
¡Qué exótico es este hombre!
- ABATE. Es calaverón de marca.
- MELIS. Sentémonos un momento.
- ABATE. Vaya un ratito de parla. *(Se sientan.)*

Salen DON TERCENCIO y CLARITA.

- TERENCIO. ¿Oyes, niña? A ningún hombre  
debes mirar a la cara,  
porque es pecado venial  
y mete el diablo la pata.
- CLARITA. Está bien. Ni a usted tampoco  
miraré.
- TERENCIO. Simplona, calla.  
Yo soy tu esposo futuro,  
y en verme no arriesgas nada;  
antes puede ser que ganes  
una indulgencia plenaria.
- CLARITA. Yo quisiera llevar algo  
de la feria.
- TERENCIO. ¡Jesús, Clara!  
¿Llevar? ¡Qué rara manía!  
¿Qué quieres llevar a casa?  
¿Un trozo del canapé,  
un árbol o una pilastra  
de la Victoria?
- CLARITA. ¡Por cierto  
que son preciosas alhajas!

¡Qué chinchoso que es usted!  
Vaya, deje usted las chanzas  
para los mocitos.

TERENCIO. Dime:

¿acaso mi edad es tanta?  
¿Yo soy algún vejancón  
inservible?

CLARITA. ¿Y esas canas?

TERENCIO. Éstas no salen por años.

CLARITA. ¿Qué dirá usted de la calva?

TERENCIO. Es efecto del manejo  
del libro verde.

CLARITA. ¡Canastas;  
qué bueno es usted!

TERENCIO. Oye, niña,  
¿quién te enseñó esa palabra?

CLARITA. Pues ¿acaso es algo malo?

TERENCIO. Sí, señora, que es muy mala.

CLARITA. Si fuera lo que usted dice,  
por cierto que no pasara  
por casa todos los días  
diciendo un hombre: ¡Canastas  
de colar!

TERENCIO. ¡Qué inocentona!  
Es un dije la muchacha.

CLARITA. Cómpreme usted un abanico.

TERENCIO. ¡Qué tentación tan malvada!  
¡Un abanico, que cuesta,  
aunque sea de calañas,  
un real? No, hija; pero  
quiero echar el pecho al agua.  
Toma un buñuelo de a ochavo.



CLARITA. ¿Buñuelos?

TERENCIO. No es eso, Clara;  
porque no he dicho buñuelos,  
sino buñuelo. ¿Te agrada?

CLARITA. Yo no quiero poquedades.

TERENCIO. Has dicho como una santa.

ABATE. Señora; con su licencia  
voy a dar una ojeada  
a esos dos bultos.

MELIS. Abate;  
regrese usted sin tardanza.

ABATE. Nada más que en cuanto aplique  
el antejo.

*(Pasa el Abate por delante de Clarita, aplicándose el antejo.)*

¡Caramba,  
qué fachada tan bonita!  
Y el sayón que la acompaña  
¡qué pendón!

TERENCIO. Ven a sentarte.

CLARITA. Ya voy.

*(El Abate se arrima con el antejo, y don Terencio lo aparta.)*

ABATE. Le veré la cara.

TERENCIO. ¿Qué busca usted, caballero?  
¿Pretende usted retratarla?

ABATE. ¿Ha visto usted a don Pedro?

TERENCIO. No se venga con chuladas,  
sino diga lo que quiere.

ABATE. ¿Qué quiero? ¡Pregunta rara!  
Bien pudiera conocer,  
por el peinado y la capa,

que soy un observador  
de Naturaleza.

TERENCIO.

Vaya;

¿y tiene usted alguna cosa  
que observar en la muchacha?

ABATE.

Y mucho. Pues ¿le parece  
que cualquier mujer no basta  
a volver locos a cuantos  
físicos hay en España?

CLARITA.

Explique usted cómo es eso.

ABATE.

Con mucho gusto, madama.  
Es la mujer la criatura  
de partes más complicadas;  
sus ojos nos envenenan;  
sus palabras nos encantan;  
y el hombre más valeroso,  
al conjuro de su magia,  
suele quedar transformado  
en una bestia muy mansa.

CLARITA.

Yo quisiera aprender eso.

ABATE.

Explicaré la substancia.

TERENCIO.

Vaya con su explicación  
al infierno.

ABATE.

¡So tarasca!,  
ya me voy. Señora, siento  
verla tan mal empleada.  
(*Vase adonde está Melisendra.*)

TERENCIO.

¡Rabiando estoy de coraje!  
¿Ves lo que por ti me pasa?

CLARITA.

¿Tengo culpa de que usted  
a un hombre de circunstancias  
haya tratado con modos

tan groseros?

TERENCIO. Mira, Clara,  
que me quemas.

CLARITA. Pues aquí  
dicen que se compra el agua.  
*(Baja del centro de la feria don Líquido  
con un abanico de caña.)*

LÍQUIDO. ¡Bravo, bravo; buena chica!  
Excelentes son las trazas;  
mediano cuerpo, caderas  
redonditas y abultadas,  
mano pequeña, pie chico,  
y, sobre todo, plantada  
en primera posición.  
Ahora nos falta la cara;  
echemos la red. Señor;  
concédame usted la gracia  
de que ofrezca a esta señora  
este abanico de caña,  
obsequio propio del sitio.

TERENCIO. Yo estimo a usted su bizarra  
atención. Vaya, Clarita,  
tómalo sin repugnancia.

CLARITA. Yo no lo tomo. Si fuera  
el que me lo regalara  
otro señor que yo sé,  
lo admitiera con el alma.

TERENCIO. ¡Hola! ¿Quién es?

CLARITA. Don Antonio.

LÍQUIDO. En este instante deseara  
transformarme en ese quídam  
para lograr dicha tanta.

TERENCIO. No, señor; lo tomará.

Vaya, muchacha, despacha.

CLARITA. Por obedecer lo hago. (*Tómalo.*)

TERENCIO. Es muy corta; está turbada.

LÍQUIDO. ¡Oh!, pues verá usted al instante  
cómo deja el rubor. Clara,  
con licencia de su padre,  
deme usted el brazo.

TERENCIO. Don Jauja;  
sepa que no soy su padre  
y que es mucha confianza,  
 viniendo con todo un hombre,  
pelar con ella la pava.

LÍQUIDO. Eso fuera, siendo cierto  
que un hombre la acompañaba;  
pero usted, que ya está a pique  
de caer entre las garras  
de practicantes, o rece  
o dé cuatro cabezadas  
mientras nosotros gozamos  
de la edad.

TERENCIO. ¡Si no mirara  
la publicidad, le diera  
la respuesta con la espada!

LÍQUIDO. ¿Ha visto usted a don Pedro?

TERENCIO. Váyase muy noramala.

LÍQUIDO. ¡Qué vejete tan gracioso!  
Servidor de usted, madama;  
y no se arrime a ese anciano,  
que le ha de pegar el asma.  
Abate, agur. (*Se va hacia la feria.*)

ABATE. *Servo sío.*

TERENCIO. ¿Ves, por ti, cómo me tratan?

CLARITA. ¿Para qué usted me obligó  
que el abanico tomara?

TERENCIO. Como tú me lo pedías...

CLARITA. Por ahorrarse un real de plata  
se ha puesto usted a que le digan  
cuatro verdades bien claras.

TERENCIO. ¿Verdades? Dime...

CLARITA. Insolencias,  
iba a decir.

TERENCIO. Vamos, Clara;  
sentémonos un ratito.

CLARITA. Si el demonio te llevara... (*Siéntanse.*)

Salen BENITO y BLASA, de payos.

BENITO. ¡Mujer, qué güeno está esto!  
¡Cuánto altarito! ¡Canastas;  
qué devota es esta gente!

BLASA. Hombre, mira lo que hablas.  
Si fueran, éstos, altares,  
no hubiera tanta algazara  
ni llevaran los sombreros  
en la cabeza.

BENITO. ¡Tontaza!  
Será aquí moda rezar  
con las cabezas tapadas.  
No; pues lo he de preguntar  
a ésta que fríe aquí masa.  
(*A una buñolera.*)  
Tía, ¿me quíee usted decir  
cuál es la significanza

- de estos nichos de madera?
- BUÑOL. Estos son puestos.
- BENITO. ¡Zarazas,  
y qué bonitos! Y diga:  
¿qué es lo que venden?
- BUÑOL. Sonajas,  
figuritas y otras cosas.
- BENITO. No gastara yo mi plata  
en friolerillas. Si fuesen  
para llenar bien la panza,  
tal cual.
- BUÑOL. ¿Quiere usted buñuelos?
- BENITO. ¿Si quiero buñuelos? Vaya;  
pues usted se empeña en ello.
- BUÑOL. ¿Quieren miel o azúcar blanca?
- BENITO. De cualquier móo. Al caballo  
regalao... ¿No es verdad, Blasa?
- BLASA. Ansina es.
- BENITO. Siéntate  
en la tierra, que está blanda.
- BUÑOL. Comedlos; que van calientes.
- BENITO. ¡Y cómo nos agasajan!  
Vaya; que es buena mujer.
- MIXTEL. ¿Quieren aguardiente?
- BENITO. Vaya;  
yo no he esairar a nadie.
- MIXTEL. Tomen; que es muy bueno.
- BENITO. Blasa,  
¿a qué tierra hemos venío?  
Yo no me voy ni a patáas.  
(*Llega un rosquetero.*)
- ROSQ. Vayan, sobre los buñuelos,

unos rosquetitos.

BENITO. Vaya;  
de esta jecha he de quear  
jarto paa una semana.

CLARITA. ¡Señor tutor!

TERENCIO. Ya te he dicho  
lo que ese nombre me cansa.

CLARITA. ¿Pues cómo le he de llamar?

TERENCIO. Terencito; hijito; mi alma;  
y otras cosas halagüeñas.

CLARITA. Si tiene usted unas barbazas  
que meten miedo.

TERENCIO. También  
tengo agraciada la cara.

CLARITA. ¿Agraciada? ¡Ah, ah, ah, ah!...

TERENCIO. ¿De qué te ríes, muchacha?

CLARITA. De acordarme de una cosa  
que es a usted pintiparada.

TERENCIO. ¿Qué es, en fin?

CLARITA. De una figura  
que, con bata colorada  
y un turbante, como moro  
que sale en Semana Santa  
de las Recogidas...

TERENCIO. ¡Hola!  
¿Conque tú, di, me comparas  
a Pilatos?

CLARITA. No; mas creo  
que le da usted aire en la facha.

Sale DON ANTONIO trayendo del brazo a DON NARCISO,  
vestido de mujer.

NARCISO. No puedo tener la risa.

ANTONIO. Hombre, disimula y calla,  
pues ve que te tiene cuenta  
salir bien de esta maraña.

NARCISO. ¿Descubres a mi Clarita?

ANTONIO. Allí la miro, sentada  
con don Terencio.

NARCISO. ¡Jesús;  
qué malditísima cara  
tiene el viejo! Me parece  
mastín que, cortijo, guarda.

MELIS. No percibo a don Narciso  
en la remota distancia  
que alcanzan a ver mis ojos.  
¡Ah, falso traidor!

ABATE. No tarda.

LÍQUIDO. *(Saliendo.)* Adiós, Antoñito. Hombre,  
tú te diviertes. Madama,  
estoy a los pies de usted.  
¡No es mala ropa, caramba!  
¿Es Antonia la pechona?  
Dime la verdad.

ANTONIO. Te engañas.

*(Llega el Abate aplicándose el antejo; y  
también ambos hacen ademanes de obser-  
varle la cara a don Narciso.)*

ABATE. ¡Bravo; me alegro, Antoñito!  
Parece que no te hallas



mal empleado. Señora,  
beso a usted los pies.

ANTONIO.                                Aparta,  
que hace calor.

ABATE. Me parece  
que te encelas.

ANTONIO. Pocas chanzas,  
en viniendo acompañado...

LÍQUIDO. ¡Ah, ah! ¡Qué risa me causa!

ABATE. Vaya, vaya; que estos hombres  
luego, al instante, se ensanchan.

LÍQUIDO. Y será una pelandusca  
que no valdrá ni una blanca.

LOS DOS. ¡Ah, ah, ah, ah!  
(*Vanse riendo: el Abate, donde está doña Melisendra; y el otro, a la feria.*)

NARCISO. ¡Qué pesados!

MELIS. ¿Sabéis quién es esa dama?

ABATE. ¿Qué dama? Si le vi el rostro,  
y es una de las que andan  
cazando mirlos.

MELIS. Ya entiendo;  
mujercillas que difaman  
el sexo, formando al hombre  
engañosas asechanzas.

ABATE. Tenéis peregrinas luces.

ANTONIO. Comencemos la maraña.  
¡Señor don Terencio!

TERENCIO. Amigo;  
por cierto que imaginaba  
no ver a usted en la feria.

ANTONIO. He venido a las instancias

de mi prima.

TERENCIO.                      Señorita,  
yo le beso a usted las plantas.  
(*Corresponde Narciso con una cortesía.*)

ANTONIO. Es cortísima de genio.  
Mi señora doña Clara,  
siempre suyo.

CLARITA.                      Viva usted  
más de mil años.

ANTONIO.                      Lisarda;  
dale la mano a esa niña.

CLARITA. Pues yo me adelanto a darla.

ANTONIO. Pronto admitirá el obsequio.  
(*Mientras hablan don Terencio y don Antonio, Benito y Blasa se levantan limpiándose la boca, el uno con la montera y la otra con las enaguas.*)

BENITO. Vaya; me he puesto la panza  
como un tinajón.

BLASA.                      Y yo  
reviento con tanta masa.

BENITO. Dios se lo pague a usted, tía;  
amigo, hasta otra Pascua;  
y muchos años de vida.  
A más ver.

BUÑOL.                      ¡Cómo! ¿No pagas?

MIXT. y }  
ROSQ.    } Dame el dinero, so payo.

BENITO. ¿Qué dinero ni qué haca?  
¿Pues ustés no me dijeron  
que si quería? ¡Canastas!  
¡Tras que les he hecho el favor

de tomarlos!...

BUÑOL. Si no pagas  
te he de dar un sartenazo  
que te caliente las barbas.

LOS OTROS. Páganos.

BLASA. Si no tenemos...

TODOS. Pues danos alguna alhaja.

BENITO. Con aquesta cachiporra  
les daré cosa que valga.

TODOS. Ahora lo verás, patán.

BLASA. ¡Justicia de Dios, que matan  
a mi marido!

*(Embisten a Benito; éste defiéndese con la  
cachiporra, y a los gritos de Blasa acu-  
de gente, y entre ella don Líquido.)*

LÍQUIDO. ¿Qué es esto?  
Que hay gente de circunstancias  
delante. Ténganse todos.  
Payita, ¿cuál es la causa  
de este alboroto?

BUÑOL. Señor;  
que me debe un real de plata.

ROSQ. A mí, una peseta.

MIXT. A mí,  
real y medio.

BLASA. ¡Si no hay blanca!

LÍQUIDO. Yo las tengo para ti. *(Les paga.)*

Ya está saldada la trampa.

Vayan con Dios.

BLASA. Dios le dé  
la gloria.

BENITO. Señor; mil gracias.

LÍQUIDO. Oyes: ¿ésta es tu mujer?

BENITO. Sí, señor.

LÍQUIDO. Es real muchacha.

Sobre que he de protegeros.

Mira; pasado mañana

quiero plantarte en la feria

muy prendida y empolvada.

Dame esa mano preciosa;

y vamos a mi posada.

BENITO. Pasa fuera.

*(Deja caer la porra entre los dos.)*

Eso de mano,

tome usted la de una gata.

LÍQUIDO. Insolente; ¿así me pierdes  
el respeto?

BENITO. Vamos, Blasa,

antes que de este lugar

salgamos con una maza. *(Vanse.)*

LÍQUIDO. Gente rústica, por fin.

Abatito; una palabra.

ABATE. ¿Qué quieres?

LÍQUIDO. Di: ¿te parece

que les soplemos las damas

al vejete y a Antoñuelo?

ABATE. Infinito me alegrara.

LÍQUIDO. Pues ¡al arma!

ABATE. Déjame,

que yo dispondré la trama.

¡Antoñito!

ANTONIO. ¿Qué se ofrece?

ABATE. ¡Hombre! Mira que te llama  
doña Melisendra. Ve,

pues no es justo desairarla.

ANTONIO. Allá voy. Mi don Terencio;  
pronto vuelvo. Doña Clara,  
háblele usté a mi primita,  
que es vuestra amiga estimada.  
(*Vase adonde está Melisendra.*)

LÍQUIDO. Muy bien se va disponiendo.

ABATE. Hasta que Antonio se vaya  
con Melisendra, no es bien  
que lleguemos.

NARCISO. Bella Clara;  
no hagas movimiento, y mira.  
(*Descúbrese.*)

CLARITA. ¡Jesús!

TERENCIO. ¿Qué es esto, muchacha?  
¿Qué tienes?

CLARITA. Respiraré;  
no se asuste usté; no es nada.

TERENCIO. ¿Qué fué?

CLARITA. Me picó una pulga.

TERENCIO. ¿Para eso tanta algazara?

CLARITA. Como tengo el cutis fino,  
y sería pulga macha,  
me ha hecho dar este repullo.

NARCISO. Disimula, prenda amada.

CLARITA. ¿Por qué está usted disfrazado?

NARCISO. Para lograr nuestras ansias;  
pues hoy mismo has de ser mía.

CLARITA. Pues al instante.

NARCISO. Ahora, aguarda;  
porque aun no es ocasión; mas  
¿es mucho lo que me amas?

- CLARITA. Yo no sé; mas, cada vez  
que veo a usted por la ventana,  
me suben unos vapores  
que, aunque me atraco de agua,  
más de dos horas después  
estoy como una borracha.  
¿Pero por qué no nos vamos?
- NARCISO. Pronto será, mi bien; calla.
- LÍQUIDO. Antoñuelo aun no se va,  
y yo no tengo cachaza;  
quiero llegar.  
(*A hurto, a Narciso.*)  
¡Señorita!
- NARCISO. Mirad, señor, que soy dama  
de honor; y, así que me habláis,  
peligra mucho mi fama.
- LÍQUIDO. Será porque don Antonio  
no lo sienta.
- NARCISO. Hay muchas causas  
que son para más despacio.
- LÍQUIDO. Si yo saberlas lograra...
- NARCISO. En Cádiz podréis.
- LÍQUIDO. ¿El sitio?
- NARCISO. En la calle de la Plata,  
número cuarenta y dos,  
cuerpo principal.
- LÍQUIDO. Madama;  
iré a ponerme a sus pies.  
(*Se retira.*)
- CLARITA. ¿Qué le ha dicho a usted ese maza?
- NARCISO. Pensó ser lo que parezco.
- CLARITA. No lo permita Santa Ana.

Hasta ver a usted en su traje,  
estoy desasosegada.

ABATE. ¿Cómo te fué?

LÍQUIDO. Bravamente.

Ya sé la calle y la casa.  
¡Pobre Antoñuelo; verás  
y qué lindas calabazas!

ABATE. ¿Le viste la cara?

LÍQUIDO. Sí;

tiene unos ojos que encantan;  
la nariz y la boquita  
son como una filigrana.

ABATE. Yo voy a hablar con la otra.

LÍQUIDO. Pues llégate por la espalda.

MELIS. ¡Ay don Antonio! Ese hombre  
es como una tigre hircana.

Bastara que una señora  
de mi altitud y prosapia,  
pues tiene catorce plumas  
el morrión de sus armas,  
le manifestase fina  
el incendio que la abrasa,  
para que tan alta dicha  
agradecido estimara.

ANTONIO. Ya se lo he dicho mil veces.

¿Queréis que á buscarlo vaya?

MELIS. Iremos juntos. Veré

si de esta suerte se aplacan  
las pulsaciones del flato.

¡Si estoy cada vez más mala!  
(*Vanse a la feria.*)

LÍQUIDO. Llegá, no temas.

- ABATE. Limpíemos  
el lente; toso, y al arma.
- CLARITA. ¿Conque será usted mi esposo?
- NARCISO. Yo seré tu esclavo, mi alma.
- CLARITA. ¿Mi esclavo? No puede ser,  
porque dos que había en casa  
eran negrotos y feos;  
y usted tiene tanta gracia,  
que más bien que ser pupila,  
tomara ser su criada.
- ABATE. (*Llega por detrás.*)  
¡Bella niña!
- CLARITA. ¿Quién me toca?  
¡Señor, señor; que se vaya  
este hombre!
- TERENCIO. ¿Qué osadía  
es ésta?
- ABATE. Pocas palabras.  
¿Ha visto usted a don Pedro?
- TERENCIO. ¡Vive Dios, que si me enfada!...
- ABATE. Hable mejor.
- TERENCIO. Si no fuese  
atrevido, no escuchara  
lo que no quisiera oír.
- ABATE. Si mi enojo no mirara  
que sois un pobre vejete,  
os rompería en la calva  
el bastón.
- TERENCIO. ¿A mí? ¡Por vida,  
que os daré seis estocadas!  
(*Don Terencio saca la espada y se pone en  
una punta del teatro; el Abate con el*



*bastón se retira a la otra; desde esta distancia se amagan y tiran golpes al aire; don Terencio, a cada cuchillada que tira, se extraña gritando: Justicia; don Líquido da brincos de contento y anima al Abate. Al ruido acude gente; sale la Justicia y, entre ella, don Antonio y doña Melisendra; a su tiempo, entre el tumulto, se escapan Clara y don Narciso.)*

- ABATE. ¡El alma te he de sacar!  
TERENCIO. ¡Ya lo verás; a la guardia!  
CLARITA. ¡Que matan a mi tutor!  
NARCISO. ¡Clara de mi vida, calla;  
que ahora es tiempo de escaparnos!  
TERENCIO. ¡Toma este tajo; a la guardia!  
LÍQUIDO. ¡A él, Abatillo, con brío!  
ABATE. Le he de señalar la cara.  
TERENCIO. ¡Allá va un revés; justicia!

Salen el ALCALDE y MINISTROS.

- ALCALDE. Aquí está; tengan las armas.  
NARCISO. Vamos.  
CLARITA. Verá usted si corro,  
en cogiéndome la saya.  
ALCALDE. ¿Qué ha sido esto?  
TERENCIO. Señor;  
este insolente, que trata  
de seducir a dos niñas  
de estimación.  
ABATE. Él se engaña.

TERENCIO. ¿Cómo engañarme? ¡Clarita!  
Ante el señor Juez declara...  
Mas ¿dónde está? No parece...  
¡Clara! ¡Clarita! ¡Mi Clara!  
Señor Juez; a mi pupila  
me la han robado. Aquí hay trampa.  
Don Antonio, o don demonio,  
decid : ¿quién es esa dama,  
o esa prima, que se lleva  
a Clarita?

ANTONIO. No sé nada.

ALCALDE. Esa no es respuesta.

TERENCIO. Usted  
ha de entregarme a mi Clara.

ANTONIO. Pues, señor Juez, esa niña...

TERENCIO. No masque usted las palabras.

ANTONIO. Ahora está con su marido,  
don Narciso de Peralta.

MELIS. ¡Qué escucho! ¡Crüel..., alevel...  
¡Ay triste!

*(Cae en los brazos del Abate y de don Lú-  
quido.)*

LÍQUIDO. ¡Que se desmaya!

ABATE. Aquí tengo yo el succino.

LÍQUIDO. Voy por un médico... *(Vase.)*

ABATE. Marcha,  
mientras la conforto.

TERENCIO. ¡Cielos!,  
¿cómo puede estar casada  
si soy su esposo futuro?

ANTONIO. Ella estaba violentada  
en vuestro poder; y, así,

da su mano al que idolatra.

TERENCIO. No puede ser. Señor Juez,  
hacedme justicia.

ALCALDE. Basta.

Esa señora ha elegido  
un hombre de circunstancias  
por esposo, y ya serán  
vuestras pretensiones vanas.

TERENCIO. ¡Esto escucho! ¡Ay mis talegas!  
¡Qué golpes para mis arcas!  
¡Yo me muero! El corazón  
parece que se me arranca.  
¡Confesión; que me han matado  
y doy ya las boqueadas! (*Cae.*)

ALCALDE. ¡Un médico!

Salen DON LÍQUIDO y el MÉDICO.

LÍQUIDO. Ya lo traigo.

MÉDICO. Acudamos a esta dama  
primeramente. Veamos  
el pulso.

ABATE. ¿Cómo se halla?

MÉDICO. ¡Lance gravel! El esternón  
se le ha oblicuado y le amagan  
unas pandiculaciones  
que las fiebres le desgarran.  
Veamos el otro enfermo (1).

ABATE. Conque dime : ¿aquella moza

---

(1) Falta un verso que no aparece en los ejemplares.

- te citó para su casa?
- LÍQUIDO. ¡Hombre! Déjame, que estoy  
hecho un veneno.
- ABATE. Y la cara,  
¿qué tal era?
- LÍQUIDO. No me pudras.
- ALCALDE. ¿Qué os parece?
- MÉDICO. Hay mucha causa.  
La bilis va relajando  
las linfas y las substancias  
excreticias. Al momento  
condúzcanle a su posada;  
que allí, con quince ventosas  
se socorrerá. Esta dama  
exige un pronto remedio :  
al momento, ochenta dracmas  
de jalapa.
- ABATE. Eso es purgante.
- MÉDICO. ¿Qué sabe usted? La jalapa...
- ABATE. Señora; vuelva usted pronto,  
porque si no aquí la matan.
- MELIS. ¡Ay de mí!
- LÍQUIDO. Ya ha vuelto en sí.
- ALCALDE. Pues condúzcanla a su casa.
- MELIS. ¿Adónde está ese traidor?  
Yo exhalo, sin duda, el alma.  
Abatito; el epitafio  
se lo encargo a usted.
- ABATE. Madama;  
ánimo, que aquí estoy yo.
- TERENCIO. Socorredme, Santa Paula.
- ALCALDE. Ya ha vuelto en sí.

Salen MINISTROS con DON NARCISO y DOÑA CLARA.

MINISTRO. Señor Juez;

aquí traigo estas dos damas  
que se escapaban, huyendo.

CLARITA. Pero si ya estoy casada...

TERENCIO. Mira, pícara...

ALCALDE. Teneos;

que una vez que doña Clara  
ha elegido estado, yo  
la pondré depositada  
hasta efectuar la boda.

NARCISO. Doy a usted rendidas gracias.

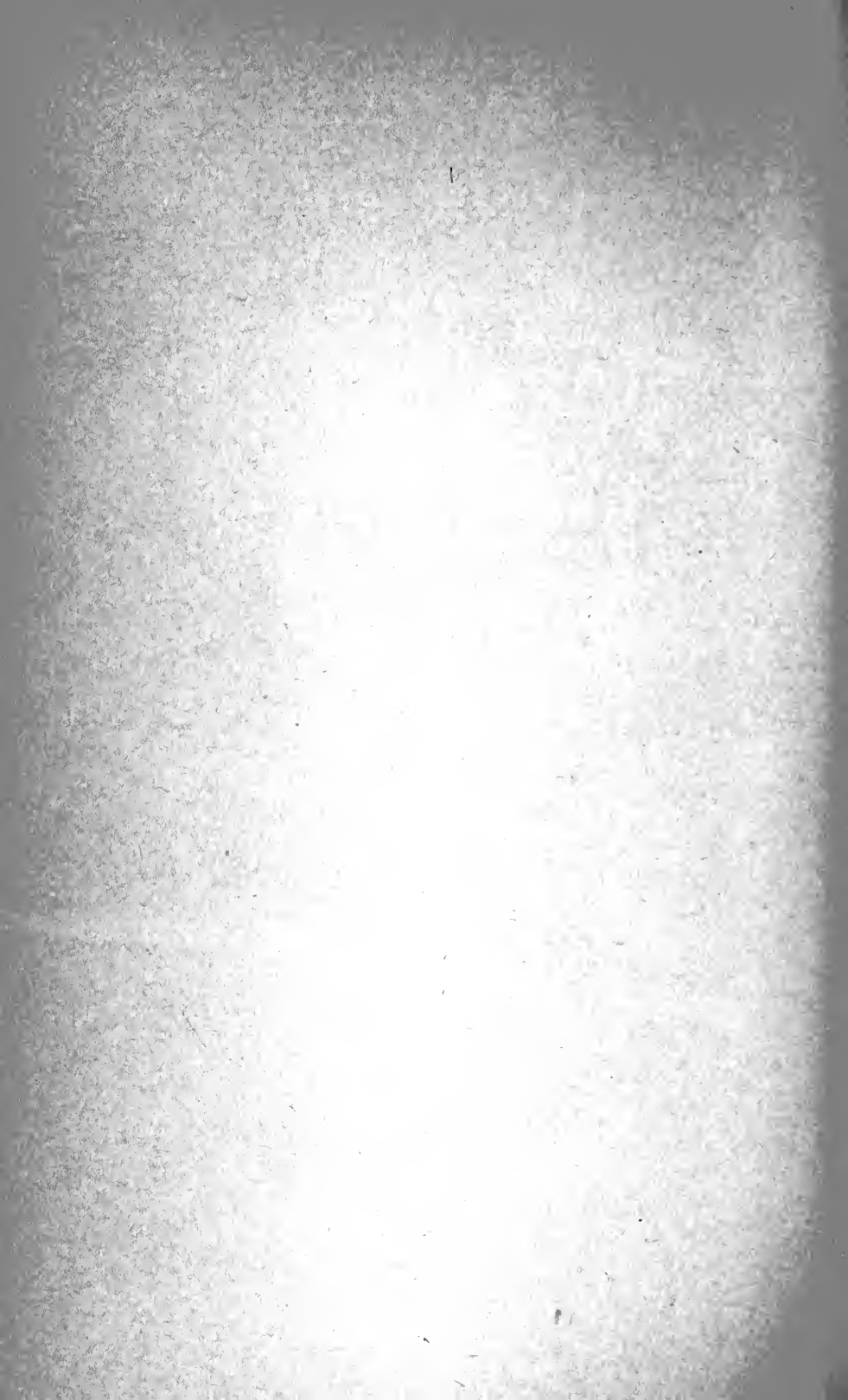
CLARITA. Pues, señor Juez, deposite  
también en la misma casa  
a don Narciso conmigo.

TERENCIO. ¡Ah, perra; si te agarrara!...  
Señor Alcalde; por Dios,  
que me la ahorquen.

ALCALDE. ¡Eh, basta  
de voces! A divertirse,  
y poniéndose a las plantas  
de este auditorio...

TODOS. Pidamos  
el perdón de nuestras faltas.

FIN



# EL SOLDADO TRAGABALAS

SAINETE

## PERSONAS

GRANADERO.  
JUAN PEREJIL.  
BASILIA.  
CONTRABANDISTA.  
BEATA.

FORASTERA.  
SACRISTÁN.  
MINISTRO.  
PAYO.  
TERESA.



## EL SOLDADO TRAGABALAS

---

Casa pobre, con sillas y un velador con un candil.

Sale TÍO JUAN PEREJIL, de payo, con capa y muy alegre.

JUAN. Bendito el que te inventó,  
lotería, de Dios sea.  
¿Quién me lo dijera a mí;  
quién, que por una friolera  
de ciento y setenta cuartos  
he de tomar, según cuenta,  
setenta y seis mil reales,  
que no hay en toda esta tierra  
hombre que los haya visto?  
¡Qué fortuna tan completa!  
Vamos, chica, ¿no te acabas  
de componer; di? ¡Teresa!

TERESA. (*Saliendo.*) ¿Qué manda usted?

JUAN. ¿Y la chica?

TERESA. ¿No dijo usted se pusiera  
todo lo del arca?

JUAN. Sí.

TERESA. Pues qué, ¿es tan poca faena?  
Vaya que usted...

- JUAN. Oyes, oyes;  
no me seas bachillera,  
que ya es otro tiempo. ¡Digo!  
Ea; cuenta con la cuenta.
- TERESA. Pues si usted.., yo...
- JUAN. ¡Noramala!  
Vaya a fregar la muy puerca,  
y no me sea respondona.
- TERESA. ¡Jesús!, ¿qué mudanza es ésta?  
Usted perdone, tío mío... (*Vase.*)
- JUAN. Miren la gatica muerta.  
En siendo los hombres ricos,  
hacen temblar a cualquiera.

Sale el GRANADERO con gorra, fusil, cartuchera, forniture  
y una boleta.

- GRANAD. Deo gracias. ¿Juan Perejil,  
vive en la casita esta?
- JUAN. Don Juan Perejil es quien  
vive en ella. ¡Habrá friolera  
de cortesía!
- GRANAD. Ello, aquí  
dice sólo la boleta :  
Juan Perejil. Pegue usted  
con quien me la dió.
- JUAN. Eso era  
en otro tiempo; que ahora  
no sufro yo Juan a secas.
- GRANAD. Pues, por mí, ya concedido  
tenéis el Don. Excelencia  
os llamaré, si me dais

buena cama y buena cena;  
tomad la boleta, y donde  
he de acomodarme vea;  
que estoy cansado, tío Juan,  
y quiero estirar las piernas.

JUAN. ¡Dale con Juan!

GRANAD. Don demonio,  
don Juan o lo que usted quiera.

JUAN. Por ahora, en cualquier rincón  
puede arrimar la escopeta  
y por un rato sentarse;  
que esta noche ha de haber gresca,  
digo de baile, porque  
les he dicho que viniera  
a divertirse, en acción  
de gracias, todo el que quiera,  
tanto forastero como  
del lugar.

GRANAD. ¿Conque habrá cena?

JUAN. No, señor; eso será  
cuando los dineros vengan  
que gané en la lotería.

GRANAD. ¿Conque le ha salido?

JUAN. ¡Buena  
pregunta! ¿Pues por qué yo  
he armado toda esta fiesta?  
Usted estése quedito,  
si no trae mucha priesa;  
y, aunque unos días lo pase  
con trabajo, cuando venga  
el dinero yo le ofrezco  
que una vida, amigo, tenga

de un Príncipe: comer bien,  
buen trago, la cama buena,  
pasearse, buen tabaco  
y a todas las horas fiesta.

GRANAD. ¿Conque sacó terno?

JUAN. Amigo;

fijos, cayeron setenta  
y seis mil reales vellón,  
limpios como una espetera.

GRANAD. Señor don Juan de mi alma;  
no me iré yo de esta tierra  
en treinta o cuarenta meses.

JUAN. Pues qué, ¿es tanta la licencia  
que trae?

GRANAD. No, amigo; pero  
para todo se halla treta  
en el mundo. Yo me haré  
una llaga en una pierna,  
con cantáridas; se saca  
certificación, que prueba  
mi forzosa detención,  
y hago mi licencia eterna.

JUAN. Y qué, ¿por eso tan sólo  
quiere aguantar tal molestia?  
Eso es cuento.

GRANAD. Amigo mío;  
los que estamos en la guerra  
tenemos carne de perro.  
Para mí éstas son frioleras,  
porque estoy hecho a tragarme  
las balas mejor que almendras.

JUAN. ¿Tragar balas? ¿Qué habla usted?

¿De verdad?

GRANAD. Y muy de veras.

JUAN. ¿Y de cañón?

GRANAD. De cañón.

JUAN. ¿Por dónde diablos le entran?

GRANAD. Por la boca.

JUAN. ¿Por la boca?

GRANAD. Sí, señor; que las calienta  
la pólvora y vienen blandas  
lo mismo que una manteca.

JUAN. ¡Válgame Dios! Vea usted  
por qué es bueno el andar tierras.  
Como uno no ha visto mundo,  
todo se le hace de nuevas.

GRANAD. *Tragabalas* me llamaban  
en el campo de la guerra.

JUAN. ¡Válgame Dios!

GRANAD. Oiga usted  
mi valor adónde llega.  
Estando yo en la avanzada  
haciendo la centinela,  
veo venir ocho enemigos,  
uno tras otro, a la empresa  
de llevarme prisionero.  
Yo, al punto, con ligereza  
di un cuarto de conversión,  
media vuelta a la derecha;  
apunto con mi fusil,  
pero con tanta certeza,  
que de los ocho enemigos  
los siete dieron en tierra;  
mas el uno que quedaba

sacó de la faltriquera  
un cañón de veinte y cuatro,  
montado con su cureña,  
todo lleno de metralla;  
me apunta; yo dije: «¡Ea,  
*Tragabalas*; ahora es tiempo  
de que tu valor se vea!»  
Acércome cuatro pasos,  
abro la boca, y por ella  
me tragué cañón, metralla,  
el enemigo y cureña.

JUAN. ¡Jesús; de oír tales cosas  
hasta las piernas me tiemblan!  
Mas ¿cómo dentro del cuerpo  
(y perdone la imprudencia)  
le cupo a usted tanto, y cómo  
le sacaron la cureña,  
cañón, el hombre y metralla?

GRANAD. ¿Eso? Con una friolera.  
Me fuí a ver al cirujano;  
me dió una purga compuesta  
de balas de a diez y seis,  
desleídas en salmuera  
y en píldoras; y, a las tres  
tomas, todo salió fuera.

JUAN. ¡Qué asombro! ¡Válgame Dios!  
Si aquí algún tonto estuviera,  
de los muchos que no saben  
ni han estudiado en la escuela,  
diría que eso es mentira.

GRANAD. ¡Cómo mentira! Le hiciera,  
si alguno no me creyere

lo que digo, la cabeza  
y cuello mil rebanadas.

JUAN. Pues por eso razón mesma  
lo creo yo; por no exponerme  
a que me quede sin ella.

GRANAD. Vamos ahora a otro asunto,  
y dejemos el de guerra.  
¿Qué números han salido?

JUAN. El diez y ocho, quince y treinta  
son los que a mí me tocaron.

Sale BASILIA vestida de ridícula amelchorada, y encima una  
chupa de hombre antigua y un sombrero de tres picos. El Gra-  
nadero se retira a arrimar el fusil, de forma que no la vea hasta  
su verso.

BASILIA. Padre; me ha dicho Teresa  
que estaba usted enfadado.  
¿Por qué ha sido?

JUAN. ¡Habrás perversa  
muchacha, y con lo que sale!  
¿Qué disfraz es éste?

BASILIA. ¡Buena!  
¿Conque manda usted me ponga  
todo lo del arca a cuestras  
porque hay función, y ahora sale  
con hacérseme de nuevas?  
Yo he hecho lo que usted me dijo.

GRANAD. Vaya, que la casa esta  
es una jaula de tontos.

JUAN. Te dije que te pusieras  
toda la ropa mejor

- tuya, no mía, mostrenca.  
Quítatela en el instante,  
no te rompa la cabeza.
- BASILIA. Pues, otra vez, hable claro  
para que todos lo entiendan.
- JUAN. Agradece a que se halla  
aquí, en nuestra casa mesma,  
alojado hoy el *señor*  
*Tragabalas y Cureñas*;  
que si no, te acordarías,  
bobona, de tu simpleza.
- GRANAD. Vaya, eso no importa nada.  
A bien que en casa se queda.  
Señorita, sosegaos.
- BASILIA. ¡Ay padre mío, qué horrenda  
visión! ¡San Antonio; ay!  
Padre; por Dios me defienda.
- JUAN. Muchacha, muchacha, tente;  
que no es fantasma; no temas,  
que es un señor Granadero  
del Rey Su Majestad.
- BASILIA. Sea;  
no quiero que a mí se me arrime.  
¡Jesús, qué cosa tan fea!
- JUAN. Sentarse todos.  
(*Se sienta el Granadero junto a Basilia.*)
- GRANAD. Yo voy  
a enamorar a esta bestia  
tonta, para tener parte  
en el terno de setenta  
mil reales y pico, si  
logro casarme con ella. (*Se sientan todos.*)



MINISTRO. (*Saliendo.*) Señor don Juan Perejil,  
buenas noches.

JUAN. Que las tenga  
muy buenas, señor Ministro.  
¿Venís también a la fiesta,  
o qué asunto os trae?

MINISTRO. Sólo  
a darle la enhorabuena  
el Concejo me ha enviado;  
que a mí este honor me franquea,  
y de su parte os ofrece  
todo cuanto se os ofrezca.

JUAN. A mi señora la Villa  
le estimo tanta fineza;  
y de mi parte diréis  
todo aquello que... etcetera.

MINISTRO. Así lo diré.

JUAN. Sentaos,  
y gozaréis de la fiesta. (*Se sienta.*)

MINISTRO. ¿Conque un terno os ha caído?

JUAN. El diez y ocho, quince y treinta.

MINISTRO. ¡Dichoso Juan, y dichosos  
los que los ternos aciertan!

BASILIA. Oye usted: ¿qué pelo es ese  
que trae en esa montera?

GRANAD. Esto es pelo de diablo.

BASILIA. ¡Qué lisito está! Pues cuenta  
que no creí que los diablos  
tan liso el pelo tuvieran.

Oye usted: ¿y esto, qué es?

GRANAD. Estas son las cartucheras.

BASILIA. ¿Y para qué sirve eso?

GRANAD. Para llevar la merienda  
al enemigo.

BASILIA. Pues qué,  
¿usted ha estado en la guerra?

GRANAD. ¡Pues si vengo ahora de allí!

JUAN. Señor Ministro; usted sepa  
tengo el honor de tener  
en mi casa y a la fiesta,  
esta noche, aquí al *señor*  
*Tragabalas y Cureñas*.

MINISTRO. ¿Qué dice usted?

JUAN. Lo que escucha.

MINISTRO. Sea muy enhorabuena.

GRANAD. Mil gracias.

MINISTRO. ¿Y traga usted  
balas, o eso es cuchufleta?

GRANAD. Sí, señor; y también trago  
ministros, si se ofreciera.

MINISTRO. ¡Santa Bárbara bendita!

JUAN. Estando yo aquí no tema.

GRANAD. ¿Y cómo os llamáis, salada?

BASILIA. No, señor; ¿quién eso piensa?  
Salada, yo no me llamo.

GRANAD. ¿Pues cómo es la gracia vuestra?

BASILIA. Basilisca.

GRANAD. ¿Basilisca?

JUAN. Yo le diré a usted por qué ella  
se llama así: ella nació  
el día que se celebra  
San Basilio, y Basilisca  
el llamarla ha sido fuerza.

SACRISTÁN. (*Saliendo.*) Cuanto se acabó el bautismo

de la hija de la Alcaldesa,  
vengo, como me cogió,  
también a hallarme en la fiesta.  
Sea para bien la fortuna  
que se ha entrado por sus puertas,  
y cuente en mis facultades  
el día que usted se muera,  
porque el doble de campanas  
y entierro corre a mi cuenta.

JUAN. Primero te mueras tú  
y toda tu parentela.  
Caballeros; muchas gracias.  
Vayan tomando silletas.

BEATA. (*Saliendo.*) Dios sea en aquesta casa  
y su santa providencia.

JUAN. Adiós, señora Beata;  
¿qué buena venida es ésta?

BEATA. Señor mío; Dios nos manda  
que de las suertes adversas  
del prójimo nos dolamos;  
y, al contrario, si se llega  
a ver en prosperidad  
lo celebremos; y es fuerza  
a fuer de cristiana hacerlo,  
aunque pecadora.

GRANAD. A éstas  
les diera yo en un borrico  
un refresco con la penca.

JUAN. Siéntese, buena mujer,  
por aquí.

BEATA. ¡Ojalá lo fuera!  
¿Buena yo? Soy la más mala

de las que pisan la tierra.

Soy malísima.

GRANAD.

Jamás

has dicho verdad más cierta.

JUAN.

Vaya, vaya; bien sabemos

su vida; siéntese, ea.

BEATA.

Lo haré; pero algo apartada,  
que no me gustan las mezclas.

No porque todos no son

unos santos; si dijera

otra cosa pecaría;

pero conozco que es yesca

la mujer; el hombre, fuego;

el enemigo, pajuela;

la ocasión, el pedernal;

el eslabón, la flaqueza;

la tentación da un chasquido,

y la resistencia vuela.

GRANAD.

Si nos viene con tontunas,

hermana, váyase fuera;

que aquí no hay nada de malo,

sino diversión.

BEATA.

Que sea

en paz y en gracia de Dios.

No penséis que no me alegra

un ratito de función;

que en siendo decente, honesta

y en términos regulares,

no se carga la conciencia.

SACRISTÁN.

Vaya; siéntese usted aquí,

junto a mí.

BEATA.

Sea norabuena;

me sentaré; que me basta  
que dependa de la Iglesia.

GRANAD. Vamos, don Juan, ¿no se baila?

JUAN. ¿No han traído la vihuela  
todavía? ¡Voto a mi abuelo!  
¿Se dará mayor postema?

FORAST. (*Sale de maja.*) ¿Los dueños de la función  
me permitirán licencia?

JUAN. Entre usted, Madama.

FORAST. A espacio.

¿Yo maáma? ¿Quién tal piensa?  
Ni yo lo soy, ni lo he sido,  
ni quiera Dios que lo sea.

JUAN. Sea lo que usted quisiere,  
¿qué buena venida es ésta?

FORAST. Señor; yo he llegado hoy  
a esta villa; y, en la mesa,  
me dijeron al cenar  
que en esta casa había fiesta.  
Yo soy tan aficionada  
que, en oyendo castañuelas,  
aunque se pasen tres días  
sin comer, estoy contenta;  
y así me he entrado hasta aquí.  
Si no hay cabida, najencia.

JUAN. ¡Como soy que me ha gustado!  
Ea, siéntese donde quiera,  
que poco pueden tardar  
en traerme la vihuela.

FORAST. Con la licencia de ustedes. (*Se sienta.*)

JUAN. Ya está la gente completa.

BASILIA. Oiga usted: ¿y esto, qué es?

GRANAD. No tires con tanta fuerza,  
que me arrancas el bigote.

BASILIA. Quítese esa pelandrerá  
y estará usted más bonito.

JUAN. Parece que ya te peta  
el señor militar, chica.

BASILIA. ¡Es que unas cosas me cuenta  
tan bonitas! Vaya, vaya.

JUAN. Pues yo nada, y estoy cerca,  
he oído.

BASILIA. Es que me las dice  
aquí juntito a la oreja.

SACRISTÁN. Esté usted, alma de Dios,  
en que la quiero de veras;  
y usted lo sabe.

BEATA. Hijo mío;  
no me tenga por tan lerda  
que no le haya comprendido,  
y sé que todo es fachenda,  
porque yo digo: ¡canasto!,  
y sobre todo: ¡canela!  
*(Levántase el Granadero y dice al oído a  
la Beata):*

GRANAD. Oiga usted, madre Beata;  
mire que presente tenga  
que es pedernal la ocasión;  
que es el diablo la pajuela;  
el fuego es el Sacristán;  
usted, santita, la yesca;  
la tentación da un chasquido,  
y luego el beaterio vuela.

BEATA. Haga lo que yo le digo,

y en lo que hago no se meta.

GRANAD. ¡Quítese de ahí la gazmoña,  
hipócrita y embustera!

BEATA. (*Se levanta enfadada.*)  
Como usted, pícaro, infame...  
¡Voto a San, que si tuviera...!  
Pero ¿qué digo, Jesús!  
Soy muy mala; soy perversa.  
Vuestra voluntad se haga  
en los cielos y en la tierra.

GRANAD. Ya esto se acabó. Don Juan,  
¿qué hacemos? Vaya.

JUAN. Ya a ésta

le estaba diciendo que  
una relación dijera  
que su abuela le enseñó,  
y dice que no se acuerda.

MINISTRO. Vaya, pues; cualquiera cosa.

BASILIA. Si tengo mucha vergüenza...

JUAN. Vaya, hija, hazlo por mí.

BASILIA. No quiero, padre. ¡Hay tal tema!

JUAN. ¡Bendita seas! ¡Qué humilde!

GRANAD. Pues hágalo usted siquiera  
porque se lo ruego yo.

BASILIA. Si usted me lo manda, es fuerza.

¿Qué tendrán estas casacas  
que así arrastran a las hembras?

Voy allá... Si no me acuerdo...

En fin, diré lo que sepa:

«Santo Cristo de la luz;

Señor del cielo y la tierra;

desatad mi torpe labio

- y dadle voz a mi lengua,  
mientras la segunda parte  
canto de Francisco Esteban;  
atención que...» Se me fué.  
Ustedes perdonen... (*Cortesía, y se sienta.*)
- TODOS. ¡Buena!
- JUAN. ¡Bendita sea tu gracia!  
Mira, mira; te comiera.  
Y bien, señorita, diga:  
¿qué tiene que está tan seria?
- FORAST. ¿Qué quiere usted? Como soy,  
ya lo ve usted, forastera,  
estoy como en el corral  
está la gallina ajena.
- JUAN. ¡Por vida lo que mal gasto,  
que en viniendo la vihuela  
hemos de bailar los dos  
ocho pares de boleras!  
Ya me parece que estoy  
con usted bailando. Ea. (*Baila.*)  
¡Toma castañas, chiquilla!  
¡Bien parao; anda Manuela!
- TODOS. Señor don Juan, ¿estáis loco?
- JUAN. En llegando a estas materias  
de boleras y fandango,  
me vuelvo todo jalea.  
¡Sobre que ya estoy alegre!  
Aunque sea sin vihuela  
quiero bailar con usted,  
Beata.
- BEATA. ¡Jesús! ¿Quién tal piensa?  
Pero, porque no se diga,



bailemos enhorabuena.

JUAN. Hagan ustedes el son  
con las palmas y la lengua.  
*(Hacen el son del fandango con la boca y  
las palmas, y bailan los dos hasta que  
digan los versos.)*

GRANAD. Madre Beata, ¿qué es esto?

BEATA. Es verdad; soy muy perversa.  
Vuestra voluntad se haga  
en los cielos y en la tierra. *(Se sientan.)*

Sale el CONTRABANDISTA con montera y capote a la andaluza,  
con gran charpa y trabuco terciado al brazo.

CONT. Alabado sea el que cría  
toítas las cosas buenas.

JUAN. ¡Hola! ¿Qué busca usted, amigo?  
¡Si éste es ladrón, Santa Tecla,  
y vendrá a robarme el terno,  
como si en casa estuviera?

TODOS. ¡Ay, qué susto! *(Se levantan.)*

CONT. Quietecitos;  
nadie del puesto se mueva.  
No hay que asustarse, que yo  
soy hombre como cualquiera.

JUAN. Pues en mi casa a estas horas,  
¿qué buscáis de esa manera?  
El terno aun no lo he cobrado;  
un ochavo no se encuentra  
en toda la casa; conquese...

CONT. ¿Qué dice? Calle esa lengua,  
si no quiere que a un disparo

en harina lo convierta.

¡Por vida!...

JUAN.

Seor *Tragabalas*;

usted que es tan guapo, venga

y tráguese usté ese hombre.

BASILIA.

¡Por Dios; que usted no se pierda!

JUAN.

Levántese, amigo mío,

por la gloria de su abuela.

GRANAD.

En mi vida hice yo caso

de medios días; mas ea;

pues usted lo quiere, voy

a que de verme se muera.

Sentarse todos, que yo

aquí haré lo que convenga.

*(Saca el sable, y se va a la punta del teatro  
a hablar al Contrabandista.)*

Mocito; míreme usted.

CONT.

Ya le miro... ¡Qué friolera!

GRANAD.

¿Me ha visto usted bien?

CONT.

Y mucho.

GRANAD.

Pues se acabó la pendencia.

¿A qué ha entrado usted aquí?

CONT.

A bailar en esta fiesta.

GRANAD.

¿Usted sabe que yo soy

conocido en esta guerra

por mal nombre *Tragabalas*?

CONT.

No, señor.

GRANAD.

Usted lo sepa;

y le digo que al instante

corriendo tome la puerta,

antes que con este niño

le eche al suelo la cabeza.

- CONT. Le digo no me da gana,  
y que todo eso es fachenda,  
y usted es un baladrón  
que no tiene más que lengua.
- GRANAD. No le mato a usted aquí mismo  
porque me causa vergüenza  
emplearme en su persona;  
que es usted un pobre trompeta.  
¿Reñimos o no?
- CONT. Riñamos.
- GRANAD. ¿Y por una friolera  
hemos aquí de matarnos?  
Dígame usted: ¿y de qué tierra  
es usted?
- CONT. Soy andaluz.
- GRANAD. Yo también, compadre; venga  
esa mano; siempre amigos  
y muérase el que se muera.  
Don Juan; ya está usted servido.  
Ese hombre ya es de manteca.
- JUAN. Pero, señor, ¿no sabremos  
a qué fué la entrada esta?
- CONT. Ya he dicho que sólo vengo  
a bailar en esta fiesta.
- PAYO. (*Saliendo.*) Para usted, señor don Juan,  
han traído la carta esa.
- JUAN. Ea; ya vino el dinero.  
Por favor, usted me lea  
la carta.
- GRANAD. Con mucho gusto.  
Escuche usted.
- JUAN. Estoy alerta.

GRANAD. (*Leyendo.*) «Juan y hermano mío: Tu familia estará buena. Acá lo mismo; y, en fin, por no cansarte más, te envío ésta a que sabrás que yo me engañé en la que hubiste de recibir antes que ésta; porque, por poner el treinta y cinco, puse el treinta, y no ha salido. Conque no has ganado nada; y, así, envíame dinero para echar, y no desconfíes, que si en ésta no ha salido, en otra puede ser que sea lo que Dios quiera. — Salamanca, a cuatro de este año. — Tu hermano el chico.»

¡Ay qué desdicha, señores!

Ya se remató esta fiesta.

¿Adónde está mi fusil?

que voy a tomar la fresca,

que aquí hace calor.

JUAN.

¡Por vidal...

¡Que me suceda esta afrenta!

SACRISTÁN. Por si se mata y hay doble,  
voy a esperar a la iglesia. (*Vase.*)

MINISTRO. Ya no hay nada, señó Juan,  
de lo dicho; y que se queda  
como antes: Juan Perejil,  
sin el don ni el din. Paciencia. (*Vase.*)

BEATA. Hermano; voy a pedir  
al Cielo que le dé fuerzas. (*Vase.*)

BASILIA. ¿Y usted se va?

GRANAD. Con las patas.

BASILIA. ¿Pues no me dijo le diera  
palabra de casamiento?  
¿Agora por qué me deja?

- GRANAD. Porque estaba enamorado,  
no de ti, de la moneda.  
¿Había terno? Hay palabra.  
¿No hay terno? Me llamo fuera.
- CONT. No pego fuego a esta casa,  
de lástima. Usted, majeza,  
¿gusta se arme el jollín  
en la posada?
- FORAST. Me peta.
- CONT. Pues venga usted, mi Catuja.
- FORAST. Vamos, mi Francisco Esteban.  
(*Vanse los dos.*)
- JUAN. Si no mirara...
- TERESA. (*Saliendo.*) Señor;  
aquí está ya la vihuela.
- JUAN. (*Desesperado.*)  
Échala con mil demonios.  
La carta maldita sea,  
y maldita mi fortuna;  
que si aquí tuviera cuerda,  
me ahorcara. Me he de arañar  
contra el suelo la cabeza;  
me he de partir.  
(*Se araña y tira al suelo, dándose cabezas;  
y se levanta.*)
- BASILIA. ¡Padre, padre!
- TERESA. ¡Tío!
- JUAN. ¡Que no me saliera  
el número treinta y cinco!
- GRANAD. No le dé cuidao; duerma,  
y como si lo tuviere;  
y tenga por cosa cierta

- que, en siendo yo General,  
le señalaré una renta.
- JUAN. Hija, llévame a la cama;  
que el haber salido el treinta,  
en lugar del treinta y cinco,  
me ha de costar el *Requiescam* (1).
- GRANAD. Tío Juan, amigo; aquí  
no hay más que tener paciencia.
- TODOS. Y pedir al auditorio  
perdón de las faltas nuestras.

---

(1) Textual.

FIN

# EL SOLDADO FANFARRÓN

SAINETE

—

PRIMERA PARTE

## PERSONAS

EL SOLDADO POENCO.

DIEGO, majó.

CURRITA, hija de

LA TÍA JUANA.

TOMASA.

TÍO PENEQUE, casero.

VERRUGA.

UN CABO DE BARRIO.

DOS DISFRAZADOS.

PEPA.

MICAELA.

ESTANISLAO.



# EL SOLDADO FANFARRÓN

## PRIMERA PARTE

---

Casa pobre con una estera arrollada en un rincón; mesa con vasos, botella y unos bizcochos; sillas de paja. Aparece TOMASA cosiendo, y canta la siguiente copla. Y sale CURRITA sobresaltada, trayendo de la mano a DIEGO.

TOMASA. (*Cantando.*)

Es mi majo soldado,  
pero tan pobre  
que vale veinte pesos  
cada bigote.

CURRITA. (*Saliendo, a Diego.*)

Entra; no te vea mi madre.

TOMASA. Vaya, Currita, ¿qué es esto?

CURRITA. Que mi madre viene acá;  
y, si me encuentra con Diego,  
me ha de dar una tollina.

TOMASA. Pues al avío; ¿qué hacemos?  
Escóndase usted detrás  
de la tinaja.

DIEGO. Salero;  
¿será cosa que yo salga  
con humedad en los huesos?

CURRITA. Pues métete tras la estera.

- TOMASA. Vamos; menee usted el cuerpo,  
sangre de oro.
- DIEGO. Despacito;  
que no soy ningún muñeco,  
que se mete en cualquier parte.  
(*Se esconde.*)
- TOMASA. Vaya; doble usted el pescuezo;  
y, hasta que le avise yo,  
se ha de tragar el resuello.
- CURRITA. Sobre que no gana una  
para sustos.
- TOMASA. Chist; sosiego.
- JUANA. (*Saliendo.*) ¿Qué haces tú aquí?
- CURRITA. Le pedía  
una hebra de hilo negro  
a la señora Tomasa.
- JUANA. Ya te he dicho que no quiero  
que te metas en los cuartos  
de las vecinas.
- CURRITA. Si vengo...
- JUANA. Marcha a tu sala. (*Le pega y ella huye.*)
- CURRITA. Ya voy. (*Vase.*)
- TOMASA. ¡Carambola, y qué buen genio  
tiene usted, señá casera!
- JUANA. Así es menester tenerlo  
con estas mocosas.
- TOMASA. Vaya;  
siéntese usted.
- JUANA. (*Se sienta.*) Tomaremos  
un polvo. ¿Conque esta noche  
tendrá usted en casa jaleo?
- TOMASA. Como es día de mi santo...

JUANA. Ya me hago cargo. Me alegro.  
¿Y su marido de usted,  
cuándo viene?

TOMASA. Ha poco tiempo  
que se embarcó para Lima.

JUANA. ¿Y tiene usted parentesco  
con ese señor soldado  
que está aquí siempre de asiento?

TOMASA. Ese hombre es un amigo  
de mi marido.

JUANA. Yo vengo  
a darle a usted un consejito.

TOMASA. Mejor fuera algún dinero,  
que me hace falta.

JUANA. Conmigo  
no valen soflamas, ¡cuerno!,  
que soy la casera.

TOMASA. Bien;  
la casera, ¿y qué tenemos?  
¿Me pondrá usted en el Hospicio?

JUANA. No, señora; pero puedo  
espantar zánganos, siempre  
que me lo pida a mí el pecho.

TOMASA. ¿Y a qué santo pago yo  
cada mes un par de pesos?  
¿Es para que se hinche el amo  
de gallinas el colete,  
o para que me visite  
quien me dé la gana?

JUANA. Hablemos  
más bajito, niña mía.  
Ya ve usted que no es bien hecho

que la puerta esté entornada  
cuando está el soldado dentro.

TOMASA. ¿Quién lo dice?

JUANA. Todas, todas  
las vecinas.

TOMASA. Nunca vemos  
nuestras faltas. Más valiera  
que se dejasen de enredos  
y hubiese menos tapujos  
en la casa.

JUANA. ¿Cómo es eso  
de tapujos?

TOMASA. Sí, señora;  
yo lo digo y lo mantengo.  
Hay doncellita que trae  
tres monos al retortero;  
de modo que, por las noches,  
si yo tuviese pequeño  
el corazón, me asombrara  
con los fantasmas que veo.

JUANA. Yo jamás he visto nada.

TOMASA. Tendrá usted los ojos hueros;  
porque yo, por las mañanas,  
encuentro el patio cubierto  
de virutas y caliza.

JUANA. ¿Sí? Pues yo pondré remedio.  
¡Jesús mil veces! El amo  
es un sujeto de aquellos  
que cada día consultan  
al confesor; y es tan recto  
que no se pasa un instante  
sin estarme repitiendo:

«Casera, los alquileres;  
casera, recogimiento.»

SOLDADO. (*Saliendo.*) Felices, señá Tomasa.

TOMASA. Téngalos usted muy buenos.

JUANA. Yo me voy; que mi marido  
está esperando el almuerzo.

TOMASA. Adiós, señora casera.

JUANA. Señora, tenga usted abierto;  
que entre la gracia de Dios.

TOMASA. Es que corre mucho fresco.

JUANA. ¡Jesús! Yo tengo bochorno.  
Hijita mía, hasta luego. (*Vase.*)

TOMASA. Quemadas sean tus palabras.

SOLDADO. Ya me estaba a mí jediendo  
la visita.

TOMASA. Por usted  
todos me roen los huesos.

SOLDADO. ¿Conque por mí?

TOMASA. Sí, señor;  
y, así, busque su remedio  
prontito, porque yo estoy  
como cuando nada quiero.

SOLDADO. ¿Sabe usted que me ha dejado  
lo mismísimo que un hielo?  
¡Caracoles y qué móol!...

TOMASA. Es porque me están saliendo  
ya las muelas del juicio.

SOLDADO. Pero, diga usted, salero:  
¿ha reflexionado usted  
despacio quién es Poenco?

TOMASA. A menudo; ya se ve,  
el nombre lo está diciendo:

un animal que anda siempre  
dando carreras en pelo  
tras las perdices. ¿Me engaño?

SOLDADO. No va usted del todo lejos.  
¿Pero no le ha visto usted  
los colmillos?

TOMASA. Como es viejo,  
se le habrán caído ya.

SOLDADO. ¿De veritas?

TOMASA. Por supuesto.

SOLDADO. Crea usted; no lo sabía.

TOMASA. ¡Pobrecito! Pues lo siento.

SOLDADO. ¡Cachirulo; y qué calmita!  
Sobre que tengo revueltos  
los sentidos garrafales  
de escucharla a usted.

TOMASA. Y yo tengo  
antojo de que se naje,  
porque ya me hiede a sebo.

SOLDADO. Mujer, ¿qué está usted charlando?  
Vaya, ¿si estará corriendo  
Levante? ¿No sabe usted  
que a Mariquilla Espéjuelos  
le alargué cuatro pulgadas  
la boca por eso mismo?

TOMASA. ¿Qué significa esa historia?  
¿Me quiere usted meter miedo?  
¡Caramba con estos guapos,  
que en diciéndoles: No quiero,  
nos empiezan a cantar  
los romances de Oliveros  
y Francisco Esteban! Ea;

se acabaron los respetos.  
No lo quiero a usted; clarito.

SOLDADO. Sobre que me estoy riendo.  
Al poer me has de querer.

TOMASA. ¿Yo al poer?

SOLDADO. Cabal.

TOMASA. Primero  
me estrellarán contra un canto.

SOLDADO. Pues mée usted lo que le advierto:  
el día que con un mono  
la encuentre tomando el fresco...  
¿Ve usted esta mano?

TOMASA. Ya estoy.

SOLDADO. ¿La ve usted?

TOMASA. Sí, ya la veo.

SOLDADO. Pues hasta el cóo se la soplo  
por la calle del garguero  
al majo que a mí me dé  
jachares; cuenta con ello;  
que tengo mal alma.

TOMASA. ¿Sí?  
Pues, por lo mesmo, le tengo  
de pasar por los hocicos  
dos charreteras.

SOLDADO. Callemos;  
que esto se va engrimpolando;  
y a mí me importan los sesos  
dos blancas.

TOMASA. Vaya, señor;  
apague usted tanto fuego  
con un trago. Tome usted.  
(*Le presenta vaso y botella. Tose Diego.*)

- SOLDADO. ¡Canario! ¿Quién tosió dentro de la sala?
- TOMASA. Será el gato,  
que menea algún trebejo.
- SOLDADO. Cuenta con lo que se hace;  
advierta usted que el Poenco  
huele la carne a diez leguas;  
y que, en pescándole un hueso,  
se acabó al punto el fregao  
para *requiem in eternum*.
- TOMASA. Calle usted el jocico, y beba.
- SOLDADO. Se conoce que hoy tenemos  
visita. Ya; como es día  
de su santo, habrá bureo.
- TOMASA. Por supuesto.
- SOLDADO. ¡Ah, y qué jeor  
se ha de armar, como ande tuerto  
el asunto!
- TOMASA. Tome usted  
un bizcochito, y silencio.
- SOLDADO. ¿Es como el beso de Judas?
- TOMASA. Yo no gasto esos manejos.
- SOLDADO. Pues muérdalo usted.
- TOMASA. Ya está.
- SOLDADO. Ahora, mas que sea veneno.

Salen PEPA, MICAELA, VERRUGA y ESTANISLAO.

- ESTAN. Bueno; que están celebrando  
a Santo Tomás.
- TOMASA. Me alegro  
que lleguéis a buena hora.



Vaya, niñas, un refresco. (*Les da.*)

VERRUGA. Adiós, señor melitar.

SOLDADO. Camaráa, tome usted asiento.  
Señá Tomasa; ese vaso,  
que estoy escupiendo espeso.

TOMASA. Cuidado con atracarse.

SOLDADO. Nadita menos que eso;  
que hoy es día de que un hombre  
tenga espejao el cerebro.  
Camaráas; vamos nosotros  
a suavizarnos el pecho. (*Beben.*)

JUANA. (*Saliendo.*) Vecinita, ¿tiene usted  
un pedacito de lienzo  
para hacer una torcida?

TOMASA. Señá casera; no tengo.

JUANA. Quédense con Dios. ¡Qué gentes!  
Todas son del Mundo Nuevo.  
El día quince las despido. (*Vase.*)

TOMASA. Pepita; estoy que me quemó  
con esta mujer; no para  
de estar entrando y saliendo  
para oler cuanto se hace.

PEPA. Pues yo tengo muy mal genio  
para tratar con fisgonas.

MICHAELA. Yo al instantito les pego  
con la puerta en los hocicos.

VERRUGA. Lo que me causa más eco  
es que el melitar se calle.

SOLDADO. Camaráa, si yo no puedo;  
¿no ve usted que esa mujer  
tiene que perder?

ESTAN. Es cierto;

- dice usted bien, melitar.
- SOLDADO. Pues si no fuera por eso,  
¿quién le dice a usted que ya  
no le hubiera yo al casero  
metido la mano?
- ESTAN. Nada;  
prudencia.
- SOLDADO. Si me condeno...  
Mire usted; cuando traté  
con la Zamba...
- VERRUGA. ¿La del Puerto?
- SOLDADO. ¿La conoce usted?
- VERRUGA. Si fué  
mi novia un poco de tiempo...
- SOLDADO. Hombre, ¿ha visto usted qué mandría  
la trata ahora?
- VERRUGA. Fulgencio  
el de *Güelva*.
- SOLDADO. Sí, señor;  
lo menos su mes y medio  
comió pan de munición.
- VERRUGA. Camaráa, ¡cuánto me alegro!
- SOLDADO. Yo también; venga esa mano.  
Pues como iba diciendo :  
el casero de la Zamba,  
que era Juan el zapatero,  
comenzó a torcer la jeta  
porque entraba cáa momento,  
hasta que un día en el patio  
se me presentó el mozuelo  
y me dijo : «Melitar;  
mire usted que yo le advierto

que no es cuartel esta casa.»  
Camaráa; ya tuve el dedo  
levantado para darle  
en las narices; mas viendo  
que lo iba a lastimar,  
le dije: «Señor casero,  
¿habla usted conmigo?» Entonces  
ya le estaba yo midiendo  
un pescozón. «De manera...  
me respondió, que no quiero...  
porque pitos, porque flautas...»  
No es vaniá, ni lo cuento  
con vino; pero al instante  
lo agarré con estos dedos  
por la parte posterior,  
como quien toma un muñeco,  
y lo zampé en el aljibe,  
donde estuvo zambullendo  
hasta que al cabo de un rato  
lo sacaron seis gallegos.

VERRUGA. Obró usted como quien es.

PEPA. Con un fachenda es bien hecho.

SOLDADO. Si yo muchas veces callo  
porque conozco mi genio;  
después, como Dios me ha dado  
aquestas manos de fierro,  
se necesita prudencia  
por no matar cáa momento.

*(Cáese la estera, y se descubre Diego.)*

MICHAELA. ¿Qué se cayó?

TOMASA. Ya hay camorra,  
si Dios no pone remedio.

SOLDADO. ¿Qué hace usted aquí, señor majo?  
Señá Tomasa, ¿qué es esto?  
¿Tiene usted, para alegrarnos,  
algún entremés dispuesto?

TOMASA. El señor no es nada mío.

SOLDADO. Sobre que estoy satisfecho.  
Éste sin duda es el gato  
de endenantes.

TOMASA. Señor Poenco,  
¿usted quiere le regalen  
los oídos con el cuento?  
Pues sepa usted que es el majo  
de una amiga.

SOLDADO. Ya lo entiendo;  
y se lo han prestado a usted  
sin duda para ponerlo  
en la ventana por mono.

DIEGO. Camaráa, ¿conmigo es eso?

PEPA y  
MICAELA. { Ea; que esto se acabó.

VERRUGA. Vaya; bueno está lo bueno.

TOMASA. Caracoles; que ya estoy  
de amor hasta los cabellos.  
¿Quién me paga a mí la casa?  
¿Me ha traído usté el almuerzo  
alguna vez? Pues si nunca  
se ha metido en ese empeño,  
¿a qué son los alborotos?

SOLDADO. Sonsoniche; y no gritemos,  
porque si echo mano al chisme,  
tendré que calar dos cuerpos.

DIEGO. Camaráa, ¿cuál es el otro?

- SOLDADO. ¿Se le antojó a usted el saberlo?
- DIEGO. Me ha hecho el dicho tanta gracia...
- SOLDADO. Me parece usted, salero,  
alentaíto y de bríos.
- DIEGO. Tengo yo mucho resuello.
- SOLDADO. ¿Me conoce usted?
- DIEGO. Yo no.
- SOLDADO. Pues sepa usted que Poenco  
es del barrio de la Tripa  
y estudió en el Matadero.
- DIEGO. Sabrá usted manejar bueyes.
- SOLDADO. Apártese usted dos dedos,  
que hace calor.
- DIEGO. Si me gusta  
verle de cerca el pellejo.
- SOLDADO. ¿Conque le he gustado a usted?
- DIEGO. Remucho.
- SOLDADO. Pues yo deseo  
hacerle a usté un cariñito.
- DIEGO. ¿A que se lo hago primero?
- SOLDADO. ¿A que no, gaché?
- DIEGO. ¿A que sí?
- SOLDADO. Si no me lo píe el cuerpo.
- DIEGO. Pero si a mí me lo píe...
- SOLDADO. Si no ha de ser.
- DIEGO. Ya está hecho.  
*(Le da una bofetada.)*
- MUJERES. ¡Por Dios, melitar!
- HOMBRES. Ya basta;  
no haya camorra.
- SOLDADO. Sosiego;  
esto ha e quear más delgao...

Camaráa; saber deseo  
si esto ha sido torniscón  
o bofetáa.

DIEGO.                   Usted mismo,  
que lo ha sentido en la cara,  
podrá dar razón del hecho.

SOLDADO.   Ya; pero como usted anduvo  
tan súpito, yo no puedo  
saber si fué a mano abierta.

DIEGO.       Pero ¿para qué es saberlo?

SOLDADO.   Porque tengo vaniá  
de que naide me haya puesto  
los cinco dedos tendidos  
en la cara.

VERRUGA.               Ya está bueno,  
melitar.

SOLDADO.       Me condenara  
si no aclarara yo el cuento.  
¿A mí bofetáa?... ¡Churrú!...  
¡Ay qué gustito, Poencol!...  
¡Caramba, que soy capaz  
de agujerearle el cuerpo  
a una hormiga!

JUANA.       *(Saliendo, a Currita.)* ¿Quién da voces?  
Parece, la casa, infierno.

TOMASA.   Oiga usted, señá casera;  
no venga con aspavientos  
a marearme, que yo  
en su casa no me meto.

JUANA.       Pues yo me vengo a meter,  
porque exponerme no quiero  
a que se maten sus majos

en mi casa.

TOMASA.                               ¿Cómo es eso?

No piense usted que es concurso  
de acreedores. Señor Diego  
es la prenda de su hija.

JUANA.                               ¿De mi hija?

TOMASA.                               Por supuesto.

JUANA.           (*A Currita.*) ¡Ah perra! ¿Tú tienes novio?  
                  (*Acomete a pegarla.*)

CURRITA.       Madrecita; por San Pedro.

JUANA.       Te he de sacar los redaños.

CURRITA.       ¡Que me matan!

DIEGO y        )  
VERRUGA.       )                       Cepos quedos,

tía Juana.

JUANA.                       La he de matar.

CASERO.       (*Saliendo.*)  
                  ¿Qué escándalo hay aquí dentro?

JUANA.       La señora, que a tu hija  
                  me la pierde.

CASERO.                               ¿Cómo es eso?

TOMASA.       Poco a poco, so señora,  
                  y sepa usted que yo tengo  
                  más honor que toa su casta.

CASERO.       Ya todos nos conocemos;  
                  y, así, lo mejor será  
                  que se mude usté al momento.

SOLDADO.       Compadre; en cuanto a mudarse,  
                  ni ella quiere ni yo quiero.

CASERO.       ¿Quién le mete a usté en la renta  
                  de lo excusado?

SOLDADO.                               Mi pecho;

porque como soy bonito,  
en todas partes me meto.

CASERO. Quítese de aquí. (*Lo empuja.*)

SOLDADO. Tomasa;

por ti sola aguanto esto.

¿Quieres que le meta el puño?

TOMASA. No, por Dios, señor Poenco;  
no me pierda usted.

SOLDADO. Si estoy

de coraje que no veo.

Tío Peneque; sepa usted

que lo que conmigo ha hecho,  
naide, naide en este mundo  
lo ha pensao.

CASERO. ¿Y qué tenemos?

SOLDADO. Mire usted que, si no fuera  
por guardarle los respetos  
a esta mujer...

CASERO. Si es chanela.

SOLDADO. ¿A que no tiene usted aliento  
para volverme a empujar?

CASERO. Mírelo usted. (*Lo empuja.*)

SOLDADO. Esto es hecho;  
aquí lo remato a usted.

TODOS. Señor melitar, sosiego.

SOLDADO. ¡Caramba, que aquí no hay gente  
pa mí! Salga usted, casero;  
y usted, so montera, salga,  
que está puesto un hombre en medio.

JUANA. ¡Que matan a mi marío!

TOMASA. No haga usté esos aspavientos,  
que no habrá náa.



CURRITA. Aquí está  
el Cabo de barrio.

JUANA. Presto;  
señor don Blas, entre usted.

SOLDADO. Guarda ese chisme corriendo.

TOMASA. ¡Malhaya sea la mixtela!

CABO. (*Saliendo.*) Señores; ¿qué ha sido esto,  
que un remolino de gente  
por la ventana está oyendo?

JUANA. El melitar, que sacó,  
para mi esposo, un flamenco.

SOLDADO. Ni un francés ni un italiano  
he sacado yo.

CABO. Al momento  
quítenle ustedes el arma.

SOLDADO. Ni hay arma en tóo mi cuerpo,  
ni un alfiler. Esto ha sido  
que al desenvainar los deos  
me relucieron las uñas,  
y pensaron que era fierro.

CABO. Mas sepamos quién ha sido  
la causa de tanto estruendo.

CASERO. Por esta señora es todo.

TOMASA. Usted es un embustero.

JUANA. Mire usted, señor Rondín...

VERRUGA. Yo diré a usted todo el cuento...

ESTAN. La casera entró...

VERRUGA. Y estaba  
escondido el señor Diego...

TOMASA. Porque mire usté...

TODOS. El soldado...

CABO. Señores; tengan silencio,

y hable uno.

SOLDADO.

Ese soy yo,  
que causaré más respeto,  
señor Rondín. Esta moza  
es casada; el señor Diego  
estaba tras de la estera;  
yo, como tengo este genio,  
que en picándome un mosquito  
lo desmondongo al momento,  
le dije no sé qué cosa;  
hubo aquello de «Te pego»,  
«Dígalo usted», «Tome usted»,  
y todo el cuchufleteo  
de cualquier lance de honor;  
en fin, nos vimos de medio  
rabo; le escupí; escupió;  
le hice gracia; me dió un pesco;  
pero fué broma, y así  
todo se volvió festejo.

JUANA.

No fué así, señor Rondín.

CABO.

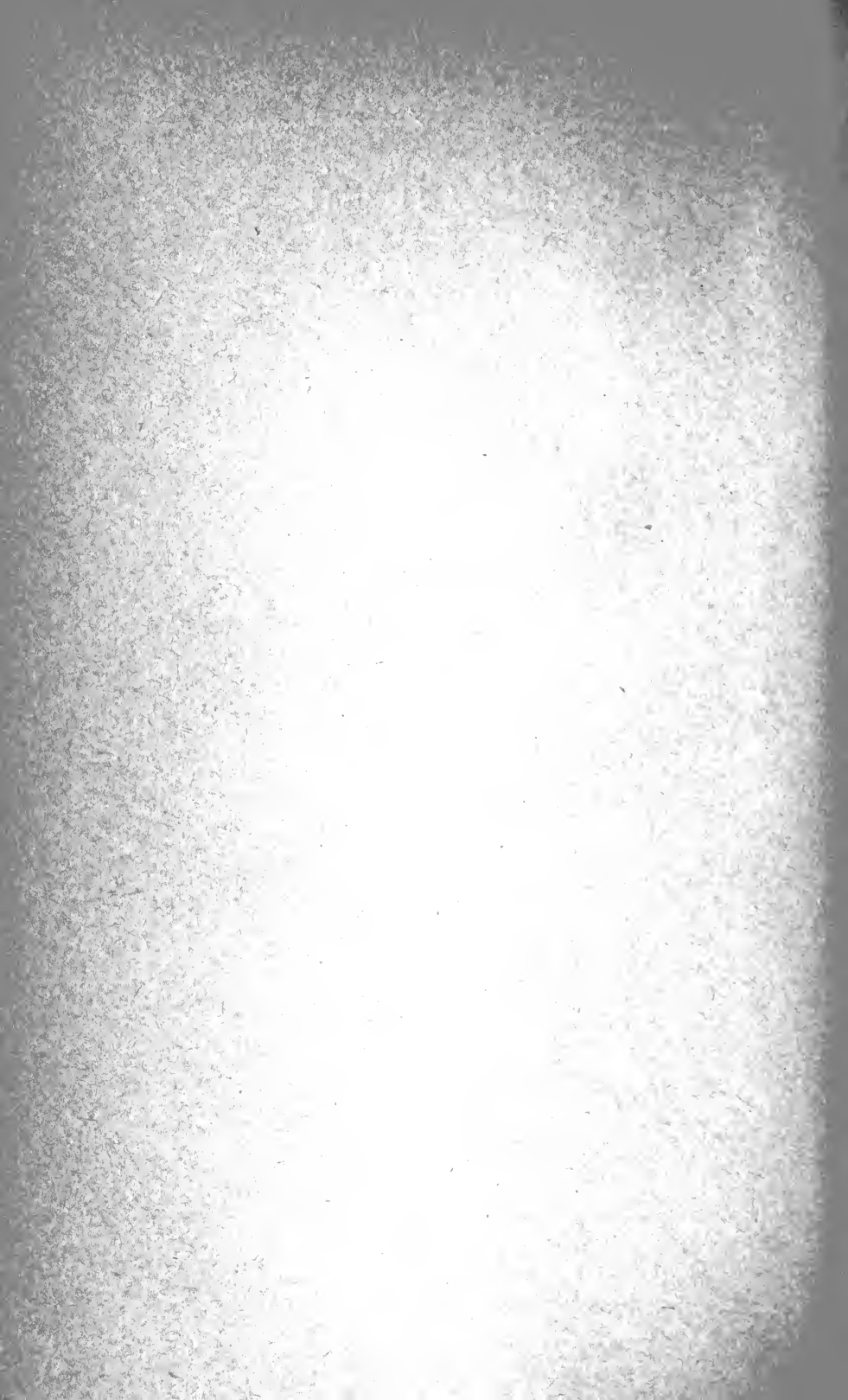
Señora; ya considero  
lo que habría. Melitar,  
retírese usté al momento.

SOLDADO.

Me voy ya; pero usted sepa  
que ningunito a Poenco  
le alza el gallo. Camaráa;  
si hay quien tenga sentimiento  
de lo dicho, yo me llamo  
najencia. Cara de cielo;  
aprenda usté en estos casos  
de un hombre; tenga usted pecho;  
y, si alguno la ofendiese,

- escupir y hacerse fresco.  
CABO. Usted buscará al instante  
otra casa.
- TOMASA. Mi casero;  
por fin usted ha conseguido  
se me condene a destierro.  
Paciencia; la vida es larga  
y todos somos arrieros.  
Puede que algún día..., ¿quién sabe?...,  
toitos nos encontremos  
en donde no haya rondines...
- ESTAN. Tomasita; sufrimiento.
- CABO. Ustedes vengán conmigo;  
no haya en la calle un encuentro.  
Que haya paz, señora Juana.
- JUANA. Descuide usted; nunca ceso  
de celar la vecindad.
- PEPA. Adiós, Tomasa; hasta luego.
- TODOS. Y aquí da fin el sainete;  
perdonad sus muchos yerros.

FIN



# EL SOLDADO FANFARRÓN

SAINETE

---

SEGUNDA PARTE

## PERSONAS

EL SOLDADO POENCO.

BERLANGA, marinero.

BLAS PERILLA. } Majos.

JUAN PICO. . . }

DON JUAN.

DON ANTONIO.

UN OFICIAL.

TOMASA. }

TERESA. } Majas.

CURRA.. }

LORA. . . }

UN CRIADO que no habla.

# EL SOLDADO FANFARRÓN

## SEGUNDA PARTE

---

La escena representa un punto de vista de Puerta de Tierra, con un ventorrillo al lado. Salen CURRA, TERESA y BLAS, tocando la guitarra; y otros, con pañuelos y castañuelas, tocando el zorongo.

*(Cantan.)*

¡Ay zorongo, zorongo!, etc.

CURRA. Hasta que venga Tomasa  
se ha de bailar a la puerta  
del ventorrillo.

TERESA. Blasillo;  
dale sebo a la vihuela,  
que quiero echar todo el resto.

BLAS. Vaya; largue usted las velas.

TODOS. ¡Que toma, que toma, toma!  
*(Bailan alguna cosa.)*

Salen DON JUAN y DON ANTONIO de cazadores,  
y un CRIADO con unas alforjas.

JUAN. ¡Viva la gente morena!

TERESA. Don Juan, ¿adónde va usted  
con ese equipaje?

JUAN.

¡Buena pregunta! ¿No se está viendo que voy a cazar?

TERESA.

¡Canela!  
No es eso lo que quería  
decir, sino ¿cuántas leguas  
se retira usted de Cádiz?

JUAN.

Yo no paso de la iglesia.  
Todas las mañanas vamos  
cuatro amigos a la huerta;  
tiramos quinientos tiros;  
y, luego que el sol calienta,  
nos retiramos, trayendo  
en la cinta una docena  
de gorrioncitos y alguna  
gallina que se deserta.

CURRA.

¡Jesús, señor! Yo pensé,  
como llevan bayonetas,  
coletos, botas y tantos  
cachivaches, que se fueran  
a cazar osos y lobos  
dos meses por esas sierras.

JUAN.

Nada de eso; pero todo lo que llevamos a cuestras es preciso para el campo; porque, mil veces, es fuerza atravesar un gran bosque de coles y berenjenas, y entonces con el cuchillo se va un hombre abriendo senda.

TERESA.

Dice usted bien; ¿y qué guardan las alforjas?



- JUAN. Las botellas  
y jamón, para hacer boca.
- TERESA. Vaya; descargue esa bestia,  
que estará cansada.
- JUAN. Mucho.  
Tomemos una friolera.  
(*Saca botellas y vasos, y da de beber.*)
- TERESA. ¡Brindo por los cazadores  
de la gran Puerta de Tierra!
- JUAN y }  
ANTONIO. } ¡¡¡Que viva!!!
- CURRA. Yo, por no errar,  
digo lo mismo.
- ANTONIO. Morena,  
usted sola me da golpe.
- CURRA. ¡A lo que estaba yo hecha!
- JUAN. Beba usted.
- BLAS. Pues a que Dios  
nos junte en Inglaterra.
- TODOS. ¡Arriba, arriba!
- BLAS. Al muchacho  
no es menester se lo adviertan.
- JUAN. ¿Y hacia dónde se va hoy?
- TERESA. Hoy es día de correrla,  
porque esperamos a ciertos  
sujetos; y habrá una gresca  
en esta fonda, tóo el día,  
que se junda Puerta e Tierra.
- JUAN. Pues en tirando dos tiros  
me he de venir a la fiesta.
- ANTONIO. Echemos otro traguito.
- TERESA. Ea, Blasillo; las playeras.

(*Canta Blas y todos jalean.*)

TODOS. ¡Viva, viva!

PICO. (*Saliendo.*) ¡Teresilla!

TERESA. Juan Pico, ¿por qué no llegas?

JUAN. Tome usted un trago.

PICO. Pues vaya,  
una vez que usted se empeña.  
Jesús y cruz. Se agradece.

JUAN. Usted mande cuanto quiera.

PICO. ¿No ha parecido Tomasa?

TERESA. No.

PICO. Estoy echando candela.  
¿Qué demonio de fregao  
estará haciendo esa jembra?

TERESA. Juan Pico, tenga usted pecho.

TODOS. A bailar, y fuera penas.

TERESA. Toca el ole. (*Baila.*)

JUAN. ¡Huy, qué cuerpo!

CURRA. Dale castigo.

Sale POENCO a tiempo que dejan de bailar.

TODOS. Otra vuelta.

TERESA. Ya no más.

POENCO. Oiga usted, mi alma;  
perdone usted la llaneza.

TERESA. ¿Qué se ofrece?

POENCO. ¿Me quíee usted  
hacer el gusto, siquiera  
porque he llegado a los postres,  
de menear la talega  
de los pecaos?

- TERESA. No, señor;  
porque me duele esta pierna.
- POENCO. ¿Usted no me ha conocido?
- TERESA. No, señor; ni Dios tal quiera.
- POENCO. ¡Huy, qué salero!
- TERESA. Señor;  
que se vuelve usted jalea.
- POENCO. Otras veces no; porque  
tan bonita y tan risueña  
como pongo la carita  
con las mujeres, tan fea  
se la pongo yo a los hombres,  
cuando por gusto me tientan.
- PICO. Vaya, Poenco, por Dios,  
que no se agüe la fiesta.
- JUAN. Militar; a divertirse,  
y vaya un trago.
- POENCO. Pues venga;  
lo mismo soy pa un fregao  
que pa un barrío.
- PICO. Si empiezas  
a descomponerlo todo...
- POENCO. Si me jurgan; yo quisiera  
que Dios no me hubiera dado  
tanta caliá.
- JUAN. Pues beba,  
y dejemos tonterías.
- POENCO. ¡Jesús! Vaya por la buena  
compañía, y a que Dios  
no permita que se vea  
entre estas manos ningún  
amigo mío. (*Bebe.*)

JUAN. Pues ea;  
en el ventorrillo entremos,  
y allí armaremos la gresca.

TODOS. Adentro, sí; adentro.  
(*Éntranse, tocando, en el ventorrillo.*)

PICO. Escucha  
una palabra, aquí fuera.

POENCO. Vaya, ¿qué te píce el cuerpo?

PICO. Hombre; yo aguardo una jembra  
que ando amasando, y recelo  
que al gachón que la jalea  
le dé el humo en la nariz  
y se meta por las puertas.

POENCO. ¿Y qué quieres?

PICO. Yo quería...

POENCO. Ya te entiendo. Tú deseas  
que yo le pegue a ese mozo.

PICO. De móo, que si él viniera  
solo, entonces, de hombre a hombre  
disputaremos la prenda;  
pero si trae compañero,  
ya ves tú...

POENCO. Que traiga treinta.  
Yo arrempujo las cuadrillas  
de hombres como si fueran  
manáas de pavos.

PICO. Lo sé.

POENCO. ¿Supiste tú la quimera  
que tuve por una moza  
en la calle de la Higuera?

PICO. Estaba en Arcos entonces.

POENCO. La tal era una trigueña,

gordita, bien emperná,  
con mucho aire en la trasera;  
en fin, prenda de Poenco,  
que sabe lo que se pesca.  
Pues el caso fué que el día  
de su santo, estando llena  
de vesita toa la casa,  
salió detrás de una estera  
un majo muy estirao...  
Hazte cargo de la fiema  
con que yo le miraría;  
largué entonces la botella  
que tenía entre las manos,  
le di a la gorra dos vueltas,  
me la puse, y fuime a él  
haciendo la mosca muerta.  
Desde que yo me estiré  
y le di sobre la jeta  
con la barba, conoció  
mi poer y se echó a tierra,  
rogando que le dejase  
salir vivo. ¡Si tú vieras  
aquel hombre allí temblar!  
Vaya; si fué una vergüenza.  
Entonces le dije: «Marcha,  
so mona; toma la puerta.»  
Mira, Pico; no hice más  
que tocarlo, y la mollera  
la refregó en los ladrillos.  
Vino entonces la casera  
dando gritos; y el casero  
entró con mucha fachenda;

yo lo agarré así, y rompió  
seis platos con la cabeza.  
Vaya; era tóo gritería;  
no se oía en la azotea  
más que «¡La Guardia, la Guardia!»  
Cátate que el Rondín llega,  
la patrulla, seis Ministros,  
todos entran de priesa,  
y yo, en medio de la sala:  
«Venga gente, venga, venga,  
que aquí está un hombre»; cerré,  
así que entraron, la puerta,  
y sacando el alfiler,  
les dije : «¡Bandera negra;  
un acto de contrición,  
porque ninguno lo cuenta!»  
¡Ay Pico! ¡Qué terremoto  
se armó allí! Mira; con estas  
manazas, de tres en tres  
por el balcón iban fuera;  
de modo que, en un instante,  
dejé limpia la vivienda,  
y bajé pisando gente  
como por una escalera.

PICO. Tú sabes quedar lucío  
en cualquier lance.

POENCO. ¡Me pesa  
mucho esta mano, Juan Pico!

PICO. Yo no te he visto en quimera,  
pero me han dicho que sabes  
tu obligación.

POENCO. Pué que veas,

si acaso viene ese hombre,  
del móo que se maneja  
Poenco.

PICO. Si yo lo dije.  
Cátalo allí.

POENCO. No te muevas.  
Así que pase me iré  
a la ronza; y cuando quiera  
volverse atrás, de un sopapo  
lo meto bajo la arena.

PICO. Si se ofrece...

POENCO. ¡Sonsoniche!  
Espera, Pico, a la hembra  
sin cuidado.

Sale BERLANGA de marinero, mirando a todas partes y fumando.  
Poenco saca un cigarro hecho y se llega al marinero.

BERLANGA. No la veo.  
Como la encuentre, ¡qué felpa  
la he de dar!

POENCO. Camaraíta,  
¿me quiée usted dar la candela?

BERLANGA. Tómela usted.

POENCO. Si no soplo,  
se nos apaga la mecha.

BERLANGA. Despache usted, melitar.

POENCO. Si estos pitos son de yerba.  
Se agradece, camará.

BERLANGA. Vaya usted con Dios.

PICO. Las telas  
del corazón se me cansan

de aguardar. ¿Qué hará esta jembra,  
que no viene?

POENCO. Camaráa;  
hágame usted la fineza,  
porque esta flauta no toca.

BERLANGA. En Matagorda hay candeia.  
Chúpese usted las quijadas  
hasta llegar. ¡Eh! Najencia.

POENCO. ¡Si no habla usted de veritas!

BERLANGA. Yo jamás gasto chanela.  
Vuélvase usted para atrás,  
o le aplico a usted la tiente  
por un ijar.

POENCO. Se acabó.  
¿Usted, sin duda, desea  
que yo le haga el favor  
de najarme? Ya está hecha  
la gracia. Mande otra cosa.

BERLANGA. Déjeme usté, y no me muela.  
*(Vase Berlanga, y Poenco se queda mirán-  
dolo, en jarras y menedndose.)*

PICO. ¿Qué ha sido eso, Poenco?

POENCO. ¿Qué ha e ser? ¡Las cosas!...

PICO. ¿Lo dejas?  
¿Por qué no lo sigues?

POENCO. Hombre;  
si en un instante la oveja  
conoce al lobo.

PICO. ¿Qué hubo?

POENCO. Sobre que algún santo ruega  
por estas monas.

PICO. Despacha;



¿qué dijiste?

POENCO.

Nueve letras :

«¡Que te pego!»

PICO.

¿Cómo fué?

POENCO.

Naíta; me fuí a la oreja  
y le dije : «Camará;  
tire usted por la derecha,  
que le quiero platicar.»  
Al punto, comó una cera  
me respondió : «¿Tiene usted,  
melitar, algo en que pueda  
yo servirlo?» «No, señor;  
lo que yo quiero es que sepa  
que, en volviéndome a pasar  
por aquí...» Crují las muelas  
y me puse un poco feo;  
pues mira, Pico, por éstas  
que como una criatura  
iba a llorar; dile suelta  
de caría, y me juró  
irse de Puerta de Tierra.

PICO.

Mejor; con eso cesaron  
los tapujos; mas, espera,  
ya viene allí la real moza  
que me tiene muerto.

POENCO.

Buena

ropa. Sobre que parece  
que yo quiero conocerla.

TOMASA.

(*Saliendo.*) ¡Señor Pico!

POENCO.

¡Tomasita!

TOMASA.

¡Jesús, señor! ¿Qué culebra  
le ha picao? ¡Caracoles!

que me ha deshecho la oreja  
con ese grito.

POENCO. ¡Qué gusto,  
si hubiera sido una piedra  
de diez arrobas!

TOMASA. En ese  
hocico de perro e presa.

PICO. Poenco, ¿qué ha sido esto?  
¿Qué te ha dao?

POENCO. Si no fuera  
porque eres, Pico, mi amigo,  
abriera un hoyo en la tierra  
y enterrara a esa mujer  
pa que jamás pareciera.

PICO. Estando yo aquí, Poenco,  
naide a esta mujer le llega.

POENCO. ¿Y tú te quieres medir  
con Poenco?

PICO. Aunque tuvieras  
más uñas que un gavilán,  
sabría Pico defenderla.

TOMASA. Pero ¿a qué viene, señor,  
este empeño? ¿Usted navega  
en mi serení? ¿Juré  
comer, mientras que viviera,  
el pan de munis? Prontito;  
diga usted, ¿por qué me cela?

POENCO. Porque basta que hayas sido  
en otro tiempo mi prenda,  
para que naide... No me hagas  
hablar, porque me hormiguean  
ya las manos... ¡Ay, Juan Pico,

que esto parará en tragedia!

TOMASA. ¿En tragedia? ¡Vaya, vaya;  
que el hombre se vuelve lengua!  
Sobre que tiene este guapo  
cara de madera vieja,  
porque todos la sacuden  
y siempre está cenicienta.

POENCO. ¿A que lloras, Tomasita?

TOMASA. ¿A que no?

POENCO. ¿A que te pesa?

TOMASA. ¿De qué modo?

POENCO. ¿Quieres verlo?

TOMASA. Haga usted que me divierta.

POENCO. Ahora lo verás : camina  
pa Cádiz, so retrechera.

TOMASA. No quiero.

PICO. ¡Mía, Poenco,  
que se me tapan las venas  
del mieo! ¡Cuenta conmigo!

POENCO. ¡Pico; mira que te lleva  
la Cariá!

PICO. Náa me importa.

TOMASA. No temas; que es un fachenda.

POENCO. ¡Que te lastimo!

PICO. ¿A que no?

POENCO. No me hagas ir a la iglesia.

PICO. Yo quiero morir.

POENCO. ¡Pobre hombre!  
¿Quién te ha engañao?

PICO. ¿Me pegas  
o te pego? ¿Qué se hace?

POENCO. No quiero; me da vergüenza

- de meterte a ti la mano.
- PICO. ¡Voto a los diantres; que llega  
mi mujer!
- TOMASA. Bien dije yo,  
que la función sería buena.
- LORA. (*Saliendo.*) Hombre, ¿conque, en vez de ir  
a trabajar a la tienda,  
te vienes a pasear  
con pelanduscas?
- TOMASA. So puerca;  
tenga usted mejores modos.
- PICO. Mujer; valga la prudencia.  
La señora no es náa mío.
- LORA. ¿Pues qué haces tú aquí con ella?
- TOMASA. ¿Connmigo? Nada; y así  
puede cargar con la prenda  
si se le antoja, que yo  
no gusto de llevar cerca  
contrabandos.
- PICO. ¿Lo ves, Lora?  
Yo vine a una diligencia,  
y me puse a platicar  
con el melitar.
- LORA. ¿Tú piensas  
que yo he bailao en Belén?  
Melitar, ¿habla de veras?
- POENCO. Yo no sé náa. Sólo digo  
que si de aquí no se lleva  
a su marío, puée que luego  
vaya en unas *parigüelas*.
- PICO. ¿Qué estás platicando?
- LORA. ¿Cómo?

¿Por qué causa?

POENCO.

Por frioleras,  
ya se ve...; cuando hay mujeres  
de por medio... ¡Y con quién pega!  
Con Poenco. ¡Ay, ay, ay, ay!  
¡Que tengo el alma más negra  
que un alquitrán!

LORA.

¿Lo ves, hombre,  
cómo es cierta mi sospecha?

PICO.

Tú, endino, tienes la culpa.

*(Pico saca una navaja; Lora se abraza a él, que forcejea para embestir a Poenco; y éste, con un cuchillo, se pone en la otra punta del tablado.)*

POENCO.

¡Que te canto el *Requientérnam*,  
pobre Pico!

TOMASA.

Yo me río  
de ver esto.

PICO.

¡Mujer, suelta!

LORA.

¡Por amor de Dios!

POENCO.

¡Tomasas;  
déjeme usted una vereas;  
que ese hombre ha de morir  
aunque el mundo lo defienda!

TOMASA.

Hijo, el camino está limpio;  
pase usted.

PICO.

Mira, fachenda;  
la cara te he de cortar. *(Forcejea.)*

LORA.

¡Hijo mío, no te pierdas!

POENCO.

¡Dios te perdone, Juan Pico!

LORA.

¡Que se matan!

TOMASA.

¡Linda fiesta!

- TODOS. (*Saliendo del ventorrillo.*)  
¿Qué es esto?
- HOMBRES. Téngase usted,  
militar.
- POENCO. ¿Si no hay quien puea  
con Poenco!
- TERESA. Sosegarse.  
¿Qué ha habido aquí?
- POENCO. Náa; desea  
comer tierra el señó Pico.
- PICO. ¿Para qué es mover la lengua?  
¡Ya nos veremos!
- TERESA. Tomasa,  
¿por qué ha sido la quimera?
- TOMASA. ¿Qué quimera? Si éstas son  
chulaítas de la feria.  
Este señor melitar,  
como se le va la fuerza  
por la boca, comenzó  
con hablaurías; la gresca  
se enzarzó; los dos leones  
sacaron las herramientas;  
y Poenco lo auxilió,  
lo oleó, cantó el *Requiescat*;  
pero el otro no se quiso  
morir, por no aguar la fiesta.
- LORA. Vámonos a Cádiz, hijo.
- PICO. Mira, mujer, no me muelas.
- JUAN. Esto se acabó, señores;  
dense las manos, y beban  
a mi salud.
- POENCO. Por mi parte

- no se toca la materia.
- LORA. Ni por la de mi marío.
- TERESA. Pues saco las castañuelas.
- JUAN. Militar; vaya esta uvita. (*Le da el vaso.*)
- POENCO. Una vez que usted se empeña...  
Hágame usté el corto equis,  
señá Tomasa.
- TOMASA. Se aprecia.
- POENCO. No me haga usté una trastá.
- TOMASA. Se me sube a la cabeza.
- POENCO. Tóquelo usted con los labios.
- TOMASA. ¡Ea, la gente ligera!  
No me da gana; lo dije.
- POENCO. ¿Conque de móo y manera  
que me hace usté ese desaire?  
(*Sale Berlanga, le quita el vaso y bebe.*)
- BERLANGA. No, señor; que hay quien lo beba.
- POENCO. ¡Buen provecho! Eso me gusta;  
no dejar la gente fea.
- BERLANGA. Señá Tomasa; me alegro  
que usted también se divierta.
- TOMASA. Hago muy bien, pues se muere  
mucha gente de tristeza,  
y yo al hoyo quiero irme  
con panderos y vihuelas.
- PICO. Señor Berlanga, ¿por qué  
ha faltado a la promesa  
que le hizo usté al melitar?
- BERLANGA. Vaya, que usted se chancea.  
¿Que le prometí al señor?
- PICO. Apartarse cuatro leguas  
de este sitio.

- BERLANGA. Camará,  
¿usted me ha impuesto esta pena?
- POENCO. ¿No se acuerda usted?
- BERLANGA. Yo no.
- POENCO. Puede ser que no lo oyera.  
Vaya; no hay náa perdío.
- BERLANGA. No, señor; en la hora mesma  
me largo yo. Déme usted  
un traguito.
- JUAN. Y cuantos quiera.
- BERLANGA. Melitar; tóquelo usted.
- POENCO. Con mucho gusto.
- BERLANGA. A la leva.  
(*Le tira de la chupa y le dice al oído*):  
Nájese usted, que tenemos  
que platicar.
- POENCO. Si es quimera,  
no me toque usté a la ropa,  
que echo fuego.
- BERLANGA. Se desea  
verlo.
- POENCO. Pues apure usted. (*Le da el vaso.*)
- JUAN. Señores; que las almejas  
aguardan. Vamos adentro.
- TOMASA. A divertirnos, Teresa;  
que la sangre que aquí corra  
no ha de mancharnos las suelas  
de los zapatos.
- TERESA. Bien dices.  
Blas; araña la vihuela.  
(*Se entran en el ventorrillo, y quedan Ber-  
langu y Poenco.*)



BERLANGA. ¡Melitar!

POENCO. ¿Qué quiere usted?

BERLANGA. Vamos ajustando cuentas.

¿Cuándo le he dado palabra  
de no pasar por la vera  
del ventorrillo? Hable usted  
bajito; que no se sienta.

POENCO. Si ha sido todo una chanza...

Mire usted: Pico babea  
con la Tomasa; mas, como  
ese mono luego tiembla,  
me pidió que lo amparase  
cuando vió la chamarreta.  
Ya se ve; yo, por reirme,  
le pedí a usted la candela  
y le dije tóo aquello...  
La verdad, son cosas nuestras;  
los que tenemos las manos  
muy pesáas, usamos estas  
humoráas.

BERLANGA. ¿Conque ese mueble  
anda detrás de la jembra?

POENCO. ¿Pensaba usted que era yo?

¡Ay zorongo! Pues si fuera  
la Tomasa mi compinche,  
¿no probáramos las fuerzas  
ahora mismo? Camará;  
justé y yo para otros treinta!

BERLANGA. Pues hoy mismo le he de dar  
a ese mozuelo en la jeta  
con un zapato.

POENCO. Bien hecho.

*(Sale Pico del ventorrillo.)*

¿Sabe usted lo que hice en Ceuta?

PICO. ¿De qué se platica aquí?

BERLANGA. ¿De qué ha de ser? De la puerca de Tomasa, y de su majo el señor Pico.

PICO. La lengua que lo dijo merecía estar colgada en la puerta del muelle. Y ya que ha charlado el señor, ¿por qué no cuenta que fué mueble de Tomasa, y que ha querido pendencia conmigo tan solamente porque la traigo a la fiesta?

BERLANGA. Melitar, ¿eso tenemos? Pues saque usted la herramienta, que después que lo rebañe entraré con lo que queda.

POENCO. ¿Conque quiere usted reñir?

BERLANGA. No me voy sin una oreja.

POENCO. Mire usté que soy muy duro, y que he mandao a la tierra mucha gente.

BERLANGA. Si yo quiero que usted me mate.

POENCO. Pues ea; no quiero que usted se quede con la gana. ¡Ropa fuera!  
*(Se quita la chupa.)*

PICO. ¿Conque yo me sigo luego?

BERLANGA. Usted, y más que vinieran.

- POENCO. Camará; ya estoy de boda.  
Pero, primero, usted advierta  
lo que hace. ¡Mire usted  
que yo juego esta lanceta  
con mucho tino; cuidado,  
que al que le tiro, resuella  
por el mondongo.
- BERLANGA. Ande usted,  
y cuide de su zalea.
- POENCO. Si ha de ser, Pico, hazte a un lado.  
¿Está usted ya?  
(*Se ponen frente uno de otro, con las chupas  
en el brazo.*)
- BERLANGA. Cuando quiera.
- POENCO. ¡Pues encomiéndate a Dios!
- BERLANGA. ¡Ahora lo verás!
- POENCO. Espera. (*Se detienen.*)
- BERLANGA. ¿Qué se ofrece?
- POENCO. Camará;  
mire usted que mi primera  
entrá no la ha resistió  
ningún hombre, y que en la jeta  
le he visto a usted la herraura  
de la muerte.
- BERLANGA. ¡Habrás fachenda!  
¡Defiéndete, que te tiro! (*Se tiran.*)
- POENCO. ¡Que te mato, si te acercas!
- PICO. ¡Asegúralo, Poenco!
- POENCO. ¡Que expiras como arpa vieja!  
(*Salen los del ventorrillo, y el Oficial por  
otro lado.*)
- TODOS. ¿Qué es esto?

- OFICIAL. ¡Qué picardía!  
Todo el mundo se detenga.  
¿Qué ha sido esto?
- TOMASA. Que el señor  
anda buscando quimeras,  
sólo por la vaniá  
de que le den en la jeta.
- OFICIAL. Militar; vaya usted preso  
a la Prevención.
- POENCO. No crea,  
mi Teniente, a esa mujer,  
que está quemá.
- TOMASA. ¿Yo? ¡De veras!  
Calle usted, boquita. Vaya,  
que me da la pataleta...  
¡Ay, que perdí los dos cuartos  
de las sobras! Azucena;  
maldita sea esa cara;  
no me deje usted por puertas.
- POENCO. ¡Si está usted quemáa, quemáa!
- OFICIAL. Vaya usted preso, y no vuelva  
a replicar.
- POENCO. Mi Teniente,  
¡válgame Dios, qué dureza!  
Si hubiera usted camelao  
un día, diez, veinte o treinta  
(pongamos la comparanza)  
a una señora Marquesa  
muy salá, però endinota,  
y luego un Conde viniera  
y le ijese: «Camará,  
Su Señoría chorrea

OFICIAL. por mi cuenta», ¿qué haría usted?  
¿Y usted compararse intenta  
conmigo?

POENCO. Yo creo que tóos,  
en llegando a esta materia,  
hacemos los mismos gestos  
y muchos más, si se juega  
con una buena baraja,  
ya ve usted, como esta jembra...

TOMASA. Señor Teniente; ese hombre  
no sabe lo que chanela.  
Es verdad que, en otro tiempo,  
entró y salió en mi vivienda;  
¡cabal! Me gustaba entonces;  
porque ya se ve, las jembras  
muchas veces semos locas  
y nos pagamos de bestias  
como el señor (que Dios guarde).  
Pero se cayó la venda:  
lo miré con reflexión  
a la cara, y dije: «Ea,  
no quiero ya mascarones  
a mi lao; pasa fuera.»  
Dile con el pie, y se fué  
a poner en almonea.  
Conque así, no habiendo causa,  
fué excusada la pendencia.

POENCO. Mire usted, doña Tomasa;  
dice un refrán de mi tierra:  
«Dos cuervos que se conocen,  
desde lejos se hacen fiestas.»

OFICIAL. No quiero oír más dislates.

Váyase usted.

POENCO.                               ¿De manera  
que no voy preso?

OFICIAL.                               Si vuelvo  
a saber que anda en quimeras,  
le he de podrir en el cepo.

POENCO.   Señor Teniente, usted pierda  
cuidado. Viva este mandria,  
una vez que usted se empeña.  
Señores, nadie me jurgue;  
miren que el Teniente ordena  
que no mate. Es menester  
andar un hombre sin lezna,  
porque esta mano..., ¡esta mano!...  
Me voy de Puerta de Tierra.  
¡Ay, qué calía que tengo!  
Conmigo naide campea;  
naide, naide, nengunito,  
que tengo el alma muy negra. (*Vase.*)

TERESA.                               ¡Gracias a Dios que se fué  
ese arrastrao!

JUAN.                               El que quiera  
seguirme, verá qué pronto  
caen al suelo una docena  
de gorriones.

TERESA.                               ¿Sí? Pues vamos.  
Andaremos por las huertas.

JUAN.                               Señor Oficial; si quiere  
divertirse, la escopeta,  
la provisión, la persona,  
todo estará a su obediencia.

OFICIAL.   Acepto el ofrecimiento.

TERESA. ¿No vienes, Tomasa?

TOMASA. Es fuerza  
acompañar al señor  
hasta la lancha.

BERLANGA. A la leva.

TOMASA. Ven, salado. Mi mantilla  
tiene que ser tu bandera.

PICO. Yo me najo.

LORA. ¿Adónde vas?

PICO. ¡Estoy echando centellas!

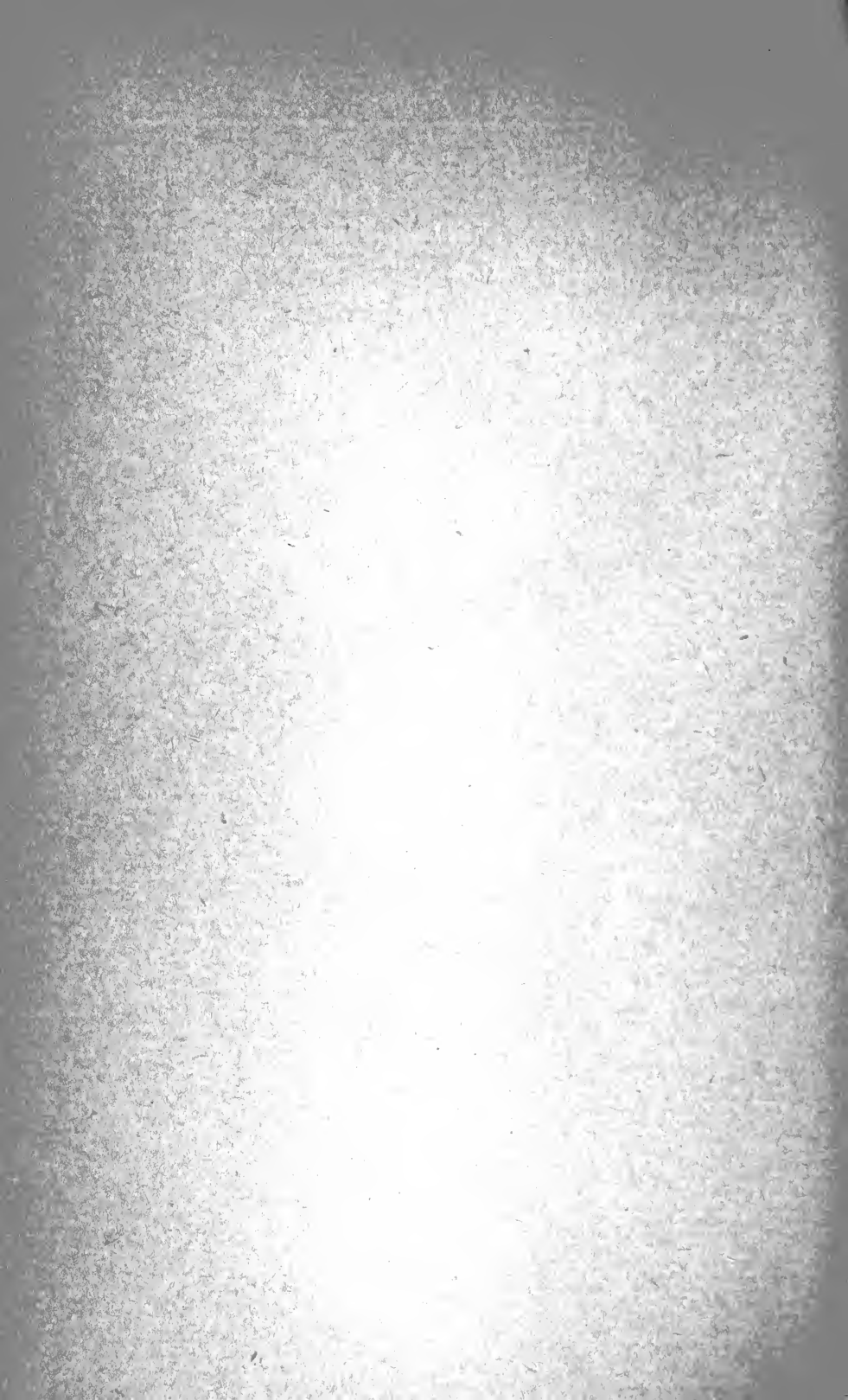
TERESA. Pico, deja pesadumbres.

TODOS. Vámonos, pues, a las huertas.

TERESA. Vámonos, pidiendo todos...

TODOS. Perdón de las faltas nuestras.

FIN





# EL SOLDADO FANFARRÓN

SAINETE

---

TERCERA PARTE

## PERSONAS

POENCO, soldado.

PANZACOLA, tambor.

UN OFICIAL.

UN CABO.

CURRO FRIJONES.

TOMASA, maja.

LORA, maja.

UN MONTAÑÉS.

UN CRIADO.

# EL SOLDADO FANFARRÓN

## TERCERA PARTE

---

Una taberna con dos mesas; y mostrador, con embudo, vasos, etc.  
Sale el TAMBOR.

TAMBOR. Mira, Montañés; ¿has visto  
si ha estado aquí aquel soldado  
de ayer tarde?

MONT. ¿Quién? ¿Podenco?

TAMBOR. Ese propio.

MONT. ¡Toma! Cuatro  
o cinco veces no más.

TAMBOR. ¿Si volverá ese borracho?

MONT. No tardará; porque nunca  
deja la esquina.

TAMBOR. Este barrio  
le gusta mucho.

MONT. Yo creo  
que tiene su contrabando  
aquí a la vuelta.

TAMBOR. Me alegro.  
Échame del abocado  
lo que tú sabes. ¡Qué frío!

Si yo no bebo, me cuajo.

Tu, tu, tu, tu.

*(Al pedir medio, el Montañés lo echa en el vaso, y el Tambor se restriega las manos, como que tiene frío.)*

MONT.

Tome usted.

TAMBOR.

¡Jesús, y no me haga daño!

*(Estando bebiendo, sale Poenco y hace señas al Montañés de que él paga.)*

Toma una peseta, y dame poco cobre.

MONT.

Está pagado.

TAMBOR.

¿Cómo? ¿Quién es el garboso?

*(Le ve.)* Señor Poenco, mil años; y mande usted a la persona.

POENCO.

Cachirulo, dame un trago.

Vaya; si quíes enjuagarte, que te despachen.

TAMBOR.

Canario;

que parece que has venío en la flota.

POENCO.

Yo no gasto

dolores, porque a mí siempre me sobra un redondo.

TAMBOR.

Vamos;

¿qué minilla has descubierto?

POENCO.

Una moza que ahora ha dado en regalarme.

TAMBOR.

¿De veras?

Hombre, dime: ¿con qué gancho las agarras?

POENCO.

¿Yo? Tan sólo

con espantarles los majos.  
Ya se ve; como al instante  
que estornudo en cualquier cuarto,  
hay hombre que sale a gatas  
por la puerta, yo me ensancho  
y lo ocupo tóo.

MONT. (*A Poenco.*) Ahí va medio.

POENCO. ¿Tú no quieres?

TAMBOR. Yo no hago  
a los amigos desaires.  
Tráeme a mí del abocado.  
Hombre, la verdad, me gustas  
por lo jaquetón.

POENCO. Soy malo,  
Panzacola. Soy muy duro.  
¿No me miras esta mano?  
Al hombre que yo le tiro,  
como si fuera jugando,  
un pesco, muelas y dientes  
tiene que pedir prestaos  
para comer. Mira; el día  
que, en casa de la que trato,  
puse yo el pie...

MONT. Vaya medio.

(*Le da el vaso.*)

TAMBOR. ¿Es Teresilla Cenacho?

POENCO. Si tengo yo mejor gusto.

TAMBOR. No, que Teresa es buen paño.

MONT. El primero no moler.

POENCO. Si hablas más, te despampano  
de un sosquín.

MONT. Poca fachenda.

- POENCO. ¿Qué has dicho, tunante?
- TAMBOR. Vamos;  
esto se acabó, Poenco.  
Cachirulo, dame el vaso  
y nájate.
- POENCO. Mira tú  
con quién se metía.
- TAMBOR. Al grano.
- POENCO. Vaya; si tú no te pones  
por delante, yo le aplasto  
como una breva.
- TAMBOR. Dejemos  
eso y volvamos al caso.
- POENCO. Pues, señor; cuando yo entré,  
estaba un jaque sentao  
con su pañuelo celeste  
en la cabeza, un peazo  
de montera en el pïojo,  
y su cigarro en la mano.  
Yo lo miré y me reí;  
la verdad, soy muy pesao,  
porque me gusta tentar  
la gente guapa.
- TAMBOR. Si el diablo  
eres tú.
- POENCO. Pues, como digo,  
al punto que vió el descaro  
con que me arrimé a la moza,  
comenzó medio atufao  
a cantar el jole!
- TAMBOR. Yo  
le hubiera dao un sopapo

sobre la jeta.

POENCO.

Verás.

Pues, señor; estaba el guapo  
haciendo muchas monás,  
cuando en esto que me alzo,  
me tuerzo el bigote; y, mira,  
se quedó al punto más blanco  
que un papel; mas con chuláa  
le dije : «Salero; bajo,  
que me duele la cabeza  
y se me ajuma el pescao.»  
Entonces me respondió :  
«De manera que yo canto  
por divertirme; y, así,  
a naide se le hace daño.»  
Mía, Panzacola : yo  
no supe cómo ni cuándo  
voló aquel hombre; lo cierto  
que le eché mano al zancajo,  
y en un ¡Jesús! lo tiré  
desde la puerta hasta el caño.

TAMBOR.

Muy bien hecho.

POENCO.

Si yo tengo

tan duro como un guijarro  
el corazón.

TAMBOR.

¿No bebemos?

POENCO.

Vaya un brindis; ten cuidao.  
A la salud de una jembra  
por quien mi cuerpo ha pasao  
muchísimas las fatigas,  
pena negra y sobresaltos.

TAMBOR.

Pues vaya.

- LORA. (*Sale de maja.*) Señó Poenco;  
que pruebe yo de ese vaso.
- POENCO. Salero; si sabe usté  
que Poenco está expirando  
por ese cuerpo.
- LORA. Pues ea;  
al momento venga un trago,  
antes que venga Tomasa  
y nos pegue.
- POENCO. Si le he dao  
yo la baja a esa mujer.  
Es verdad que me ha gustao;  
pero, ya se ve, las cosas  
no pueden durar cien años.  
Además, que los quereres  
entre las jembras y machos  
son como la treinta y una,  
que a cada momento hay paso.  
Ella se fué; y yo me alegro,  
desde que encontré ese garbo...
- TAMBOR. ¿Quién es ésta? (1)
- POENCO. La del majo  
que te conté.
- TAMBOR. ¡Buen pellejo!
- POENCO. Vamos, Lora; hagamos rancho;  
que esto va despacio.
- LORA. Yo,  
la verdad, estoy temblando  
no venga esa moza y haga

---

(1) Falta un verso en todos los ejemplares consultados, quizás por descuido del autor.



en la taberna un estrago.

POENCO. ¡Ay! ¿Qué queremos nosotros?  
¡Montañés!

MONT. ¿Qué hay?

POENCO. Volando;  
café a esta niña.

LORA. Si yo  
quiero del que está en la mano.

POENCO. Salero, ¿tanta fineza  
con mi cuerpo?

LORA. Me ha gustao.

POENCO. Mire usted que huelo a almizcle  
cuando estoy celoso.

LORA. (*Tomándole el vaso.*) Vamos,  
despache usted, que Tomasa  
puée venir.

POENCO. ¿Piensa usted, acaso,  
que yo me asuste? Si viene,  
le limpia a usted los zapatos.

TAMBOR. ¡Calla; que viene!

POENCO. Que venga.  
Yo, lo que digo lo hago.  
¡Míe usted quién! ¡Ay Poenco,  
que tienes muy malos cascós!

Salen TOMASA y CURRO.

TOMASA. ¡Puf; cómo jiede a cochambre!  
¿Se ha freído aquí pescao,  
Montañés?

MONT. En la otra esquina.

CURRO. Siéntate aquí en este banco.

TOMASA.      Bebamos pronto, y najencia;  
que mi genio no es parao.

LORA.          ¡Qué amarillo que está usted  
porque viene con su majo  
la Tomasa!

POENCO.                      Es su marío,  
que llegó antier en un barco  
de Veracruz.

TAMBOR.                      ¿Lo conoces?

POENCO.      Lo mesmito que a mis manos.  
Si le llaman por mal nombre  
Curro Frijones.

CURRO.      (*Al Montañés.*) Un trago  
de buen gusto pa los dos.

TOMASA.      Sobre que apesta esto a rancio.  
Algún demonio, sin duda,  
ha reventado en el barrio.

TAMBOR.      Eso lo dice por ti.

POENCO.      ¡A que los pongo en el palo!

LORA.          Calle usted.

POENCO.                      Si sólo quiero,  
con dos chuláas, quemarlos.  
Montañés; dame una libra  
de frijones.

TAMBOR.                      ¡Si es el diablo!

CURRO.      Melitar; le advierto a usted  
que yo con nenguno gasto  
chanzas pesaás.

POENCO.                      Camará;  
diga usted quién le ha llamao.

TOMASA.      Usted, que es un baladrón  
provocativo.

POENCO.                        ¡Yo! ¿Cuándo?

Salero; si yo pedía  
los frijones para el rancho.

CURRO. Melitar; le advierto a usted que yo con nenguno gasto chanzas pesáas.

POENCO. Me parece  
que usted tiene algún empacho  
de frijones.

TOMASA. ¡So petate!  
 ¿Quiere ver cómo le planto  
 los dedos en el jocico  
 de mastín?

POENCO. > ¡Huy, huy, qué garbo!  
¡Viva el frijón!

CURRO.                      Melitar;  
le advierto a usted que no gasto  
chanzas pesáas.

TOMASA. Vaya usted  
a jugar con esos trapos  
con quien trata.

LORA. ¡So muñeca;  
hable usted bien o le arranco  
los grifos!

TOMASA.                    ¿A quién? ¿A mí?  
Tiene usté los dedos blandos,  
y tengo el alma muy dura.

LORA. Es que yo tiro por bajo.

TOMASA. Y yo lo repaso todo. (*Se arañan.*)

POENCO. ¡Soniche; que por un saco  
de frijones no se pierde  
la gente!

- CURRO.                               Que yo no gasto  
  chanzas pesáas.
- POENCO.                               ¿Usté quiere  
  que yo le siente la mano?
- TOMASA.                               ¿A mi marío, so mueble!
- POENCO.                               ¡Eh, fuera; que lo remato!
- TAMBOR.                               Tente, Poenco.
- TODOS.                                ¡A la Guardia!
- CABO.                                 *(Sale dando varazos.)*  
  ¡Fuera de aquí!
- TOMASA.                                ¡Señor Cabo;  
  téngase usté!
- LORA.                                 ¡So demonio;  
  que me ha roto usté los brazos!
- CABO.                                 ¡Fuera, o les tiendo la vara!
- CURRO.                                Señor Cabo; yo no gasto  
  chanzas pesáas.
- TOMASA.                                Ahora mismo  
  voy al Teniente, en un salto,  
  a ver si así se apalean  
  las mujeres.
- LORA.                                 A quejarnos  
  iremos las dos.
- CABO.                                 Yo voy  
  a decir que les he dado.
- TOMASA.                                Vámonos, Curro.
- CURRO.                                 ¿No basta  
  el decir que yo no gasto  
  chanzas pesáas?
- TOMASA.                                Corriendo;  
  ven conmigo.
- POENCO.                                Señor Cabo;

sobre que la desazón  
no compone ni un puñado  
de frijones.

TOMASA. ¡Yo me quemo!

¡Anda con cuarenta diablos! (*Vanse.*)

LORA. (*Al Cabo.*) Mire usted, cara de rosa;  
he de tener el gustazo  
de que duerma usted en el cepo. (*Vase.*)

POENCO. Montañés; despacha al Cabo.

¡Vaya si ha tenido gracia  
para repartir los palos!

CABO. De manera, que yo entré,  
y como los vi agarrados...

POENCO. Hizo usted lo que debía.  
Eso me gusta. En llegando  
la ocasión, dar con salero.  
Sobre que al primer varazo  
que sentí, dije: «Este hombre  
es de los míos.» ¡Canastos!  
¡Si al segundo lapo estuve  
por haberle a usted chillao!

MONT. Ya están aquí tres chiquitas.

POENCO. Y todas tres yo las pago.

TAMBOR. ¡Señó Cabo, a su salud.

POENCO. ¡Por la de tóos!

CABO. Ahora vamos  
a casa de mi Teniente;  
no le metan en los cascos  
un embuste.

TAMBOR. Si se ofrece,  
yo diré cuanto ha pasao.

POENCO. Yo vivo en el calabozo

lo mismo que en un palacio.  
Conque churrús, y marchemos.

CABO. Charlar poco y con cuidao. (*Vanse.*)

Salón corto. Salen el TENIENTE y un CRIADO, y llaman.

TENIENTE. ¿Qué ruido es éste, Benito?

CRIADO. Señor; están en el patio  
dos mujeres que pretenden  
hablar a usted.

TENIENTE. Bribonazo,  
¿por qué las detienes? Marcha,  
y llámalas.

CRIADO. Ya en el cuarto  
se cuelan.

TENIENTE. Pues vete afuera,  
y atiende por si te llamo.  
(*Vase el Criado y entran Lora, Curro y  
Tomasa.*)

TOMASA. Tenga usted muy buenos días.

TENIENTE. ¿Qué se ofrece, niñas?

LORA. Vamos;  
yo lo diré en dos palabras.

TOMASA. Yo canto como un canario;  
conque así, cierre usted el pico  
hasta que haya yo acabao.  
Pues, señor; yo entré en la tienda  
por darle gusto al borracho  
de mi marío... ¡Maldito;  
ya jamás contigo salgo!  
En fin; la señora estaba  
con Poenco, aquel soldado

quimerista que en el cepo  
vive casi todo el año.  
Así que nos vió el tunante,  
le pidió con gran descaro  
frijones al Montañés,  
porque los pillos del barrio  
han dao en llamar así  
a mi marío.

CURRO. Y no gásto  
chanzas pesáas.

TOMASA. Finalmente,  
que nos fuimos agarrando  
de palabras. La señora  
levantó también el gallo;  
yo me enardecí; Poenco  
al instante metió mano  
al chisme; en fin, ya se ve,  
se alborotó todo el barrio;  
y, estando metiendo paz,  
entró el cabo Sacatrapos  
repartiendo tanta leña,  
que todos juntos bailamos  
sin gana. ¡Vea usted qué hombre  
tan infame! ¡Haber faltao  
al respeto de las naguas!  
¡Vaya; si el dichoso Cabo  
me trató como a un recluta!  
¡Endinote! ¡A mí varazos,  
cuando en saliendo a la calle  
no hay gallego ni soldao  
que no me requiebre! ¡Vaya,  
que el tal Cabo se ha portao!

Téngale usté, mi Teniente,  
en el calabozo un año.

LORA. Yo con dos meses de cepo  
me contento.

CURRO. Yo no gasto  
chanzas pesáas, mi Teniente.

TENIENTE. Ahora mandaré a llamarlo.  
¡Benito!

CRIADO. (*Saliendo.*) ¡Señor!

TENIENTE. Que venga  
aquí el cabo Sacatrapos.

CRIADO. Con Poenco está a la puerta.

TENIENTE. Diles que entren. (*Vase el Criado.*)

LORA. El tal Cabo  
me la ha de pagar.

TENIENTE. Ahora  
se sacará en limpio el caso.

Salen el CABO y POENCO.

CABO. Mi Teniente, mande usté  
cuanto guste a su criado.

TENIENTE. Dígame usted: ¿por qué causa  
ha levantado usté el palo  
a estas niñas?

CABO. Fué la suerte  
que yo entré precipitao;  
y, como vi un pelotón  
de gente, fué necesario  
apartarla para ver  
lo que era.

TENIENTE. Ya sé yo el caso;



y sé que el señor Poenco  
tiene la culpa.

POENCO. Mi Cabo,  
¿qué le decía yo a usted?  
Poco me falta pa santo;  
y, ni por ésas. Paciencia;  
más sufrió Poncio Pilatos,  
y era mejor que no yo.

TENIENTE. No se haga usted el mojigato,  
que bien le conozco. Diga:  
¿por qué causa a este paisano  
le ha llamado usted Frijones?

POENCO. Mi Teniente; que es un falso  
testimonio. Yo pedí  
frijones para un guisao,  
y al instante se picó  
ese mocito. Paisano;  
¿podrá usted jurar que yo  
jamás le he frijoneao?  
¿Chanela usted, señor Curro?

CURRO. Si yo he dicho que no gasto  
chanzas pesáas.

TENIENTE. Y después,  
¿por qué quiso usted matarlo?

POENCO. ¿Yo matarlo? Mi Teniente,  
ni siquiera le he tocao.  
Es verdad que le di un soplo  
y lo tiré contra un banco;  
pero ¿qué se le ha de hacer?  
Yo tengo, por mis pecaos,  
la falta de resollar  
un poco recio.

- TOMASA. Es engaño;  
que le dió usté un pechugón.
- POENCO. Señá Tomasa; me espanto  
de que usté me perjudique,  
cuando yo y usté... Me callo,  
porque basta que el señor  
sea su marío...
- CURRO. Y no gasto  
chanzas pesáas.
- TOMASA. ¿Cómo es eso?  
¿Qué es lo que está usté charlando?  
Mire usté lo que se raja,  
porque yo tengo a mi lao  
a mi marío, y nenguno  
puede decir náa malo  
de la Tomasa. ¡Caramba;  
que eso es bueno pa los trapos  
con quienes trata!
- LORA. Señora;  
mire que, aunque no tengamos  
fantasmas que nos defiendan,  
nos sale por los zancajos  
la honra.
- TENIENTE. Basta de riña.
- POENCO. Si éstos son lances rodaos;  
porque, como dice el moro:  
*Sangre jerve.*
- TENIENTE. ¡Buen descarol!  
¿Cuándo ha de ser usté bueno,  
señor Poenco?
- POENCO. ¿Yo malo?  
¡Válgame Dios, mi Teniente!

TENIENTE. ¿Qué está usted hablando?  
¿Qué tiene que ver ahora  
su enfermedad con sus malos  
procederes?

De manera  
que mi sargento Calaños  
me tiene un poco de tirria  
desde que un día en el campo  
llegó una moza y me dió  
una punta de cigarro  
que fumaba; ya se ve;  
esto no es ningún pecao  
contra Ordenanza; y con tóo,  
ese hombre me ha tomao  
entre ojos ya, de manera  
que estoy casi todo el año  
de plantón. Y sobre tóo,  
soy un hombre muy honrado.  
Jamás he robado a naide.

Que digan tóos los soldados  
si a mí me han dado baquetas  
o me han arcabuceado;  
porque yo...

TENIENTE.                   Pues yo prometo  
pudrirle en el cepo.

POENCO.                   Vamos,  
mi Teniente; advierta usted  
que en siete años que cargo  
con la santa beca, nunca  
en el cuartel he faltao  
a la lista; apuramente  
estoy yo siempre pensando  
en el servicio. Que diga  
la Compañía si acaso  
hay quien tenga más aseo.  
Vea cuál tengo las manos  
de refregar los botones  
y el fusil. Pero Calaños,  
mi sargento, ¡vaya!, el hombre  
totalmente se ha empeñado  
en perseguirme... Paciencia,  
y que viva muchos años;  
porque cero mata cero,  
y cero mata al soldao.

TENIENTE. No hable usted mal del Sargento,  
que es un hombre muy honrado.  
Yo sé bien quién es usted,  
y he de ponerlo más manso  
que una oveja.

POENCO.                   Mi Teniente;  
ya no despego los labios.

Vamos; usté es el cuchillo  
y yo la carne; me callo.  
Luego, como desde chico  
he sío tan inclinado  
a unas naguas... Ya se ve;  
cuando yo veo un buen garbo...  
¡vaya, me derrito! Sobre  
que no puedo remediarlo.  
No nací yo para monja.  
¡Si por mí soy yo muy manso!  
Pero ya se ve; me encelo,  
y como tengo esta mano  
tan pesáa... Vaya, soniche;  
ya en adelante soy santo.

TENIENTE. Pues yo haré que desde ahora  
purgue todo lo atrasado.  
Ponga usté en el calabozo  
a ese hombre.

CABO. Ea, vamos,  
señor Podenco.

POENCO. Por fin,  
señá Lora, no ha bastao  
cuanto he dicho. ¡Que me vea  
por un frijón encerrado!

CURRO. Melitar; basta de chanzas.

TENIENTE. Llévelo usté, Sacatrapos.

POENCO. Vamos allá. La prisión,  
se ha dicho siempre, mi Cabo,  
que se hizo para los hombres;  
y sobre tóo, ¡canario!,  
que aunque yo no sé escrebir,  
alguien me hará un garabato

- pa el Espetor, y veremos...  
Pero vamos a palacio,  
Cabo de escuadra... ¡Churrú!  
Siempre lo paga el soldado.  
(*Vanse el Cabo y Poenco.*)
- LORA. Señor Teniente; ¿conque se queda riendo el Cabo?
- TENIENTE. Si todo fué sin querer, ¿cómo puedo castigarlo?
- TOMASA. Yo me alegro de que vaya el señor Poenco al cuarto de los bichos. Vamos, Curro, que ya le ha costao caro el llamarte a ti Frijones.
- CURRO. Mira, mujer, que no gasto chanzas pesáas.
- TOMASA. Mi Teniente; agradecida.
- TENIENTE. Cuidado con no volverse a meter con ese hombre.
- TOMASA. Es muy largo y muy feote. Ven, Curro. ¡Qué sangre de oro!
- CURRO. Vamos.
- TODOS. Pidiendo todos, rendidos, perdón de defectos tantos.

# EL SOLDADO FANFARRÓN

SAINETE

---

CUARTA PARTE

## PERSONAS

POENCO.  
PACO EL TONELERO.  
BERLANGA, marinero.  
JUAN PICO.  
RAMÓN, Sargento.  
PERICO.  
MANOLO.  
SOLDADO CURRO.

COLASA.  
TOMASA.  
BASTIANA.  
EL AYUDANTE DE PLAZA.  
CURRO.  
BAUTISTA.  
TROPA.  
MAJOS.



# EL SOLDADO FANFARRÓN

## CUARTA PARTE

---

La escena es en el Puerto de Santa María, en la calle Real, con puerta a la izquierda. Salen, de majos, JUAN PICO, MANOLO y PERICO con una guitarra.

MANOLO. Vamos; el paso jarrea.

PICO. ¿Va templado ese embeleco?

PERICO. ¿Tan descuidado me jaces?  
Templado está, y como un cielo.

Pero dinos, Manolillo :

¿a qué viene ese jaleo  
que se ha armao tan de pronto?

MANOLO. ¡Toma; ahora preguntas eso!

Que la Tomasa ha venido  
hoy desde Cádiz al Puerto;  
y la Bastiana, su hermana,  
el tener baile ha dispuesto  
a fin, todo, de obsequiarla.

PERICO. Calla, Manolo, que has muerto  
a mi compadre Juan Pico.

MANOLO. Vaya el semblante risueño,  
pues que vino la compinche.

PICO. Soniche, que me mareo.

No jonjabes a ninguno.  
Si sabes, cara de negro,  
que a esa mujer la dejé  
y ha tiempo no la camelo,  
¿a qué viene sonsacarme?

MANOLO. Mira, Juan Pico, te creo;  
pero, la verdad, si llega  
y ves que trae escudero,  
¿te sabrá bien?

PICO. No, Manolo;  
lo que es verdad lo confieso.  
Sólo puede sosegarme  
que ella traiga un marinero,  
con el cual salí allá en Cádiz  
a beber un vaso...

MANOLO. Entiendo;  
echasteis la generala,  
y sucedió...

PERICO. Ea, llamemos;  
porque estará la Bastiana  
esperándonos; adentro  
podéis hablar. (*Llama.*)

PICO. Dice bien.

PERICO. Entrad, chicos; que han abierto.

MANOLO. Cuidado con la guitarra,  
que está obscuro.

PERICO. No haya mieo. (*Vanse.*)

Salen PACO el TONELERO, muy majo, y CURRO.

PACO. Currito, ¿cuántas barajas  
has repartío? Yo creo

- que habrán sío pocas. ¿Eh?
- CURRO. Sí, señó; ya no hay dinero.  
Luego, han andao tan listos  
los rondines, que ni aun puestos  
han dejao para el rancho.
- PACO. Náa se me da a mí de esto.
- CURRO. Tres he echao en la Vitoria,  
y una en Guía.
- PACO. Poco es eso.
- CURRO. No se ha podido echar más.
- PACO. ¿Y has jecho mucho inero?
- CURRO. Unos cuarenta y seis cuartos.
- PACO. Dame treinta; quédate eso.  
Anda, Currito, otra vez,  
y recorre bien los puestos;  
si hay alguna novedá  
me encontrarás aquí dentro (1).  
(*Señala la casa.*)  
¿Entiendes, Currito?
- CURRO. Entiendo.
- PACO. Si ves al Rondín, soniche,  
y parar. Vaya; hasta luego.  
(*Se entra, y Currito se va.*)

Ruido de tocar guitarra y castañuelas; y salen BERLANGA  
y la TOMASA.

- TOMASA. ¿No te dije yo, Berlanga,  
estaría armao el jaleo?  
¡Ah! ¡Cómo estará mi hermana!

---

(1) Falta un verso en todos los ejemplares consultados.

Me ha de arrancar los cabellos  
así que me vea.

BERLANGA. Vamos;  
que no es el león tan fiero.

TOMASA. Avive usted esa sonsera,  
seo cara de remiendos.

BERLANGA. Tomasita; la verdad,  
y no andemos con rodeos;  
no has sentío tú la falta  
por la Bastiana; te entiendo.

TOMASA. Acabe usted de parir;  
no me sea majadero,  
cabeza de estoperón (1);  
¿pues por quién?

BERLANGA. Por el mozuelo.

TOMASA. ¿Qué mozuelo, sangre de oro?  
Con tal pesadez me quemo.

BERLANGA. Vaya, no te hagas la lela;  
porque si yo sé de cierto  
que el seor Juan Pico... ¡Ay!  
... te ha venío a ti siguiendo  
dende Cádiz...

TOMASA. ¡Buen petate  
para salir de un empeño!  
Sepa usted que aquese mueble  
ha días que está en el Puerto;  
y a mí no me importa un pito.

BERLANGA. Pues, señó, quéese en eso;  
me habré engañao; paciencia;  
pero sentiría verlo,

---

(1) Quiso decir «estoperol», clavo corto de cabeza grande.

y que tocase esa ropa.

TOMASA. Calle usted; qué, ¿soy salterio  
para que naide me toque?  
Ea, vámonos adentro;  
más vivito.

BERLANGA. Vamos, pues;  
pero sentiría verlo.  
(*Llama la Tomasa, y sale a la ventana la  
Bastiana.*)

BASTIANA. ¿Quién es quien llama?

TOMASA. Bastiana;  
tu hermana.

BASTIANA. ¡Gracias al Cielo!  
¡Era hora de que llegases!

TOMASA. Si me he estao en el paseo...  
Por eso ha sío la falta.

BASTIANA. (*Baja.*) Hija mía; ya te entiendo.

TOMASA. ¡Entre usted, resalaote,  
patrón de aqueste hemisferio!  
Como timón, guíe usted  
mi serení... ¡Ay, mi negro!  
¿Te has enfadao?

BERLANGA. Jonjana.

TOMASA. ¿Qué dice usted? Sin molernos.

BERLANGA. ¡Qué me tengo de enfadar!  
¡Ay, que viva ese salero!  
(*Se entran tocando.*)

Salen COLASA, el sargento RAMÓN y un SOLDADO.

RAMÓN. ¡Ay, cómo se junde el mundo!

COLASA. Anda, y no seas pesao.

- RAMÓN. Esta noche es la gloriosa.
- SOLDADO. Mi Sargento, oiga usted a un lao.
- RAMÓN. Juanito, ¿qué traes de nuevo?  
(*Aparte los dos.*)
- SOLDADO. Prontito, y sin más reparo,  
vaya usted a casa el Teniente;  
porque está desesperao  
viendo que usted hoy no ha ido.
- RAMÓN. Colasa; el teniente Carlos  
me envía a llamar. Tú puedes  
entrarte ahora al sarao.
- COLASA. ¿Me quiere a mí jonjabar  
ese cara de epitafio?  
¿Te envía a llamar el Teniente  
a estas horas?
- RAMÓN. Lo he pensao;  
querrá que yo le acompañe,  
porque habrá algún contrabando.
- COLASA. Y será de musolina (1),  
con faralá por abajo.
- RAMÓN. ¡Y qué indinota que eres!
- COLASA. Si me la había mamao.
- RAMÓN. Colasa, llama el Teniente;  
éntrate pronto al sarao.
- COLASA. Yo no entro en la madriguera  
sin el compañero; ¿estamos?
- RAMÓN. Pues bien; espera un instante,  
que luego vuelvo.
- COLASA. (*Después de una pausa, lo mira.*)  
Taguardo.

---

(1) «Muselina».

RAMÓN. Que no te muevas.

COLASA. Adiós,

cara de piñón tostao.

*(Vanse Ramón y el Soldado.)*

No me quisiera engañar.

El Juan es un emisario

de los finos; ¿qué jaré?

Aquí no hay más que esperarnos

que avien; si me la pega

no le saldrá muy barato.

Sale POENCO fumando, con fusil, como que acaba de llegar.

POENCO. Dende lejos conocí  
que era precioso este paño.

¡Y huele mucho un Poenco!

¡Qué ensillaíta! *(Hace gestos a la Colasa.)*

COLASA. ¡Qué trasto!

POENCO. ¿Me quiere usted hacer favor  
de chupar este cigarro?

COLASA. Yo lo fumo puro.

POENCO. Ya;  
ya yo estoy en este cabo.

¡Ay, qué hocico e mi negra!

COLASA. Cara de negro pecao,  
nájese usted, que si no...

POENCO. ¡Ay, qué ojillos tan salaos!  
Si me ha muerto usted, gachona;  
pero las chanzas dejando,  
¿me quiere usted camelar?  
Mire que, aunque soy soldao,  
no me faltan tres moneas

que sostengan ese garbo.

COLASA. (*Enfadada.*) ¡Ea, señor; que me atufol!

POENCO. ¿Y qué le pide a usted el barco?

¡Ay churrini, y qué momento  
para uno que esté expirando!  
Niñita, ¿me chere usted?

COLASA. ¿Es a mí? ¡Ay, qué salao!  
Si parece a las mandrígulas  
de un viejo descamisao.

POENCO. Vaya; no darme jachares.

COLASA. Si un gachón me la ha pegao.

POENCO. Yo soy más caritativo.

COLASA. Ea; múdese a otro barrio.

POENCO. Mi cara...

COLASA. Puñasevé.

Véngase usted alabando,  
y la tiene apisonáa  
como lego franciscano.

POENCO. Usted no me ha conocío.

Vaya; pues si yo me enfao,  
¡ay, qué caliá que tengo!  
Si un hombre me hubiera hablao  
de esa suerte, ya estuviera  
abierto de arriba abajo.  
Con los hombres soy muy duro;  
mas con las jembras muy blando.

COLASA. Si viniera mi Ramón  
veríamos ese garbo.

POENCO. ¿Qué ha chanelao usted ahora?  
¿Quién es ese desdichao  
que se ha de atrever a mí,  
con los jumos que yo gasto?



Cántele usté una vigilia;  
porque sólo verme, helao  
sa de caer a mis pies.

COLASA. ¡Qué se ha de caer helao,  
so pescuezo de gaviota!

¡Fuera; que jiede a pescao!

POENCO. ¿Conque sa empeñao usted  
en darme jachares? ¡Vamos!...

Se está quieto el alfiler  
porque me tiran los cuartos  
tan sandungueros que veo,  
y esos ojillos clavaos  
me han jecho en el corazón...  
¡Viva un cuerpo gaditano!

Sale RAMÓN; a la voz de éste se retira Poenco,  
y echa mano al cuchillo.

RAMÓN. Digo, Colasa, ¿qué es esto?

POENCO. Poenco, detén el brazo;  
que te ha mandado el Tiniente  
que esté el alfiler guardao,  
para que vivan los mandrias.

RAMÓN. Respóndeme a lo que hablo.

COLASA. Este barbas de tomiza,  
que me ha estao jaleando  
y echando fanfarronáas.

RAMÓN. ¡Camaráa!

*(Hace ademán Poenco de tirar del cuchillo,  
pero no lo ejecuta.)*

POENCO. ¡Que te mato!

RAMÓN. ¿A mí, so endino?

POENCO.

## Que mueres

si te me acercas un paso. (*Retirándose.*)

¡Nadie puede con Poenco! (Se conocen.)

RAMÓN.

¡Poenco!

POENCO.

¡Cara de espanto!

RAMÓN.

No te había conócío.

POENCO.

Ramón; pero di, so trasto:

¿si tardas en conocerme

no estás ya en el otro barrio?

¡Si a estos mandrias los ayuda

el demonio en tales casos!

¡Ay, qué mano tan ligera

y qué calía me ha dao

mi Dios para el alfiler!

Cortaré un pelo volando.

Digo, Ramón, ¿eres tú

el patrón de aquesse barco?

RAMÓN.

Sí; ¿pero qué la decías?

POENCO.

Náa; la estaba camelando;

mas lo mismo fué poner

en planta dos dicharachos,

cuando me dió en el jocico

el olor. Este pescado,

me dije, es de algún amigo;

y, así, es preciso dejarlo.

RAMÓN.

Poenco; que es cosa mía.

POENCO.

Anda chico sin cuidao,

que aquí tienes tóo un hombre.

COLASA.

Ea; ¿qué estáis chanelando?

Basta de conversación.

¿Se entra o no se entra al sarao?

POENCO.

A ver, Ramón; dime antes

dónde está el cuartel.

COLASA. Salao,  
qué, ¿no sabe usted las calles?

POENCO. Gachona; yo no he estudiao  
sino en comerme a los hombres.

RAMÓN. Poenco; esa calle abajo  
marcha, y verás el cuartel.  
Allí vive ésta, a su lao.

POENCO. Malegro. ¡Huy, qué mimito!

COLASA. ¡Toma, toma, y qué petardo!

RAMÓN. Colasa; mira que Poenco  
es amigo y...

POENCO. Quieto el paso.

Salero; a mí no me gusta  
incomodar; y, así, claro,  
me najaré ahora mismito  
si a usted le sirve de enfao.

RAMÓN. Déjala que hable, Poenco.

POENCO. Jamás me ha gustao el lao  
de una jembra, cuando he visto  
que la he servío de espanto.

Usted sepa que Poenco,  
con las mujeres hablando,  
es de algodón; con los hombres  
tiene el golpe muy pesao,  
y que los abre en canal  
y los come luego asados.

¡Ay, si es mucha calía  
la que Dios a mí me ha dao!

RAMÓN. Márchate adentro, Colasa,  
que voy con Poenco un rato.

COLASA. No te tardes; que no quiero.

Oyes, Ramón; pon cuidao,  
que esa equis mal formada  
no te coma de un bocao.  
¿Estás, chico? Adiós, so fuele  
de un órgano destemplao. (*Vase.*)

POENCO. ¡Qué endinota es tu compinche!

RAMÓN. Parece que te ha gustao.

POENCO. Mira; no vengas con pullas,  
porque soy muy arrastrao.

RAMÓN. Y tú, ¿a qué has venío al Puerto?

POENCO. Venimos comisionaos  
a perseguir los endinos  
que diz que andan robando  
e inquietando cuatro pueblos.  
Mi Tiniente (vamos claros)  
está malo, ya lo entiendes;  
y viene, por su mandado,  
el sobrino. Como tóos  
saben el jumo que gasto,  
me ijo : «Marcha, Poenco,  
y cuídame del muchacho  
cuando se meta en función.»  
«Mi Tiniente, sin cuidao;  
pues adonde está Poenco  
toíto el mundo habla bajo.»  
¡Pero, Ramón, si me impuso  
un indinote mandato;  
si me dijo : «Que no saques  
el alfiler hasta tanto  
que te vuelva a ver en Cáiz!»! (1)

---

(1) Falta un verso.

Bien conoce mi Tiniente  
lo que pesan estas manos.

RAMÓN. Vamos, Poenco, al cuartel,  
y luego a tomar un trago.

POENCO. Escucha, Ramón : ¿hay juego  
donde uno meta la mano?

RAMÓN. Hay cuatro o cinco corrillos.

POENCO. ¿Corren chulos?

RAMÓN. Demasiados.

POENCO. Pues llévame allá, Ramón.

RAMÓN. Poenco; juguemos claro.  
¿Pretendes echar barajas?

POENCO. Si el lance viene rodado,  
se jará lo que se pueda.

RAMÓN. Pues te advierto que es bizarro  
el chico que lo maneja.

POENCO. ¡Ay, ya me pesa este brazo!...  
Pues eso me gusta a mí.

Compadre, ¡si yo me mato  
por dar con gente de fierro!

RAMÓN. Pues, Poenco, has encontrao  
en Paquito el Tonelero  
(que así se llama este guapo)  
lo que apeteces.

POENCO. No hay duda;  
la horma de su zapato  
halló ya el señor Paquito.  
No se escapará ese trasto  
de las uñas de Poenco.  
Ya el humor negro ma entrao,  
y no hay hombres en el mundo  
que puedan conmigo. Vamos

a buscar a ese gallina;  
que el Empóreo Gaditano  
ha enviaio a este Poenco  
a cazar *dindones*. Vamos,  
a que se mueran de verme.  
Vamos por ese estropajo;  
que ya la sangre me jierve  
por darle con un zapato  
a ese niño tonelero  
que todos tenéis por guapo.

RAMÓN. No te sofoques, Poenco;  
y pues estás arrestao,  
ven y te enseñaré el puesto.

POENCO. Vamos pronto; que a ese trasto,  
con sólo ponerme feo,  
verás, le dejo espantao.  
¡Ay Ramón; como me ajume  
dejo al Puerto *desvastao*  
de hombres, aunque el Tiniente  
luego me quite los cascos!  
¡Huy; si es mucha calía  
aquesta que Dios me ha dao!

RAMÓN. (*Aparte.*)  
Ya voy viendo que este mandria,  
según ha fanfarroneado,  
es de los muchos que chillan  
cuando no hay un hombre al lao.  
(*Vanse.*)

Sala de Bastiana. Aparecen PACO, PERICO, MANOLO, BERLANGA, COLASA, TOMASA, BAUTISTA y JUAN PICO; en los bastidores habrá velas encendidas.

PACO. Anda chiquilla con ella.

BERLANGA. ¡Que vivan los cuerpos buenos!

BAUTISTA. Digo, Colasa, ¿y Ramón?

COLASA. No tardará mucho, creo;  
pues fué a enseñar el cuartel  
a un soldao.

BAUTISTA. Macarenos,  
¿qué se hace? Más vivito.

PACO. Rasque usted ese arrapiezo,  
camaráa.

TODOS. Pues a ella.

PACO. Usted, compadre, aquí en medio.  
Jaléeme a la señora.  
Señá Tomasa, sin mico.  
Tocador, jaga usted son,  
que yo avivaré el jaleo. (*Van a bailar.*)  
(*Sale Curro, llama aparte a Paco y todos  
se suspenden.*)

CURRO. Seo Paco, escuche usted.  
(*Como asustado.*)

PACO. ¿Pues qué tenemos de nuevo?

CURRO. Que se han entao en los ranchos  
un soldado y un sargento  
y han quitao las barajas.

PACO. ¿Son rondines?

CURRO. Ni por pienso.  
El sargento es de Marina  
y el soldao es de otro Cuerpo;

y los que le han conocío  
dicen que es un tal Poenco  
que ahora ha venío de Cádiz.

BASTIANA. Digo, Paquito, ¿qué es eso?  
¿Hay alguna novedá?

PACO. No, mujer; siga el jaleo,  
que pronto estaré de vuelta.

PICO. Seo Curro, ¿hay algo bueno  
en que un hombre se divierta?  
(*Se arrima a Paco.*)

BERLANGA. (*Lo mismo.*) Seo Paco, soy inútil;  
pero a lo menos el cuerpo  
le tengo ya bien curtido  
del granizo y de los truenos.  
¿Me honra usted en que le acompañe?

PACO. Camaráas, lo agradezco;  
no es náa que cause pena.  
Es un amigo, que entiendo  
quiere ver esta función  
y entrar solo le da mieo.

BERLANGA. Me alegraré que así sea.

PACO. Gobierne usted este hemisferio,  
patrón, en tanto que falto.

BASTIANA. ¿Tardas mucho?

PACO. Cuatro creos.

(*Toma el capote.*)

TODOS. Ea; pues siga la broma.

PACO. Hasta luego, caballeros.  
(*Vanse él y Curro.*)

BERLANGA. Señores; he maliciao  
que hay en el campo algo bueno,



- y no es razón vaya solo,  
porque al fin es compañero.
- PICO. Tiene usted razón, Berlanga;  
mejor es irle siguiendo  
nosotros; pues me malicio  
que éste será tiro hecho  
para birlarle; que hombre  
a hombre, naide le da mieo.
- BASTIANA. ¿Qué hace usted, seo Juan Pico?  
¡Ay, Tomasa; si es perverso!  
Id todos, y haced que vuelva.
- HOMBRES. Camaráas, vamos presto (1).  
*(Se van los hombres.)*
- BASTIANA. Nosotras vamos adentro  
a que se nos pase el susto,  
mientras vuelven con el preso,  
mojando unos bizcochitos  
con vino rico.  
*(Va saliendo Poenco y se pone en medio, de  
forma que no vea a la Tomasa.)*
- TODAS. Ea, entremos.
- POENCO. ¿Me dará usted una sopita,  
reina por aquese garbo?
- BASTIANA. ¿Quién le ha metió al culón  
en rentas del excusao?
- POENCO. ¿Cómo culón? ¡Ay churrús,  
y las danzas que yo gasto!  
Si fuera usted hombre, señora...
- COLASA. ¿Se lo comiera usted asado?
- POENCO. Usted tiene letra abierta.

---

(1) Falta un verso.

- ¡Qué ojillos tan resalaos  
tiene usted; como me endiñe  
de esas flechas, me ha matao!
- COLASA. Bastiana, deja que hable;  
no tengas ningún cuidao,  
porque es perrito faldero,  
que todo se va ladrando.
- POENCO. Ya lo ha oído usted, señora;  
soy perrito, y no perrazo.
- TOMASA. Cabal; que es perro faldero,  
que todo se va ladrando.
- POENCO. ¿Qué es lo que dice? ¡Qué guapa!  
*(Ahora la ve.)*  
So endina, ¿aquí te he encontrao?  
Pues me las has de pagar.
- COLASA. Seo melitar, despacio;  
¿adónde está mi Ramón?
- POENCO. En la puerta me ha dejao,  
que el Tiniente le llamó.
- COLASA. Tomasa, Bastiana; vamos  
nosotras a refrescar  
y dejar solo a este trasto.  
*(Se van, y Poenco detiene a Tomasa.)*
- POENCO. No quiero que usted se vaya.
- TOMASA. Ea; apártese del paso;  
si no, le cruzo la cara  
con la suela del zapato.
- POENCO. Si soy perrito faldero.
- TOMASA. Cara de forma; hacia un lao.
- POENCO. ¿A que te pego en la jeta?
- TOMASA. ¿A que le planto un sopapo?
- POENCO. Desde que andas con Marina

me parece que has menguao;  
bien que, como es gente chica,  
no es mucho se haya pegao.

PACO. (*Saliendo.*) Aquesta vez el Poenco  
ha corrió más que el galgo.  
¡Que sa de jacer! Paciencia;  
no es menester sofocarnos.

POENCO. ¡Y qué jocico tan mono!

TOMASA. Que ya me voy sofocando;  
nájese usted.

POENCO. ¡Ay, li, lil...  
¡Si fuera usted hombre!...

PACO. Salao;  
no sofocarse por eso,  
que muy pronto le ha encontrao.

TOMASA. Seo valiente; ahora es tiempo  
que ese brío esté alentao.

PACO. ¿Qué hace usted aquí, melitar?  
(*Arrimándose a Poenco, y éste retirándose.*)

POENCO. No me mire usted al soslayo,  
porque yo con el resuello  
dejo a los hombres helaos.

PACO. Fuera mieo, camaráa.  
Vaya; alargue usted esa mano.

POENCO. Si la tengo muy pesáa.  
¡Ay, que me voy ajumando!  
Macareno; vaya usted,  
y no venga jonjabando,  
porque adonde está Poenco  
nenguno levanta el gallo.

PACO. ¡Hola! ¿Conque usted es Poenco?  
Najencia de aquí me llamo.

- POENCO. Digo, ¿es cosa de reñir;  
que es bien todos lo sepamos?
- PACO. Seor melitar, ya le he dicho:  
najencia de aquí me llamo.
- POENCO. ¡Que me dijera el Tiniente  
tuviera el chisme guardaol  
¡Válgame Dios, camaráal  
Me parece usté alentao,  
y yo no he de permitir  
que caiga usté en estas manos.
- PACO. Melitar; quiero saber  
por qué barajas ha echao.
- POENCO. Qué, ¿es usté el seor Paquito?  
Me lo había maliciao.  
¿Y por eso es la quimera?  
Ea; venga acá esa mano.
- PACO. (*Lo mira y después dice*):  
Melitar, responda usted.  
¿Por qué barajas ha echao?
- POENCO. No ha sío con intención  
de quitarle a usté el barato.  
Créame usted, seo Paquito;  
a poco de haber llegao  
al Puerto, ice un amigo:  
«Poenco, tú que eres guapo  
(porque es mucha calía  
aquesta que Dios me ha dao),  
¿a que no te atreves hoy  
a echar naipes en los barcos?»  
Y le ije: «¿Aunque lo haga,  
dime, mandria, a quién agravio?»  
¿Pues qué tiene eso que hacer?

Ahora mismito me marchó;  
y el gachón que lo gobierna,  
si está de barajas falto,  
aún me lo ha de agradecer,  
que le ahorraré ese trabajo.»  
Fuí, compré cuatro barajas,  
y las eché. ¿Qué hay de malo?  
Usté ha ganado los naipes  
y yo he perdío los cuartos.

PACO. ¿Conque la intención de usted  
sólo fué hacerme un regalo?

POENCO. No más. ¿Yo para qué quiero  
un garito de tres cuartos,  
cuando le tengo allá en Cáiz  
que me deja veinticuatro?  
Y después que, desde lejos,  
los que tenemos la mano  
pesáa, nos conocemos.

PACO. Melitar, hablemos claro:  
¿Usted no pretende náa?

POENCO. Náa, naíta, seor Paco.

PACO. ¿Conque usté tiene allá en Cáiz...?  
(*Se arrima.*)

POENCO. Quieto aquese pie, seo Paco,  
porque me rasco el rabel.

PACO. ¿Conque sólo fué regalo?  
¿No es esto así, melitar?

POENCO. Pues si no fuera... ¡canario!,  
y la afición que le he puesto,  
porque es usted bien plantao,  
esa jeta que usted tiene,  
¿no la hubiera ya marcao?

- No conoce usté a Poenco,  
cuando tanto se ha arrimao.  
Sólo el tufo del vestío  
deja a los hombres quemaos.
- PACO. Melitar, yo se lo estimo;  
pero de veras hablando,  
usted sepa que las chanzas  
jamás a mí me han gustao,  
ni menos fanfarronáas,  
cuando no vienen al caso;  
y, así, por que no le vuelva  
a suceder otro tanto,  
ni chanele usté en su vida  
que ha ofendió (en chanza) a Paco,  
es preciso que aquí mismo  
le diga que es usté un trasto  
fanfarrón; y no le endiño  
por no ensuciarme las manos  
en cosa que es tan inútil;  
mas, para que cuente el caso,  
so endino, me basta a mí  
el darle aqueste sopapo.  
(*Le pega y le echa la gorra al suelo.*)
- POENCO. Paquito, ¿qué ha jecho usted?  
Poenco, ¿qué ta pasao?  
¡Mira que tienes la fila  
como pimienta encarnao,  
y que te duele bastante!  
¡Allá va un león, seo Paco!...  
(*Le embiste y se retira.*)  
¡Mas si me ha dicho el Tiniente  
tenga el alfiler guardao!

No le espanzurro el mondongo,  
porque es usted muy muchacho  
para mí. ¡Ay infeliz! (*Al paño, Berlanga.*)  
¡Con quién había pegao!  
Ahora mismito yo hiciera  
lo propio que con un trasto  
que se llamaba Berlanga,  
marinerito afamao,  
que por un quítame allá  
le jice que arrodillao  
me pidiera más perdones  
que hombres llevo ya mataos.  
Y, si aquí ahora le viera,  
le diera un beso, seo Paco.  
(*Sale Berlanga y se lo da.*)

BERLANGA. Vea usted el gusto cumplío,  
habiéndosele yo dao.

¡Que viva un cuerpo chiquito!  
¿A quién pegó usted, salao?

POENCO. No hay remedio. ¡Ahora sí que hay  
muertes de hombres! ¡Hacia un lao!...  
¡Mas si me ha dicho el Tiniente  
tenga el alfiler guardao!  
Gachones; no hay que picarse  
por ver que los dejo sanos.  
(*Va saliendo Pico.*)

Dar las quejas al Tiniente,  
que me impuso, el condenao,  
que mientras esté en el Puerto  
tenga el alfiler guardao;  
que si no, ya con el dije  
hubiera a los dos marcao,

- lo mismito que a Juan Pico  
en la Ventilla del Chato.
- PICO. Seo embustero; así respondo  
a los hombres mal hablaos. (*Le pega.*)
- BERLANGA. Dale, Juan Pico.
- TODOS. (*Saliendo.*) ¿Qué es esto?
- POENCO. Señores; todos a un lao;  
no se me acerque ninguno  
si no quiere al otro barrio  
ir ahora mismo; que estoy  
lo propio que un condenao.  
¡Ay, qué indina calía  
el Señor a mí me ha dao!
- RAMÓN. ¡Qué te ha de dar, fanfarrón!
- POENCO. ¡Ay, que va el cuello sacando  
y que quebranto el precepto!
- RAMÓN. Fanfarrón, mandria, pelao.
- POENCO. Ea; no quiero aguantar.  
¡Allá voy!  
(*Paco se va a tirar a él y Ramón le de-  
tiene.*)
- RAMÓN. Quieto, seo Paco.
- MUJERES. ¡Ramón!
- RAMÓN. Dejad que le corte  
la cara. ¡Muere!
- POENCO. ¡Te paso!
- PACO. ¡Firme, Ramón!
- AYUD. (*Saliendo.*) Buenas noches;  
¿qué bulla es ésta? Sepamos.
- COLASA. Usted sepa que al señor  
todos éstos le han pegado  
por ser muy largo de lengua



y un baladrón...

POENCO. Eso, paso.

Yo jamás fui baladrón,  
como lo he manifestao;  
pero me ijo el Tiniente  
tuviera el chisme guardao.

AYUD. ¡Hola! Prendedlo al instante,  
que estoy muy bien informado,  
por el nombre, de quién es.  
Llévenlo bien amarrado;  
que, pues faltó a la Ordenanza  
(*Al Sargento.*)

levantando a usted la mano,  
en un Consejo de guerra  
quedará bien castigado.

POENCO. Advierta usted, mi Mayor,  
de que a mí me han enviaio  
a prender contrabandistas;  
y, si yo estoy encerrado,  
no hay un mandria en todo el Puerto  
que pueda echarles la mano.

AYUD. Conducidle.

POENCO. Pues, señor,  
vamos a volvernos santos.  
Camaráa; no gloriarse  
de que queda libre el paso;  
pues en poniéndome feo,  
no hay uno en tóo el Juzgao  
que se atreva a sentenciarme.  
Seo Juan Pico; seo Paco;  
aquí hay un hombre chiquito.  
(*Se ríen todos.*)

Si no estuviera amarrao,  
¡ay qué jaleo que hubiera!  
¡Qué habemos de hacer! Suframos  
esta indina caliá  
que el Señor a mí ma dao. (*Se lo llevan.*)  
Ayud. Buenas noches, caballeros.  
(*Al Sargento.*) En el principal aguardo  
a usted.

RAMÓN. Muy bien, mi Ayudante.

TODOS. Besamos a usted la mano.

COLASA. No volverá el fanfarrón  
otra vez a provocarnos.

Y aquí se acaba el sainete.

Todos. Perdonad defectos tantos.

FIN

# EL TRIUNFO DE LAS MUJERES

SAINETE

## PERSONAS

EL ALCALDE.

JUAN, tonelero.

PEDRO, majó.

DON BLAS, maestro de escuela.

DON DIEGO.

ANA, maja.

PEPA.

DOÑA JUANA.

DOÑA PETRA.

ALFONSO, escribano.

TOMISA, alguacil.

## EL TRIUNFO DE LAS MUJERES

---

Calle larga, con dos puertas a cada lado y una al foro. Salen por la derecha DON BLAS, DON DIEGO, JUAN y PEDRO; y, detrás, ANA, PEPA, DOÑA JUANA y DOÑA PETRA.

MUJERES. Escuchad, hombres crüeles.

HOMBRES. En vano son las querellas.

ANA. Mira mi llanto...

JUAN. Es cansarse.

PEPA. ¿No te ablandas?

PEDRO. Soy de piedra.

PETRA. ¿Así me dejas, ingrato?

BLAS. Hija mía, no me muelas.

PETRA. ¿En qué he podido ofenderte?

BLAS. En nada, hijita. No temas  
que yo te culpe.

PETRA. Pues dime:

¿por qué motivo me dejas?

BLAS. Porque ya desengañados  
estamos de lo maletas  
que son ustedes; y, así,  
hemos hecho nuestras cuentas  
y vemos que, sin mujeres,

- lo pasaremos de perlas.
- MUJERES. ¿Eso habéis resuelto?
- HOMBRES. Sí.
- JUANA. ¡Pobre Juana!
- PETRA. ¡Infeliz Petra!
- BLAS. No hay que blandearse, amigos.
- HOMBRES. Seguro está.
- PETRA. Nuestras quejas  
oírán el Alcalde.
- BLAS. El Alcalde  
verá bien lo que decreta;  
porque, si no, las habrá  
con el Maestro de Escuela;  
pues, en semejantes casos,  
cuando el decoro se arriesga,  
si él tiene vara, yo tengo  
los palotes a docenas.
- MUJERES. Tened piedad.
- HOMBRES. No la esperen.
- BLAS. ¡Qué mujeres tan molestas!  
Cuando un hombre las buscaba,  
todas se hacían de pencas;  
y ahora que ya no queremos  
ni mirarlas, se nos pegan  
como garrapatas. Vamos  
a ver al Alcalde.
- PETRA. Espera,  
inhumano cocodrilo.
- BLAS. Idos de aquí, mala pécora.
- MUJERES. Escuchad.
- HOMBRES. No; vagabundas.
- (Las oxean con las capas.)*

Salen el ALCALDE y TOMISA, alguacil.

ALCALDE. ¿Qué escándalo y bulla es ésta?

MUJERES. Señor Alcalde; justicia.

ALCALDE. ¿Qué tienen? ¿De qué se quejan?

MUJERES. De los hombres.

ALCALDE. ¿Qué os han hecho?

PETRA. Que, sin honor ni conciencia,  
pretenden abandonarnos  
para dejarnos expuestas  
a mil tropiezos.

BLAS. Sin eso,  
demasiado ellas tropiezan.

ALCALDE. Pero, vamos, ¿por qué causa?

PETRA. Porque ahora han dado en el tema  
de que serán más felices  
sin mujeres.

PEDRO. Cosa es cierta.  
¿De qué sirven unos muebles  
que tienen siempre revuelta  
la sociedad?

BLAS. Ya se ve;  
porque, como son las hembras  
animales imperfectos,  
tienen tantas tachas...

ALCALDE. Sea;  
pero, para hacer justicia  
en tamaño pleito, es fuerza  
que cada cual relacione  
las causas que le violentan  
a tal determinación.

JUAN. Yo sólo digo que es puerca.  
¿La ve usted con tanto moño  
y tanto jubón de seda?  
Pues interiormente hiede  
a cochambre; de manera  
que en llegando el mes de julio  
más que un muladar apesta.

ANA. Mientes, picarón. Tú sí  
que vienes de la taberna  
todas las noches, echando  
un tufo que me mareas.

JUAN. Yo soy tonelero, y tengo  
con el Montañés mis cuentas.

ALCALDE. Silencio; diga usted ahora.

DIEGO. Señor Alcalde; quisiera  
no mover los labios; pero,  
pues es preciso, usted sepa  
que es mi dichosa mujer  
la más solemne coqueta  
de toda la Andalucía.  
En mirándola siquiera  
un mozo, pone los ojos  
lo mismo que candilejas.  
Entonces sigue la risa,  
el arqueamiento de cejas,  
los gesticos, las guiñadas  
y otras doscientas mil muecas.  
Luego que entra un Regimiento  
en el pueblo, a la hora y media  
saben mi casa el Tambor,  
el Sargento y la caterva  
de Oficiales, que me gastan



los umbrales de la puerta;  
pero lo que siento es  
que no salen los que entran;  
pues, aunque yo al despedirse  
paso lista, se me cuelan  
por las rendijas, de modo  
que una noche, entrando a tientas,  
hallé a un señor Capitán  
alojado en la despensa.

JUANA. Es un bribón malicioso.  
Dime, infame: ¿tú me afrentas,  
cuando todos los maridos  
han presentado mil quejas  
contra ti?

DIEGO. Ahora no se trata  
de semejante materia.  
Lo que digo es que no quiero  
más mujer.

ALCALDE. Enhorabuena.  
Exponga usted sus motivos.

PEDRO. ¿Conque he de soltar las velas  
a la lengüecita? ¡Bueno!  
¿No tiene esa mujer señas  
de una tonta? Pues lo es;  
pero, hablando con franqueza,  
mire usted: no sentiría  
nadita que no tuviera  
lo de Salomón, pues yo  
no estudié ninguna ciencia.  
Lo que me da a mí coraje  
solamente, es que no tenga  
una pizca de sandunga.

¿Quiere usted creer que seis felpas  
la he dado por que aprendiese  
el zorongo, y no le entra?  
Vaya; si a la tal mujer  
el alma se le pasea  
por el estómago. Yo,  
la verdad, mejor quisiera  
una mujer que al andar  
alzara una polvareda  
en las calles; porque siempre  
puede un hombre contenerla  
con un poco de acebuche;  
pero a estas pánfilas, éstas  
que al atravesar un caño  
se les caen las caderas...  
¡Dios me libre! Mejor quiero  
aprender a anacoreta.

PEPA. Mire usted; me llama sosa  
porque no soy como aquellas  
con quien él trata. Este pago  
recibo por ser modesta.

PEDRO. ¿Qué tiene que ver ahora  
el garbo con la modestia?  
Sobre que no me da gana  
de aguantar más a las hembras.

ALCALDE. Cállese la boca, y hable  
el Maestro de la Escuela.

BLAS. Yo, de lo que me querello  
es de la naturaleza  
de mi mujer. En seis años  
que ha que nos unió la Iglesia,  
ha dado al mundo diez niños,

que me comen por las piernas.  
¡Vaya si estoy aburrido!  
En entrando por las puertas,  
salen como diez leones,  
con tantas bocas abiertas,  
pidiéndome pan; los unos  
de la capa se me cuelgan,  
otros me muerden las manos;  
y aun los chicos que gatean,  
se pusieron ayer tarde  
a chuparme las orejas  
de los zapatos. ¡Qué bocas!  
Me han hecho vender las prendas  
que tenía; y lo que siento  
es que ya tiene sospechas  
mi mujer de echar de un golpe  
lo menos una docena;  
conque, por tanto, he resuelto,  
antes que cubra la tierra  
esa peste de gazapos,  
despedir a la coneja.

PETRA. No es esa la única causa,  
hombre malvado, no es esa;  
sino que a cada real  
que se gasta, te atraviesan  
el corazón. Di, tacaño:  
¿no te produce la Escuela  
para mantener tus hijos?

LAS. ¿Qué producir, si se llena  
sólo con ellos? ¿Acaso  
en todo el pueblo se encuentran  
otros hijos que los míos?

PETRA. Pues, infame, ¿no confiesas  
que son tuyos?

BLAS. Lo confieso  
piadosamente.

PETRA. Pues piensa  
en mantenerlos.

BLAS. Lo haré;  
pero no quiero que crezca  
la familia.

PETRA. ¡Bergantón!

ALCALDE. Silencio; que la cabeza  
la tengo ya mareada  
de escuchar tanta simpleza.

MUJERES. Señor Alcalde; justicia.

ALCALDE. Yo les prometo el hacerla.  
Que se eche un bando, Escribano,  
en que mando, bajo pena  
de un año de calabozo,  
que salgan al punto fuera  
de este pueblo y su distrito  
casadas, mozas y viejas;  
y, a mayor abundamiento,  
mando también que no puedan  
los hombres salir del pueblo  
hasta nueva providencia.  
Esto proveo.

MUJERES. Señor,  
¿tal injusticia...?

ALCALDE. No tengan  
que replicar.

HOMBRES. ¡Viva, viva  
el Alcalde!

- BLAS. Vida nueva,  
compañeros. Todo el mundo  
haga al punto sus haciendas,  
para hacer ver que nosotros  
no necesitamos de ellas.
- HOMBRES. Vámonos a nuestras casas.
- BLAS. Alzad la mano derecha,  
y echémosles para siempre  
la bendición a las hembras.
- HOMBRES. Que Dios os dé feliz viaje.  
*(Les echan la bendición y se entran en las  
casas.)*
- PETRA. ¿Es justo que se consienta  
este desprecio?
- PEPA. ¿Es posible  
que diese usted tal sentencia?
- MUJERES. ¡Infelices de nosotras!
- ALCALDE. Señoras; cesen las quejas,  
y no piensen que procedo  
contra ustedes; pues mi idea  
es tan sólo escarmentarlos  
para que ellos mismos vuelvan  
a suplicarles a ustedes.
- MUJERES. ¿Mas de qué modo?
- ALCALDE. Eso queda  
para después; ahora vayan  
y ocúltense en mi bodega,  
y no salgan hasta que  
las ordene yo que vengan.
- PETRA. Cuidado, señor Alcalde;  
no se frustren sus ideas  
y quedemos ni casadas,

ni viudas, ni solteras.

ALCALDE. Yo sé bien lo que me hago;  
no desconfíen.

PETRA. Pues ea;  
vamos a nuestro destierro.

MUJERES. Señor Juez; hasta la vuelta. (*Vanse.*)

Sale JUAN de su casa con una silla baja, su almohadilla y una media, y cose.

JUAN. Pues estamos (a Dios gracias)  
libres de la impertinencia  
de las mujeres, cojamos  
unos puntos a estas medias;  
que ya, de puro cogerlos,  
se van largando a carreras.  
¡Jesús! ¡Qué tranquila vida!  
Es fuerza hacer una fiesta  
a San Marcos, por habernos  
librado de esta epidemia.

Sale de su casa DIEGO con un anafe, un puchero y un soplador,  
y se pone en el suelo a soplar.

DIEGO. Vecino; Dios guarde a usted.  
Doy a usted la enhorabuena  
de verlo tan descansado.

JUAN. No mucho; porque la seda  
se me ha quebrado dos veces  
y tengo poca paciencia.

DIEGO. Siempre, a los principios, es  
penosa toda tarea;

a mí también cuatro veces  
se me ha apagado la mecha,  
y lo tolero gustoso  
por verme libre de aquélla,  
que para sierpe le faltan  
sólo las uñas y aletas.

JUAN.       Vecino; ¡qué buena vida  
nos pasaremos!

DIEGO.                       Me pesa  
no haber antes conocido  
el descanso que me espera.

Sale, por su puerta, PEDRO con un lebrillo y alguna ropa sucia.

PEDRO.       Dios guarde a ustedes, vecinos.  
Parece que se menèa  
la gente.

DIEGO.                       Es preciso hacer  
lo que hacían esas hembras  
de los diablos.

PEDRO.                       La del humo;  
que yo, por mí, ni a la Pepa  
ni cosa que huela a enaguas  
necesito.

JUAN.                       ¡Qué maletas!

PEDRO.       Voy, en cuatro manotadas,  
a lavarme la decencia.  
Arremángome las mangas  
de la camisa.

DIEGO.                       ¡Que tengan  
valor algunos autores  
para llamar a esas bestias

el consuelo de los hombres!  
PEDRO. El que escribió esa tontera  
estaría amartelado  
con alguna mujerzuela,  
y usó de esa jonjanilla  
para ponerla más ciega.

Sale BLAS con un niño de mantillas en brazos, y una silla  
en que se sienta.

BLAS. ¡Gracias a Dios que está el pueblo  
tranquilo! ¡Miren qué escena  
tan agradable a los ojos  
de Dios y del mundo! Apenas  
se oye un resuello. Si fuesen  
mujeres, habría una gresca  
que, tres leguas en contorno,  
la gritería se oyera.

PEDRO. ¿Cómo va, señor don Blas?

BLAS. Sin las mujeres es fuerza  
que nos vaya bien. Ahora  
procuremos que se duerma  
esta criaturita. ¡Qué gloria  
es vivirl... (*Se sienta.*)

DIEGO. ¡Malditos sean  
el anafe, la torcida,  
el puchero y la molesta  
necesidad de comer!

BLAS. ¿Qué maldiciones son esas?

DIEGO. ¿No tengo de maldecir,  
si no hay forma que se encienda  
el carbón, y de soplar



ya la mano me hormiguea?  
BLAS. ¡Qué se ha de hacer! Es preciso  
lo llevemos con paciencia,  
por no lidiar con mujeres.  
¡Jesús! Desde hoy, sin ellas  
reinará la paz.

JUAN. ¡Malhaya  
una y mil veces la seda!  
¡No sé cómo no me ahorco!

BLAS. Amigo; tenga usted flema,  
que algo se ha de tolerar  
por la fortuna estupenda  
de haber salido de maulas.

PEDRO. ¡Caramba; que me bajea  
el espinazo de tanto  
meneo como me cuesta!  
Sobre que, si no se limpia,  
baila el lebrillo, en las piedras,  
el cachirulo.

BLAS. ¡Hijo mío!,  
¿te has vuelto perro de presa?  
Ya se ha tragado un botón.  
¡Maldito; duérmete apriesa,  
porque, si me enfado, pones  
en los chinos la mollera!  
Voy a cantar un poquito  
para lograr que se duerma.  
(*Canta.*) «Un mancebo sevillano  
en el prado de la Corte,  
quiso arrimarse a una yegua  
y le pegó un par de trómboli,  
qui trómboli, qui trómboli,

que caigas,  
y le pegó un par de trones,  
y le pegó un par de trones  
en las espaldas, de modo  
que tuvo el pobre mancebo  
mucho tiempo que andar trómboli.»  
(*Representando.*)

¿Si se habrá dormido? Nada;  
parecen un par de estrellas  
los ojos. ¿A que me enfado  
y se los tapo con brea  
para que jamás los abra?  
¡Mas qué veo? ¡Santa Tecla;  
otro botón se ha mamado!  
¡Pobre casaca! De ésta,  
se chupa botonadura,  
pañó, forro y entretelas.

DIEGO. Señor don Blas; me parece  
que usted también se impacienta.

BLAS. ¿No tengo de impacientarme  
si el niño tiene una lengua  
como un puñal de Albacete,  
que destroza cuanto encuentra?  
Vean ustés qué agujero  
me ha hecho en la casaca nueva.  
¡Duérmete, demonio! Creo  
que hoy no podré abrir la Escuela.

JUAN. (*Tira la almohadilla.*)

¡Anda con cinco mil diablos;  
que, aunque descalzo me vea,  
no vuelvo a tomar la aguja!

DIEGO. (*Tira todo.*) Reniego de la candela,

del puchero y del carbón;  
y reniego de mi abuela.

PEDRO. (*Ídem.*) Ea; se acabó el fregado.  
¡Sobre que tengo deshechas  
siete costillas, de hacer  
cortesías a las piedras!

BLAS. (*Tira el niño.*) ¡Maldito! ¿Quieres sacarme  
las entrañas? Anda fuera,  
que yo no tengo que darte.

JUAN. ¿Qué haré, que no tengo medias?

DIEGO. ¡Triste de mí, que no como  
y se me anda la cabeza  
de necesidad!

BLAS. Mi hijo,  
¿cómo ha de pasar sin teta?

PEDRO. ¿Saben ustés que no puedo  
mudar de ropa, si Pepa  
no maneja este fregado?

DIEGO. ¡Ay Juanita! Si me vieras,  
¿qué dirías?

BLAS. ¡Hijo mío;  
que se me muere! ¡Ay mi Petra!

TODOS. ¡Mujer de mi corazón!

PEDRO. ¿Qué hacemos?

DIEGO. Don Blas resuelva.

BLAS. Pidamos nuestras mujeres (1).

PEDRO. ¡Señor Alcalde!

TODOS. ¡Hijas mías!

---

(1) Falta un verso.

Salen el ALCALDE y ESCRIBANO.

ALCALDE. ¿Qué alboroto y bulla es ésta?  
¿Qué quieren?

TODOS. Nuestras mujeres.

ALCALDE. Ya está dada la sentencia.  
No hay remedio; no han de entrar  
las mujeres, mientras tenga  
yo la vara.

BLAS. ¡Por los santos  
que el almanaque celebral  
(*Lloran todos de rodillas.*)  
Vuélvame usted mi mujer.

PEDRO. Por Dios; que de mí se duela.

TODOS. Dénos usted las mujeres.

ALCALDE. Veremos si quieren ellas.  
Salgan ustedes.  
(*Salen por la puerta del foro las mujeres.*)

DIEGO. Mi bien...

BLAS. Dulce mona...

PEDRO. Mi morena...

MUJERES. Quitad, falsos.

HOMBRES. No podemos.

PETRA. ¿Adónde están las protestas  
de no vivir con mujeres?  
¿No decíais que las hembras  
eran causa de discordias,  
de ruinas y de tragedias?  
(*A Blas.*) ¿Pues por qué me buscas, di?  
¿Por qué tan humilde ruegas,  
hombre vil?

- BLAS. Porque soy débil.  
Yo juzgué que eran de piedra  
los hombres; pero ya veo  
que es tanta nuestra flaqueza,  
que somos, sin vuestro auxilio,  
unos mamelucos.
- DIEGO. Pepa.
- PEDRO. Juanilla.
- MUJERES. Sois unos falsos.
- PEDRO. Yo te prometo la enmienda.
- BLAS. Yo mantendré mi familia  
aunque estés como una clueca.
- ALCALDE. Perdonadlos.
- PETRA. ¿Confesáis  
que sin las caricias nuestras  
fueran más vuestras desdichas?
- TODOS. Sí confesamos.
- PETRA. Pues ea.  
Yo, por todas, os perdono.  
Levantad del suelo; y sepan  
que nacen todos los hombres  
esclavos de las bellezas;  
pues quien no cede a su imperio  
será tronco o será piedra.
- HOMBRES. ¡Vivan las mujeres; vivan!
- ALCALDE. Y dando fin a la idea...
- TODOS. Pidamos todos, rendidos,  
perdón de las faltas nuestras.



# LOS ZAPATOS

**SAINETE**

## PERSONAS

MANOLO.

ANDRÉS, su compadre.

TÍO PEDRO.

FELIPE.

FACORRO, montañés.

MARIANA.

INÉS.

TÍA MARÍA.

JUAN EL PELAO.

MAJOS y MAJAS.



## LOS ZAPATOS

---

Calle corta. A la izquierda una tienda de montañés con su estenque; y la TÍA MARÍA, buñolera, con su candil encendido. MANOLO y FELIPE, con los vasos en una mano y en la otra un buñuelo. MARIANA pasa del segundo bastidor de la izquierda hacia el de la derecha, y al verla Manolo y Felipe se adelantan a alcanzarla al medio del teatro.

MANOLO. ¡Tía María!

MARÍA. ¿Qué se ofrece?

MANOLO. Vaya por junto un ochavo,  
y escójame usted al instante  
un buñuelo del tamaño  
de una rueda de molino.

MARÍA. Tome usted.

FELIPE. Que yo lo pago.  
De nadie tome usted plata.

MANOLO. ¿Por qué te metes en gastos?

FELIPE. Si fundo mi vanidad  
en ser yo siempre el pagano...

MANOLO. (*A Mariana.*) ¡Eh, salero! Escuche usted.  
¡Que vivan los cuerpos majos!  
Tírole usted, serafín,  
a este buñuelo un bocado.

MARIANA. Ya está usted servido.

MANOLO. Ahora,  
para excusarse un empacho,  
enjuáguese usted la boca.  
(*Le alarga el vaso.*)

FELIPE. Manolo, toma este vaso.

MANOLO. No es menester. ¡Facurrillo!

FACORRO. ¿Quién grita? ¿Se ofrece algo?

MANOLO. Que se me seca el gañote.

FACORRO. ¿Una chiquita?

MANOLO. Del blanco.  
(*Éntrase Facorro.*)

Vaya, salero; el lebrillo  
allí nos está esperando.  
Tome usted cuanto quisiere.

MARIANA. Usted viva muchos años.

MANOLO. Sin cortedad, porque yo  
traigo siempre cuatro cuartos  
para gastar con las mozas  
de rumbo.

FELIPE. Y, si no, yo traigo  
otros cuatro en el bolsillo.

MARIANA. ¡Viva la gente de garbo!

FACORRO. (*Saliendo.*) La chiquita.

MANOLO. Pues, salero,  
a que juntos nos veamos  
esotro día en la gloria  
del Ventorrillo del Chato.  
(*Bebe y alarga el vaso a Mariana, y ésta  
a Felipe.*)

MARIANA. Y el que faltare, que baile  
sobre un toro de seis años.

- FELIPE. Yo digo tan sólo: Amén. (*Beben.*)
- MANOLO. Toma, farruco. A tu amo,  
que lo raye. Vaya; marcha,  
o te doy un cogotazo.
- FACORRO. El diablo de mata medios... (*Vase.*)
- MANOLO. Sobre que estaba rabiando  
por decirla a usted que estoy  
muerto por esos pedazos.
- MARIANA. ¡Y yo que me lo creyera!  
Sepa usted que soy del barrio  
donde aprendemos changüí  
casi cuando gateamos.
- MANOLO. Que lo diga Felipillo,  
si no estoy muerto y penao  
por usted.
- MARIANA. ¡Qué jonjabero!  
¿Piensa usted que me las trago?  
A lo que estaba yo hecha.  
Sobre que estoy reventando  
en el pellejo, de oír  
todos esos requebrazos.
- MANOLO. Malditica sea mi alma  
si hay en Cádiz otro garbo  
que me dé golpe.
- MARIANA. ¿Usted piensa  
que soy Juana Saltacaños?  
Vaya; míreme usted bien;  
o pásese usted las manos  
por las legañas, salero.
- MANOLO. Si a esa mujer no le hablo  
diez años ha. Desde el día  
que la encontré en picos pardos

con un mono de futraque  
más tieso que un campanario,  
siempre que la llego a ver  
la hago la cruz como al diablo.

MARIANA. Pero como yo no tengo  
ni la majeza ni el garbo  
de Juanilla...

MANOLO. Calle usted;  
que más vale el aparato  
de esa persona, que todas  
las Juanas que hay en el barrio.

MARIANA. ¿De veritas?

MANOLO. Muy de veras;  
porque yo nunca he gastado  
saliva en balde.

MARIANA. Pues bien;  
yo vivo aquí más abajo.  
Ni gatito ni perrito  
que me ladre. Agur, salao.

MANOLO. ¿Adónde camina usted?

MARIANA. ¿Adónde? A un baile.

MANOLO. Sepamos  
en dónde es la fiesta.

MARIANA. En casa  
del tío Perico el Canario.

MANOLO. ¿A que tengo todavía  
esta noche el gran gustazo  
de bailar unas boleras  
con usted?

MARIANA. Pues bien; veamos  
si se cumplen las palabras.

MANOLO. Sobre que lo que yo hablo

se puede escribir.

MARIANA. ¡Que escupe  
un hombre fuera de vaso!  
Hasta luego.

MANOLO. ¡Adiós, morena!

¡Vivan los cuerpos salaos!

FELIPE. ¿Conque piensas ir al baile?

MANOLO. Ahora estaba yo pensando  
que, para bailar boleras,  
tengo rotos los zapatos.

FELIPE. Ya el tío Pedro el remendón  
habrá guardado los trastos;  
que si no, con dos puntadas  
todo estaba remediado.

MANOLO. ¿Tienes dinero, Felipe?

FELIPE. ¿Para qué lo quieres?

MANOLO. Dalo.

FELIPE. Dime para qué.

MANOLO. Verás  
cómo vamos en un salto  
a comprar unos.

FELIPE. ¿Adónde?

MANOLO. En casa del tío Pablo.

FELIPE. Tendrá cerrada la tienda.

MANOLO. Pues iremos a buscarlos  
a otra parte.

FELIPE. ¿Y que se empiece  
en el ínter el fandango?

MANOLO. ¿Qué importa? Dame la plata.

FELIPE. Pero si no tengo un cuarto...

MANOLO. ¿Ahora salimos con eso?  
Estoy por darte un cantazo

- en el nido de las liendres.
- FELIPE. Hombre, no te apures tanto.  
Mira; si yo fuera tú,  
le pidiera unos prestados  
a tu compadre.
- MANOLO. Es verdad;  
pero temo que es temprano  
para que él esté en su casa.
- FELIPE. ¿Temprano, y está quitando  
los muebles la tía María?
- MANOLO. Pues entremos en un salto.
- FELIPE. A bien que, si no ha venido,  
podemos allí esperarlo. (*Vanse.*)

Casa pobre. En la derecha dan golpes y por la izquierda  
sale ANDRÉS, de majo muy machucho.

- ANDRÉS. ¿Quién llama? Aguarden un poco,  
y no echen la puerta abajo.  
(*Abre; y salen Manolo y Felipe.*)  
Compadrito, ¿qué hay de nuevo  
por acá? ¿Se ofrece algo?
- MANOLO. Compadre, traigo un empeño  
con usted. Venga un cigarro.
- ANDRÉS. Yo iba a pedírselo a usted.
- MANOLO. Paciencia; yo iba a comprarlo,  
pero quise antes hablarle.
- ANDRÉS. ¿Hay negocio en que podamos  
servirle a usted?
- MANOLO. Pues, señor,  
el asunto que yo traigo  
se reduce a dos palabras.

Ya sabe usted que el Canario  
tiene baile.

ANDRÉS. Ya lo sé,  
aunque no me ha convidado.

MANOLO. Pues, señor, la Marianita,  
la que vive hacia esta mano,  
como quien va hacia la Palma,  
torciendo un poquito abajo...

ANDRÉS. ¿Aquella que a la Currilla  
revolcó dentro del caño?

MANOLO. No, señor. Es una moza  
que tiene el pelo castaño,  
ojos negros, buena cara,  
el cuerpo muy ensillado  
y un lunar como un realillo  
sobre una ceja.

ANDRÉS. Ya caigo.  
Ésa estuvo en el Hospicio  
porque le dió un arañazo  
a un maltés que la vestía.  
¡Qué culebra! ¿Y qué es el caso?

MANOLO. Pues, señor, esa mozuela,  
la verdad, me ha regustado  
y le he dicho que la quiero.  
¿Hay en esto algo de malo?

ANDRÉS. Ya se ve que no. La chica  
tiene muchísimo garbo.  
¡Así tuviera mejores  
partidas! Vamos al grano.

MANOLO. Pues, señor, ella me ha dicho  
que me espera en el fandango,  
para que bailemos juntos

el chandé.

ANDRÉS. Pues ¿a qué diablos  
aguarda usted?

MANOLO. La verdad;  
como tengo estos zapatos  
tan rotos, que por las puntas  
parecen bocas de sapos,  
vengo a ver si usted me presta  
unos suyos por un rato.

ANDRÉS. Compadrito; sin rodeos.  
Estoy tan escarmentado  
a prestar... El otro día  
vino a pedirme el Pelao  
unos calzones, y yo  
le fuí a prestar los de paño...  
Pues esta tarde el tunante,  
porque le estaban mirando  
dos mozas, se descolgó  
por una azotea a un patio;  
y al pasar junto al pescante,  
con un jierro enturtijao  
se enganchó por los fondillos,  
de modo que me los trajo  
a tiras por el envés,  
como buque empavesao.

MANOLO. Pero, compadre, vea usted  
que trata con hombres blancos  
que saben cuidar lo ajeno.

ANDRÉS. Todos dicen otro tanto;  
pero lo cierto es que uno  
es quien paga luego el pato.

MANOLO. Vaya, compadre; ¿es posible



que quede yo por un trasto  
sin palabra?

FELIPE.                               Seor Andrés;  
advierta usted que es un caso  
de honra.

MANOLO.                           Yo le prometo  
que ni siquiera rozados  
los volveré.

FELIPE.                           Por la Chata  
ambos se lo suplicamos.

ANDRÉS.   ¡Pues meten un buen empeño!  
¿No sabe usted que ese trapo,  
después de haberla vestido,  
se enredó con un soldado  
que vende por los cafées  
cuchillitos y esos palos  
con que se rascan los dientes  
los Usías?

FELIPE.                           ¡Son el diablo  
las mujeres!...

ANDRÉS.                           ¡Mire usted;  
dejarme a mí por un trasto  
tan indecente!

MANOLO.                           Compadre,  
¿me presta usted los zapatos?

ANDRÉS.   De manera que si usted  
me los cuida...

FELIPE.                           Yo los pago,  
si se rompen.

ANDRÉS.                           Calla, hombre;  
si nunca tienes un cuarto.  
Compadre, a usted se los presto;

déme usted palabra y mano  
de no hacer escobeteos,  
ni dar patadas ni saltos.

MANOLO. Yo se lo prometo a usted.

ANDRÉS. Pues, siendo así, se los traigo. (*Vase.*)

MANOLO. ¡Que indinote es mi compadre!

FELIPE. Es el más desconfiado  
que yo he visto.

ANDRÉS. (*Sale con los zapatos, quitándoles el polvo.*)

Compadrito,  
nadie me gana a aseado.  
¿Sabe usted qué tiempo habrá  
que los estrené? Tres años.  
Por señas que me los puse  
con aquel vestido pardo  
de bayeta moteada  
que dió golpe en todo el barrio.  
Ya ve usted; ni una puntada  
tienen rozada.

MANOLO. Me espanto  
de ver cómo a usted le duran.

ANDRÉS. Mire usted si le están anchos.

MANOLO. Tiene usted el mismo pie.

(*Se los pone y patea.*)

Sobre que me están pintados.

ANDRÉS. Vaya; que no es menester  
dar coces, como caballo,  
para ver si vienen bien.

MANOLO. Compadrito, no hay cuidado.  
Aquí le dejo los míos  
hasta mañana temprano.

ANDRÉS. Mire usted: si se acabase

a media noche el fandango,  
véngase usted acá derecho  
y podrá usted descambiarlos.

MANOLO. Está bien. Abur, compadre.

ANDRÉS. Escuche usted. Yo he pensado  
que será mucho mejor  
que los lleve usted en la mano  
hasta la puerta del baile,  
pues como hay tantos guijarros  
por las calles...

MANOLO. Para mí  
lo mismo es hembra que macho.  
Esto se hace en dos minutos.  
(*Se los quita.*)

ANDRÉS. Compadrito; es un reparo  
tan regular...

MANOLO. Usted es dueño,  
y es menester contentarlo.  
Ya está usted servido; abur.

ANDRÉS. Compadre; casi he pensao...  
Mire usted : mejor será  
que usted me lleve al fandango  
para guardarle los suyos  
mientras baila.

MANOLO. Pues volando;  
más vivito.

ANDRÉS. En un instante  
el castoreño me encajo. (*Vase.*)

MANOLO. Quemao estoy, Felipillo.

FELIPE. Aunque estuviera descalzo,  
no los llevara.

ANDRÉS. (*Sale de capa y sombrero.*) Al avío.

Déme usted acá los zapatos. (*Los toma.*)  
(*Mirando adentro.*)  
Tía Pepa; cierre usted aquí,  
que esta noche voy de gallo.

Casa del tío Pedro. Mesa con un velón y sillas. El TÍO PEDRO repartiendo mixtela a MARIANA, INÉS y otras MAJAS y MAJOS.

PEDRO. Silencio; no me atolondren.  
Luego beberán los machos.  
Vaya, linda Marianita,  
apúrate todo el vaso.

MARIANA. Viva usted cuanto desea. (*Lo prueba.*)

PEDRO. Qué, ¿lo tocas a los labios?  
¿A qué son esos embustes?

MARIANA. Tengo esta noche en los cascos  
Consejo de Guerra, y quiero  
saber lo que yo me hago.

PEDRO. Pues mira, cara de diosa,  
nadie sino el tío Canario  
ha de saber tus secretos.  
Jesús y cruz. (*Bébelo todo.*)

INÉS. ¡Qué borracho  
es usted, tío Pedro!

PEDRO. ¡Ya!  
Tú, sin duda, estás rabiando  
porque no te di primero.  
Calla, y échate ese trago. (*Le da el vaso.*)

PELAO. (*Sale con la guitarra.*)  
¡Alabado sea el Señor!

INÉS. Ya está aquí Juan el Pelao.

- PEDRO. Hombre, ¿habías de venir?  
PELAO. Si me detuvo ahí abajo  
un posma...  
PEDRO. Si tardas más,  
iba a sacar el rosario.  
¿Traes la vihuela?  
PELAO. Aquí está.  
PEDRO. Tan sólo de verla bailo.  
Sitio para el tocador,  
muchachas. Ven acá, guapo;  
que, entre estos soles, verás  
adónde pones las manos.  
(*Le sienta entre Mariana e Inés.*)  
Toca; tócame un zorongo.  
PELAO. Deje usted que temple. (*Lo hace.*)

Salen ANDRÉS, MANOLO y FELIPE.

- FELIPE. Vamos;  
que está la sala lucida.  
ANDRÉS. Compadrito, con cuidado;  
no se desguince usté un pie  
y me rompa usté un zapato.  
MANOLO. Déjeme usted, compadrito;  
que, con lo que estoy mirando,  
me están llevando los mengues.  
ANDRÉS. Hombre, ¿qué ve usté?  
MANOLO. El Pelao,  
que está junto a Marianita.  
¿A que lo agarro de un brazo  
y aljofifo en un instante  
la sala con ese trasto?

- ANDRÉS. En ese caso, compadre,  
se peleará usted descalzo.  
Cuenta con lo que se hace.
- MANOLO. ¡Sobre que estoy sofocado!  
(*Pasa al lado de Mariana.*)
- PEDRO. ¿Cuándo acabas de templar
- PELAO. Si tres cuerdas han saltado...
- PEDRO. Así te saltara un ojo.
- MARIANA. ¿Qué hace usted aquí, señor majo?  
¿Por qué no se sienta usted?
- MANOLO. Estoy desde aquí escuchando  
las voces de la vihuela.  
(*A ella sólo.*) ¿Estará usted reventando  
de coraje por tener  
ese tocador al lado?
- MARIANA. Yo no gusto de la gente  
pelada.
- MANOLO. De cuando en cuando  
se suele mudar de gusto.
- MARIANA. No sea mono. Al despacho.  
Fuera capa, y avivar  
esta sonsera. ¡Canario;  
que en sabiendo que los quieren  
se ponen luego tan anchos!
- MANOLO. ¿Conque quiere usted que avive  
la gente?
- MARIANA. Yo jamás hablo  
las cosas dos veces.
- MANOLO. ¿Sí?  
Pues al avío, muchachos.  
Fandango, fandango pronto.  
Vamos; fandango, fandango.

ANDRÉS. ¡Compadrito!

MANOLO. ¿Qué se ofrece?

ANDRÉS. Hombre, que estoy sofocao  
de verle dar tantas vueltas.  
Cuando estreno yo zapatos  
nuevos, estoy que no puedo  
tan siquiera dar un paso.

MANOLO. Compadre; si es menester  
avivar la gente...

ANDRÉS. Hablando  
se aviva mucho mejor  
que corriendo y pateando.

PEDRO. Vamos, señores, ¿quién baila?

MANOLO. Yo, yo, tío Pedro Canario.  
*(Da patadas como en ademán de bailar.)*

ANDRÉS. ¡Sobre que mi compadrito  
parece que está azogado!

PEDRO. Pues saque usted una mujer.

MANOLO. Usted, salero. *(A Mariana.)*

MARIANA. Volando. *(Se levanta.)*

MANOLO. Toque usted el fandanguito.

PELAO. Todavía no he templado.

MANOLO. Mira, Juan, que si te burlas,  
me he de quitar un zapato  
y te caliento la cara.

PELAO. ¿A quién? ¿A mí? ¡Voto a tantos!  
*(Manolo se quita un zapato, y le va a dar  
con él. Andrés le detiene.)*

ANDRÉS. ¡Compadre!

MANOLO. ¿Que quiere usted?

ANDRÉS. Usted déle con un palo;  
mas con el zapato no.

- PEDRO. Vaya; siéntate, Pelao.
- MARIANA. Señor Manolo, ¿es posible?
- MANOLO. ¡Si se está de mí burlandol...
- PEDRO. Ya se acabó; toca, Juan.
- PELAO. Sólo por usted lo hago.  
(*Toca, y bailan. Andrés sigue a Manolo para hablarle con disimulo y con viveza. Los demás jalean el baile.*)
- PEDRO. ¡Que viva la gracia! ¡Zas!
- ANDRÉS. Compadrito, más despacio.
- TODOS. ¡Zas, que me jundo!
- ANDRÉS. Compadre;  
que no son de cal y canto.
- TODOS. ¡Anda con ella!
- ANDRÉS. ¡Manolo! (*Lo para de bailar.*)  
Mira que ya estoy sudando  
de mirarte dar patadas.
- MANOLO. Compadre; no sea pesado,  
que están reparando todos. (*Hablan bajo.*)
- ANDRÉS. Ya me retiro a mi lado;  
pero, compadre, por Dios,  
que cuide usted los zapatos.
- PEDRO. ¿A qué ha sido esta parada?
- MARIANA. Pues está muy bueno el chasco.
- ANDRÉS. Tengo con él cierto asunto.  
Vaya; prosiga el fandango.  
(*Tocan y bailan.*)
- TODOS. ¡Vivan los cuerpos con gracia!
- PEDRO. ¡Que te la llevas, salao!
- ANDRÉS. ¡Compadre!... (*Salta Manolo.*)
- TODOS. ¡Viva el que sabe!
- ANDRÉS. ¡Compadre; de aquí no pasol!



Ya eso es mucho patear.  
Múdese usted de zapatos.  
*(Tira al suelo los zapatos de Manolo, y  
para el baile.)*

TODOS. ¿Qué es esto?

MANOLO. Que mi compadre  
esta noche se ha esmerado  
conmigo. Pero yo tengo  
la culpa.

ANDRÉS. Vaya; si acaso  
ha de servir de disgusto,  
diviértase usted otro rato.

PEDRO. Ya estoy impuesto, Manolo,  
en el lance; y fué excusado  
que molestases a otro,  
siendo en mi casa el fandango.

ANDRÉS. De suerte que si no fuera  
por el cordoncillo blanco  
de las tapas, no le hacía  
aunque bailara diez años.

PEDRO. Pues yo tengo cuatro pares  
con cordón, y todos cuatro  
los ha de romper ahora. *(Vase.)*

MARIANA. Si a mí me hubiera usted hablado,  
tengo yo siempre un doblón  
para comprarle zapatos.

PEDRO. *(Sale con unos zapatos.)*  
Toma, Manolo. *(Tíralos al suelo.)*

MANOLO. Compadre;  
aprenda usted a tener garbo.

ANDRÉS. Pero también cuando voy  
a una fiesta, jamás ando

pidiendo para el desnudo.  
¡Vaya; que mata de majos  
tan pordioseros, tan sólo  
se encontrará en este barrio!

MANOLO. Mire usted que se me va  
a mí ajumando el pescao...

ANDRÉS. Descálcese usted, y después  
hablaremos más despacio.

MANOLO. Pues ya está hecho.  
*(Lo hace, y ademán de sacar un cuchillo.)*

TODOS. *(Lo detienen.)* ¡Manolo!

PEDRO. En mi casa no hay más guapo  
que yo.

MANOLO. Calle usted, tío Pedro.  
*(A Andrés, como en desafío.)*  
Ya me tiene usted descalzo.

ANDRÉS. Pues mire usted, compadrito;  
si tengo de hablarle claro,  
sólo quería pillar  
mi alhaja. Ya yo me najo.  
Si quiere usted convidarme,  
me pagará con tres vasos  
de Manzanilla el haber  
lucido con mis zapatos.

MANOLO. ¿Convidarle a usted? Primero  
le daría un rejonazo.

ANDRÉS. ¿A quién? ¿A mí? En la taberna  
hablaremos más despacio. *(Vase.)*

MARIANA. ¡Qué ridículo es el hombre!  
Póngase usted los zapatos  
y acompáñeme a mi casa,  
que ya me jiede el fandango.

- PEDRO. Pero si puede ponerse  
unos míos...
- MARIANA. Le están largos.  
Tiene usted mucha pezuña.
- PEDRO. Mujer; vivas muchos años.  
Yo le ofrezco lo que tengo.
- MANOLO. Se lo estimo, tío Canario.
- MARIANA. Venga su capa.
- PEDRO. Aquí está.
- MARIANA. Y sepan todos que amparo  
yo a Manolo, y que me sobra  
una onza...
- UNO. Qué, ¿de estaño?
- MARIANA. ¿Quién fué el petate que habló?
- MANOLO. ¡Si supiera quién fué el trapo!...
- MARIANA. Vamos, Manolo; y no hagas  
de aquesta gentuza caso.
- PEDRO. Adiós, real moza.
- MARIANA. Hasta nunca.
- PEDRO. Ya la diversión se ha aguada.  
Juanillo; ¿vámonos todos  
a correrla?
- PELAO. Por mí, vamos.
- TODOS. Pidiendo todos, primero,  
perdón de defectos tantos.



# EL PAYO DE LA CARTA

**SAINETE**

## PERSONAS

DON PEDRO.

DON ANTONIO.

BARTOLO.

PASCUAL.

GRACIOSA.

CUARTA.

UN HOMBRE.

ACOMPAÑAMIENTO.

## EL PAYO DE LA CARTA

---

Decoración de calle corta. Salen DON ANTONIO  
y DON PEDRO.

PEDRO. Don Antonio, amigo mío,  
esta noche que está fresca  
y no hace mucho calor  
hemos de ir a la comedia.

ANTONIO. ¿Pues qué función ejecutan?

PEDRO. Hacen una pieza nueva,  
según dicen los carteles,  
y yo, por media peseta,  
no he de dejar de ir allá.

ANTONIO. Yo os esperaré a la puerta,  
me contaréis la función  
y me ahorraré la molestia.

PEDRO. ¿Por qué?

ANTONIO. Porque no me gustan,  
señor mío, las comedias;  
la ópera es la que me agrada,  
me divierte y me deleita.

PEDRO. A mí también; mas por eso  
no hemos de despreciar nuestras

comedias, que muchas hay  
instructivas y muy buenas.

ANTONIO. Sobre todo, os daré gusto  
esta noche.

PEDRO. Norabuena.

¿Qué hora es?

ANTONIO. Las seis han dado.

PEDRO. Pues hasta las siete y media  
vamos en casa de una  
amiguita, aquí muy cerca;  
que ella nos informará  
si es la función mala o buena;  
pues tendrá en ella papel  
y habrá ensayado por fuerza.

ANTONIO. Pues qué, ¿es del teatro?

PEDRO. Sí;  
si es la graciosa...

ANTONIO. Pues deja;  
nos llegaremos primero  
al café por dos docenas  
de cigarros de la Habana,  
que encargué a un amigo.

PEDRO. Sea  
como quieras.

Salen PASCUAL y BARTOLO de payos andaluces; Bartolo  
trae una carta en la mano; y, mirando las casas, tropieza con  
don Pedro.

PEDRO. (*Aparte.*) ¡Habrás bruto!

BARTOLO. Usted, si es ciego, debiera  
llevar perro, o lazarillo,  
por *alantre*, que le *ijera*



el camino de las calles  
de la Corte.

PEDRO. Si no fuera...

ANTONIO. Hombre, cállate, por Dios;  
y con cachaza tolera  
el empujón, pues no es nuevo  
dar tropezones con bestias.

BARTOLO. Ya se ve; y como que un hombre  
cada instante las encuentra...

PEDRO. Los bestias los serán ellos.

ANTONIO. Bien claro lo manifiestan,  
pues están cubiertos aún  
de la lana de su tierra.

BARTOLO. No habrá pocos por acá  
que lleven vellón a cuestras  
por jartarse de vellones  
a fuerza de su paciencia.

ANTONIO. Por fin, andaluces brutos.

BARTOLO. Tampoco, de esa cosecha  
aquí abundan; ya se ve,  
si no hay un bruto siquiera  
en este *páís*; jasta los  
mayorazgos saben cuentas.

PEDRO. Dejadlo para quien es.

ANTONIO. El demonio del postema (1).  
(*Vanse los dos.*)

---

(1) Todo lo copiado hasta este verso constituye una especie de preparación para el sainete, imaginada sin duda por el empresario, que lo era G. y Lledó, según nota manuscrita en el ejemplar impreso, donde se advierte otra marginal que dice: «Aquí empieza.» El ejemplar manuscrito comienza en el siguiente verso.

BARTOLO. En esta calle sin duda  
vivirá, según las señas  
que me dieron en la villa.  
¿Sabes leer?

PASCUAL. Algunas letras.

BARTOLO. Pues lee este sobrescrito  
por si acertamos con ella.

PASCUAL. Dice..., dice...

BARTOLO. Acaba el dice;  
mala víbora te muerda;  
si así lees, yo discurro  
que en diez semanas y media  
no acabarás de leer  
lo que las letras enseñan.

PASCUAL. Yo no sé leer más corriendo.

BARTOLO. Un tabardillo a cualquiera  
puedes dar con tu lectura;  
vamos, y no gastes flema.  
Acaba con mil dñantres.

PASCUAL. Dice..., dice...

BARTOLO. Anda a la escuela,  
y al bruto que te enseñó  
que te vuelva las monedas.  
¿Habrá bestia semejante?  
Dice..., dice...; en mi conciencia  
que yo soy muy mal *letor*,  
y me atrevo a leer quinientas  
veces aún mejor que tú.

PASCUAL. Ya que tanto vociferas,  
léela tú.

BARTOLO. Pues ya se ve.  
¿Es menester tanta ciencia?

PASCUAL. Pues vaya.

BARTOLO. Atiende, salvaje.

Aquí dice..., dice...

PASCUAL. ¡Buena!

¿Qué es lo que dice la carta?

BARTOLO. Si no conozco las letras...

Mas calla; aquí viene un hombre,  
si no me mienten las señas.

HOMBRE. (*Saliendo.*)

Muy tarde es, y estoy muy lejos.

PASCUAL. Pues que se ha pasado, llega.

Dígame usted, señor mío,  
y perdone la imprudencia :  
¿sabe usted leer?

HOMBRE. ¡Qué pregunta!

¡No he de saber!

BARTOLO. De manera

que, como otros no saben,  
no sería cosa nueva.

HOMBRE. ¿Qué hombre no sabe leer?

BARTOLO. Yo soy uno; y a la escuela  
anduve más de seis años.

HOMBRE. Amigo; yo voy de priesa.

¿Qué se ofrece? Vaya...

BARTOLO. Sólo

que me diga: ¿la carta esta  
a quién viene?

HOMBRE. Dice así.

(*Lee.*) «A la señora Manuela,  
en la calle San Narciso,  
Cómica de las comedias.»

BARTOLO. Aprende a leer, gran salvaje.

PASCUAL. Pues está buena la fiesta,  
y lee peor que yo.  
BARTOLO. Si se me embrolla la lengua...  
HOMBRE. En aquella casa vive. (*Vase.*)  
BARTOLO. Agradezco la fineza.  
Allá voy con alma y cuerpo.  
Dios nos la depare buena.  
La puerta, abierta se mira.  
Pascual, sube la escalera. (*Vanse.*)

Mutación de salón, con sillas, mesa y una comedia encima de ella; y salen por la izquierda la GRACIOSA y CUARTA.

GRACIOSA. Haz que todo esté dispuesto,  
porque esta tarde hay tragedia  
y me he de ir muy temprano.  
CUARTA. Usted recelo no tenga;  
que todo lo tendrá pronto. (*Lllaman.*)  
GRACIOSA. Llamando están a la puerta.  
Mira quién es.  
CUARTA. Voy corriendo. (*Vase.*)  
GRACIOSA. El sastre me desespera.  
Si el vestido no me trae  
le he de romper la cabeza.  
CUARTA. (*Saliendo.*) Señora; un payo andaluz,  
con otro, dice que es fuerza  
hablar con usted.  
GRACIOSA. ¿No dicen  
quién son?  
CUARTA. No, señora; y se entran  
sin aguardar que les digan  
que lo hagan.

GRACIOSA. ¡Pues es buena política! Di que aguarden.

CUARTA. Ya se han entrado en la pieza.

Salen BARTOLO y PASCUAL.

BARTOLO. ¿Se puede entrar, señorita, si es que usted nos da licencia?

GRACIOSA. ¿Para qué la quiere usted, si ya se ha entrado sin ella?

BARTOLO. No gaste usted cumplimientos.

GRACIOSA. Es una gran desvergüenza entrarse sin avisar; y si, por caso, estuviera en camisa, ¿era decente que ustedes así me vieran? En la antesala se aguarda.

BARTOLO. Señorita; allá en mi tierra, antesala ni altealcoba hay; el que llama, se entra; si los encuentra en camisa vuelve la cara, y espera a que se pongan las naguas; y si no, de la manera que los halla, da el recado, y se vuelve puerta afuera.

GRACIOSA. Vaya; ¿qué es lo que usted quiere? ¿Qué se ofrece, o qué desea?

BARTOLO. Mire usted, estoy cansado; tomaré yo la silleta y me asentaré. ¿Oyes tú? Siéntate con *conviniencia*.

- GRACIOSA. ¿Se podrán ver otros modos?  
El hombre es bruto de veras.  
La cortedad me da gusto.
- BARTOLO. Siéntese usted sin molestia,  
que yo vengo muy despacio.
- PASCUAL. ¡Qué linda es la casa esta!
- GRACIOSA. Vaya; despáchese y diga  
quién es; y, con ligereza,  
lo que buscan en mi casa.
- BARTOLO. No se ofenda usted; paciencia.  
¡Qué calor hace, Pascual!  
Haga usted que la doncella  
(si acaso lo es de esta casa  
la niña que está en presencia)  
nos saque de refrescar,  
pues la calor nos marea;  
y tome usted estos tres cuartos;  
y, si hay cerca una taberna,  
que me traigan un porrón  
de vino, pues me refresca.
- PASCUAL. Que vayan luego al instante.
- GRACIOSA. ¿Se podrá ver tal llaneza?
- BARTOLO. Como soy que es como un oro  
la Cómica de comedias.
- PASCUAL. Mejor que la Boticaria,  
la Médica y la Alcaldesa.
- GRACIOSA. ¿A que llamo quien a palos  
los eche por esa puerta,  
llenándolos de estacazos?
- BARTOLO. En ese caso no fuera  
yo el que menos pegaría,  
porque tengo mucha fuerza.

GRACIOSA. ¿Quién son y qué es lo que quieren?

BARTOLO. Mire usted; allá en mi tierra...

GRACIOSA. ¿Y de qué tierra es usted?

BARTOLO. Qué, ¿no sabe usted cuál sea?

GRACIOSA. No, señor.

BARTOLO.                   Pues es un pueblo  
                              como éste u otro cualquiera;  
                              hay hombres, mujeres, niños;  
                              hay viejos, también hay viejas;  
                              hay bestias, como éste sabe,  
                              que en todo el lugar se encierran.

GRACIOSA. Usted viene a sofocarme.

                              ¿Se habrá visto tal postema?

BARTOLO. Si usted quiere que de pronto  
                              le diga toda mi arenga...

                              Es fuerza irme poco a poco;

                              yo soy pesado, y es fuerza

                              (si no lo digo despacio

                              y a la moda de mi tierra)

                              que no sepa lo que digo,

                              ni usted lo que digo entienda.

GRACIOSA. Yo me apuro con este hombre.

                              Vaya, diga usted.

BARTOLO.                   Con flema.

GRACIOSA. Acabe, aunque sea despacio.

BARTOLO. Pascual, ¿si habrán ya las bestias  
                              comídose el primer pienso?

PASCUAL. Es forzoso que así sea.

BARTOLO. Diga usted: *entre parentis*;  
                              de cebada la fanega,  
                              ¿a cómo está por acá?

GRACIOSA. Hombre, no sea usted bestia;

que eso no es aquí del caso.  
Váyase usted y no nos muela.

BARTOLO. Me espanto que en este pueblo  
sean las gentes tan lerdas  
que no sepan cómo vale  
la comida de las bestias.  
Pues, señora, a lo que vengo..  
¿Qué hablábamos? Que en conciencia  
no me acuerdo. ¿No trae el vino  
la chica?

GRACIOSA. ¡Tómate esa!  
Ya volvemos al principio.

PASCUAL. Hombre; despacha y no muelas.

BARTOLO. ¡Ay! Ya me acuerdo. Es el caso  
que un señor que está en mi tierra  
me ha dado con mucho empeño  
esta carta, y que la diera  
a usted; mas bien entendido  
que me ha de dar la respuesta.

GRACIOSA. ¡Gracias a Dios que acabamos!  
¿Y para una friolera  
como traerme una carta  
ha gastado tanta flema?  
Vaya; déme usted la carta.

BARTOLO. Déme usted antes la respuesta.

GRACIOSA. ¡Si digo que usted es un bruto  
de los pies a la cabeza!  
Hombre; déme usted la carta.

BARTOLO. En dándome la respuesta.

GRACIOSA. ¡Jesús, qué sofocación!  
Dame la basquiña, Pepa,  
que me quiero ir al teatro



por no escuchar a este bestia.

PASCUAL. Dice bien; dale la carta.

BARTOLO. No quiero. Eres un tronera.  
¿Quieres tú que lea la carta  
y que no haga caso de ella,  
como muchas otras lo hacen,  
y me vaya sin respuesta?  
No, señor; para no errarlo,  
toma y daca : déme ella  
la respuesta a mí primero,  
y daré la carta. Piensan  
que soy tonto.

GRACIOSA. Y muy salvaje.  
Hombre; eso que dice y piensa,  
¿no ve usted que es imposible?  
Vaya, no sea tronera;  
¿me da usted la carta o no?

BARTOLO. En dándome la respuesta.

GRACIOSA. Salgan luego de mi casa,  
o les rompo la cabeza  
con esta silla. ¡A la calle!

BARTOLO. ¿Conque ello ha de ser por fuerza?

GRACIOSA. O les partiré los cascós.

BARTOLO. Una vez que usted me ruega  
y lo pide en cortesía,  
se acabó la *dependencia*.

PASCUAL. Dale la carta.

BARTOLO. Verás  
cómo me voy sin respuesta.  
Tome usted la carta; pero  
no tiene razón ni media  
en querer leer la carta

sin darme antes la respuesta.

Allá va.

GRACIOSA.                      Gracias a Dios

que largó la carta.

BARTOLO.                      Lea.

GRACIOSA. (*Lee.*) «Señora : Usted me dispensará la molestia, por ser su más apasionado cuando la conocí en la Corte, que estuve a ciertas pretensiones; y hallándome en Andalucía al tiempo de hacerse unas fiestas en que han dispuesto los alcaldes hacer unas tragedias, se han valido de mí para que me empeñe con usted a fin de que instruya lo mejor que pueda al dador de ésta, que pasa a cierto negocio a esa Corte, y es uno de los que entran en la función y hace el papel principal; informándole lo que ha de hacer y la vestimenta que se requiere; favor que espera merecer su más apasionado, — Saturio Saturnino Morón, etc.»

(*Representando.*)

¿Se ha visto igual friolera?

Ni sé quién es don Saturio,  
ni yo tengo, aunque quisiera,  
lugar para entretenerme  
en semejante pamema.

BARTOLO.    ¿Ha leído usted la carta?

GRACIOSA.    Sí, señor.

BARTOLO.                      ¿Y la respuesta?

GRACIOSA.    Lo que le respondo es  
que se vayan norabuena

de mi casa; que no estoy  
para bromas. ¡Vayan fuera  
al instante!

BARTOLO.                   ¿No te dije  
que me iría sin respuesta?  
¿Lo ves? Yo tengo la culpa  
en dar la carta. Paciencia.  
¿Conque nos vamos?

CUARTA.                   Señora;  
mientras que la hora se llega  
de que vamos al teatro,  
tómelo usted esto por fiesta,  
y divirtámonos en  
oirles cuatro simplezas.

GRACIOSA. No dices mal. Y decidme (I).  
¿Pero quién anda allá fuera?

Salen DON PEDRO y DON ANTONIO.

PEDRO.           Madama; si usted permite  
que mi amigo...

GRACIOSA.               Se interesa  
mi afecto en corresponder  
a quien urbano se precia  
así de favorecerme,  
sin otro fin que la buena  
política de mostrarse  
mi apasionado de veras.

---

(I) Desde el verso siguiente hasta el que dice: «¿vos en aquesta tragedia», figuran todos acotados en el ejemplar impreso. En los manuscritos no aparecen.

LOS DOS. Favor con que nos honramos.

GRACIOSA. Ya, señores, que se encuentran  
en esta ocasión, sentarse  
y veréis cosa muy buena. (*Siéntanse.*)

BARTOLO. Oyes; estos son los dos...

PASCUAL. Ya los conozco.

GRACIOSA. Pues ea.  
Como iba diciendo, amigo,  
¿vos en aquesta tragedia  
que se hace en vuestro lugar,  
qué papel hacéis?

BARTOLO. ¡No es buena  
la pregunta! Por mi cara  
y por mi hermosa presencia,  
¿no estaba diciendo yo  
que haré la dama primera?

GRACIOSA. Si no suelto yo la risa  
será un milagro. ¿En comedia  
habéis entrado otra vez?

BARTOLO. Sí, señora; en las «Cautelas»  
hice uno de los que salen  
cuando prenden a la Reina.  
Como no tenía versos,  
no equivoqué ni una letra.  
Yo no hablé ni una palabra;  
pero se movió tal gresca  
al verme salir, que todos  
aplaudieron mi presencia.

GRACIOSA. Pues los principios son buenos.

BARTOLO. Por eso la diligencia  
me encargaron, conociendo  
que era propio para ella.

GRACIOSA. Ciertamente. Y el señor,  
¿no hace papel?

BARTOLO. Deletrea  
un poco; cómo es forzoso  
que él apunte la tragedia.

GRACIOSA. Será la función famosa.  
¿Cómo titula?

BARTOLO. De veras  
que no me acuerdo... Se llama...  
(Se me perturba la lengua.)  
El Martes... Martes...; así,  
una cosa como ésta.

GRACIOSA. «El Mitrídates», diréis.

BARTOLO. Esos términos que suenan  
a *orates fatres*, señora,  
no son para mi cabeza.

GRACIOSA. Cabalmente aquí tenía  
por *casualidad* en la mesa (1)  
la tragedia que decís.

Haremos un paso de ella.

Usted póngase de pies;

y, con la presencia recta,

haga lo que yo diré,

para ver cómo le pega.

(*Pónese Bartolo en figura ridícula. La Graciosa representa con afectos; y él la quiere imitar.*)

BARTOLO. Eche usted por esa boca.

GRACIOSA. Escuche y atención tenga.

BARTOLO. Escuche y atención tenga.

---

(1) Así dice en los tres ejemplares consultados.

GRACIOSA. ¡Que no he empezado, salvaje!  
¡Habrás visto tal bestia!

BARTOLO. ¡Que no he empezado, salvaje!  
¡Habrás visto tal bestia!

GRACIOSA. Aguarda, que ahora comienzo,  
y seguirás.

BARTOLO. ¡Vaya de ésta!

GRACIOSA. «El horrible furor que inexorable  
fue momento infeliz de mi destino,  
es hoy de mi desgracia el sanguinario  
instrumento fatal que se previno.»  
Ahora dígalos despacio,  
estos versos que yo he dicho,  
con seriedad.

BARTOLO. Allá voy.  
No me acuerdo del principio.

GRACIOSA. ¿Ahora estamos ahí?  
Pues vaya; diga conmigo :  
El horrible furor que inexorable...

BARTOLO. El jocoso furor que perdurable...

GRACIOSA. Fue momento infeliz de mi destino...

BARTOLO. Fue comiendo con Félix el pepino...

GRACIOSA. Es hoy de mi desgracia el sanguinario...

BARTOLO. Es hoy con linda gracia el luminario...

GRACIOSA. Instrumento fatal que se previno...

BARTOLO. Según muerto está ya, que traigan vino.

GRACIOSA. Grandemente; grandemente.

BARTOLO. Yo tengo buena memoria,  
y no se me olvidará :  
«El jocoso feroz que perdurable  
fue comiendo con Félix el pepino,  
es hoy con linda gracia el luminario

según muerto está ya, que traigan vino.»

Como soy, que de esta hecha  
salgo el mejor *trageriante*  
que hay en todas las *tragerias*.

GRACIOSA. Lo habéis hecho cual ninguno.

BARTOLO. ¿No haré una dama muy buena,  
Pascual?

PASCUAL. Sí; y mejor tiraras  
de un carro o una carreta.

PEDRO. Vaya que el chiste es gracioso.

GRACIOSA. ¿Qué hora es?

PEDRO. Las siete y media.

GRACIOSA. Ustedes perdonarán  
me despida, pues me fuerza  
a hacerlo la obligación  
de asistir a la comedia.

PEDRO. A ella nos vamos nosotros;  
perdone usted la molestia.

GRACIOSA. Dejemos para mañana,  
que daréis acá la vuelta,  
la lección. Dame tú, chica,  
mantilla y basquiña.

BARTOLO. Ea;  
pues agur, hasta mañana.

PASCUAL. Vamos; que estarán las bestias  
sin comer, y pensarán  
que nos olvidamos de ellas.

GRACIOSA. Cuidado; que no faltéis.

BARTOLO. Cuidado con la respuesta.

TODOS. Y aquí da fin el sainete;  
perdonad las faltas nuestras.





# EL RECIBO DEL PAJE

**SAINETE**

## PERSONAS

DOÑA ANA.  
DON TADEO.  
UNA CRIADA.

DON LUQUETE.  
UN PAJE.

## EL RECIBO DEL PAJE

---

Salón corto. Salen DON TADEO y DOÑA ANA.

ANA. Hermosa tarde hace, cierto,  
para salir a pasear.

TADEO. Es verdad. Sentaos un poco,  
que aun es muy temprano.

ANA. Ya;  
pero dentro de un ratito  
podemos ir a explayar  
el ánimo.

TADEO. Bien, madama.  
¿Habéis recibido ya  
aquel paje que aguardabais?

ANA. Creo que luego vendrá;  
pues, según dijo Faustina,  
por la calle atravesar  
le vió no ha mucho, y presumo  
que ya no puede tardar.

TADEO. ¿Será asunto de reirnos?

ANA. Aqueso sucederá;  
pero es gusto de mi esposo,  
y no puedo replicar.

TADEO. Extraño que don Luquete  
reciba a un salvaje tal

por paje, cuando hallaremos  
otro más hábil.

ANA.

Capaz

era mi esposo, si yo  
me quisiera a ello negar,  
de no hablarme en cuatro meses.

TADEO.

Marido muy criminal  
parece, señora, el vuestro.

ANA.

Es testarudo sin par.  
Aquí viene. Atended, pues,  
y veréis.

TADEO.

¿Se enfadará  
si acaso me viese aquí?

ANA.

No por cierto; que él es tal  
que, en apoyándole a todo,  
queda contento. Callad.

LUQUETE.

(*Saliendo.*) ¿Adónde está la criada?  
¿No es cosa de Barrabás  
que por más que yo la busque  
nunca la pueda encontrar?

ANA.

¿No sabes fué por el paje?

LUQUETE.

¡Ah! Ya me acuerdo. Es verdad.  
Mas, ¡oh, amigo don Tadeo!  
¿Ahí estabais sin hablar?  
Buenas tardes. ¿Qué tenéis?  
¿Hay alguna novedad?  
¿Cómo se encuentra mi hermana?

TADEO.

Tan buena y tan gorda está  
como siempre; deseando  
el volverse por acá.

ANA.

Mira que informan del paje  
que no te ha de acomodar.

- LUQUETE. Si ése no ocupa la plaza,  
otro en casa no ha de entrar.  
Voy a acabar el correo.
- CRIADA. (*Saliendo.*) Aquí viene el paje ya.
- LUQUETE. Pues me espero.
- ANA. Di, Faustina;  
¿qué facha tiene?
- CRIADA. Bestial.  
Si viera usted qué horroroso...  
Figura más natural  
de un tapiz, jamás he visto.
- LUQUETE. Aquése, aquése ha de entrar;  
porque si es el paje feo  
sé que no le inquietarán  
las criadas, y se logra  
el tener la casa en paz;  
porque en la que no se guarda  
esto que quiero observar,  
andan pajes y criadas...  
¡Qué sé yo como andarán!
- ANA. Malicioso y testarudo  
eres, sin tener igual.
- CRIADA. Señora; que no entre el paje,  
porque nos ha de espantar.
- TADEO. Aquí viene.
- LUQUETE. Yo me siento;  
que el correo esperará.
- PAJE. (*Saliendo.*) Señoritas; buenos días  
tengan ustedes y...
- ANA. ¡Bravo!  
Explicación excelente.
- LUQUETE. Déjale hablar al muchacho.

- ¿Cómo te llamas, chiquillo?  
Habla, pues. No estés callado.
- PAJE. Yo me llamo don Pepito;  
mi padre se llama Francho;  
mi madre, doña María;  
mi hermano se llama Braulio;  
toda familia lucida,  
descendiente de Pilatos.  
Mi padre murió de risa;  
mi madre se murió hablando.  
*(Aparte, por la criada.)*  
¡Qué chica, qué ojos, qué cuerpo,  
qué cara, qué garabato!  
Doña Anacleta, mi abuela,  
murió de ciento veinte años;  
y lo que fué de admirar,  
que con palma la enterraron.  
Y, con toda esta nobleza,  
me veo muy desdichado,  
porque mi tío murió,  
a mi madre la enterraron,  
mi padre dió el alma a Dios,  
don Roque fué al otro barrio;  
conque quedé huerfanito  
de todos cuatro costados;  
y como...
- ANA. Ya basta, chico.
- TADEO. ¡Qué labia tiene el muchacho!
- CRIADA. ¡Qué compañero tan brutal!
- PAJE. La chica me va gustando.
- LUQUETE. Desde ahora mismo, Pepito,  
quedas por paje ajustado.

Ropa limpia, de comer,  
y tu corriente salario.

ANA. ¿Conque te empeñas, Luquete,  
en que se quede?

LUQUETE. Es del caso.  
*(Lo agarra y se lo lleva a un lado.)*  
Pero te advierto que sólo,  
en lo que tendrás cuidado,  
que yo te quiero mandar,  
y nadie más.

ANA. *(Hace lo mismo, pero al lado contrario.)*  
Mentecato;

a mí sola has de servir.  
Primero soy yo que tu amo.

LUQUETE. *(Lo mismo.)* A mí no más.

ANA. *(Ídem.)* Sólo a mí.  
Eres terco.

LUQUETE. Eres pelmazo.

PAJE. Si me dejaran a mí,  
yo diera un arbitrio guapo  
que a mí me tuviera cuenta;  
y, ustedes, contentos ambos.

LUQUETE. Dilo luego; no te pares,  
que lo estamos aguardando.

PAJE. No obedeciendo a ninguno,  
estaba el pleito acabado.  
Si aqueste arbitrio no sirve,  
mi estudio más no ha alcanzado;  
pues aunque pude saber  
Tología, Colopiano,  
Sensulas, Tesolomía,  
Morrall y Catón cristiano,

me quedé en el chan, chin, chon,  
y fuí a la escuela diez años;  
porque mi tío murió,  
a mi madre la enterraron,  
mi padre dió el alma a Dios,  
don Roque fué al otro barrio;  
conque quedé huerfanito  
por todos cuatro costados.

TADEO. Ya me falta la paciencia  
para ver tal mentecato.  
Señora; vamos de aquí.

ANA. Vámonos al otro estrado.

LUQUETE. Vayan ustedes con Dios,  
que yo me vuelvo al despacho.  
Faustina puede quedarse;  
y que le vaya indicando  
al paje lo que ha de hacer  
en casa. Vuelvo volando.  
Cuidado con lo que he dicho.

TADEO. Vámonos adentro; vamos. (*Vanse los tres.*)

CRIADA. ¿Conque he de enseñar a usted?

PAJE. El amo así lo ha mandado.  
Con tales lecciones, creo  
aprenderé de contado.  
Vaya; ya estamos solitos.  
Váyame usted alicionando.  
¡Qué ojitos tiene tan chuscos!  
Ya yo me voy sofocando.

CRIADA. Diga usted: ¿qué sabe hacer?

PAJE. Sé comer, bailar fandango;  
soy garboso, pedigüeño,  
dormilón de cuando en cuando;



sé enamorar las criadas;  
sé aplachar, peinar al amo;  
sé fregar, barrer, guisar,  
componer un estofado;  
sé cuidar a las doncellas;  
sé espumar de la olla el caldo;  
sé comerme la comida  
antes que la vea el amo;  
y pudiera saber más  
a no ser tan desgraciado;  
pues como el tío murió,  
a mi madre la enterraron,  
mi padre dió su alma a Dios,  
don Roque fué al otro barrio  
y yo quedé huerfanito...

CRIADA. Calla, con treinta mil diablos.  
¿Qué gracia has de tener tú  
para cortejar?

PAJE. ¡Canario!  
Para enamorar las mozas  
a ninguno han enseñado.  
Todos parecen maestros,  
según lo que yo he notado.  
Y, así, hagamos la experiencia;  
lo verá usted.

CRIADA. Mentecato;  
empieza y veremos cómo.

PAJE. (*Aparte.*) Ésta ya va madurando.  
Ponte aquí enfrente.

CRIADA. Ya estoy.

PAJE. ¿Me quieres, ídolo amado?

CRIADA. No te quiero; que pareces,

- por lo chico, escarabajo.
- PAJE. Mira, niña; aunque soy chico,  
te prometo buen salario.
- CRIADA. ¿Cuánto me darás al mes?
- PAJE. Diez y seis reales al año.
- CRIADA. Por cierto, ¡linda prebenda  
para salir de cuidados!
- PAJE. Pues si te doy lo que tengo,  
no quedo a más obligado.  
Yo me casaré contigo.
- CRIADA. ¿Tiene hacienda para el gasto?
- PAJE. Tengo tierras (que son más  
cuando yo las voy pisando);  
tengo cabras, medio buey  
y también medio marrano;  
ingeniatura bastante  
y gran limpieza de manos;  
tengo ropa suficiente:  
dos casacas, un zapato,  
una camisa sin mangas  
y unos calzoncillos blancos;  
y más pudiera tener,  
pero soy muy desgraciado,  
pues como el tío murió...
- CRIADA. Calla; porque ya me enfado  
de verte tan majadero.
- PAJE. ¡Tú me quieres! Ea, vamos;  
no seas tan desdenosa;  
nos casaremos este año,  
y el que viene puede ser  
que estemos libres entrambos.
- CRIADA. ¿Pues le parece al figura

que una moza de mi garbo  
habría de emplear su gusto  
en un tonto mentecato?

PAJE.

¡Ay, hija! Un marido tonto  
es un censo cotidiano.  
Pero dejemos la paja  
y recojamos el grano.  
Yo te quiero de manera  
que no sé cómo explicarlo,  
porque aquí en el corazón  
siento a modo de un gusano  
que me carcome y me pica  
cancia arriba y cancia abajo;  
y pues... que yo... cuando... como...

CRIADA.

¡El diablo del mamarracho!  
¿Por qué no se explica bien?

PAJE.

¿No me ves que estoy turbado?  
¡Ay, zorrocloquito mío!

¡Ay, mi cariño adorado!  
Dame un abrazo, ¡mi vida!

CRIADA.

¡Ay qué risa! ¿Quiere abrazo?  
Abraze a la Torre Nueva,  
que es una moza de garbo.

PAJE.

No quiero; que esa madama  
tiene duro el espinazo.  
¡Que me vea de este modo  
de esta niña despreciado,  
habiendo dejado yo  
a la hija del letrado,  
a la de Pedro el herrero,  
la de Juan el boticario,  
la Farruca, la Tiñosa,

la Perucha, la del Calvo,  
la de Tres Pelos, la Rubia,  
la hija del cirujano,  
la Tadea, la Marrana  
y la hija de los Santos!..  
Pero, pues las desprecié,  
me está muy bien empleado.  
Nadie hace caso de mí,  
como estoy tan solitario;  
pues si viviera mi tío  
yo estuviera regalado.  
Mas ¿qué se ha de hacer? Paciencia.  
Tras de éste vendrá otro año;  
pues como el tío murió,  
a mi madre la enterraron,  
mi padre dió el alma...

CRIADA. ¡Así

la dieras tú de contado!

PAJE. Quien porfía, raja saca,  
he oído decir. Al caso.  
¿Tú me quieres?

CRIADA. No, señor.

PAJE. Ya este pleito se ha acabado.  
Dame un abrazo.

CRIADA. ¡Al demonio!

PAJE. Toma, dueño idolatrado. (*La abraza.*)

CRIADA. ¡Señora, señora mía!

Salen DOÑA ANA, DON TADEO y DON LUQUETE.

LOS TRES. ¿Qué ha sucedido?

CRIADA. Un agravio;  
que el paje es un atrevido.

LUQUETE. ¿Qué ha hecho este mentecato?

CRIADA. Me ha empezado a galantear;  
y porque no he contestado  
a casarme yo con él,  
me ha dado a mí...

ANA. ¿Qué?

PAJE. Un abrazo.

Como dice: No sé nada,  
quise ver si sabía algo.

ANA. ¿Ves ahora, esposo mío,  
cómo sale mi presagio  
de que éste era un animal?

LUQUETE. Dices bien, mujer. Ya caigo  
de mi tema. Prontamente  
váyase a la calle el trasto.

CRIADA. Mire usted, señora mía,  
por mi honor. ¡Ay cielos santos!  
¿Qué se dirá por el mundo?

PAJE. Que un paje te dió un abrazo.

ANA. Vaya el pícaro bribón  
a conocer otros amos;  
que en mi casa no ha de estar.  
Váyase, pues, de contado.

PAJE. Si mi tío lo supiera,  
no sé qué hiciera en tal caso.

ANA. ¿Qué hace que no se va?

PAJE. Ya me iré. Vamos despacio,  
y no me trate usted así,  
porque, aunque soy su criado,  
soy tan bien nacido como  
fué la mujer de Pilatos;  
y no hay que meterme bulla;

que si acaso yo me enfado,  
echaré al ama y criada  
con cuatrocientos mil diablos;  
que, aunque soy un pobre paje,  
es porque soy desgraciado,  
pues como el tío murió,  
a mi madre la enterraron,  
mi padre dió el alma a Dios,  
don Roque fué al otro barrio,  
yo me quedé huerfanito  
de todos cuatro costados;  
mas tengo ilustres parientes  
en una iglesia estampados;  
que toda fué gente honrada,  
aunque murieron quemados.

TADEO. Mude de conversación  
o váyase de contado.

PAJE. Ya me voy, porque yo quiero;  
no porque me lo han mandado.

CRIADA. Del mundo fuera mejor.

ANA. ¡Excelente ha estado el paso!

PAJE. ¡Adiós, cochina!

CRIADA. ¡Adiós, bruto!

PAJE. ¡Adiós, puerca!

CRIADA. ¡Adiós, marrano!

ANA. ¡Gracias a Dios que se fué!

LUQUETE. Ya me tenía enfadado.

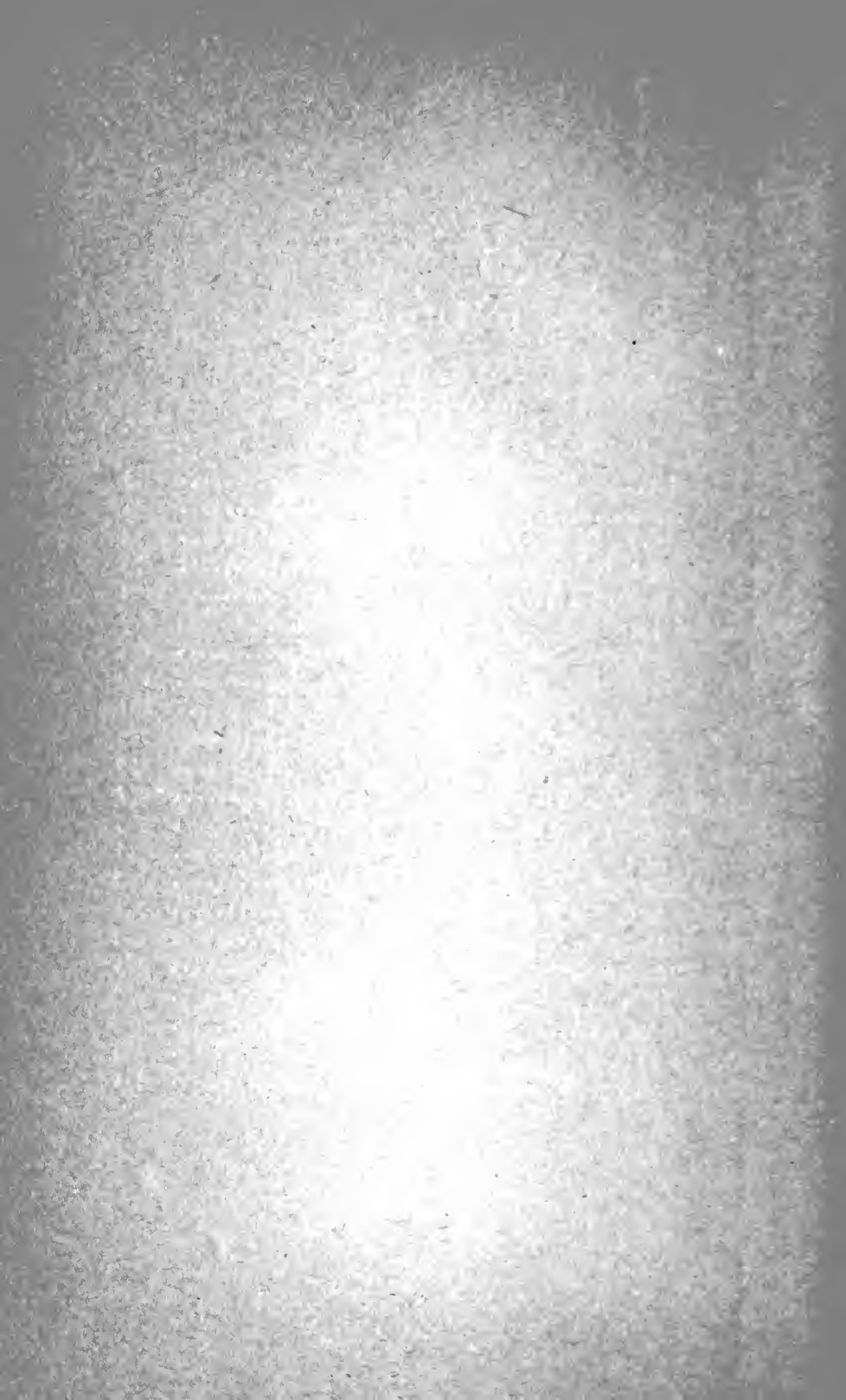
Vaya; vámonos adentro  
a celebrar este chasco.

TODOS. Mas antes pidamos todos  
perdón de defectos tantos.

FIN

# ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
El liberal.....	5
Los literatos.....	31
El lugareño en Cádiz.....	53
El maestro de la tuna.....	75
La maja resuelta.....	101
Los majos envidiosos.....	127
El marido desengañado.....	153
El médico poeta.....	179
La mujer corregida y marido desengañado.....	201
Los naturales opuestos.....	225
Los palos deseados.....	255
El recluta por fuerza.....	277
El robo de la pupila en la feria del Puerto.....	303
El soldado Tragabalas.....	335
El soldado fanfarrón (primera parte).....	359
El soldado fanfarrón (segunda parte).....	381
El soldado fanfarrón (tercera parte).....	409
El soldado fanfarrón (cuarta parte).....	431
El triunfo de las mujeres.....	459
Los zapatos.....	479
El payo de la carta.....	501
El recibo del paje.....	521









659822

Castillo, Juan del  
Obras completas. t.2.

LS  
C3526

**University of Toronto  
Library**

---

**DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET**

---

**Acme Library Card Pocket  
LOWE-MARTIN CO. LIMITED**

